

MÓNICA ROUANET

DESPIÉRTAME CUANDO ACABE SEPTIEMBRE



Despiértame cuando acabe septiembre

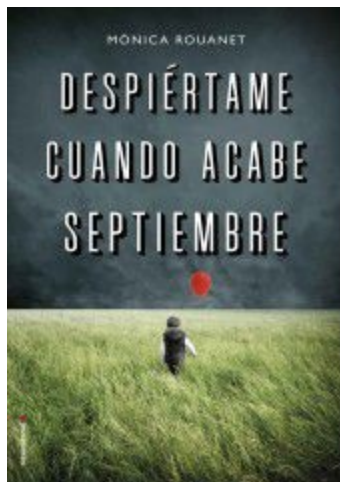
Mónica Rouanet



Rocaeditorial

DESPIÉRTAME CUANDO ACABE SEPTIEMBRE

Mónica Rouanet



**UNA WOMEN'S FICTION DETECTIVESCA.
UNA NOVELA NEGRA CON PERSONAJE FEMENINO
CONVERTIDO EN DETECTIVE POR ACCIDENTE.**

El rastro de un joven español se esfuma por el sur de Inglaterra tras dejar un mensaje de socorro en el teléfono móvil de su madre. Ella, que apenas ha abandonado su pequeño pueblo en contadas ocasiones, decide ir en su busca. Hace un año, su marido desapareció en las tranquilas aguas de la Albufera y no está dispuesta a vivir de nuevo una angustia como aquella. La Guardia Civil encontró la barca de Antonio abandonada a la deriva, con manchas de sangre sobre sus tablas. Amparo está convencida de que murió, pero las malas lenguas que recorren el pueblo rumorean otras cosas. Una vez en Inglaterra, Amparo descubre que su marido puede continuar con vida, ser el causante de la muerte de una mujer y estar involucrado en una sórdida trama repleta de intrigas.

ACERCA DE SU OBRA ANTERIOR, DONDE LAS CALLES NO TIENEN NOMBRE

«Me gustó mucho el libro, la historia, los personajes. Bien narrado, te atrapa desde el primer momento, tanto que no puedes parar de leer. Espero con ganas una nueva obra de la autora.»

JARCA, EN AMAZON.COM

«A mí me encantó. Es un libro muy entretenido, bien escrito, fácil de leer y que te mantiene enganchada desde el principio hasta el final. Recomendable sin duda alguna.»

LOURDES, EN AMAZON.COM

Prólogo

*E*ntró en la habitación sin llamar, como tantas otras veces.

El hombre se le acercó rápido, como el granizo: vigoroso, rudo, fuerte. El tortazo le incendió la cara, el oído le pitaba.

—¡Tú no has visto nada! —le gritó.

Y tenía razón: aparte de su desnudez, no vio nada más.

Y, sin pretenderlo, el niño comenzó a formar parte de aquel sombrío juego.

Ahora, años más tarde, escucha de nuevo aquella respiración agitada impregnada en sudor pegajoso antes de distinguir la miseria de su mirada.

No hay nada peor que recordar lo que se preferiría olvidar.

Cuando cayó la noche y no regresó a casa, supe de inmediato que algo se lo había impedido. La Guardia Civil se presentó al alba: habían encontrado su barca, vacía y a la deriva. Con un brochazo de sangre roja a estribor. Y con la percha con la que se impulsaba sobre las aguas de la Albufera. Nunca supieron qué fue de Antonio, probablemente resbaló y se golpeó en la cabeza. O quizás sufriera un mareo. Hacía mucho calor aquel día. Durante semanas buscaron su cuerpo por los fondos arenosos. El Turia y el Júcar llevan demasiada fuerza en su desembocadura, arrastran todo en dirección norte-sur, y cuando algo se enreda en los juncos de la ribera, las aguas, ayudadas por los afilados dientes de las anguilas, pueden llegar a descomponerlo y hacerlo desaparecer.

Esa fue la explicación que nos dieron tres meses después de que su cuerpo se evaporase.

Llevo demasiado tiempo viviendo en esta parte del mundo como para saber que cualquier cuerpo perdido en las aguas que rodean mi vida acaba apareciendo. Antonio también lo sabía. Su casa era la más cercana a la mía, y nuestras historias se entrelazaron con la de la laguna desde que llegué. Paseábamos por la rambla, los canales, el barranco, la dehesa, las acequias, el lago... Para él, yo no era una extraña.

Algunas voces del pueblo susurran entre risillas que Antonio está vivo, pero yo sé que no es cierto, jamás se hubiera ido sin despedirse. Del mismo modo que jamás su cuerpo se habría descompuesto por completo allá donde dicen que se hundió. Cuanto más tiempo pasa, más convencida estoy: alguien quiso acabar con su vida, y no logro entender por qué. Antonio nunca hizo daño a nadie.

Llegué a esta tierra a los veinticinco años, siempre me he sentido extranjera.

Y el caso es que lo soy.

Nací en Suecia por error. Mis padres emigraron para probar fortuna. Esa es la versión oficial. La extraoficial, la que saben todos pero pocos comentan en voz alta, es que, mucho antes del *boom* de las suecas enfundadas en minúsculos bikinis, una de ellas se dejó caer por el pueblo buscando sol, arena y mar. Su cabello rubio, sus ojos claros y su osadía encandilaron a mi padre. Mi madre luchó con uñas y dientes para recuperar a su novio de toda la vida, incluso lo dejó meterse en su cama antes de tiempo, sin la bendición previa del cura, creyendo que así impediría lo inevitable.

Pero lo inevitable no se puede esquivar.

Así que antes de que se le empezara a notar el embarazo, subió a un avión y fue en su busca. Lo encontró sin la sueca, con un trabajo de camarero recién estrenado y la ilusión de empezar una nueva vida en un pueblecito parecido a este, aunque lleno de rubias, hielo y nieve. En ese momento un hijo no le venía bien, pero como estaba solo y nunca supo estarlo, sonrió a mi madre, le acarició la barriga y le abrió los brazos.

Cinco meses después llegué yo y allí nos quedamos los tres; y luego las dos, porque a mi padre le gustaban mucho las suecas y nos abandonó primero por una y luego por otra. Lo perdimos de vista definitivamente cuando cumplí los nueve. Ese verano, mi madre y yo nos vinimos a España y, nada más poner un pie en este bendito suelo, conocí a mis abuelos, el calor y los reproches: que si solo a una tonta como tú se le ocurre vender todas sus cosas para correr detrás de un hombre que se larga como un perro detrás de una extranjera, que menos mal que su familia se marchó del pueblo porque aquí nadie los quería, que si ya sabíamos que algún día pasaría esto y te quedarías sola...

Aquel verano mi madre me obligó a decir que tenía un año menos de los que acababa de cumplir. Yo no lo entendía, pero se puso tan seria que no me confundí ni una sola vez.

—Ocho, tengo ocho —repetía cada vez que algún vecino me preguntaba.

Mi abuela levantaba la cabeza y sonreía con orgullo, como si tener ocho años fuera lo mejor del mundo. Y me besaba en el pelo y me abrazaba contra su pecho mientras repetía, con los ojos llenos de brillo, lo bonita que era y lo mucho que me quería. Pero en cuanto ella se marchaba empezaban los cuchicheos:

—Dice que ocho... ¡Ja! ¡Si su madre se fue de aquí con el bombo puesto!

—¡Chsss! ¡Que te va a oír la niña!

—¡Da igual! ¿No ves que es sueca y no se entera?

En Suecia me llamaban la Española y me gustaba; nunca imaginé que en España sería la Sueca. Mi madre no solo me había arrebatado un año, también me había dejado sin patria.

Durante aquel invierno fui al colegio del pueblo. Para los profes y los niños era la Sueca, pero no me importaba. En cuanto regresaba a la barraca volvía a ser Amparo.

—No te preocupes, mi niña. Tú no eres ni española ni sueca, tú eres de esta casa y de la Albufera. ¡Y el que diga lo contrario tendrá que vérselas con tu abuela!

Y debía ser verdad que la Albufera era mi patria porque allí nadie me llamó nunca más que por mi nombre. Ni siquiera mis vecinos, un niño y una niña que no iban al colegio. Su madre los educaba en casa. Con ellos jugaba por los canales y corría por los caminos cuando volvía de la escuela.

A veces mi abuela mezclaba las frases dulces y bonitas que me dedicaba con los reproches agrios destinados a mi madre. Yo no les daba importancia, por fin podía lucir vestidos de tirantes, bañarme en la playa sin congelarme e incluso, en invierno, pasear con mi abuelo en la barca sin llevar abrigo. Creí que mi madre tampoco le hacía caso, pero un día de principios de septiembre se cansó de oírla y me obligó a hacer la maleta.

—Si te vas tras él, deja al menos aquí a la niña —le suplicó mi abuela.

—¡Ni de broma! Ella es lo único que tengo para obligarlo a volver conmigo.

Antes de salir de la barraca, con mi reflejo en las lágrimas de la abuela, prometí que regresaría cuando fuera mayor y viviría con ellos bajo el sol y el calor que no encontraba en Suecia.

De nuevo en el país de los rubios esbeltos, donde se me distinguía de lejos, me escondí entre las sábanas de la cama de una habitación de alquiler deseando dormir hasta que acabara septiembre y pudiese olvidar la vida que nunca tendría. Mi madre me llevó de un sitio para otro persiguiendo a mi padre, ese hombre que no solo la había abandonado a ella varias veces. También me había abandonado a mí.

Terminé el colegio ya no me acuerdo ni en qué ciudad y me instalé en Estocolmo. Encontré un trabajo, y luego otro y otro: fui camarera, ayudante de cocina, cuidadora de niños, dependienta y, por último, telefonista. En ninguno me quedé mucho tiempo, no me fueran a ascender. Por no atarme. Lo mismo me pasó con los hombres, salí con uno, luego con otro, y con otro más.

Supongo que se acercaban a mí por el misterio que otorga lo diferente, no por mi belleza; nunca destaqué por ella. No me molestaba, no significaban nada para mí. Si alguno lo hacía, me alejaba rápidamente. Por no encadenarme.

Un día me telefoneó mi madre: un médico le había diagnosticado un cáncer. Volví a casa y me quedé con ella, cuidándola. Se lo debía. Ella cuidó de mí a pesar de su tristeza. Murió antes de lo diagnosticado y me dieron lo que en vida había sido suyo, y lo que no: heredé la barraca de mis nueve años que mis abuelos le habían dejado a su única hija.

Ni siquiera sabía que habían muerto.

De eso hace ya tres décadas.

Y entonces recordé mi promesa.

Llevo viviendo sola un año, tres meses y cinco días; desde que Antonio desapareció. La congoja me vence y me echo a llorar mientras coloco el último cubierto en la mesa donde vamos a celebrar mis cincuenta y cinco años. Últimamente me pasa mucho; acabo de comenzar con los sofocos de la menopausia, quizás sea por eso.

No quiero que mis hijas se den cuenta de mis lágrimas. Están a punto de llegar. Voy al cuarto de baño y me lavo la cara.

—¡Qué aspecto, mamá! Podías pintarte un poquito, ¿no? —dice Azucena en cuanto entra por la puerta—. Al menos hoy, que es tu cumpleaños.

—¡Deja, hija, que aún me queda mucho por hacer!

El arroz casi en su punto.

Me deslizo por la puerta trasera de la barraca y me acerco a la planta de romero. Con unas tijeras corto una ramilla, dos, tres. Regreso a la cocina y las pongo bajo un chorro de agua fría. El agua golpeando contra la piedra del fregadero acalla los gritos de mis nietos y el parloteo de mis hijas. Coloco las hojas húmedas sobre el arroz, lo cubro y apago el fuego, como hacía mi abuela.

En pocos minutos, el aroma a romero y azafrán me avisa de que está listo para salir a escena. Me quito el delantal y aparezco con la paella en el comedor. Mis nietos corren hacia la mesa y empiezan a aplaudir.

Les encantan las paellas de la abuela.

*E*l sol resbala por el oeste mientras terminamos de recoger el salón y fregar los cacharros. Un caluroso septiembre nos castiga. Gotitas de sudor bochornoso me empapan cuando me siento por fin en el porche delantero con un vaso de limonada. Mis dos hijas, mis yernos y mis nietos a punto de regresar a Valencia, a sus pisos de altos edificios con ascensor, a sus barrios estrechos llenos de gente, a su ciudad repleta de calles y asfalto, de coches y ruido.

No los envidio en absoluto, yo ya tuve de eso.

—Toñete no te ha llamado —dice Azucena con retintín al despedirse.

Bebo un sorbo largo de mi limonada mientras, sin hacer caso de su comentario, me despido de mis nietos con la mano. Los hielos se están deshaciendo y el vaso suda ya casi tanto como yo. Estoy cansada, llevo varias noches sin poder conciliar el sueño. Hace demasiados días que no sé nada de mi otro Antonio, mi hijo pequeño. A sus hermanas les da igual, siempre le han tenido cierta manía... Ellas no hablan con él por teléfono, ni siquiera de vez en cuando. Si tienen noticias tuyas es gracias a mí y no le están dando la más mínima importancia a este silencio.

—¡Ya sabes cómo es, mamá, le encanta ir a la suya! —continúa Azucena, mi hija mayor, mientras Candela asiente. Siempre asiente ante lo que dice su hermana—. No te preocupes, ya te llamará. En cuanto necesite algo —añade para terminar de rematar, como si no hubiera metido ya el dedo en la llaga.

Los coches de mis hijas se pierden por el camino y pienso que Azucena tiene razón: Toñete siempre ha ido a la suya. Dejó pronto los estudios, no se le daba bien memorizar cosas que, según él, no le servían para la vida real, y se puso a trabajar. Recorrió la mayoría de los negocios del pueblo, esos en los que lo único que se requiere es maña, destreza y ganas de aprender. De esas tres cosas anda sobrado. Un día vino diciendo que la Albufera se le había quedado pequeña y, después de recorrer España, se soltó al mundo. Chapurrea varios idiomas y consigue hacerse entender en todos. Hace medio año se

marchó a Inglaterra y ya son tres las semanas en las que no ha respondido a mis llamadas. Bueno, es cierto, a veces desaparece. Sobre todo, cuando se echa alguna novia. Pero esta vez son muchos días y no sé si es porque mi marido ya no está conmigo o porque me siento sola, pero la preocupación me mata.

Contemplo la casa, tan cambiada. Durante el único año que pasé en ella, las puertas permanecieron abiertas desde la primavera hasta que el otoño se puso el pijama. El sol recorriendo el interior. Tan solo se cerraban por las noches, y no todas. Cuando el calor era tan intenso que nos impedía dormir, las dejábamos abiertas. La puerta de entrada, en la fachada sur, y la trasera, en la norte, seducían al aire para que circulara por el pasillo refrescando los cuarenta y cinco metros cuadrados en los que fui feliz. Ahora esas puertas están siempre cerradas. En invierno, para que no se escape el calor de la calefacción que Antonio instaló siendo los niños pequeños, y en verano, para impedir que el viento fresco enlatado que despide el aparato móvil de aire acondicionado que nuestras hijas se empeñaron en hacernos comprar salga volando hacia el bochorno húmedo de la Albufera.

Pronto nos fuimos a vivir al pueblo, pero mantuvimos la barraca, la huerta y la barca porque, aunque no vivíamos de ellas, no sabíamos hacerlo sin ellas.

Antonio encontró un trabajo y, cada mañana, recorría el espacio que separa la primera de la última canción del casete de María Dolores Pradera hasta la fábrica de conservas, en la que desperdiciaba ocho horas todos los días de su vida. Yo ocupaba cuatro en la única agencia de viajes del pueblo, a la que llamaban los suecos para que les organizara sus vacaciones en España.

Me ahogaba. Contaba los minutos de la semana esperando a que llegara el viernes y poder regresar a la barraca, a mi sitio, mi patria, pero en cuanto las niñas alcanzaron esa edad en la que las llamadas telefónicas de los chicos del pueblo eran el pan de cada día, se negaron a volver los fines de semana, y los sábados y domingos de vuelta a la vida desaparecieron del almanaque. Antonio escapaba y, en solo canción y media, María Dolores Pradera lo transportaba hasta su barca y su Albufera. Yo no podía escabullirme, no a pie durante los ratos en los que mi marido se quedaba al cuidado de los niños. Por eso aprendí a conducir el viejo ciclomotor y comencé a fugarme cada vez con más asiduidad allá donde nadie me llamaba la Sueca ni me juzgaba por haber elegido esta vida.

Entro en la casa. El aparato de aire acondicionado, apagado. Las dos

puertas abiertas, la corriente bailando por el pasillo, enfriando los adobes de las paredes encaladas. En el comedor recojo el capazo de paja que utilizo como bolso. Dentro, mi teléfono móvil. Desbloqueo la pantalla y descubro una llamada perdida, un mensaje de voz y otro de texto, todos de mi hijo. Sonrío, por fin voy a saber de él. ¿Cómo no iba a felicitarme? Seguro que ha estado recorriendo el país, conociendo nuevos parajes donde no hay cobertura.

«Tiene un mensaje nuevo, recibido hoy a las veinte horas, diecisiete minutos: “¡Mamá, ayúdame! ¡Está aquí! ¡Por favor, ven!”.»

Cientos de alfileres parecen clavarse en mi cuerpo, en mi cara. Como si la sangre hubiera dejado de recorrer mis venas y volviera a impulsarse de golpe.

Abro el mensaje de texto:

«Ockham Road North, East Horsley KT24 6PE, Surrey».

*T*elefoneo cinco veces seguidas desde el porche y siempre obtengo la misma respuesta:

«The phone you are calling is off or out of coverage at this time».

No hablo bien inglés, pero entiendo perfectamente lo que esa estúpida voz no deja de repetirme; no es la primera vez que la escucho. ¿Cómo que fuera de cobertura? ¿Es que no han oído que mi hijo me necesita?

Entro en la barraca y recojo, imparable, las pocas cosas que he traído para pasar el día. Apago las luces, cierro las puertas y ventanas, y coloco el capazo sobre la cesta del viejo ciclomotor. Todavía no ha caído la noche, pero el cielo es ya de ese azul grisáceo que se transforma en añil antes de volverse negro.

Arranco con una fuerte pedalada y acelero buscando el camino hasta la casa de mi cuñada Piedad. Ella sigue viviendo durante el día en la barraca en la que creció. Tras la muerte de mi suegro, las noches las pasa en el pueblo. Muy poca gente reside ya en la Albufera, y Piedad dice que le da miedo quedarse sola.

Su barraca está a la orilla de la laguna. Desde el porche puede ver los botes cuando pasan. Cada vez son menos. Ahora van llenos de turistas, quedan pocos pescadores. Me bajo del ciclomotor y pongo la pata de cabra cerciorándome de que el desnivel del suelo no la haga caer. Desde que he escuchado el mensaje de Toñete, el aire tiene que esforzarse para llegar a mis pulmones y mis ojos se han llenado de chiribitas que me ciegan. Avanzo hacia la casa desde la parte de atrás, por la huerta. La puerta norte está cerrada, pero veo luz a través de las ventanas. El riego ha dejado la tierra blanda y los pies, dentro de mis sandalias, se me llenan de barro. Intento no hundirme dando pasos largos. El barro se pega a mis suelas y salta revoltoso hasta mis muslos. La luz de la barraca se apaga. Piedad se va ya, tengo que retenerla. Me remango la falda del vestido y avanzo más rápido, saltando de piedra en piedra. Una, dos..., ahí hay otra. Tomo impulso y vuelo hacia lo que parece un

refugio seguro entre tanto barrizal. El salto y el vuelo son perfectos, pero fallo en el aterrizaje y caigo de rodillas. El lodo me salpica en la cara. Me pongo en pie y, de una carrera, paso junto al pozo y alcanzo el porche justo cuando Piedad arranca su motocicleta y enfila el camino.

—¡Piedad, Piedad! —mis gritos son desgarradores. Jadeo por los saltos y la carrera, toda envuelta en barro—. ¡Por favor, Piedad!

El cielo cada vez más oscuro. Un chapoteo a mi izquierda.

—¡Señora! ¿Qué le ocurre, necesita ayuda? —Los turistas de una barca me observan como si hubieran encontrado el eslabón perdido.

Me miro de arriba abajo y descubro lo ridículo de mi situación. Azucena se habría vuelto a avergonzar de mí. Me da por reír, como siempre que las chiribitas se apartan y puedo ver mi pata en el hoyo.

—No no, solo he venido a ver a mi cuñada...

—¿Y por eso pide ayuda como una loca?

—Es que mi cuñada se llama Piedad.

Vicente, el barquero, me reconoce y clava la percha contra el fondo de la laguna para virar la barca en dirección al canal. Sus carcajadas retumban entre el sonido del agua.

—Ay, Sueca, Sueca... —dice.

Cuando desaparecen, dejo de reírme y aprieto los dientes para no llorar. Me siento bajo la parra del porche y me limpio como puedo la cara, las piernas y la ropa.

Estoy cansada de mí misma.

El ruido de un motor ronronea en la penumbra, rota por la luz de un faro. ¡Piedad ha vuelto!

—¿Qué te ha pasado? —pregunta al verme.

—¡Toñete me necesita, ha dejado un mensaje en mi móvil pidiendo ayuda! ¡Debo ir a buscarlo!

—Calma, Amparo, no saques las cosas de quicio, ya sabes lo que ha ocurrido otras veces.

Es cierto, a veces me nublo con las chiribitas y no veo los hoyos del camino. Puede que Toñete solo necesite un adelanto de dinero, no sería la primera vez. O puede que me requiera para cualquier otra cosa sin importancia. Si fuera algo grave, me habría vuelto a llamar, seguro.

—Puedo preparar unas tortillas y cenamos aquí. ¿Te parece bien? —me dice tras comprobar la hora en su reloj de pulsera.

Nadie nos espera en el pueblo. Ella no se ha casado y yo soy viuda. Viuda de vivo, como les gusta remarcar a algunos; el cuerpo de Antonio no ha aparecido aún.

Piedad abre la puerta y mientras se dirige a la cocina, yo voy al cuarto de baño. Quiero asearme un poco y no ensuciar los cojines de las sillas al sentarme. Su casa también ha cambiado, aunque no tanto como la mía. Antonio se ocupó de hacer las reformas necesarias para modernizarla un poco y darle las comodidades de cualquier vivienda actual, pero sigue manteniendo el encanto de siempre, el encanto de una casa habitada.

Piedad abre la nevera. Oigo el tintineo de las botellas llenas de agua colocadas en la puerta.

El agua siempre fresca.

Recuerdo a mi suegro con su botijo de un lado para otro. Allá donde él se encontrara, el barro mantenía el agua en su punto. Y al beberla no le caía ni una gota fuera de la boca. Estiraba el brazo para alzarlo hasta el cielo, daba igual que el botijo estuviera lleno hasta los topes. Parecía no pesarle en absoluto, y el chorro salía enérgico, obediente, formal, acatando sus órdenes, como su mujer y sus hijos.

—Así, con esta cena, celebramos tú y yo tu cumpleaños —dice Piedad en cuanto salgo del cuarto de baño.

No ha querido venir a la paella familiar, le disgusta ese concepto: familia. Ella no ha formado una y la que le tocó en suerte nunca fue de su agrado. Salvo Antonio.

—Muy bien —contesto y saco del armario un plato hondo donde casco dos huevos.

Empiezo a zarandearlos con un tenedor, golpeando la loza con ritmo, provocando un sonido que encubre nuestro silencio. Piedad sale a la huerta y regresa con un tomate grande y rojo. Lo coloca bajo el grifo, brilla. Lo apoya en la tabla de madera, lo trocea con un cuchillo pequeño pero afilado. Un olor dulzón irrumpe en la cocina. La sartén al fuego, el aceite caliente, el huevo batido que cae sobre ellos.

—Esta vez sí, Piedad, esta vez me voy —digo sin levantar la cabeza del fogón—. Vente conmigo.

Mi cuñada retira tres platos del estante: uno para ella, otro para mí y otro para el tomate. Escapa al comedor y comienza a preparar la mesa como si no me hubiese oído.

La tortilla lista. Abro la nevera, de nuevo el tintineo. Tomo una botella de agua helada y la llevo a la mesa.

—Creí que me había dejado encendida la luz trasera, la que da a la huerta, por eso he vuelto —dice Piedad contestando a una pregunta que nadie le ha hecho.

Me siento frente a ella, como tantas otras veces.

No, como otras veces no. Falta Antonio.

La mesa y las sillas del comedor son las mismas de aquel año de mi infancia, aquellas sobre las que jugamos y charlamos siendo niños. Yo les hablaba del sol de medianoche y de las noches sin día, del frío y la nieve, de los bosques. De vez en cuando les enseñaba alguna palabra en sueco y los tres nos reíamos. Luego ellos callaban, como si no tuvieran nada que contar.

O mucho que ocultar.

Piedad sirve la tortilla y deja el tomate en el centro, aliñado con sal gruesa y aceite de oliva. La piel es fina, la carne suave y dulce, las pepitas ligeramente ácidas... ¡Perfecto!

—¿Cuándo te vas? —pregunta. Sí que me ha oído.

—Mañana... No sé cómo lo voy a hacer, pero mi hijo me necesita. No puedo permitir que desaparezca también.

Piedad baja la vista. Ya estoy acostumbrada a sus silencios, igual que ella a mis risas. Nos unió la edad y la Albufera, lo único que tenemos en común, eso y Antonio. Pero la Albufera, la edad y Antonio nos hicieron inseparables.

—Ven conmigo —le repito.

—No puedo... Todavía siento que hay alguien en esta casa a quien debo cuidar.

—Ya te has ocupado de demasiada gente, deberías empezar a pensar un poquito en ti misma.

Mi suegra era una mujer enfermiza, la recuerdo casi siempre en la cama con mis amigos a su alrededor, atendiendo a sus explicaciones sobre sumas y restas, y haciendo los deberes que ella les ponía. Había estudiado para ser maestra, pero su enfermedad no le dejaba ejercer. Tenía los ojos muy claros, como la piel y el pelo, y una voz dulce con la que se excusaba constantemente, como si se sintiera culpable por algo. Murió antes de que yo regresara.

—¿Pensar en mí misma es acompañarte en un viaje loco a ti, que te encerraste en este pueblo hace treinta años y no has vuelto a salir de él, ni siquiera para tu viaje de novios? —pregunta con dureza.

Es verdad que no he querido moverme de aquí, pero ella no comprende, no entiende que yo he crecido en el frío de un país que nunca fue el mío, añorando a un padre que jamás quiso serlo, deambulando tras él con una madre despechada, jurándome a mí misma que encontraría mi sitio para quedarme en él junto a una familia a la que cuidaría y protegería con mi propia vida.

—Mi hijo me ha pedido socorro y tengo que ir a buscarlo. ¡Necesito encontrarlo! No puedo perder a nadie más, lo entiendes, ¿no? —Tomo su mano sobre la mesa.

Le tiembla la barbilla. Sé que no quiere hablar de Antonio y yo no puedo entenderlo. Siento que me ha dejado sola con su ausencia, que ha aceptado una resignación a la que yo me enfrento cada día. A gritos al principio, ya en silencio.

Silencio. Algo raro en mí.

Terminamos la cena sin dirigirnos la palabra. Se levanta servil a recoger la mesa. Sus movimientos son sigilosos, como si buscara esconder su presencia. Nunca le ha gustado llamar la atención y supongo que no le ha sido fácil. De su madre sacó la tristeza en los ojos, y de su padre, la piel morena y unos rasgos intensos, casi salvajes. Tengo entendido que, durante su juventud, muchos chicos intentaron cortejarla, pero mi suegro los echaba en cuanto ponían un pie en los alrededores de la barraca, como si los oliera a distancia.

—¿Quieres un café? —pregunta.

El café humea, lo sirve despacio en las tazas. El mío solo, el suyo cortado. Mantiene los ojos bajos, pendientes del remolino que su cuchara forma en el líquido marrón claro.

—Piedad, sé que no te parece bien que me vaya...

La cucharilla quieta. Sus dedos agarrotados sobre el mango.

—¿Acaso no sabes lo que va a ocurrir en cuanto se enteren de tu marcha? —pregunta con los ojos relucientes de ira.

—No les hagas caso, los chismes tampoco durarán mucho; pronto encontrarán otra víctima.

—¡Demasiado, durarán demasiado! No te entiendo, Amparo. Cuando por fin han cesado, llegas tú y buscas encenderlos de nuevo con unas brasas más fuertes que nunca. ¡No me digas que has olvidado lo que ocurrió cuando Toñete decidió trasladarse a Inglaterra, precisamente a Inglaterra! —La ira se transforma en lágrimas—. ¡Siempre has ido a la tuya, igual que tu hijo! Me parece bien que no queráis escuchar los bulos, pero vivimos entre ellos, entre

quienes los lanzan como dardos y, esta vez, volverán a hacerlo contra nosotros.

—Pero eso no importa, sabes que son mentira.

—¡No te importará a ti! —grita antes de acallar un sollozo entre sus manos.

—Lo siento —acierto a decir—. No te preocupes, yo te demostraré que están equivocados, que Antonio está muerto, no en Inglaterra, que nunca tuvo nada que ver con aquel hombre.

—¿Estás segura de lo que lo dices? —pregunta apartando las manos de su cara. El rímel corrido.

No sé qué responder. Ya no estoy segura de nada. Me levanto y rodeo la mesa para besarla en el pelo. Es muy fino, como el de Antonio. Pero el suyo huele a lavanda.

No me costó mucho descubrir lo que ocurre en este pueblo: detectan a los forasteros antes incluso de que pongan el pie en cualquiera de sus calles. La voz corre más rápido que los pasos. Para cuando llegan a la plaza ya los están esperando y saben más de ellos que sus amigos íntimos. A veces lo que saben es verdad, otras no, pero ya es «la voz del pueblo».

El pueblo rebosa de dimes y diretes sobre Antonio y sobre mí. Y ahí sí que me hago la sueca y no me molestan. Pero a Antonio sí, a él le destrozaron...

En cuanto llegué, los chismosos comenzaron a decir, entre risas, que hacíamos buena pareja. Antonio se parecía a su madre: sus ojos demasiado claros y su piel translúcida. Nunca llegó a cambiar la voz del todo, por eso siempre hablaba en un susurro, intentando evitar las burlas. Andaba a pasitos cortos y giraba las muñecas para enfatizar sus palabras, ladeando la cabeza. Cuchicheaban a su paso desde que era niño. Yo, en cambio, tengo la voz grave, no estoy delgada y mis andares son contundentes. No me parezco en nada a mis paisanas, las que llegaron a la vez que yo e inundaron las playas.

—¿Cuál de los dos será la Sueca? —se mofaban al vernos pasar.

*E*l piloto trasero de la motocicleta de Piedad va señalando el camino de arena y penumbra que une la Albufera con el pueblo. Le he dejado las llaves de la barraca para que, durante mi ausencia, vaya de vez en cuando y la ventile. No me gustan las casas cerradas. La huerta casi se mantiene sola, pero si la vigila un poco, no se echarán a perder los pocos tomates y pimientos que quedan. No le dará mucho trabajo.

El resplandor de las farolas se va acercando cada vez más rápido. La cruz verde luminosa de la farmacia de Vicente parpadea indicando que está de guardia. Cuando la sobrepasamos, Piedad pone el intermitente, gira hacia la derecha y mueve la mano en señal de despedida. Yo continúo recto. Las aceras ya vacías, pero estoy segura de que mis vecinos saben que he regresado. La voz corre más rápido que cualquier medio de locomoción.

Aparco el ciclomotor junto al portal y subo a mi piso. Abro las ventanas para que el bochorno interior se mezcle con el bochorno exterior y me siento en el sofá de esta casa que tampoco es la mía, por más que se hayan empeñado.

Cruzo las piernas, las descruzo. El calor se pega a mi piel, me falta el aire. Escucho una vez más que el teléfono de Toñete está apagado o fuera de cobertura y me levanto para buscar la única carta que he recibido de él en estos seis meses. En el remite está su dirección en Londres. Aunque en el mensaje de texto ha escrito una en Surrey... Desde que llegó comparto piso con chicos de diferentes países, entre ellos Carlos, un joven del pueblo que fue compañero de instituto.

Se nos están marchando los jóvenes y este pueblo se ha convertido en un geriátrico de puertas abiertas.

Una idea se detiene en mi cabeza. Recorro mi dormitorio de una punta a otra. Ya sé que es muy tarde, pero esto es una emergencia y, con este calor, seguro que Encarni, la madre de Carlos, se ha sentado junto al portal buscando una brisa inexistente.

¡Necesito el número de teléfono de su hijo!

Bajo los escalones de dos en dos y recorro las tres calles que separan nuestras casas. Ahí está, en su silla, al fresco. Junto a ella, su marido, medio dormido.

—Hola, Encarni, ¿qué?, ¿tomando el aire?

—Pues sí, hija, ya nos ves. Tanto calor no debe ser bueno...

—¿Y hoy estáis solos? ¿No baja Fina? —pregunto.

—Hoy no, parece que su marido ha comido alguna cosa que le ha sentado mal y han ido a la farmacia de Vicente, a ver si le da algo para el dolor de estómago. Pero no tardará, ya sabes que todas las noches charlamos un ratito.

Lo sé, charlan y despellejan a todo quisqui. Sonrío y me quedo allí parada, pensando en cómo pedirle el teléfono de su hijo sin contarle mi historia.

—¿Querías algo?

—No..., he bajado a dar un paseo, me moría de calor.

Silencio. Nunca fuimos grandes amigas, al contrario que nuestros hijos.

Pepe, su marido, se despierta de pronto.

—Hola, Amparo, qué noche tan pesada, ¿verdad?

—Y que lo digas.

—Y para ti aún debe ser peor, acostumbrada al frío de Suecia...

Siempre la misma cantinela.

Me balanceo de adelante atrás, de atrás adelante, frotando las manos, carraspeando.

—¿Y qué tal le va a Toñete por Inglaterra?

—Bien, ya sabes... ¿Y a Carlos?

—Bien también, con su trabajo en la oficina de Tráfico, gestionando multas.

Esta es mi oportunidad, ahora o nunca.

—Por cierto, a Toñete se le rompió el móvil y todavía no tiene uno nuevo. Estoy pensando que si tuviera el número de teléfono de Carlitos podría llamarle a él para hablar con mi hijo. Hace días que no charlamos, y como hoy es mi cumpleaños...

—Claro claro. Estos jóvenes... —Pepe se levanta y entra en la casa.

Encarni me mira desde su silla. La noche ensombrece su rostro y no sé si sus ojos están llenos de burla o de camaradería.

Oigo con claridad el frotar de las patas de los grillos.

Pepe sale con un papel en la mano y me lo pasa. Ha anotado el teléfono de su hijo, pero no puedo distinguir los números. No se lo saben de memoria, lo

llaman poco. No les gustó que se fuera y esa es su manera de castigarlo.

—Muchas gracias —digo y comienzo a andar calle abajo.

—Dale recuerdos nuestros a Carlos cuando hables con él —me grita Pepe. Su mujer le da un pellizco para que se calle, oigo cómo se queja—. ¡Y felicidades!

Camino rápido, tengo prisa.

En cuanto llego a casa, marco el número, visible ahora bajo la lámpara del salón.

Un tono, dos, tres... El contestador.

—Hola, Carlos, soy Amparo, la madre de Toñete. Es urgente que hable contigo. ¿Puedes devolverme la llamada, por favor? Muchas gracias.

Bajo del altillo la caja en la que guardo la ropa de invierno y selecciono algunas prendas para el viaje. Mi vestuario es bastante escaso; solo tengo dos prendas de cada cosa: dos pantalones, dos camisas, dos rebecas, dos vestidos sencillos de algodón... Mientras utilizo una, lavo la otra. Me doy cuenta de que no son muchas y de que quizás necesite más. Busco en otro armario y encuentro algunas blusas, pantalones y faldas más elegantes, todavía con la etiqueta puesta. Me los compraron mis hijas en tiendas de Valencia. Siempre están esperando transformar a su madre en algo que no es.

No tengo maleta. Mañana compraré una con ruedecitas, las he visto en el chino de las fiambreras y las tomé por esos carritos de la compra tan modernos. «*Calito* no, maleta. *Pala* viajes», me dijo el dependiente cuando le pregunté.

Apago las luces y regreso al dormitorio sin cerrar las ventanas. Quizás el amanecer traiga algo de frescor y alivie mis pulmones. Me tumbo sobre la sábana bajera, sin taparme. El peso de mi viaje me aplasta igual que un edredón relleno de las tareas pendientes para mañana: ir al banco y cambiar moneda, sacar un billete de avión, comprar la maleta, dejar la nevera vacía, llamar a un taxi para que me lleve hasta Valencia, dar explicaciones... La gente siempre busca explicaciones a las cosas que hacen los demás.

Solo espero encontrar pronto a Toñete. Seguro que se sorprende al verme en Inglaterra. Lo ayudaré en lo que necesite y volveré a casa. Así de simple. Aunque no puedo dejar de pensar en los rumores. No he querido hacerles caso, sé que no son ciertos, pero... ¿a quién se referiría mi hijo cuando dijo: «Está aquí»?

Un escalofrío me recorre el cuerpo. Sí, ya empiezo a sentir el desapacible

clima inglés.

Abro los ojos en cuanto un destello naranja asoma desafiante por el este. El sol todavía no ha convertido la mañana en un caldero, de momento contempla y repasa los condimentos para ponerlos todos a hervir en una buena sopa.

«The phone you are calling is off or out of coverage...»

Preparo la cafetera, me ducho y elijo uno de mis vestidos de algodón. Todo listo para empezar con las gestiones. Lo primero será ir al banco, el exclusivo Bankgold en el que casi todos tenemos nuestros ahorros a buen recaudo. No hay ningún otro, ni siquiera una pequeña caja de ahorros. Abrieron la sucursal poco después de que yo llegara a la barraca. Por aquella época, un montón de turistas ingleses se asentaron en la costa, en lo que hoy es la Colonia Inglesa, y una de sus entidades bancarias no tardó en instalarse aquí para darles servicio.

Soy la primera clienta de la mañana. José Carlos, con su traje de chaqueta y corbata, está ya sentado bajo el chorro del aire acondicionado. En su mesa, una placa informa de su cargo: director. Lo conozco bien, durante un año fuimos juntos al colegio. A la misma clase. José Carlos era uno de esos niños que lo hacen todo peor que los demás, de los que se moría de miedo en cuanto los que jugaban al fútbol se le acercaban, temeroso por ser el blanco de sus bromas. Siempre andaba con la cabeza gacha, ofreciendo una coronilla demasiado rubia. Los brazos colgando, indecisos, las piernas dudando, sin saber nunca qué camino tomar. Los ojos de un verde serpiente, alerta, recabando información de los otros niños, buscando cualquier detalle que le diera poder sobre ellos. Se me pegaba a todas horas, incluso se empeñaba en venir alguna tarde a jugar conmigo en la barraca. Entonces pasaba el rato pendiente de Piedad, contemplándola embobado, buscando algún punto de complicidad para quedarse a su lado. Solo encontró uno y fue con Antonio: la música; a los dos les gustaban las rancheras y los boleros. En el colegio me utilizaba como escudo. Se escondía detrás de mí para observar, ladino, los entresijos de los otros. Aguantó más de una humillación de los gallitos de la clase, más de una burla. Pero con el tiempo se las ha hecho pagar. Ahora

controla las cuentas de todos ellos, de todos nosotros. Desde la pantalla del ordenador de su mesa de director de sucursal bancaria fiscaliza cuándo, dónde y en qué empleamos cada uno nuestro dinero. Y nos mira por encima del hombro, dice que ni siquiera sabemos gastarlo bien. Él presume de saber hacerlo: se compró una casa en otra playa, a la que se escapa los fines de semana, según él para rodearse de gente con algo más de clase y disfrutar de ese sueldo que, a juzgar por el frío que sale del aparato de aire acondicionado, no gana con el sudor de su frente.

—Buenos días, José Carlos —saludo marcando bien las consonantes. Cuando desconfío de mi interlocutor, pronuncio con fuerza las consonantes de su nombre sin saber por qué.

—¡Amparo, qué sorpresa verte por aquí! ¿Puedo ayudarte en algo? —dice con una sonrisita que deja ver el amarillo de sus dientes.

—Pues sí. Me marchó hoy mismo a Inglaterra y me gustaría cambiar algo de dinero a la moneda de allí.

—¿Tú, a Inglaterra? ¿Hoy mismo? ¿Y por qué tantas prisas? —Se apoya en el respaldo de su silla de oficina, traga saliva y cruza las piernas. Un ligero resplandor en sus ojos me deja ver su interés por algo que claramente no le incumbe—. Tenemos un problema. Ahora mismo no dispongo de libras aquí. Llamaré a la central y pediré que me las acerquen lo más rápido posible, pero no te garantizo que sea hoy. Tendrás que retrasar tu viaje. —Me mira con la seguridad de quien sabe que aún no tengo ningún billete en mi bolsillo. Ni la pantalla de su ordenador le informa de ese gasto ni la voz ha corrido hasta sus oídos.

No había contado con este contratiempo. ¡Un banco británico sin libras disponibles!

—¿En la oficina central de Valencia me lo cambiarían esta mañana?

Una leve tensión en su cuello. Se le escapa una posible jurisdicción.

—Creo que podré evitarte el paseo, imagino que si lo solicito ahora, me las traerían en la primera valija interna. ¿De cuánto dinero hablamos?

—Anda, José Carlos —otra vez las consonantes—, llama y pregúntalo. Tengo un poco de prisa.

Descuelga el teléfono de mala gana y aprieta una sola tecla, suficiente para contactar con algún compañero de la central. Seguro que allí José Carlos es uno más, alguien sin demasiada importancia.

—Hola, buenos días. Soy José Carlos Benítez, director de la sucursal 44,

necesito disponer de libras esta misma mañana. ¿Hay algún problema para que me las enviéis en la valija de hoy?... Sí, muy bien... Te lo relleno enseguida... Vale, muchas gracias.

Vuelve a apoyarse en el respaldo y separa un poco la silla de la mesa, estirando las piernas. Le falta colocar los pies sobre el escritorio para dejar ver quién es el que lleva las riendas de la conversación.

—Sí, pueden enviarme la divisa a lo largo de esta mañana. ¿A qué hora te vas?

—Todavía no lo sé...

—Ya... —Una sonrisa de medio lado—. ¿Y cuántos euros quieres cambiar? Eso dependerá del tiempo que vayas a estar...

—Tampoco lo sé.

—Ya veo, ya... Parece que por fin has abierto los ojos y los oídos y empiezas a procesar lo que llevamos tiempo intentando mostrarte quienes te queremos —dice condescendiente—. ¿Ha encontrado Toñete a su padre?

—¿Cómo podría encontrar a alguien que no está allí? —pregunto separándome del respaldo y agarrotando la columna vertebral.

Posturas opuestas.

—¡Venga, Amparo! ¿Nunca escuchaste lo que todo el pueblo sabe? Antonio fingió su propia muerte para fugarse con aquel inglés. ¿Lo recuerdas? Charlie, creo que lo llamaban, aunque su nombre verdadero es Charles Parks. No puedes ser tú la única que no esté al tanto, si hasta tu hijo y yo lo comentamos cuando vino a verme y se sentó en esa misma silla para comprar libras.

¡Eso sí que no me lo creo! Toñete jamás hablaría más de lo preciso con gente de la calaña del tipo encorbatado que tengo delante de mí.

—Por supuesto que lo había oído, no soy sorda —digo manteniendo la tensión de la espalda—. Lo que me extraña es que tú te creas esas patrañas. Tú, mejor que nadie, sabes que desde aquella noche nadie, excepto yo, ha tocado un céntimo de nuestra cuenta. ¿Cómo es posible vivir sin dinero?

Gotitas de sudor bajo mi nariz a pesar del aire acondicionado.

—No deberías rebajarte a ir a buscarlo. ¡Te abandonó por un hombre, Amparo!, ¡por un hombre! Déjalo pasar, aquí todos te apoyamos. Hazme caso, no repitas una historia aún más degenerada que la anterior —responde haciendo alusión a mis padres.

—¡Mil euros! Quiero cambiar mil euros —digo mientras me pongo en pie—. ¿A qué hora puedo pasar a recogerlos?

Salgo del banco agradeciendo el bofetón que el calor me arrea con la mano abierta en cuanto pongo un pie en la calle. Tengo menos de dos horas antes de recoger el dinero y necesito dejar todo listo.

Corro hasta la agencia de viajes.

—Buenos días, Amparo, qué madrugadora estás hoy. Tu turno no empieza hasta dentro de una hora.

—Vengo como clienta —digo muy seria. María Ángeles me ofrece una silla frente a su mesa—. Necesito un billete para volar a Londres lo antes posible, voy a ver a mi hijo.

—Eso está muy bien, ya es hora de que te tomes unas vacaciones —dice y me sonríe—. ¿Y cuándo quieres viajar?

—Hoy mismo.

En sus ojos se forma una pregunta, pero no la hace. Quizás es por eso, o porque no es una mujer cotilla, por lo que se la respondo:

—Hace casi un mes que no sé nada de Toñete. Lo he llamado más de mil veces sin obtener respuesta. Ayer recibí un mensaje suyo pidiéndome ayuda y, desde entonces, su teléfono está apagado o fuera de cobertura. También me envió esto. —Le enseño mi móvil con el mensaje de texto de mi hijo palpitando en la pantalla—. ¡Tengo que ir a buscarlo, no puedo perderlo también a él!

María Ángeles lee la dirección de Surrey y teclea algo en su ordenador.

—Eso se encuentra al sur de Londres —dice—. Veamos cómo puedes llegar hasta allí.

Vuelve a teclear con agilidad y, por su leve sonrisa, entiendo que ha dado con la solución.

—El avión te dejará en el aeropuerto de Gatwick. Allí debes pasar a la estación de trenes. Busca el que lleva a Guildford. East Horsley es la parada anterior. Sigue los carteles, no tendrás problema.

Asiento y trago saliva. Hace más de treinta años que no viajo, lo más lejos que me muevo es hasta Valencia capital.

—Supongo que iré en taxi, espero que no me salga muy caro.

María Ángeles busca información también sobre ese detalle en Internet.

—Aquí dice que te costará sesenta libras; al cambio, unos setenta euros.

Sonríó solo con los labios.

—Hoy salen dos aviones que aterrizan en el aeropuerto de Gatwick —continúa—. Uno por la noche; despega a las 21:15 y aterriza a las 22:45.

Demasiado tarde. El otro dentro de un rato; sale a las 12:30. Demasiado pronto. ¿Quieres que lo busquemos para mañana?

—¡No! Tiene que ser hoy. Si espero, sé que al final no iré.

—No factures equipaje y tendrás tiempo de coger el de las 12:30.

—Perfecto. Sácame un billete para ese.

—¿La vuelta para cuándo?

—Déjame la abierta.

María Ángeles se recoloca el pelo detrás de las orejas y se entrega a la pantalla. Mantengo silencio. El sonido de las teclas casi produce eco contra las paredes de la oficina vacía.

—Tienes suerte, quedan dos billetes, en dos asientos contiguos. ¿Prefieres ventanilla?

—¡No! Cuanto menos vea lo alto que va ese cacharro, mucho mejor. Nunca me gustó volar.

María Ángeles sonríe y continúa aporreando el teclado. Un sonido nuevo; el billete ya está impreso. Alarga su brazo para entregármelo y roza mi mano a propósito.

—Ya sé que tienes aquí a tus hijas y a tu cuñada, pero no dudes en pedirme cualquier cosa que necesites.

Me levanto con el pasaje en la mano y la garganta llena de congoja.

En dos zancadas alcanzo el bazar que tanto éxito tiene desde que abrió.

—Maleta para avión —digo parándome frente al mostrador.

El dependiente se dirige, sin cambiar su expresión, a uno de los tres pasillos de la tienda. Lo sigo hasta el rincón en el que tiene apiladas las maletas de ruedecitas, y señala un grupo, las medianas.

—¿*Colol*? —pregunta con cara de pocos amigos.

Aunque a lo mejor es cara de buenos amigos. Por más que lo observo, no veo en su gesto nada que me confirme su estado de ánimo.

—La naranja.

El chino de gesto impreciso levanta la única maleta que tiene de ese color y la arrastra hasta el mostrador. Me indica el precio en un papelito y le pago en metálico. Me dirijo hacia la salida tirando de mi nueva adquisición cuando dos mujeres entran en el bazar y me rodean. Conchi delante, Puri detrás. Sus cuellos estirados, sus glándulas pituitarias olisqueando el sudor de mi frente.

—¡Así que hemos oído bien y te vas a Inglaterra! —dice Conchi señalando con un dedo tenso y ganchudo la maleta.

—Eso parece... —contesto de mala gana, parándome no por placer sino porque no me dejan moverme ni hacia delante ni hacia atrás.

Observo que Puri, a mi espalda, sonrío nerviosa, sin emitir una sola palabra. Su mirada intenta ser burlona, pero un leve temblor en los labios y su movimiento incesante de pies revelan su miedo.

—Entonces, ¿ya ha aparecido Antonio? —La voz chillona de Conchi, más chillona que de costumbre.

Una risita a mi espalda.

No contesto. ¿Para qué? No merece la pena. Con un empujón me abro paso hacia la salida arrastrando mi nueva maleta naranja con ruedecitas.

—Estaba con el inglés, ¿no? ¡Ay, hija! ¡Esto es peor que lo que le pasó a tu madre! —grita a mi espalda con su voz de rata.

Sus palabras se quedan en el bazar chino, pegajosas, espesas, como su aliento: pringoso y denso.

Vuelvo a casa. Lo más probable es que mi vecina Paqui esté ya despierta y arreglada, sentada en su balcón, controlando la calle. Seguro que antes me ha visto salir del portal y me volverá a tener en su campo de visión en cuanto gire la siguiente esquina. Sí, ahí está, bajo la sombra del toldo rayado de su pequeña terraza, entre los reflejos del aluminio de su baranda, con los pies dentro de sus zapatillas de andar por casa. Quizás hasta sepa ya que me voy a Inglaterra. La voz corre más rápido que los pasos, aunque lo que yo esté dando esta mañana sean auténticas zancadas de gacela.

Entro en el portal decidida a no perder un solo segundo, tengo que coger un avión. Subo las escaleras de dos en dos, con la maleta alzada. Está vacía, no pesa.

Paqui me espera en el rellano.

—Hola, Amparo. ¡Qué madrugadora! Es raro verte de vuelta a estas horas... ¿Y esa maleta?

—Voy a pasar unos días fuera y no tenía dónde llevar el equipaje —respondo. ¿Para qué engañarla? La voz aún no ha llegado a su balcón, pero no tardará en hacerlo—. Espero no haberte despertado al salir.

—No te preocupes, ya sabes que me levanto a prepararle el desayuno a Ricardito antes de que se vaya a trabajar. ¿Te vas a la barraca?

Ricardito es su único hijo y en primavera cumplió cincuenta años. Día tras día, deja que su madre, una mujer setentona, enferma de todas las dolencias que pueda agenciarse, se levante al alba para calentarle un vaso de leche y

tostarle una rebanada de pan.

—No, me voy a Inglaterra.

La veo dar un paso hacia mí.

—Volverás pronto, ¿no? —pregunta con una sonrisa burlona que deja al descubierto unos dientes de fumadora—. En cuanto lo veas con tus propios ojos, regresarás con la cabeza baja. ¿O harás como tu madre? ¡Ay, cuánto sufrió tu abuela!

Respiro profundo para intentar calmar los nervios, no quiero pagar con esta anciana todo el mal humor que llevo acumulado. La conozco bien, Paqui intenta aparentar seguridad para que los demás no sepan que está sola a pesar de ese hijo al que cuida como una sirvienta y le responde únicamente con gritos que atraviesan las paredes y se instalan en mi salón.

Recuerdo las mil veces que he implorado para mis adentros que Paqui se marchara de una vez de mi casa. Desde que se quedó viuda y su hijo la acompaña solo con berridos, ha llamado a nuestra puerta en mil ocasiones con cualquier excusa, solo por templar su angustia. A mí no me hubiera importado hacerle un hueco entre nosotros, pero ella no se dejaba. Se quedaba junto a la puerta, diciendo que ya se iba pero sin irse, sacando otro tema insulso de conversación antes de que el anterior se agotara de aburrimiento, sabiéndose pesada. Si hubiera aceptado mis invitaciones a pasar al salón, a cenar con nosotros, habría descubierto que la soledad no se llena con palabras. A veces, un silencio compartido acompaña más que tanta charla.

—Amparo, sabes bien el cariño que te tengo, por eso voy a ser sincera contigo: tú no te mereces todo lo que estás sufriendo. Ese marido tuyo debió reconocer desde un principio su... problema. Ser un invertido no deja de ser una enfermedad, todos lo habríamos entendido y ayudado. Pero se empeñó en fingir lo que no era, y ¿qué ha conseguido? Arruinaros la vida. No te preocupes, yo conocí bien a tus abuelos y sé que ellos estarían orgullosos de ti, como lo estoy yo. Eres una mujer valiente.

Algo invisible me presiona las sienes. Cojo aire y abro la boca para decirle un par de cosas, pero el traqueteo que descubro en su barbilla me hace verla como lo que es: una anciana triste y solitaria.

—Antonio murió en las aguas de la laguna. Siempre se comportó como un buen esposo y un buen padre. Jamás viajó a Inglaterra ni a ningún otro país. Te agradecería que dejaras de salpicar su memoria con patrañas que no le interesan a nadie, y menos a ti. Buenos días.

*E*l inglés del que hablan todos apareció por la Albufera haciendo alarde de su homosexualidad, publicándola, defendiéndola. Charlie Parks no era un hombre excesivamente amanerado. Al lado de Antonio, parecía un tipo varonil, incluso de los que atraen a las mujeres y las vuelven locas. Chapurreaba el castellano y no tenía reparo alguno en hablarlo. Supe de él, al igual que el resto de los vecinos, en cuanto puso un pie en la entrada del pueblo, mucho antes de que las estrechas calles lo condujeran hasta la plaza. Se quedó más o menos un mes. Se alojó en el único hostel que tenemos y nunca creó ningún problema. Fueron muchos los que hablaron con él, los que lo invitaron a un café, a una copa. Pero solo murmuraron de Antonio.

No los escuché. Aprendí siendo muy niña que es mejor no ver ni oír lo que no interesa.

Cuando Antonio desapareció tan solo unas semanas después de que Charlie se fuera, no salí de la Albufera esperando a que su cuerpo apareciera en el fondo del canal.

Supe desde el primer instante que Antonio estaba muerto. Sospecho que él también lo habría sabido si algo me hubiese ocurrido a mí.

Abro la maleta sobre la cama y meto la ropa que anoche dejé preparada; añado mi neceser de aseo y poco más. Recorro el piso y bajo todas las persianas. Solo me queda guardar el ciclomotor en el garaje, prefiero no dejarlo en la calle durante mi ausencia, no sé cuándo voy a regresar.

Retiro el candado de la cadena que lo sujeta contra la farola y arranco el motor. Bajo la rampa a velocidad suficiente como para que el aire consiga llevarse un par de lágrimas. Me paso la mano por los ojos sin miedo a correr un rímel que no llevo. Nunca me maquillo. Tengo un estuche con polvos, lápiz de ojos, pintalabios y todo lo necesario para parecer más femenina, pero no lo uso. Mis hijas me obligaron a comprarlo hace tiempo. Otro de sus intentos por

cambiarme. Lo he incluido en el equipaje, quizás lo necesite en Inglaterra.

Dejo la motocicleta detrás de nuestro coche y paseo un dedo por la chapa de la puerta del conductor, la de Antonio. Recorro el garaje y me detengo en la zona de trasteros. Todas las cosas de mi marido están dentro del cuartito que oculta la puerta número 12. Toñete las embaló y las trajo aquí. Piedad hizo lo mismo con las de su padre, ninguna de las dos quisimos tener delante los espectros de quienes ya se han ido.

Me animo a abrir el trastero. Los objetos personales de Antonio están en cajas apiladas contra la pared. Rasgo uno de esos féretros de cartón, en su interior encuentro ropa. Todavía huele a él. Acaricio una de sus rebecas de lana, es mi manera de despedirme.

En la estantería de enfrente, recostada sobre una balda, la boina de mi suegro me intimida tanto como lo hacía, a mis nueve años, sobre su cabeza. Sus sigilosas espardeñas, aquellas con las que se acercaba en silencio, parecen dormir junto a ella. No puedo evitar toquetear esas prendas, sus incondicionales; es una manera de regresar a mi infancia. Meto las manos en un cajón, alcanzan algo metálico, frío. No hace falta que la vea, sé bien lo que es: la cámara Polaroid.

Recuerdo que aquel año de mi infancia, poco después de Navidad, mi suegro, que aún no lo era, compró una máquina fotográfica moderna, una de las que no necesitaban revelado. Las fotografías salían de su interior como una lengua burlona asomando por una enorme boca. Cada vez que Piedad veía la cámara en manos de su padre empalidecía. Se acercaba a mí y, sin molestarse en buscar alguna excusa, me echaba de su casa.

Nunca entendí bien por qué; si mi madre hubiera tenido una cámara de esas yo habría chuleado sin parar delante de los otros niños. Pero nunca discutí con mi amiga y, obediente, me largaba a mi barraca.

Mi suegro siempre me dio miedo.

Saco la cámara de su escondite. Es la primera vez que la tengo en las manos; pesa. Ahora que me acuerdo, nunca llegué a ver más de un par de las fotos que escupía, las primeras que le hizo el padre de Antonio a la huerta cuando la sacó de su embalaje. Para probarla, supongo. Rebusco por los cajones, me gustaría dar con alguna que me recordara aquella época, pero no encuentro nada.

Debería marcharme ya, tengo prisa. Devuelvo la cámara a su sitio y cierro el cajón, algo raspa por debajo. Tanteo con los dedos y descubro un papel

grueso pegado en la parte inferior. Tiro de él hasta arrancarlo; es un sobre amarillento con un sello en el que aparece la imagen de la reina de Inglaterra. No está cerrado. Contiene una fotografía, es anterior a la Polaroid. En ella, mi suegro sostiene a su hija en un abrazo. No era un hombre cariñoso. Ambos miran a la cámara, ella sentada sobre sus rodillas, las caras juntas, las piernas de Piedad entreabiertas, él esbozando una sonrisa extraña, ella seria. Por la edad de mi cuñada, la foto debió haber sido tomada un par de años antes de mi viaje a España. Piedad viste una falda floreada, pero está desnuda de cintura para arriba. Tampoco lleva nada debajo de la falda, ni siquiera unas braguitas. Mi suegro la inmoviliza desde atrás, sujetando sus brazos de tal manera que la niña junta los puños sobre la cintura. Él también lleva el pecho al aire. Miro de nuevo el sobre, más que nada por apartar la vista de esa imagen, y descubro el remite de una tienda de fotografía en Londres junto a un membrete llamativo que representa una cámara fotográfica antigua.

Se me seca la garganta y mis ojos se humedecen.

No, no puede ser cierto lo que estoy pensando...

Meto la fotografía en el sobre y lo coloco debajo de la Polaroid. El pegamento que lo mantenía en su escondite ya no es capaz de soportar ese secreto. Deshago el camino y salgo a la calle buscando aire.

¡No, es imposible que ocurriese lo que estoy pensando!

Corro al banco, el tiempo apremia.

—Aquí tienes tus libras —dice José Carlos en cuanto me planto delante de él—. ¿Cuándo piensas regresar?

Le cuesta soltarlas. Quiere pagar con ellas una información que no estoy dispuesta a darle.

—Eso no te importa —contesto justo antes de arrebatarse los billetes.

—Tu calcetín se está agotando, no deberías gastar este dinero —dice con desprecio en su mirada—. No recibirás una pensión hasta dentro de mucho tiempo, si es que la recibes. Las pensiones de viudedad son solo para auténticas viudas, y dudo que tú lo seas. Hazme caso, no vayas a Inglaterra a ponerte en evidencia.

Me doy la vuelta y me dirijo a la salida.

—¡Da recuerdos a Piedad! —grita con esa voz babosa con la que habla siempre de ella.

Piedad... ¡No, definitivamente es imposible!

Entro por última vez en el piso y recojo la maleta color naranja con

ruedecitas. Corto la llave de paso del agua, desenchufo la tele y el termo, y cierro la puerta. No he querido llamar al único taxista del pueblo, Pedro es casi peor que José Carlos. Sé que está esperando mi llamada, frotándose las manos, contando los minutos que tardará en llevarme hasta el aeropuerto, seleccionando sus preguntas...

El tiempo en mi contra.

«*The phone you are calling is off...*»

Arrastro la maleta hasta la parada del autobús. Falta muy poco para que den las diez y media, a esa hora sale el siguiente que va a Valencia. Pasa cada treinta minutos, tras recorrer otros pueblos de la zona en los que se llena de pasajeros.

La humedad me asfixia, o quizás es el recuerdo de la mirada de Piedad en la fotografía. ¿Por qué estaría escondida en la parte de debajo de ese cajón?

El sol sobre mi cabeza.

La parada vacía.

El autobús llega con dos minutos de retraso. Subo a pulso la maleta, ahora sí que pesa. El chófer arranca, mi viaje ha comenzado. No quiero pensar en nada más que no sea encontrar a mi hijo. Hay un asiento libre y lo agradezco, ya estoy cansada apenas empezado el día. Miro el paisaje con indiferencia, como si no me estuviera despidiendo. El teléfono vibra en mi bolso y lo saco nerviosa, esperando que el nombre de Toñete aparezca en la pantalla.

«Carlos.»

—¿Amparo? —pregunta el amigo de mi hijo.

—Hola, Carlos —contesto en voz baja—. ¡Gracias por llamarme!

—No se preocupe, dígame. ¿En qué puedo ayudarla?

—¿Puedes decirle a Toñete que me llame? Hace semanas que no hablo con él y estoy muy preocupada. Ayer dejó un mensaje en mi contestador, me pedía que fuese, no sé para qué. Estoy a punto de coger un avión. Su teléfono está apagado y no sé qué más hacer. —El disgusto me rasga la voz.

—Lo siento, Amparo, pero su hijo ya no vive conmigo, ni siquiera está en Londres, se trasladó al sur hace ya un par de meses. Los últimos días que pasó aquí lo encontré un poco... desubicado. Pero bueno, eso nos pasa a todos cuando vamos a cambiar de trabajo y de casa, ¿no? —dice sin darle importancia.

—¿Sabes dónde puedo encontrarlo?

—Sé que vive en algún lugar del condado de Surrey. Me explicó que iba

detrás de un tipo, y lo había encontrado por esa zona.

El autobús llega a su última parada y los pasajeros empiezan a apearse.

—Carlos, ¿tú sabes quién era ese hombre al que mi hijo buscaba?

—Sí, claro. Buscaba a aquel inglés que fue al pueblo hace algo más de un año. ¿Lo recuerda? Charlie, el que se quedó en el hostel —aclarar—. Pero no se preocupe, seguro que Toñete está bien, sabe cómo buscarse la vida. Creo que encontró trabajo en hostelería en algún lugar de East Horsley, es un auténtico cocinillas.

—Sí, esa fue la dirección que me envió —digo recordando el mensaje de texto.

—Lo siento, no sé nada más. Debo cortar, llego tarde a una entrevista —dice con voz atropellada.

—¡Muchas gracias, Carlos!

—No se preocupe —añade para despedirse.

Levanto la vista, en el autobús solo quedamos la maleta color naranja con ruedecitas, el chófer y yo. Me bajo rápido esperando encontrar un taxi cuanto antes.

—*A*l aeropuerto —digo nada más abrir la puerta del taxi en la parada de la estación de autobuses.

Intento meter la maleta conmigo.

—Espere, señora, ya llevo su equipaje al maletero.

Ocupo el asiento de atrás, rodeada de ambientador, y dejo que el taxista haga su trabajo. Compruebo la hora. ¡Por favor, que se dé prisa!

Ni una palabra en todo el trayecto.

—Diecinueve con treinta y cinco —dice en cuanto se detiene frente al acceso de Salidas.

Mientras busco mi cartera, él saca mi equipaje y lo coloca al lado de mi puerta. Le entrego un billete de veinte euros, me apeo y echo a andar sin esperar el cambio.

Ni un «gracias».

Unas puertas de cristal se abren y veo enfrente el mostrador de Información. Me acerco, saco el billete electrónico y lo pongo bajo las narices de una señorita vestida de uniforme.

—Debo coger este avión. ¿Puede indicarme adónde tengo que ir?

La azafata lo mira durante unos segundos.

—Siga este pasillo hasta el fondo, pase el control y busque la puerta número 2, no tiene pérdida. ¡Pero dese prisa, no le queda mucho tiempo!

Mi maleta naranja vuela detrás de mí. El nudo que se ha formado en mi estómago y agarrado a mis vísceras me obliga a correr como una loca. Supero cada una de las pruebas de la yincana a la que someten a los viajeros y por fin llego a la meta de la puerta de embarque. Juro que antes no era así, creo que hace demasiado tiempo que no viajo. Con la boca seca, atravieso el tubo plateado que me lleva hasta el avión. Me recibe una azafata que me ayuda a colocar la maleta en el compartimento situado sobre nuestras cabezas.

—Recuerde apagar el móvil —dice sonriendo—. Despegaremos enseguida.

Lo saco del bolso antes de sentarme. ¡Un mensaje! Pulso sobre el icono, es

de Piedad. La cara me arde. ¿Habrá encontrado la fotografía fuera de su sitio? No creo, debo calmarme.

El resto de pasajeros ocupa ya sus asientos. Nadie más de pie. Me miran con impaciencia, como si me hubieran estado esperando para despegar, aunque todavía faltan diez minutos para la hora prevista.

Tres butacas, la de en medio vacía. La mía.

Un chico con calzado de trotamundos ocupa la que está junto al pasillo. Se levanta para dejarme pasar.

—Muchas gracias —le digo.

El muchacho me sonrío y su gesto me reconforta.

—¡Apague el móvil, la azafata viene hacia aquí! —susurra.

—¡Pero es que acabo de ver que tengo un mensaje!

—Eso ya no importa. ¿Se va a bajar ahora de este avión? No, ¿verdad? ¡Pues ya lo leerá luego! Solo son un par de horas.

Apago el teléfono y lo meto en el bolso justo antes de que la azafata llegue a mi altura.

—Abróchese el cinturón, estamos a punto de despegar —dice escondiéndose detrás de una falsa sonrisa y un uniforme aún más feo que el de la chica del mostrador de información.

Me recuesto en la butaca y respiro hondo para controlar los nervios. Abro y cierro las manos varias veces, las pongo sobre los muslos, cruzo los brazos...

El avión comienza a deslizarse por la pista y se transforma en una locomotora. Cada vez avanza más veloz, más ruidoso, más descontrolado, hasta que, por fin, se eleva. En unos minutos recupera la horizontalidad en el cielo y suelto el brazo del joven sentado a mi derecha. Me he aferrado a él sin darme cuenta. Nunca me gustó volar.

—Es usted peor que mi madre —dice con una sonrisa.

Junto a la ventanilla, un hombre lee el periódico sin que le tiemblen las manos, como si estuviese en el salón de su casa.

Resoplo y dejo que mi cuerpo descanse. No imagino a Antonio viajando en avión. De los dos, él siempre fue el menos atrevido, nunca le gustó hacer cosas nuevas, diferentes. ¿Cómo acabamos juntos? Todavía hoy sigo sin comprenderlo. Lo quería, claro que lo quería, pero nunca me temblaron las piernas al verlo, ni me falló el pulso ni sentí mariposas en el estómago. Cuando nació Azucena, conseguimos acallar los rumores. Solo nosotros sabíamos que, en más de tres décadas de convivencia, habíamos hecho el amor

las mismas veces que una pareja normal en su primer mes de matrimonio.

No era amor lo que nos había unido, aunque quizá lo confundimos. Era amistad. Antonio fue mi mejor amigo. Los rumores hicieron el resto y nosotros nos dejamos llevar. Por eso sé que jamás se hubiera ido sin despedirse de mí, sin decirme adónde iba.

Más de un año sin él. Más de un año soportando burlas y chismes. Cuanto más imploraba que me escucharan, que me ayudaran a buscar su cuerpo, más inflaban sus mentiras. Y ahora Toñete... Él, como yo, sabe que no son más que patrañas inventadas por personas aburridas que buscan llenar sus vidas con miserias ajenas. ¿Por qué perseguiría a Charlie? ¿Se refería a él cuando dijo: «Está aquí»?

Las azafatas pasean carritos repletos de bebidas por el pasillo. Los pasajeros se levantan y sacan cosas de las bolsas colocadas en los compartimentos o van al lavabo. Hay mucho ruido dentro del avión. Demasiado. El hombre a mi izquierda mira por la ventanilla haciendo un gesto con los hombros, se separa del respaldo para acomodar su piel dentro de la camisa. Dobla el periódico en pliegues perfectos y lo deja sobre sus piernas antes de apoyar la mandíbula en su puño izquierdo. Mis ojos se paran en uno de los titulares de la página que ha quedado a la vista:

«Encontrado el cuerpo sin vida de un español en el condado de Surrey».

Mi mano se transforma en un garfio y levanto el periódico de las rodillas del hombre.

—¡Tenga cuidado, por favor! ¿Se puede saber qué hace?

—¡Mi hijo está en Surrey!

Mi compañero de asiento me permite devorar la noticia mientras vuelve a su postura melancólica; mi vida y mis problemas le dan igual. En cuanto leo las primeras líneas descubro que no es Toñete y respiro aliviada. Este muerto se llamaba Guillermo, tenía cincuenta y dos años, y su cuerpo fue hallado en un parque de una localidad llamada Guildford, con claras señales de violencia.

—Mi hijo se ha ido a vivir a esa parte de Inglaterra, y hace semanas que no tengo noticias tuyas. Lo siento mucho, me asusté al leer el titular.

—No se preocupe. Lo entiendo.

Me siento ridícula.

Cierro los ojos e intento relajarme. Quiero reorganizar los datos que tengo

de Toñete, cualquier detalle que me ayude a llegar hasta él, por si no lo encuentro a la primera, en la dirección que me envió. A ver, ¿en qué trabaja? Hostelería, eso lo sé, pero ¿dónde? Ni idea. ¿Tiene pareja? Eso tampoco lo sé, le pregunto poco sobre chicas. Supongo que me da miedo que me confiese que se ha enamorado de alguna y saber que va a sentar la cabeza lejos de mí. ¿Quiénes son sus amigos? ¿Dónde vive? ¿Con quién? ¿Ha estado enfermo alguna vez desde que llegó a Inglaterra? ¡Ni siquiera sabía que había dejado Londres! Más preguntas invaden mi cabeza y no tengo respuesta para ninguna. Los ojos se me llenan de lágrimas y decido mantenerlos cerrados para que no escapen.

—¡Vamos a aterrizar! —dice el joven sentado a mi derecha—. Si quiere, puede agarrarse otra vez a mi brazo.

Debo de haberme quedado dormida, tengo la sensación de que no han pasado más de diez minutos.

—Muchas gracias, pero creo que ya no me hace falta —digo enderezándome en mi asiento, el cinturón abrochado.

El avión inicia el descenso y no puedo controlar un vaivén en mi tripa que me obliga a clavar las uñas en los reposabrazos.

¡Por fin en tierra! Salgo del avión tras mis dos compañeros de fila; yo arrastrando mi maleta naranja, el hombre del periódico deslizando una Samsonite color champán, el joven cargando una mochila a su espalda.

«The phone you are calling...»

A la salida del aeropuerto esperan tantos taxis que no es necesario ni hacer cola. Me subo a uno y, con cierta ansiedad, le doy la dirección. Mi inglés está tan oxidado que debo repetírsela un par de veces.

Enseguida se incorpora a la carretera. El volante al otro lado me descoloca y me mareo un poco; prefiero mirar por la ventanilla. El paisaje que se cuele a través del cristal muestra árboles enfermos de un otoño incipiente mucho más feroz que el de España, y la escasa intensidad de la luz del sol provoca un escalofrío que me recorre la espalda. Me recuerda a Suecia. Por un momento, echo de menos el sosiego caluroso del ocaso veraniego en el porche de la barraca, pero me alegro de haber tenido el coraje de dar este paso. La angustia, sin salir de casa, es mucho más densa.

Allí espero, aquí busco. Estoy harta de esperar.

*D*urante el trayecto me acuerdo del mensaje de Piedad que no he podido leer en el avión. Busco el móvil con manos temblorosas:

«Eres muy valiente. Espero que todo te vaya muy bien».

Aprieto con fuerza el teléfono y aprieto la mandíbula para que no se me escape un sollozo. La opinión de Piedad me importa, no quiero defraudarla.

Vuelvo a concentrarme en el verde del paisaje hasta que el taxi se detiene frente a una pequeña casa de ladrillo rojo situada en el acceso de una urbanización o área deportiva. El color grisáceo del día se asemeja a las ideas que deambulan por mi cabeza. Pago la carrera con unos billetes a los que todavía no estoy acostumbrada y me quedo allí plantada, junto a mi maleta naranja, contemplando cómo se aleja el taxi. Cuando lo pierdo de vista, dejo caer mis hombros y trago saliva con sabor a congoja.

Arrastro mi maleta hasta la casita roja y entro en lo que parece una recepción. Un hombre con más arrugas que pelo me sonríe detrás de un mostrador.

—Hola, buenos días —saludo en mi inglés de andar por casa.

—Buenas tardes —contesta y me doy cuenta de que todavía no he comido.

Si Inglaterra se parece un poco a Suecia, me será difícil encontrar un sitio donde comer algo a estas horas. Da igual, creo que hoy los nervios me alimentan, no tengo hambre.

—¿En qué puedo ayudarla? —pregunta en un inglés con acento extraño.

Me cuesta comprenderle.

—Estoy buscando a alguien.

El anciano dice algo ininteligible para mí. Me sonríe esperando una respuesta que soy incapaz de darle.

—Perdone, no le comprendo.

Repite las mismas palabras. Sé que es inglés lo que habla y que él sí me entiende.

—Soy galés —descifro al fin—. ¿De dónde eres?

—Española... O sueca, según se mire. Hablo los dos idiomas.

—Espera un momento —dice con un gesto amistoso, con el que me invita a quedarme allí, y sale por una puerta lateral.

Vací mis pulmones exhalando muy despacio a la vez que relajé los músculos del cuello y de los hombros. Todo va a ir bien. Suelto el asa de la maleta y paseo la mirada por las paredes de la recepción. Descubro tableros con información de horarios de apertura y precios de uso de instalaciones deportivas, de alquiler de bicicletas, de tiendas de campaña y del servicio de lavandería. Sobre el mostrador hay un montón de folletos sobre excursiones por la zona. Al fondo, una mesita baja rodeada de sillones gastados por el uso, pero cómodos en apariencia. Junto a ellos, un par de máquinas expendedoras de chocolatinas, té y café. Me parece un espacio acogedor, con esas fotografías enmarcadas que reproducen paisajes verdes y amplios.

Oigo unos ruidos tras la puerta por la que ha salido el anciano; ahora habla con alguien. Su voz se va acercando hasta que entra en la recepción acompañado por un hombre alto y delgado. Nuestras miradas se cruzan: la suya es de un azul triste; la mía de un marrón que implora ayuda. A medida que se acerca, me parece más evidente su estatura inaccesible; sus piernas y sus brazos son excesivamente largos y delgados.

—Hola, buenas tardes —dice en un español lleno de consonantes afiladas—. ¿En qué podemos ayudarla?

—Estoy buscando a alguien —repito.

—Un inquilino del *camping*, supongo. ¿Sabe si se aloja en tienda o en caravana?

—¿Esto es un *camping*? —pregunto con asombro.

Antes de que responda, vuelvo a fijarme en el mostrador, los folletos, los carteles informativos, la naturaleza desbordante de las fotografías, y comprendo que salta a la vista, no sé cómo no me he dado cuenta nada más entrar.

—Sí, es un *camping*. ¿A quién busca?

—A mi hijo. Se llama Toñete.

El hombre alto se vuelve hacia el anciano y le traduce lo que acabo de decir en un inglés comprensible para mí casi en su totalidad. Es gracioso cómo pronuncia «Toñete». El anciano responde algo de lo que solo entiendo palabras sueltas.

—Dice que actualmente no hay ningún español alojado aquí y que ninguno

de los que han estado durante el verano tenía ese nombre.

—Antonio, se llama Antonio.

—Tampoco —responde sin preguntar de nuevo al anciano—. Resido aquí durante todo el año y le aseguro que no ha venido ningún español llamado Antonio. Este es un sitio familiar, donde nos conocemos todos, y yo, en especial, busco la compañía de los visitantes españoles. Viví muchos en su país.

Intento sonreírle, pero me es imposible; no sé qué es lo que voy a hacer ahora. Trago una saliva inexistente, la boca reseca.

—Por favor, ¿puede preguntarle si tiene alguna cabaña o algo similar donde pueda quedarme unos días? —Sí, ya sé que el viejo me entiende en mi inglés chapucero, pero ahora, delante del larguirucho que habla español, me da vergüenza no pronunciar bien las eses, las haches o cualquier vocal, y sonar ridícula.

Los dos hombres intercambian frases rápidas hasta que parecen acordar algo y se dirigen a mí de nuevo:

—Andrew dice que, aprovechando el final de temporada, van a hacer obra en las casetas. Como se encuentran en un estado bastante deplorable y llevan tiempo sin alquilarlas, puede facilitarle una tienda de campaña, un saco y una esterilla.

Espero que sea una broma. No sé por qué, pero no me veo yo montando una tienda de campaña.

—Yo puedo arrendarle una *roulotte* situada junto a mi *motor home*. Está en perfecto uso: tiene una cama y una pequeña cocina. Se la dejo a buen precio.

—¡Me la quedo! —digo sin preguntar nada más.

Agarro el asa de mi nueva maleta y echo a andar detrás del larguirucho sin comprender por qué mi hijo me ha enviado a este lugar.

Salimos de la casita roja y recorremos un camino asfaltado hasta llegar a un lago rodeado por un bosque. Varias caravanas y tiendas de campaña añaden otros toques de color al verde del paisaje. Seguimos por un sendero de gravilla donde, a escasos metros, encontramos una autocaravana grande, de las que parece un camión con la casa a cuestas, como un caracol gigante. A un lado tiene aparcado un viejo coche y, en la parte delantera, junto a la puerta, una mesa plegable con una silla de lona. Sobre la mesa una taza de té. Supongo que el larguirucho estaba bebiéndoselo cuando el anciano ha venido a buscarlo. Un poco más allá, la caravana que me ha ofrecido. Es de color

blanco con unas bandas azules en la franja inferior que evocan el mar. Me gusta.

—Mi nombre es Conrad, —dice y se va hacia su autocaravana.

—El mío, Amparo —digo alzando la voz para que me oiga.

Respiro hondo y espero a que regrese, creo que no me ha oído. Cuando sale, lleva en la mano una llave con la que abre la que va a ser mi casa. Aunque todavía quedan un par de horas de luz, las nubes que cubren el cielo impiden ver el interior con claridad. Conrad pulsa un interruptor cercano a la puerta, una bombilla muestra su desnudez en el techo pero dejar ver un espacio parecido a un pequeño apartamento. En el centro del habitáculo se yergue una mesa fija al suelo, tras ella un sofá; deduzco que se convierte en cama. A su lado, un minúsculo armario con algunas perchas. En la parte delantera, bajo una ventana, hay una cocina tan enana que parece de juguete.

—Detrás de aquella portezuela hay un retrete, pero es mejor que utilice los de la zona común, así se ahorrará tener que vaciar el cajón. Allí encontrará también las duchas.

Abro la neverita colocada junto a la mesa. Está vacía y a temperatura ambiente.

—Ahora mismo la enchufo —dice.

—Sin prisa, no tengo nada con qué rellenarla.

El larguirucho sonrío. Alarga una mano hacia el exterior y recoge mi maleta.

—Cuando se instale, venga a mi casa. La invito a un té —dice antes de salir.

En cuanto lo hace, cierro la puerta y saco mi móvil. Un nuevo intento.

«*The phone you are...*»

¡Ahora más que nunca necesito que cambie esta cantinela! Toñete, ¿dónde estás?

Respiro hondo y aprieto los puños. ¿Por qué me enviaría mi hijo esta dirección? ¿Tendrá algo que ver con Charlie? ¿Con Antonio? No puedo evitar pensar que ese «está aquí» se refería a su padre.

Froto mis manos para aliviarlas de la tensión que oprime todo mi cuerpo. Necesito hacer algo, estar activa. Me entretengo en colocar mis cosas sobre las repisas que encuentro libres hasta que termino de ordenar mi equipaje. No tardo mucho. Me siento a la mesa y observo el reducido espacio en el que voy a pasar los próximos días. Cruzo las piernas a la altura de los tobillos, siento frío en los pies.

La luz del día está a punto de desvanecerse del todo y la penumbra consigue

hacerme sentir más sola de lo que ya estoy. Cierro los ojos para evitar que se me escapen un par de lágrimas mientras suelto un resoplido. Sé que me recompondré en pocos segundos, ya me ha pasado antes. No me gusta perder el tiempo en lamentos cuando lo que busco es una solución, por eso no me gusta llorar, aunque lo hago con bastante frecuencia.

Me pongo en pie y empujo la puerta de la caravana. La oscuridad que baña el atardecer se cuela entre las copas de los árboles y espero que mis ojos se acostumbren a ella antes de dirigirme hacia las lucecillas que brotan de la vivienda de Conrad. La mesa plegable y la silla de lona siguen en el exterior, pero ya no queda ni rastro de la taza de té.

Mi nuevo vecino abre la puerta antes de que la golpee con los nudillos. Desconozco si estos vehículos tienen timbre. Desde el umbral compruebo que su vivienda móvil está mucho más equipada que la mía. Alcanzo a ver un televisor y una pequeña biblioteca, sobre la mesa un frutero y un par de revistas. Parece un hogar.

No me invita a pasar.

Llena dos tazas con agua caliente de una tetera eléctrica. Las coloca en una bandeja y me muestra una cajita de madera repleta de sobrecillos de té.

—El mismo que vaya a tomar usted —le digo.

Escoge dos bolsitas de color rojizo y las introduce en el agua.

—¿Leche? —pregunta.

—No, gracias.

Añade un azucarero a la bandeja y sale al improvisado porche. Lo sigo y me quedo parada al darme cuenta de que solo hay un asiento. Deja la bandeja sobre la mesa plegable y saca otra silla gemela.

Es lo primero que como desde el desayuno.

—Es usted muy amable —le digo—. Lo cierto es que hoy no he tenido tiempo de comer nada. Este ha sido un viaje algo precipitado, ¿sabe?

Conrad se levanta y entra de nuevo en su autocaravana. En pocos segundos sale con un platito de pastas que le agradezco sobremanera y un sándwich empaquetado de los que venden en las gasolineras.

—Tome, con esto podrá cenar más tarde —dice.

Asiento con la cabeza, tengo la boca llena de pastas y no puedo contestarle de otra manera.

—Perdone, antes me ha dicho su nombre, pero no la he oído...

—Amparo, me llamo Amparo.

El rostro de Conrad se ilumina.

—¡Igual que mi mujer! Era española, de Benidorm. Estuvimos juntos veinte años.

—Claro, por eso habla usted mi idioma con tanta soltura.

Sonríe con orgullo.

—Ella también hablaba el mío. Al principio establecimos nuestra residencia en su país, pero solíamos volver aquí en verano, durante las vacaciones; demasiado calor el del Levante español, y demasiada gente, ya sabe... Los últimos años los pasamos en Inglaterra. Solo en Navidades nos trasladábamos a España, y nos quedábamos hasta enero, aunque pensábamos instalarnos allí definitivamente cuando nos jubiláramos.

Le hago ver con un gesto que no me extraña. Son muchos los ingleses que inundan las costas españolas en los meses de invierno. Incluso hay una colonia inglesa cerca de mi pueblo; de vez en cuando, se pasean en grupo por nuestras calles, en especial para ir al banco o al médico.

—Yo nací en Suecia —le digo—. Viví allí hasta los veinticinco años. Comprendo sus planes, aunque yo elegí quedarme en el calorcito español.

—Pensé que era usted española.

—¡Y lo soy! —respondo como si me hubiera clavado una daga—. Bueno, no. Nací en Suecia, pero mis padres y abuelos eran españoles. Mi marido y mis hijos también lo son.

—Entiendo.

Me doy cuenta de que he utilizado el presente para referirme a Antonio. Tras un momento de silencio, él retoma su pasado:

—Mi mujer murió hace casi un año. Desde entonces vivo aquí, solo, en esta *motor home* que compramos juntos.

Su voz parece nublarse y ambos nos resguardamos en nuestras tazas de té. Agradezco el calor del líquido ardiente. Aunque no hace frío, la humedad me está taladrando los huesos.

—Así que busca a su hijo...

—Sí. Ha estado unos meses viviendo en Londres, pero hace unas semanas se vino para esta zona. Buscaba trabajo en hostelería. Me envió la dirección de este camping.

—¿Para que se alojara en él? —pregunta con curiosidad.

—No. Bueno, no lo sé. Me dejó un mensaje en el teléfono pidiendo ayuda y escribió esta dirección.

—¿No ha hablado con él antes de venir?

Aprieto la mandíbula y me concentro en el té, que baila en mi taza. Lo bueno de estar ante un extraño es que puedo contarle mi historia de forma más clara, sin rodeos ni antecedentes, porque se supone que él no tiene prejuicios sobre lo que me sucede. Llevo demasiado tiempo callando, ya es hora de arrojar fuera tanta amargura.

Los ojos de Conrad cambian a medida que me escucha. Su azul se vuelve más suave, como el del mar al atardecer.

El té se me va quedando frío.

—¿Te he dicho cómo murió mi mujer? —dice—. Perdona, dudo si te lo he contado ya, porque lo repito tantas veces..., se lo cuento a todo el mundo... —Baja la mirada. Qué difícil es mantenerla cuando nos estamos desnudando—. La derribó un coche mientras paseábamos en bicicleta. El cabrón ni siquiera paró.

Una mueca dibuja arrugas desesperadas en su cara. Pienso que tal vez no haya estado siempre así de flaco. Yo misma estoy mucho más delgada desde la desaparición de Antonio. Es lo que tiene la congoja, que se disfraza de tapón y se coloca en la garganta impidiendo que lo atravesase cualquier cosa, a ratos incluso el aire.

—En cuanto oí el ruido del motor, casi apagado por la música que escapaba de la ventanilla, supe que el coche iba demasiado deprisa —continúa—. Me giré sobre la bici y le hice un gesto al conductor para que redujera la velocidad, pero en lugar de eso me saludó burlón. Memorice su rostro de piel clara, su pelo rubio, el modelo del coche y la matrícula: todos los números menos el último. Cuando me volví hacia Amparo, buscando su complicidad contra ese conductor estúpido, la encontré en el suelo. La cabeza llena de flores aplastadas mezcladas con sangre, casi como en la canción en español que escuchaba el asesino, de la que solo llegué a oír un verso: *Jazmines en el pelo y rosas en la cara*. Llamé para pedir una ambulancia sabiendo que ya era tarde.

Sonríe con angustia. Traga saliva en un intento por darme más detalles, pero no puede continuar esa historia que lo despelleja por dentro.

Prefiero dejarlo con su dolor. Me levanto y, en silencio, entro en mi caravana con la melodía de los jazmines y las rosas bailando en mi cabeza. ¿Quién cantaba esa canción?

*A*manece.

He dormido a trompicones. La noche ha sido fría y he extrañado la cama, los muelles de sus tripas chillaban con el más leve de mis movimientos. Además, mi estómago no ha dejado de recordarme que ayer lo alimenté tan solo con un té y poco más.

Busco en mi neceser una pastilla de jabón. En el diminuto lavabo encuentro, por suerte, una toalla que parece limpia. Tendré que comprar gel y champú; malditos líquidos en los aviones. Escojo unas prendas cómodas, me visto y salgo en busca de los baños comunes. La mañana es fresca. No tardo en tropezarme con los carteles que indican la localización de los espacios de uso público en el camping. Sigo las flechas que marcan el camino hacia los aseos sin cruzarme con nadie en el trayecto. Tampoco coincido con un alma durante mi ducha.

Mejor así.

Regreso hacia mi caravana escudriñando en los letreros alguno que señale la presencia de un bar o una cafetería, cualquier opción que me sirva para acallar el llanto que emiten mis tripas. Distingo uno con la palabra «Supermarket». En cuanto deje el neceser y la toalla mojada en mi caravana y coja dinero, seguiré esa flecha.

Paso junto a la autocaravana de Conrad; sobre la mesa plegable, una botella de ginebra vacía y un vaso. La puerta cerrada.

Guardo la cartera en un bolsillo y me dirijo al supermercado con más dolor de estómago que hambre. Desde la muerte de Antonio mi apetito ha disminuido de una forma tan brusca que diría me alimento por necesidad vital. Un aviso en la puerta indica que abrirá dentro de un par de horas y solo durante sesenta minutos. No creo que tenga muchos clientes con ese horario, aunque tampoco es que se aloje mucha gente ahora mismo en el camping. Supongo que en temporada alta será distinto.

Necesito comer algo o empezará a dolerme la cabeza. Recuerdo las

máquinas de chocolatinas que vi a mi llegada y pienso en desvalijarlas y sentarme con mi botín en esos sillones gastados. Intentaré entenderme con el anciano que me recibió ayer, Edward creo que se llama, no, Andrew. Quizás haya algún bar o cafetería cerca donde pueda conseguir un alimento más sólido y, de paso, indagar si han contratado últimamente a algún español.

Debería encontrar alguna pista suya en los alrededores, es la única explicación de que me escribiera esta dirección. Tal vez utilice un nombre falso, incluso puede que Conrad lo haya visto y no haya sospechado ni por un segundo que es español, en realidad no lo parece.

En dos zancadas llego a la casita roja, la puerta está abierta, pero encuentro la recepción vacía. Paso hasta el fondo y me peleo durante unos minutos con billetes y monedas hasta que consigo sacar algo que llevarme a la boca. Me siento en uno de los sofás, es bastante cómodo. Devoro mi chocolatina sin darme cuenta de que Andrew ha llegado en silencio y se ha situado en su puesto, detrás del mostrador. Cuando lo descubro, doy un respingo. Lo saludo y él me devuelve una encantadora sonrisa de ojos achinados.

—¿Puede ayudarme? —le pregunto en inglés.

—*Of course.*

¡Eso sí lo he entendido!

—¿Podría decirme si durante este año ha tenido como inquilino a algún español llamado Antonio?

—No —añade algo más, pero no lo comprendo.

—¿Le importaría comprobarlo? He venido desde España y no encuentro a quien busco.

Supongo que ve la angustia en mi cara porque me sonrío con dulzura y abre una pantalla en su ordenador llena de tablas y colores; parece la base de datos en la que María Ángeles organiza los viajes de los turistas que visitan nuestra costa.

—No, ningún Antonio —repite.

—Está bien, no se preocupe... ¿Conoce algún restaurante cercano?

Tal vez lo que me envió Toñete es la dirección del restaurante en el que trabaja y se confundió en un número o qué se yo.

Andrew comienza a darme explicaciones. Mueve las manos para enfatizar cada indicación, pero no comprendo nada, ni siquiera palabras sueltas. No me rindo y pregunto de nuevo:

—¿Restaurante?

El viejo me anima a acercarme, me señala que quiere enseñarme algo en su ordenador. Me coloco a su lado y espero a que use el teclado. Lo hace rápido, aunque solo utiliza los dedos índices. Dos pequeños recuadros, uno al lado del otro, surgen en la pantalla. En el de la izquierda aparece una frase en inglés y, de forma automática, su traducción al español asoma en el de la derecha. Andrew inaugura el intercambio escrito:

«Creo que no me entiende, yo a usted sí.»

Me sonrío y veo brillo en sus ojos, aunque no sé si es el reflejo de la emoción que baila en los míos.

Es mi turno ante el teclado. Aunque Andrew asegura entender mi inglés chapurreado, prefiero escribir en mi idioma y asegurarme la comunicación.

«Busco un restaurante cercano en el que pueda estar trabajando mi hijo.»

«Quiere darle una sorpresa, ¿eh? El local para comer más cercano es lo que aquí llamamos un pub y está en East Horsley, a veces contratan personal extranjero, ya sabe, jóvenes que vienen para aprender inglés. —Me mira para comprobar que he leído su mensaje y continúa—: ¿Se va a quedar en la caravana de Conrad?»

Muevo la cabeza de arriba abajo. Él también asiente y escribe:

«Si va a quedarse necesito su documentación y todos sus datos, incluido un número de teléfono. Y deberé pasárselos a Conrad, él es su casero».

—¡Ay, sí, perdone! —digo rebuscando el DNI en mi cartera.

Se lo entrego y lo deja al lado del ordenador. Todavía no va a tomar mis datos, ahora estamos hablando. Eso me gusta.

—¿Pide la documentación a todos los inquilinos? —le pregunto de viva voz.

«Por supuesto —escribe—, y los registro en la base de datos, por eso sé que no hemos tenido a ningún Antonio en el último año. El pub más cercano se llama Duque de Wellington.»

—¿Está muy lejos?

«No. Puedo alquilarte una bici. Sigue la carretera y lo encontrarás, no tiene pérdida.»

Abro la cartera para buscar unos billetes, quiero llegar allí cuanto antes, tal vez encuentre a mi hijo entre sus fogones. Andrew pone una mano sobre las mías y me hace guardar el dinero. Escribe:

«Abre a las once. Tardas menos de diez minutos en llegar».

Trago saliva y compruebo la hora en la parte baja de la pantalla. Todavía no han dado las nueve de la mañana.

—Vendré a las diez y media.

Andrew regresa a la pantalla con la base de datos. Anota los míos en uno de los cuadrantes antes de devolverme el DNI. Sonríe mientras trabaja y un hoyuelo se marca en su carrillo derecho. Le facilito el resto de la información requerida y me dirijo hacia la puerta pensando que este hombre debió romper algún que otro corazón en sus años mozos.

El sol ha ganado la batalla a las nubes grises y se muestra victorioso en el cielo. Desando el camino hacia la caravana y veo, a lo lejos, que algunas personas pasean alrededor del lago. El camping ya tiene vida, aunque no demasiada. La autocaravana de Conrad sigue cerrada, la botella de ginebra vacía sobre la mesa portátil y el viejo coche aparcado a un lado.

Entro en mi extraño alojamiento sin saber qué hacer. Me ahogo dentro.

También fuera.

Vuelvo a comprobar la hora. Ya son las nueve y media, qué lento pasa el tiempo.

Hay algo... No sé, algo que se me escapa. Supongo que los nervios me están jugando una mala pasada, me parece que todo tiene un doble sentido y me da la sensación de que me estoy perdiendo la mitad de un dato importante. Debo tranquilizarme.

Con la canción de los jazmines todavía sonando en la cabeza, camino hasta el lago y dejo que la brisa me acaricie el rostro.

*Jazmines en el pelo y rosas en la cara,
airosa caminaba la flor de la canela.*

*P*edaleo rápido. El viento inglés me azota la cara. Todo es verde a mi alrededor, de un verde nuevo, un verde húmedo a pesar del sol matutino.

Andrew tenía razón, he llegado al pueblo en menos de diez minutos. Aún no son ni las once. Recorro las calles, o debería decir «la calle». Localizo el Duke of Wellington en una esquina. Aún no ha abierto al público. East Horsley no tiene mucho más, casi todo es campo, pero un campo señorial. Para hacer tiempo, he atravesado East Horsley hasta salir del pueblo por el otro extremo, y allí, un poco más a lo lejos, distingo la estación de tren.

Freno la bicicleta, doy media vuelta y desando el camino, tengo que hacer tiempo. Giro hacia la izquierda y me topo con una explanada verde delante de una enorme casa, parece un palacio. En su parte frontal, una escalinata trepa hasta una amplia terraza. Supongo que, hace años, *lores* y *ladies* celebrarían fiestas en ella respaldados por un ejército de mayordomos y amas de llaves. En el edificio, un par de torres amarillas enmarcan un reloj de números y agujas blancas sobre ladrillos rojizos. Creo haber visto una foto de este edificio en el mostrador de Andrew.

Me paro y respiro hondo. Me gusta este olor, y me gusta esta humedad fresca. La humedad de la Albufera es caliente.

Reinicio la marcha hacia el objetivo como si así pudiera adelantar el reloj. Llego hasta la esquina en la que se encuentra el pub, una señal de tráfico prohíbe ir a más de treinta kilómetros por hora. ¿Cuánta velocidad alcanzaré pedaleando? No creo que llegue a veinte. Una iglesia colindante me hace pensar que el local pudiera haber formado parte de ella. Los tejados de ambos edificios están coronados por chimeneas y adornos que bien pudieran ser gárgolas y crucifijos. En la fachada del pub, el porche aún está desierto, sostenido por columnas bicolores, acicalado con grandes maceteros repletos de flores.

¿Será ya la hora? No, el Duke of Wellington sigue cerrado.

Nadie a la vista. Apoyo la bici en el murete de piedra y me siento en una

mesa de madera con bancos corridos y unidos a su estructura. El sol me da en la cara. Es un sol inglés, un sol que no quema. Cierro los ojos.

Un coche aparca en la explanada y un hombre de poco pelo se apea con parsimonia. Se acerca hasta la puerta. Me mira y me dice que todavía está cerrado.

—¿Es usted el dueño? —le pregunto.

El hombre repite las mismas palabras, o quizás sean otras, no le oigo del todo bien. Sin mirarme, entra en el local y cierra la puerta.

Compruebo otra vez la hora en mi móvil, quedan diez minutos para que den las once, no creo que le importe que pase.

Desde la puerta lo veo trasteando detrás de la barra, se ha puesto un delantal blanco impoluto encima de la ropa. El pub es espacioso; un olor a madera limpia se cuele por mi nariz y me trae recuerdos a barraca recién fregada. Me acerco en dos zancadas decididas, como si fuera a pedir una consumición. El hombre me mira mientras ordena unas botellas dentro de una nevera y, muy despacio, insiste en que todavía está cerrado al público.

—No hablo inglés —le digo en inglés. Menos mal que mi acento es malo—. ¿Hablas español?

Su expresión se vuelve mucho más afable.

—¡Oh! ¡La bella *Espania*! —dice.

Su rostro es simpático, lleno de pecas rojizas a juego con su escaso pelo y con la barba corta que puebla su cara. La parte de sus brazos que deja a la vista también está repleta de pecas.

—*Sorry, me* no hablar español, solo un poquito —se excusa, y cruza una puerta transparente a través de la cual le veo organizar la cocina.

Está claro que no piensa atenderme hasta que sean las once en punto.

Minutos interminables.

La puerta del pub se abre y entra un grupo de tres mujeres. El camarero oye el ruido, comprueba la hora en su reloj de pulsera y corre a saludarlas; intercambian un par de frases y ellas se dirigen a un rincón para ocupar un banco de madera con cojines de colores. El joven pelirrojo regresa tras la barra y prepara la comanda mientras se repite el ruido de la puerta; nuevos clientes, ya no conseguiré nada a no ser que me convierta en uno de ellos. El caso es que las chocolatinas y el café me han quitado el hambre.

—Coca-Cola, por favor —le digo en cuanto lo tengo cerca.

Me la sirve rápido, casi sin mirarme. Las clientas del fondo colman toda su

atención; diría que está nervioso. En cuanto se dirige hacia ellas con la bandeja, me coloco de espalda a la barra y, con la Coca-Cola en la mano, lo observo ir y venir por el local. A mi izquierda, una cabeza de vaca sobre la chimenea preside con su mirada bovina la nueva jornada en el Duke of Wellington.

La puerta se abre de nuevo. Otro hombre, algo más joven que el camarero pelirrojo, llega hasta la barra en la que estoy apoyada. Pasa detrás, saca de un cajón un delantal idéntico al de su colega y se lo ata a la cintura. Sus brazos lucen tatuajes de varios colores y, aunque no le queda un solo pelo sobre la cabeza, la espesa barba demuestra que es rubio.

—¿Trabaja aquí algún español? —le pregunto en su idioma.

—*Sorry?*

—Que si trabaja aquí algún español —repito intentando pronunciar mejor.

—¡Ou, la bella *Espania!*

¡Parece que no sepan decir otra cosa! Ahora solo falta que añada el famoso «*Me no hablar espaniol*».

—*Me no hablar espaniol.*

¡Ya estamos todos!

—Ya, pero ¿trabaja o no trabaja? —insisto en inglés. Yo no le he pedido que hable español, solo que conteste a mi pregunta en un inglés cada vez mejor matizado por mi parte.

—No. Ahora no hay extranjeros trabajando aquí.

Encojo los hombros, bebo un trago de Coca-Cola que me llena la boca de dulzor pegajoso, y le dedico una de mis mejores sonrisas. Dejo un par de monedas de dos libras sobre la barra y salgo sin despedirme, espero que el supuesto refresco no cueste más de eso. Coloco el bolso en la cesta frontal de la bicicleta y empiezo a pedalear. En cuanto dejo atrás East Horsley, me encuentro sola, no hay un alma por la carretera. Puedo oír con claridad cada crujido de las ramas de los árboles mecidas por la brisa, el rozamiento de las ruedas de mi bici contra el asfalto, mi propia respiración. La bicicleta es ligera y el trayecto completamente llano, el sol se mece entre las frondosas hojas sin achicharrar, dándome solo el calor necesario. Amplios prados verdes se esparcen a los lados de la carretera, de algunas casas solo vislumbro una parte de sus tejados.

Pedaleo.

Y pienso.

Creo que voy a ir a una comisaría; para mí ya es oficial: Toñete ha desaparecido. Espero que Conrad se haya despertado, necesito que me lleve a poner la denuncia y luego al dichoso pub en ese coche que aparca junto a su caravana y haga de traductor.

Entro en el camping, dejo la bici en el mismo lugar del que Andrew la sacó para alquilármela y paso a la recepción. Aquí está, con esos ojillos vivos que apenas pestañean frente a la pantalla de su ordenador.

Me cae bien este hombre.

—¿Cuánto es? —le pregunto.

El anciano pulsa el ratón y nuestra pantalla de traducción simultánea emerge de nuevo.

«Es un regalo de bienvenida. No me debes nada.»

Me dan ganas de abrazarlo, pero me contengo un poco, ya sé cómo son de tiosos los ingleses. Le tomo las manos y, mirándolo a los ojos, muevo mis labios pronunciando despacio: «Gracias», así, en español. El anciano suelta una risilla y escribe:

«Me llamo Andrew».

—Lo sé. Yo soy Amparo.

«También lo sé, lo vi en tu documentación. La mujer de Conrad también era Amparo.»

Sonrío.

—¿Sabes si hay una comisaría de Policía por aquí cerca?

«En Guildford tienes de todo.»

Asiento y me dispongo a marcharme. Con el ratón vuelve a la pantalla por la que navegaba antes de buscar la nuestra y se pierde en su contenido. Ni siquiera ha torcido el gesto ante mi pregunta. Si en mi pueblo un forastero preguntara por la comisaría, las especulaciones serían infinitas. Le acaricio el brazo y me dirijo a la puerta.

El supermercado está abierto. No hay demasiadas cosas en los estantes, ningún producto fresco salvo algunas carnes empaquetadas. Cojo lo suficiente para no morir de hambre durante los dos próximos días y casi siento ilusión por ir a llenar mi diminuta nevera. La autocaravana de Conrad todavía permanece cerrada.

Ya son las doce del mediodía. El sol me anima a dar un paseo antes de aporrear la puerta de mi vecino, que es lo que más me apetece hacer en estos momentos. Camino hacia el lago. Algunos campistas ya han servido la mesa y

empiezan a comer. Yo todavía no tengo hambre, el sabor dulzón de la Coca-Cola permanece pegado a mi paladar y dudo que ese regustillo, mezclado a la ansiedad que me oprime el estómago, deje pasar algún alimento demasiado consistente. Mi deambular me lleva de caravana en caravana, de mesa en mesa. Me da la sensación de estar inmiscuyéndome en vidas ajenas, como si me hubiera colado en huertas extrañas.

Vuelvo por el mismo sendero y me siento en una de las dos sillas de lona que mi vecino tiene a la puerta de su casita móvil decidida a esperar hasta que aparezca.

Esperar.

Diez horas más tarde, que en realidad solo han sido diez minutos, me levanto y toco con los nudillos en la puerta de la autocaravana. Primero con golpes débiles, como si Conrad esperase mi llamada y el más ligero roce le hiciera percatarse de que he llegado y aparecer en el umbral. Luego algo más fuerte, como si estuviera entretenido en una lectura o con un programa de televisión o radio y tuviera que sacarlo de su ensimismamiento. Y por último con auténticos mamporros, como si fuera preciso despertarlo de un sueño profundo dentro de una habitación insonorizada.

Por fin oigo ruidos en el interior, me retiro un poco y la puerta se abre. Aparece ante mí un gigante de aspecto deplorable: el pelo completamente revuelto, las ojeras muy marcadas, los labios cuarteados.

—¿Qué hora es? —pregunta Conrad con su acento cortante.

Su boca emana un terrible aliento.

—Casi las doce y media.

Se coloca la mano en la frente y, durante unos segundos, cierra los párpados arrugando el ceño. Un rayo de sol se cuela entre los árboles y le azota directo en los ojos. Da un paso atrás, se tambalea y sale corriendo tras empujarme para que me quite de en medio. Alcanza un árbol, se apoya en él, doblado por la cintura, y empieza a vomitar.

Mis ojos se dirigen a la mesa plegable, a la botella de ginebra vacía.

¡Mierda, espero que no sea un alcohólico!

Recuerdo a Manrique, aquel hombre solitario al que mi abuela me decía que no me acercara. Siempre andaba borracho, dando tumbos por los caminos. Parecía que no era de por allí, y para variar, la voz del pueblo inventó que si había estado en la cárcel, que si había matado a su familia, que si... Nunca olvidaré la vez que se cayó al canal y tuvieron que sacarlo entre tres

pescadores de tanto como pesaba, de tanto como estaba dispuesto a dejarse morir. Algunos niños lo buscaban para reírse de él. Le tiraban piedras y le escupían, pero su saliva nunca lo alcanzaba porque se la lanzaban desde lejos. Los cobardes siempre operan con el mando a distancia.

Un día se acercó a nosotros, a Piedad, a Antonio y a mí. Estábamos tumbados entre las cañas, como tantas otras veces, mirando las formas que dibujaban las nubes, cuando apareció y se tumbó a nuestro lado. Nos quedamos paralizados por el miedo, mudos. No nos hizo nada malo y durante mucho rato tampoco dijo nada. Solo se quedó allí, junto a nosotros, en silencio. Hasta que de pronto se puso a llorar.

«Yo tenía una mujer y un hijo —repetía—, yo tenía una mujer y un hijo. El fuego se los llevó... No pude salvarlos..., me quedé dormido con el puto cigarro.»

Al rato cerró los ojos y los tres nos fuimos a casa.

«No digáis nada de esto, que no sepan que nos ha hablado —ordenó Antonio—. Será nuestro secreto.»

«Otro más —murmuró Piedad.»

Conrad se yergue. Un hilillo de bilis cuelga de la comisura derecha de su boca. No me mira a los ojos, supongo que no quiere hacerlo. Vuelve a su autocaravana y cierra la puerta. Yo me quedo sentada en la silla de lona. No me iré de aquí hasta que salga y me lleve a la comisaría.

*E*s casi la hora de merendar en España cuando la puerta de la caravana de Conrad se abre. El larguirucho se queda de pie en el umbral. Viste un pantalón de chándal y una camiseta por la que asoman sus brazos; son delgados. Aunque me tiene delante de sus narices no me ve. Sobre su hombro derecho cuelga una toalla y sus manos sujetan una vieja bolsa de playa, concretamente de la playa de Levante de Benidorm. No lo sé porque la haya reconocido, sino porque lo pone bien grande a los pies de una foto que exhibe miles de sombrillas que ocultan el color de la arena.

Pasa a mi lado en dirección a los baños comunes como si fuera un sonámbulo.

Durante el tiempo de espera he arrojado agua sobre el vómito para hacerlo desaparecer. No era mucho, Conrad no tiene pinta de comer demasiado.

La tarde es templada y se ha acompañado de una ligera brisa que traía consigo aromas diferentes a los de España. Aun así, en cuanto el sol se esconde un poco, la humedad que emana de este suelo verde se vuelve fría, tanto que he tenido que ponerme unos calcetines. Con ellos y las sandalias, hasta parezco un poco *british*.

Me sangra un dedo. He mordido tanto la uña que lo he dejado en carne viva.

Conrad aparece al fin por el camino que viene de los aseos. Lleva el pelo húmedo y el rostro recién afeitado. Me mira y me sonríe, ahora sí me ve.

—¿Te apetece un té? —me pregunta amable.

—Sí, muchas gracias.

Parece no acordarse de nada.

Entra en su autocaravana y sale sosteniendo una bandeja con dos servicios de té.

—Te he puesto el mismo que elegiste ayer, pero si quieres cualquier otro...

El té es lo de menos.

—No, ese está bien.

Se sienta e intenta perfilar una sonrisa escocida. Estudio sus ojos y pienso

que son tristes, que su azul es triste, y recuerdo que azul, en inglés, se dice *blue* y que *blue*, además de azul, también significa «triste». Lo sé por una canción antigua que escuchaba mi abuela en un viejo tocadiscos durante aquel verano de mi infancia y que hablaba de una *blue moon*. Era Ella Fitzgerald quien cantaba a aquella luna triste, y yo llegué a aprendérmela entera.

—Lamento lo que ha pasado antes, yo...

—No te preocupes, una indigestión la tiene cualquiera —digo, y me siento tonta porque los dos sabemos que he visto la botella vacía.

Echo un par de cucharadas de azúcar en mi taza y remuevo.

—¿Puedo pedirte un favor? —le digo.

El azul de sus ojos me congela.

—Por supuesto.

Toma aire y doy un pequeño sorbo a mi té.

—¿Podrías acercarme a Guildford? —pregunto—. Quiero ir a la comisaría y denunciar la desaparición de mi hijo.

Noto cómo los músculos de Conrad se tensan. Sostiene su taza entre las manos y el té tiembla dentro, formando unos diminutos surcos sobre la superficie marrón.

—No me llevo bien con la Policía —dice, y bebe un sorbo de su taza. Por la cara que pone supongo que hubiera preferido que fuera ginebra—. Por lo de mi mujer...

Otro sorbo del té que no es ginebra.

—Tras el accidente me volví loco. Me encerré aquí durante semanas acompañado por decenas de botellas de todos los alcoholes baratos que pude encontrar. Ahora, al menos, solo bebo ginebra —añade con un resoplido que quiere ser una risilla triste—. Cada semana, me presentaba en comisaría para repetir mi denuncia. ¡Yo vi la cara del conductor que provocó la caída de Amparo, de aquel hijo de puta que conducía a demasiada velocidad y no fue capaz ni de detener el coche! —Deja la taza sobre la mesa y se seca las palmas de las manos en los pantalones—. El coche ni siquiera la había rozado y yo no podía demostrar de ningún modo que el conductor hubiera rebasado el límite de velocidad ni que esa fuera la causa de la caída de mi esposa. Reconozco que mi aspecto, mi ropa sucia y mi olor a borracho no me ayudaron mucho, la verdad. Lo único que conseguí fue que la Policía me invitara a pasar alguna que otra noche con ellos. —Su voz despide ahora escupitajos de odio—. Actué por mi cuenta, investigué las posibles matrículas, diez en total. Una

de ellas coincide con el modelo de aquella tarde, un Audi A3 color gris plata. Hace poco supe que el propietario se llama Charles Parks, pero no era él quien iba al volante —añade levantándose de su asiento.

¡Charles Parks!

¡Me falta el aire!

—¿Quién conducía? —pregunto temblando por la respuesta.

—Un tipo rubio y lánguido —responde sin mirarme.

Tengo ganas de gritar, de defender a mi marido muerto de una acusación que solo se ha hecho en mi mente, de decirle a este inglés larguirucho que se coma sus palabras, que no sabe de lo que habla, pero no lo hago. Es cierto, no sabe de lo que habla.

Pero yo sí: *Jazmines en el pelo y rosas en la cara...* ¡Ya sé quién lo cantaba! ¡María Dolores Pradera!

«Está aquí.»

Un relámpago de duda me acribilla. No quiero hacer caso a ese maldito relámpago.

Conrad coloca las tazas vacías en la bandeja, las manos le tiemblan. Durante un segundo, apoyo una de las mías sobre las suyas para que dejen de hacerlo.

—Por favor, llévame —le imploro.

Asiente y traga saliva. Sin decir una sola palabra introduce la mitad superior de su cuerpo en la autocaravana y toma unas llaves de la herradura colgada junto a la puerta. Lo persigo hasta el coche aparcado; abre y se sienta al volante, un volante equivocado. Yo ocupo el lugar del copiloto sin que nadie me invite.

El viaje no es tan largo como imaginaba, ni siquiera me da tiempo a que el silencio me resulte incómodo. La estrecha carretera que recorreremos está flanqueada por árboles frondosos que la convierten en un oscuro túnel sin más luz que la de nuestros faros. Un cementerio pegado a una iglesia surge a un lado de la calzada, parece un jardín. Un poco más adelante distingo un restaurante, o pub o lo que sea, podría ser en el que trabaja mi hijo. Poco después tomamos una carretera algo más ancha y enseguida entramos en lo que debe ser Guildford. Conrad sabe bien adónde vamos, conduce sin titubear en ninguno de los cruces por los que pasamos hasta llegar a la comisaría, un edificio blanco que contrasta con las casitas rojizas típicas de la zona. Conrad aparca el coche en una calle cercana y caminamos hasta allí sin decir ni una palabra. Ya en la puerta me vuelvo hacia él.

—Entra conmigo, te lo ruego. Estoy nerviosa y no sé si conseguiré hacerme entender.

El larguirucho abre y cierra sus enormes manazas varias veces antes de decidirse a entrar en la comisaría. No sabe cuánto se lo agradezco. Nos reciben un par de agentes. A mi mente llega la imagen de la pareja de la Guardia Civil llamando a la barraca para notificarme que habían encontrado la barca de Antonio a la deriva. Siento una presión tan fuerte en la garganta que la angustia se transforma en arcada. Los agentes saludan a Conrad como si se conocieran desde hace tiempo. Descubro en ellos un gesto de burla y pienso que quizás sean los mismos a los que Conrad atosigaba con sus penas envueltas en tufos de alcohol y ropa sucia.

Avanzamos hasta un mostrador; otro policía nos hace esperar unos minutos hasta que puede atendernos.

Me doy cuenta de que llevo calcetines y sandalias.

—Quiero denunciar la desaparición de mi hijo.

—¿Qué hace él aquí? —pregunta refiriéndose a Conrad.

—Me ayuda con mi inglés —respondo.

El agente mira a Conrad de arriba abajo hasta que, por fin, lo saluda con una leve inclinación de cabeza dando a entender que está de acuerdo con que me acompañe durante la denuncia.

Comienzo explicando la causa de mi viaje, la falta de noticias de mi hijo durante las últimas semanas y el extraño mensaje que dejó en mi móvil. El policía me escucha con atención, pero sus ojos son distantes. Leo en ellos que mi historia le resulta anodina y que yo solo soy una madre histérica y aburrida que busca a un hijo que lo único que quiere es huir de ella.

Por fin saca un documento y un bolígrafo, y empieza a tomar algunas notas. Me solicita los datos personales de Toñete y, en cuanto le digo su nombre completo, su rostro cambia.

—Espere aquí un momento, por favor —dice antes de salir del mostrador y perderse por un pasillo.

Conrad y yo nos miramos. Los latidos de mi corazón se reparten por todo mi cuerpo. Los siento en las muñecas y en las sienes; me cierran la garganta de tal modo que me cuesta respirar.

El policía regresa y nos ruega que lo acompañemos por el pasillo hasta un despacho donde nos espera otro agente, supongo que de rango superior.

—Buenos días, soy el inspector Jenkins. Siéntense, por favor —nos recibe

señalando un par de sillas colocadas frente a su escritorio.

Él toma asiento al otro lado y me pide que cuente mi caso desde el principio.

—¿Le suena de algo un caballero llamado Guillermo Vázquez? —pregunta cuando acabo.

El caso es que ese nombre...

—No, creo que no. Lo siento.

El inspector abre una carpeta de cartón que guarda sobre su mesa y saca una fotografía: es de un hombre algo más joven que yo, de pelo oscuro y rostro amigable.

—No, no lo he visto nunca.

—El pasado domingo, el cadáver de este hombre fue hallado en un parque de esta localidad con claros signos de violencia.

Miro a Conrad, cree que no he comprendido algunas palabras y me las traduce en voz baja. Ahora ya sé de qué me suena ese nombre, lo leí en el periódico de mi vecino de asiento en el avión. Se lo explico al inspector.

—En el móvil de la víctima se encontraban algunos mensajes de WhatsApp procedentes del teléfono de Antonio Ferrer Lloret, o Toñete, como usted lo llama. El último fue enviado un día antes de la muerte del señor Vázquez, su hijo lo citaba en el mismo parque donde fue encontrado su cadáver.

Me siento agujereada por cuatro pares de ojos incisivos y quiero gritar. ¡Mi hijo no tiene nada que ver con la muerte de ese hombre! Ni siquiera me dan tiempo a pensar una razón que justifique esos mensajes, esa cita. Otra arcada me sube por la garganta y tomo aire para contenerla.

El inspector continúa hablando, casi no lo oigo. El larguirucho traduce y yo me acojo a su mirada, aunque siento que me juzga con ella.

—Por lo visto, han intentado contactar con tu hijo en el número de teléfono que utilizó para enviar esos mensajes, pero permanece apagado o fuera de cobertura. Dice que si sabemos algo de él, avisemos a la comisaría cuanto antes.

¡Que se lo han creído! Ahora más que nunca, debo encontrar a Toñete, él es incapaz de cometer una atrocidad así.

Con gesto serio, el inspector se despide de mí; ni siquiera le agradece a Conrad su labor de traductor.

—Mi hijo no ha matado a ese hombre —digo con voz firme.

«Ni mi marido conducía aquel coche», pienso.

Conrad y yo iniciamos el regreso al camping: de nuevo pasamos junto al pub, a la iglesia con su cementerio, por la estrecha carretera abovedada por esos árboles gigantes. No puedo dejar de repetirme que mi hijo no tiene nada que ver en todo ese lío. Pero estoy desconcertada por las coincidencias: las que implican a Charlie, y a un conductor no identificado que responde a las señas de Antonio, en un accidente mortal ocurrido hace un año y, sobre todo, las que sitúan a Toñete como intermediario con ese hombre asesinado.

—Vamos al pueblo, hay allí un pub donde puede que sepan algo de tu hijo, si tiene alguna relación laboral en la hostelería, es el local de moda de esta zona —dice Conrad sin marcar el intermitente cuando llegamos a la altura de la casita de ladrillo rojo.

Hacemos en silencio lo que queda de trayecto, no quiero confesarle que he estado allí esta mañana y he regresado con las manos vacías. En un momento enfilamos la única calle de East Horsley; en la esquina, las luces blanquecinas del Duke of Wellington. Conrad aparca el coche entre otros dos, mucho más nuevos, caros y modernos que el suyo.

—Vamos dentro, podremos cenar algo y, quizás, obtener alguna información —propone Conrad.

Lo acompaño hasta el interior del local. Varios clientes solitarios disfrutan de sus consumiciones; un grupo de mujeres diferente al de esta mañana ocupa unos sillones frente a una chimenea apagada coronada por un espejo. Conrad se dirige hacia la barra y habla con el camarero pelirrojo de esta mañana.

—Me dice que en este momento no tienen a nadie de fuera trabajando en el pub, pero que de vez en cuando viene un español por aquí a tomar algo, no recuerda su nombre —comenta el larguirucho cuando se acerca a la mesa junto a la que me he quedado parada.

Miro al pelirrojo, está tan ocupado que no me reconoce.

—Parece que quien más habla con él es Margaret, una de sus compañeras de barra. Ha salido un momento. Si te apetece, podemos sentarnos y cenar

mientras la esperamos.

Asiento y ocupamos esa mesa libre. Veo por el rabillo del ojo que una mujer se levanta del grupo situado junto a la chimenea. Cuando pasa a nuestro lado desvía su mirada a mis calcetines.

—Los ingleses que encontrarás por aquí nada tienen que ver con los que frecuentan el Levante español durante los meses de verano —dice Conrad al percibir su extrañeza—. Esta es una zona residencial, con las típicas casas antiguas, ellos las llaman *cottages*, con amplios jardines. Aquí vive gente de dinero, mi esposa los llamaba «pijos», pero no te preocupes, son inofensivos.

Me río, los pijos son parecidos en todas las latitudes. Con un pañuelo me seco las gotas de sudor que se acumulan en mi frente y bajo mi nariz. Mientras mi anfitrión lee en voz baja la carta para elegir nuestra cena, paseo la mirada por el techo pensando que él podría tocarlo con las manos sin necesidad de ponerse de puntillas. Está forrado con tablas de madera blanca y varias vigas transversales. De ellas cuelgan unas lamparillas parecidas a las que iluminan los barcos de paseo que, repletos de extranjeros, entre ellos ingleses luciendo sus calcetines con sandalias, recorren la Albufera. Estoy muy cansada, apoyo la espalda y cruzo las piernas, como cuando me siento a descansar en la puerta de la barraca, pero no me relajo, noto tensión en cada músculo de mi cuerpo. No puedo evitar atender a todos los estímulos que me rodean, creo que no volveré a calmarme hasta que sepa dónde está Toñete.

El ruido de unos tacones sobre el entarimado me obliga a girarme. La pija que antes ha mirado mis calcetines con desdén sale del lavabo rebuscando en su bolso un móvil que suena con insistencia. Contesta la llamada sin advertir que algo se le cae al suelo. Su voz es suave y aguda, casi como la de una niña. Se retira a un lateral, tras una mesa de billar; quiere mantener su conversación en privado. Me levanto a recoger el objeto perdido: una billetera de piel. La pija eleva ligeramente la voz y empieza a bordear la mesa con pasos cadenciosos que acompaña con melosas carcajadas. Aguardo hasta que corta la llamada. La veo repeinarse, repasar su aspecto impecable y volver con sus amigas. Me acerco entonces por detrás y le toco un hombro. Me saca casi una cabeza. Cuando se da la vuelta, su perfume me envuelve y me mareo un poco. Mira la billetera que le ofrezco en mi mano derecha extendida y utiliza el mismo tono infantil para agradecer mi gesto.

Regreso a mi mesa.

—He pedido ya la cena —dice Conrad—, *fish and chips*.

Poco después, un camarero diferente al que acompañaba al pelirrojo esta mañana coloca los platos sobre la recia madera, sin mantel ni ningún otro accesorio, y se retira a atender a otros clientes un poco más allá. Conrad empieza a comer en silencio, despacio, con cuidado de no mancharse. Lo miro sin saber qué decir; el resto de los comensales habla en voz baja, solo oigo un leve murmullo de fondo que no permite entender ni un retazo de las conversaciones, algo tan opuesto al estruendo de un restaurante popular en España.

A mitad de su cena, el larguirucho empieza a hablarme también bastante bajito, marcando las pausas, con ese acento cortante: echa de menos a su esposa y no ha querido regresar a España desde su muerte, prefiere quedarse cerca de ella. Está enterrada en el cementerio de un pueblo cercano. Murió allí, y trasladar el cuerpo era demasiado caro para su situación económica. Agradece mi compañía, soy española y eso nos da la posibilidad de hablar de cosas y lugares que ambos conocemos. Me repite varias veces que esté tranquila, que él me ayudará en mi búsqueda, que me acompañará a donde sea para servirme de traductor, para hacerme de guía, a pesar de...

—¿A pesar de qué? —pregunto altiva.

—A pesar de que lo que encontremos no sea lo que tú esperas.

Se me llenan los ojos de lágrimas y, antes de que Conrad se dé cuenta, me disculpo para ir al lavabo.

¿Qué es lo que espero? A estas alturas, mi única certeza es la ausencia de mi marido y la desaparición de mi hijo. Todo lo demás puede ser posible. Incluso que ambos, o uno de los dos, estén vivos o muertos.

Me planto frente al espejo, valoro mi aspecto y paso las manos por la pechera del vestido intentando eliminar una pequeña arruga. Acerco la cara al cristal para distinguir bien mi reflejo, estoy pálida. Pellizco mis carrillos, humedezco mis labios y mojo con agua la punta de mis dedos para repeinarme un poco. Busco en el bolso un pulverizador de plástico que relleno siempre con colonia fresca, pero recuerdo haberlo dejado en casa por la estúpida prohibición de llevar líquidos en el equipaje de mano. Doy un paso atrás y me contemplo de nuevo. No estoy tan mal. Vale, llevo calcetines con sandalias y un vestidito sencillo de algodón bajo una rebeca de lana, pero estoy cómoda.

¿Por qué lo hago? ¿Por qué me examino ante el espejo? ¿Cuándo me ha preocupado mi aspecto?

Sin saber por qué, intento que mis pasos suenen lo menos posible en mi

camino hacia la mesa. El azul del larguirucho se viste de sorpresa al mirarme y se le dibuja una sonrisa tímida. Me desconcierta. No es un hombre seductor, al menos no al estilo de los estereotipos de las películas, pero me mira de una manera que... Sé cómo soy, no es posible que pueda provocar deseo en un hombre como este, aunque igual le pasa lo mismo que a los suecos y le resulta... exótica.

La puerta del pub se abre y una joven con dos bolsas de plástico en las manos entra directa hasta la barra. El camarero pelirrojo la ayuda a ponerlas sobre la encimera y le dice algo mientras nos señala. La chica se coloca un delantal y viene hasta nuestra mesa.

—Hola, soy Margaret —dice—. Me comenta John que preguntan ustedes por Toñete.

Al oír ese diminutivo de su nombre, me pongo en pie impulsada por un resorte. La mesa se tambalea.

—¿Conoces a mi hijo? ¿Sabes dónde está? —pregunto, y percibo cómo todo mi cuerpo se tensa.

La joven camarera me mira de arriba abajo llena de recelo. Supongo que estoy siendo agresiva, que mi comportamiento es llamativo en estas latitudes. Aun así, la chica se muestra colaboradora:

—Toñete viene a menudo por aquí, es un buen cliente. La próxima vez que lo vea le comentaré que ha estado usted preguntando por él.

—¿Tienes alguna manera de localizarlo?

—No, pero supongo que, siendo usted su madre, sí sabrá cómo hacerlo —dice antes de marcharse hacia la barra.

Me sorprende lo bien que la he entendido, sin ayuda de Conrad. Veo que ya ha empezado su turno, es algo más joven que Toñete, tiene una de esas pieles blancas que enrojecen al mínimo esfuerzo. Y unos ojos despiertos, de un azul oscuro, labios gruesos y melena rubia, la lleva recogida en una coleta alta que deja ver el tatuaje de un trébol dibujado en su nuca. Debajo del mandil blanco viste vaqueros y camiseta. Sí, es el tipo de chica que le gusta a Toñete, y sí, es el tipo de chica a la que Toñete suele dejar de lado en cuanto ella quiere algo más.

Apenas le quito ojo mientras recorre el pub sirviendo las comandas en esta hora punta. Conrad y yo continuamos con nuestra cena. El pescado y las patatas están bastante buenos, pero no como demasiado, la inquietud me impide tragar. Conrad tampoco termina su ración. Por fin Margaret regresa y

nos pregunta si vamos a tomar algo de postre.

—Toñete ha hecho amistad con otros clientes del pub —dice de pronto—, incluso aquellas mujeres lo han invitado a su mesa alguna que otra vez.

¿He percibido celos en el modo en que Margaret señala con la cabeza al grupo de pijas que rodea la chimenea apagada bajo el espejo?

Intento descubrir qué esconde ese retintín en su voz, pero se da la vuelta con brusquedad cuando Conrad le dice que no tomaremos postre y me impide seguir mi escrutinio. Se retira con nuestros platos sucios a la cocina arrastrando los pies. Parece cansada.

—¿Por qué no vamos a hablar con ellas? —propongo señalando a las pijas—. Margaret acaba de decir que son amigas de Toñete.

Conrad se adelanta hasta el borde de su silla, se apoya en la mesa y, bajando la voz a un susurro, como si alguien más pudiera entender sus palabras, me hace saber en español:

—Ellas son el grupo de damas más elitista de la zona, no hablan con cualquiera.

Sin atender a semejante chorrada, me levanto y voy hacia los sillones colocados frente a la chimenea. Una alta estantería llena de libros sirve de parapeto. Las damas conversan al amparo de sus lomos encuadernados, todas con voces de niña a pesar de sus treinta años cumplidos. En cuanto advierten una presencia extraña adentrándose en su exquisito círculo, dejan de hablar y se quedan mirándome con un descaro absoluto. Me repasan de arriba abajo, deteniéndose en los calcetines blancos bajo mis sandalias. Unas risitas crueles resuenan entre sus parloteos infantiles. Ni siquiera intentan disimular su burla. Siento cómo el desprecio sube desde mis pies y me agarrota las piernas y los brazos. Las uñas se me clavan en la palma de las manos y la mandíbula inferior sobresale de la superior mientras, con los ojos cerrados, tomo aire por la boca antes de exhalar un suspiro que expresa sin palabras la pobre opinión que me suscita la élite que tengo delante.

Me extraña que Toñete las haya elegido como amigas.

—¿Alguna de vosotras habla español? —pregunto.

Nuevas risas y cuchicheos en inglés.

—¿Y sueco?

Aún más risas.

—¿Ninguna? —continúo en mi pobre inglés—. ¡Mucho dinero, pero poca cultura! Incluso mi hijo, Toñete —silabeo el nombre—, sin todas esas riquezas

que no dejáis de exhibir con tanta marca y tanta peluquería, es capaz de defenderse en vuestro idioma.

La mujer del billeteero extiende un brazo delante de sus amigas y las enmudece de inmediato. Debe ser la jefa del cotarro.

—Yo entiendo... —dice con mucha dificultad en español—. ¿Conoces Toñete?

—¡Soy su madre!

La estatura de Conrad se hace evidente detrás de mí, proyecta su sombra por encima de mi cabeza. Como un guardaespaldas se ha levantado para seguirme. Margaret nos observa desde la barra y se dispone a limpiar la mesa que acabamos de dejar. Conrad ha pagado ya la cuenta.

La reina de las pijas se levanta de su trono y solicita que nos sentemos con ella en los sillones de otra zona cercana mientras sus amigas retoman la conversación que habían abandonado por mi culpa.

—Soy Lady Anne Castle. Mí *necesitar* ver Toñete —escupe la inglesa—. Él *cocinar* para mí.

—No se preocupe, puede continuar en inglés —le digo en cuanto nos acomodamos—. Si habla despacio, creo que podré entenderla y, si no es así, mi amigo Conrad hará de traductor. Él también habla perfectamente dos idiomas.

Lady Anne sonríe aceptando el golpe bajo.

—Toñete me prometió que cocinaría una paella en el jardín de mi casa para treinta amigos —explica—. Dentro de unos días será el cumpleaños de mi marido y quiero sorprenderle con su plato favorito. ¡Y ahora no sé si su hijo se presentará a la cita! Habíamos quedado ayer para que comprobara si tengo todo lo que necesita en mi cocina, pero no dio señales de vida.

La contemplo sentada a mi lado y parece que estoy dentro de una de las revistas grandes de papel cuché que la peluquera de mi pueblo ofrece a las clientas especiales. Las demás debemos conformarnos con las baratas, las que solo cuentan cotilleos de gente deleznable. Únicamente accedemos a esas otras cuando las pijas locales abandonan la peluquería. Esta inglesa parece una de esas mujeres que ocupan las páginas centrales, no por sus devaneos amorosos sino porque nos muestran, a los plebeyos, sus enormes mansiones y sus magníficos ropajes. Nunca había visto antes a alguien sentarse con tanta elegancia, el cojín ni siquiera se ha hundido un poquito, como si, con su más de un metro setenta y cinco, solo pesara lo que una brizna de heno. Viste un

pantalón azul oscuro que realza su figura y una blusa que cae armoniosa sobre su cuerpo, creando pliegues repletos de distinción. Calza unos tacones con los que yo me hubiera caído al dar el primer paso y su manicura es perfecta. Miro mis manos, todos los trabajos realizados en la tierra de la Albufera y todos los cacharros fregados durante una vida están señalados en ellas. En cambio, ni una sola muesca de batalla aparece en las suyas. Me da la sensación de que mis movimientos resuenan por todo el pub mientras que los suyos son mudos. No sé por qué, pero ahora percibo los calcetines sobre mis pies, la goma apretando mi tobillo, las costuras internas raspando los dedos, el algodón burdo con el que están confeccionados, su chabacanería.

Me fijo en el rincón donde se han quedado sus amigas. Son todas un calco de su reina, un calco no tan regio pero con clase. Solo una destaca entre las demás. Nos espía con discreción, y cuando sus ojos se cruzan con los míos, descubro una ligera preocupación en ellos.

—Mi hijo no ha cocinado una paella para tanta gente en toda su vida — respondo devolviendo mi atención a Lady Anne—. Desde pequeño me ha servido de pinche cada domingo, cuando yo preparaba una para toda la familia. Incluso alguna vez he sido yo su ayudante. Pero treinta comensales son muchos para una buena paella...

—¡Pues me aseguró que no encontraría un cocinero mejor en toda Inglaterra! No debí hacerle caso, ¿cómo voy a arreglar ahora todo este lío? ¡Los treinta invitados están ya convocados!

Empiezo a impacientarme, yo lo que quiero es saber dónde está Toñete y si se encuentra bien, esa estúpida fiesta no me importa en absoluto. Conrad advierte mi azoro y pone una mano sobre mi hombro. Me sereno un poco y vuelvo a escuchar las quejas de Lady Anne:

—¿Cómo me dejé engañar? Preguntaba sin cesar por los asistentes a la fiesta y, cuando por fin supo quiénes acudirían, me convenció para ser nuestro cocinero. ¡Claro, quizás es por eso por lo que ya no está interesado en venir! —añade pensativa.

—¿A qué se refiere? —le pregunto.

—Su hijo siempre está interrogando a todo el mundo, pregunta lo que le viene en gana con total descaró. Ni siquiera pretende ser sutil. Al principio, mis amigas y yo pensamos que era detective —dice entre risas. No percibe mi angustia; ignora que Toñete ha desaparecido no solo para ella—. Pero luego nos dimos cuenta de que simplemente busca a alguien, no me pregunten a

quién. El caso es que, cuando se enteró de que entre la lista de invitados se encontraba un empleado de mi marido, un español, insistió en cocinar él mismo para todos nosotros. Hace pocos días hallaron a ese español muerto en un parque de Guildford y, desde entonces, no sé nada de Toñete, ni me ha llamado por teléfono ni se presentó ayer a nuestra cita. Por eso estamos hoy aquí, es el único sitio que conozco donde encontrarlo, pero el encargado me asegura que lleva algunos días sin presentarse y que su teléfono no está operativo.

—¿Sabe si el compañero de su marido se llamaba Guillermo? —la voz me tiembla.

—Sí, ese era su nombre. Mi marido es banquero, supongo que conocerá su entidad, Bankgold, se extiende ya por todo el mundo. Guillermo Vázquez dirigía la sucursal de Guildford. —La mujer se levanta dando por terminada la conversación—. De todas formas, ya no importa. Voy a tener que anular la comida... ¿Dónde voy a encontrar en esta zona a alguien que pueda venir a mi casa y cocinar una buena paella para treinta comensales en el jardín?

Llegamos al camping y Conrad aparca el coche junto a su autocaravana, en el sitio exacto donde lo vi por primera vez, como si fuera una parcela delimitada de garaje. Cuando me apeo, noto que viene detrás para acompañarme hasta mi caravana. Abro la puerta y enciendo la luz interior.

—¿Quieres pasar? —pregunto. Fuera hace un poco de frío—. Me gustaría contarte algo que guarda relación con la muerte de tu mujer.

El larguirucho se tensa y entra detrás de mí. Se queda de pie, sin saber bien qué hacer, a pesar de que este espacio es de su propiedad.

—¿Te apetece tomar algo? —Espero que diga que no; no he comprado mucha bebida esta mañana.

Conrad niega con la cabeza; solo está esperando una explicación.

—Ayer te hablé sobre mi marido. Recordarás que la gente de mi pueblo asegura que me dejó por un hombre, un inglés que visitó la Albufera y se quedó un mes en el hostel.

—Sí, dijiste que cuando recibiste el mensaje de Toñete, pensaste que se refería a que su padre estaba aquí.

—El nombre del inglés es Charles Parks, aunque allí lo conocíamos como Charlie.

El larguirucho se sienta en la única silla disponible y apoya la frente en las manos. Traga saliva.

—Me estás diciendo que...

—¡Yo no te estoy diciendo nada!

La ansiedad me lija el alma.

—Me contaste que tu marido es rubio..., de piel clara. ¿Cuándo desapareció? —pregunta con voz seria.

—Hace más de un año —respondo, y decido callarme lo de su afición por las rancheras de María Dolores Pradera. A pesar de mis dudas, me niego a creer que fuera Antonio quien condujera aquel coche.

El azul de los ojos de Conrad me hace daño, es como si me viera reflejada

en un espejo y descubriera que no soy como yo creía. Por fin deja de mirarme, se pone en pie y de dos zancadas recorre la escasa longitud del cubículo. Su cabeza casi roza el techo. Duda un par de veces si decir lo que está pensando, pero prefiere callarse. Comprueba la hora en su reloj de pulsera y se para delante de la puerta.

—Mañana vendré a buscarte a las nueve en punto. Lady Anne nos espera media hora más tarde.

Lo miro mientras se aleja y cierro sin decirle nada. Solo espero que esta noche no beba.

La luz del amanecer se cuela por las rendijas de esta casita móvil mal ensamblada y me despierta sin clemencia. Miro la hora en mi móvil, tengo tiempo suficiente para prepararme. Cojo mi neceser y salgo hacia las duchas. Rodeo con pasos sigilosos la autocaravana de Conrad repasando la mesa plegable: no hay rastro de bebida sobre ella, ni ginebra, ni té ni agua.

En treinta minutos estoy de vuelta con el pelo mojado y un poco revuelto. Encuentro los estores de Conrad levantados. Corro hasta mi caravana. No sé por qué, pero no quiero que me vea así, con una ropa tan sencilla y este aspecto tan desaliñado.

El tiempo es hoy mucho más cálido, pero un pantalón largo me parece más adecuado para nuestra cita. Y esta blusa azulada me dará un aspecto más elegante que la camiseta que he escogido a toda prisa. Continúo buscando en el miniarmario y me tropiezo con el estuche de maquillaje que mi hija Azucena me hizo comprar hace tiempo. Me paro frente al espejo, atónita por lo que estoy a punto de hacer. Saco el lápiz de ojos y me pinto la raya, casi no recuerdo cómo se hace. Más bien, creo que nunca aprendí. Alcanzo el rímel y me peino las pestañas; las tengo más largas de lo que pensaba. Pongo un poco de colorete en los pómulos y les doy un tono rosado a mis labios.

Ahora agradezco, por primera vez, el empeño de mis hijas por mejorar mi aspecto; en la Albufera veía irrisorio ese ahínco, pero aquí... Reconozco que no me gustó ser el blanco de las humillaciones de las *ladies*.

¿A quién quiero engañar? Sé que no es solo eso.

Meto mis pies en unas valencianas de esparto con cuña y repaso mi imagen en el espejo haciendo contorsiones para verme a trozos. No parezco yo, me siento ridícula. Abro el grifo para lavarme la cara, pero unos golpes en la

puerta me impiden eliminar toda esta porquería.

—Tienes buena cara esta mañana, se nota que has descansado —me dice Conrad—. He preparado algo para desayunar, te espero fuera. —Una sonrisa tímida ilumina aún más su mirada azul.

La cara me arde, no sé bien por qué, pero la opinión positiva de este larguirucho y pálido inglés me afecta. Hacía mucho que no me importaba el parecer de nadie sobre mi aspecto, y mucho menos el de un hombre. Creo que ni siquiera me importó el de Antonio, tan solo el de mi abuelo durante aquel año que pasé con ellos. Me aseguraba que era la niña más bonita que jamás había visto. Y yo me sonrojaba. Sabía que no era cierto, no soy guapa, pero nunca nadie me había dicho que lo fuera. Me gustaba oírlo. Así que intentaba ir siempre aseada, me peinaba con trenzas y me vestía con ropa que a él le gustara, todo para que se sintiese orgulloso de mí, para que me dejara quedarme.

Me hubiera gustado verlos envejecer, pero ni siquiera pensé en ellos mucho tiempo. ¿Para qué? Todo el que debía quererme acababa abandonándome.

Incluso ellos.

Me dejaron marchar y nunca fueron a buscarme.

Durante mi juventud, en Suecia, no me preocupó mi apariencia en absoluto. Era diferente a las demás, muy diferente, y eso me hacía especial. En cambio, en cuanto llegué a España para quedarme, comenzaron las burlas, las risas, las calificaciones de «marimacho». Tal vez habían empezado antes, pero solo las escuché entonces, cuando mi abuelo ya no estaba y yo no era bonita para nadie, ni siquiera para mí misma. Creo que fue entonces cuando Antonio y yo decidimos vernos como algo más que amigos, y lo hicimos para acallar sus rumores y los míos, antes de poder elegir a quien nos hiciera tiritar el corazón, antes de que los chismes nos derrumbaran.

Con eso creímos silenciar los cotilleos, aunque nunca cesaron por completo.

Y ahora un larguirucho inglés ha conseguido que me castañetee el alma por primera vez en mi vida. Y me siento mal por esta sacudida emocional, porque no es el momento, porque mi marido ya no está, mi hijo ha desaparecido y porque no debería pensar en otra cosa más que en buscarlo.

Recojo los cosméticos que he utilizado. A través de la ventanilla descubro a Conrad colocando un mantel sobre la mesita exterior y quiero ir a su encuentro cuanto antes.

—Muchas gracias por tu invitación —digo mientras me siento a la mesa.

Sirve agua caliente en dos tazas y destapa la caja de madera llena de bolsitas de té. Elijo una al azar y la sumerjo en mi taza humeante. Conrad sonrío ante mi improvisación, gira la caja hacia él y se entretiene en escoger la variedad que más le apetece.

—Solo quiero que te sientas cómoda en mi tierra.

Doy un sorbo a mi té y comprendo la sonrisa de Conrad, he elegido uno con un sabor demasiado intenso. Tuerzo el gesto y dejo la taza sobre el platillo.

—Además, me gustaría agradecerte la confianza que tuviste conmigo anoche. No debió ser fácil confesar que fue tu marido quien derribó a mi esposa. Ahora ya puedo ir con un nombre a la Policía.

—¡Ni se te ocurra! —digo, y noto cómo mis ojos escupen ira—. No metas en esto a la Policía hasta que sepamos la verdad. Estuviste allí conmigo, y escuchaste las palabras del inspector: sospechan de Toñete, creen que él mató a ese hombre.

—¿Qué dices? —Su voz llena de asco—. ¡Por primera vez tengo algo para que me tomen en serio y no voy a dejarlo escapar!

—Lo tienes, sí, pero solo si yo lo corroboro.

La mandíbula de Conrad se endurece aún más.

—¡Por favor! —insisto—. Te prometo que cuando demos con él y pueda explicar todo este malentendido, te acompañaré yo misma a la comisaría. ¡Te lo juro!

Conrad mantiene mi mirada. La suya es heladora. Por fin la baja hasta su plato y juguetea con la comida.

—Solo espero que cumplas tu palabra —dice, y continúa desayunando en silencio, haciendo un esfuerzo por comer algo.

Yo ya no tengo hambre.

El tiempo se nos ha echado encima. Conrad se pone a recoger la mesa, aunque los platos siguen casi intactos. Lo ayudo con las tazas, pasándoselas por la puerta. Dice algo desde el interior, pero no logro entenderlo bien, me acabo de quedar bloqueada.

La figura encorvada de Andrew se acerca por el camino, dos policías lo acompañan. Uno de ellos es el inspector Jenkins, el mismo que nos atendió ayer por la tarde en Guildford.

Me vuelvo hacia Conrad implorándole con la mirada que no inculpe a mi marido.

Andrew dice unas cuantas frases con su acento galés antes de regresar a la

recepción. A juzgar por su expresión, tampoco a él le gusta estar cerca de la Policía.

—Buscan a tu hijo —aclara Conrad—. Andrew ya les ha contado que aquí no se hospeda nadie más que tú. Aseguran que es solo rutinario, que están comprobando unos datos.

El inspector Jenkins abre una libreta y busca una página determinada donde puedo ver unas notas escritas a boli.

—Hemos analizado la totalidad de los mensajes que Guillermo Vázquez intercambió con su hijo —dice—, y en uno de ellos, la víctima le asegura que aquí encontrará una pista sobre su padre.

La voz de Conrad tiembla al traducir las palabras del policía.

—Mi marido desapareció hace más de un año en España —respondo y trago saliva—. La Policía de mi país cree que sufrió un accidente en su barca. Su cuerpo no ha sido encontrado todavía.

—El señor Vázquez habla también de otro hombre, en este caso un inglés: Charles Parks. ¿Conoce a este último?

—Sí, visitó el pueblo en el que vivo en Valencia, España, poco antes de que mi marido desapareciera. Nunca más lo he vuelto a ver ni he sabido nada de él hasta hoy.

—¿Por qué no nos contó nada de todo esto ayer por la tarde?

—¿Por qué iba a hacerlo? Mi marido murió en aquel accidente, restos de su sangre aparecieron en un lateral de su barca. No creí oportuno contarles esa parte de mi vida.

El inspector mira ahora a Conrad y le dirige su siguiente pregunta:

—¿No le ha contado quién, según usted, era el propietario del coche que provocó el accidente de su mujer?

—¡Sí, lo ha hecho! —respondo alzando la voz—. Y también me ha descrito a la persona que lo conducía. Su físico coincide con el de mi marido —confieso antes de echarme a llorar.

La mano de Conrad sobre mi espalda.

Jenkins se ha marchado con su bloc de notas lleno de vagas respuestas, y Conrad y yo terminamos de recoger de prisa. Lady Anne nos espera en su casa en quince minutos.

De nuevo en el viejo coche, no me acostumbro a viajar en el asiento equivocado.

—Lo siento mucho —dice Conrad con voz rasgada en cuanto nos incorporamos a la carretera—. Lamento que te hayas enterado así de la verdad sobre la desaparición de tu marido.

Trago saliva antes de contestar:

—Quiero pensar que mi marido y yo éramos, ante todo, buenos amigos —digo con calma, midiendo mis palabras—. Ese cariño, el cariño de la amistad, es casi más importante que el amor, porque no se acaba, se basa en una confianza mutua, en un no dudar del otro, en una complicidad perfecta. Por eso sé que Antonio nunca ha estado en Inglaterra y que no fue él quien causó la muerte de tu mujer. Pero puedo entender tus dudas, y que te aferres a ellas como a un salvavidas, aunque sabes de sobra que no te van a ayudar a recuperarla. Reconozco que, en algunos momentos, dudo hasta yo misma, por eso no voy a cerrar ninguna puerta, sino que voy a dejar abierta la posibilidad de que fuese Antonio quien condujera aquel coche. Creo que solo así conseguiré llegar a la verdad.

El larguirucho asiente mientras suaviza su mirada de hielo.

—Sé que solucionar ese problema nos importa mucho a ambos —añado—, pero ahora mismo lo urgente es encontrar a Toñete.

La mansión de Lady Anne se encuentra alejada del pueblo, semioculta entre otras construcciones similares. No existen vallas que las protejan sino setos que separan sus enormes jardines y campos.

A las nueve y media Conrad pulsa el timbre del *cottage* y una mujer, con atuendo de servicio, nos recibe y nos guía hasta donde espera la señora. Recorro el escenario con la mirada, jamás he rozado antes un lujo como este.

Aunque todavía mantiene toques clásicos, el mobiliario del salón es moderno. Varios jarrones con flores adornan los rincones; una matrioska acompaña a todas sus hijas sobre una estantería; unas cajitas metálicas con dibujos chinos decorando sus tapas forman un curioso conjunto tras un lote de revistas de viaje; decenas de fotografías en color y en blanco y negro componen una figura humana en una de las paredes; una librería enorme tapiza otra, y una luz demasiado clara se refleja en el blanco de las maderas de los muebles. Me gusta comprobar que el lomo de los libros demuestra su uso. Siempre me gustó leer y los lujosos ejemplares de atrezo me ofenden.

—Buenos días, han sido ustedes muy puntuales, muchas gracias —nos saluda Lady Anne en cuanto entramos.

Se levanta del níveo sofá sobre el que leía una revista, una con páginas aún más grandes y gruesas que las que la peluquera de mi pueblo compra para las pijas. Estrecha mi mano sin descender de su gesto altivo, aunque esta vez me mira con otros ojos; mi ropa no se asemeja en absoluto a la que ella viste pero, al menos, no llevo calcetines bajo mis zapatos de verano. Suspiros de perfume la rodean.

—Su hijo concertó conmigo que cocinaría la paella en el jardín, delante de los invitados, explicando el proceso, contando los secretos de un sabor perfecto. Pero usted no habla bien inglés, ¿cree que su amigo podrá venir y traducir sus palabras? —lo pregunta como si Conrad no estuviera presente—. Algunas de las invitadas conocen a Toñete. Yo aún no he perdido la esperanza de que se presente pero, en confianza, prefiero que sea usted quien cocine. La veo más... profesional. Toñete es muy divertido y a muchas de nosotras nos encanta su compañía. En caso de que aparezca en la fiesta, será un invitado más.

—Aclaremos una cosa —le digo—, yo nunca he trabajado en un restaurante, no soy cocinera de oficio, pero llevo años haciendo paellas y jamás he tenido quejas al respecto. Más bien, todo lo contrario.

—Estupendo, estupendo, eso es lo que busco. Sígame hasta la cocina, donde le mostrarán lo que tenemos entre nuestro menaje. Aquí, en esta parte de Inglaterra, no es fácil encontrar determinados productos, pero en Londres podremos localizar de todo.

Avanzamos por un pasillo con las paredes abarrotadas de obras de arte hasta alcanzar una cocina del tamaño de una barraca entera. La misma mujer que nos ha recibido nos saluda con una sonrisa y una postura un tanto servil: el cuerpo

estirado, el cuello rígido, los pies juntos y las manos a la espalda. Lady Anne habla con ella en voz baja y nos dice antes de salir:

—Les espero en el salón. Por favor, asegúrese de que tiene los ingredientes y utensilios que necesita, y haga una lista con lo que falta. Compraremos lo que sea preciso. Si lo prefiere, puede adquirirlo usted misma y pasarme la cuenta.

—Perdone, aún no me ha dicho cuándo se celebrará la fiesta.

—¡Ah, sí, disculpe! El cumpleaños de mi marido es el próximo sábado, dentro de tres días.

Acompañamos a la sirvienta hasta la despensa; por su tamaño y la cantidad de productos que alberga, podría confundirse con uno de los pequeños ultramarinos de mi pueblo.

—Yo conozco a su hijo, un hombre muy amable, muy atento con el servicio —comenta la criada en cuanto se cerciora de que Lady Anne se ha evaporado—. Vino en varias ocasiones a esta casa. Es muy agradable, uno de los nuestros. Hasta hace poco trabajaba en la cocina de un restaurante de Ripley, The Clock House, pero creo que ya no, al menos anoche no estaba; uno de mis sobrinos tuvo que ir a cubrir un extra y lo hará toda esta semana porque faltaba un cocinero. Le pregunté quién era y me dijo que el nuevo, el español —dice mientras reordena algunas latas en los estantes—. Seguro que muchas de las amigas de Lady Anne querrán hablar con usted para que les cuente cosas sobre él. Digamos que algunas le han tomado mucho cariño...

—¿Qué quiere decir con eso? —pregunto con brusquedad, aún no he asimilado la valiosa información que me acaba de proporcionar.

Percibo el gesto inquieto de la mujer y retrocedo unos pasos para no intimidarla. Disimulo toqueteando algunos objetos de la gran despensa, como si mi pregunta no tuviera importancia, y le sonrío enseñando todos mis dientes.

—Su hijo es joven, guapo y simpático —continúa en cuanto deja de pensar que soy peligrosa—. ¿Se ha fijado en las fotos del señor, las que hay en el salón? Quizás lo ha confundido con el padre de Lady Anne, desde luego tiene edad para serlo. —Una sonrisa burlona le ilumina el rostro—. Lo mismo ocurre en las otras *country houses* de la zona: mujeres jóvenes y guapas casadas con hombres mayores y ricos, un clásico.

Cierra la boca y abre un enorme frigorífico. Echo una ojeada, nada de lo que hay en su interior me sirve para hacer una paella. En realidad, no me interesa centrarme ahora en los ingredientes de un arroz. ¡Que siga escupiendo sus

chismes! ¡Por Dios! ¡Son lo que más me importa!

Disimulo mi agitación pasando revista a los utensilios de cocina. Ollas de todos los tamaños y colores, cazuelas, sartenes, tablas de plástico, cuchillos, cucharones, pero ninguna paella. Lo que sí puedo ver, al fondo, son dos bombonas de gas butano.

—Uno de mis días libres, hace más de dos semanas, encontré a su hijo en Ripley y estuvimos conversando —continúa—. Quería saber qué amigos de Lord Castle vendrían a la fiesta de su cumpleaños. Yo le dije que no conozco a todos los amigos del señor, pero que la mayoría eran familiares, vecinos y compañeros de trabajo. Me preguntó en especial por el pobre señor Vázquez, el encargado de la sucursal de Guildford que murió asesinado hace unos días. También quería saber si conocía a un tal Charlie. —La sangre se me hieló en las venas, como si me hubiera sentado a descansar en el interior de la enorme nevera—. No pude darle información de este último, pero luego le pregunté a Penny, el ama de llaves de los Britt. Mrs. Britt es la amiga más íntima de Lady Anne. Su residencia también es grande, pero no como esta. —La boca se le llena de orgullo—. Penny conoce a todo el mundo en la zona y me contó que el señor Vázquez alternó durante un tiempo con Charles Parks, un mal bicho. Durante algún tiempo fueron algo más que amigos, ya me entiende. Por lo visto, lo llevaban en secreto, pero ya sabe cómo es la gente, no puede mantener la boca cerrada.

Como si hubiese decidido cerrar la suya o temiese que Lady Anne se extrañase por nuestra tardanza, da por terminada la visita a la cocina y avanza deprisa por el pasillo hacia el salón, girando la cabeza de vez en cuando para asegurarse de que la seguimos.

Cuando, minutos después, nos acompaña a la puerta de salida, añade una última retahíla:

—Penny me dijo que le contó Sarah, la de los Wellington, que lo había oído de boca de Emily, de la casa Tyler, que, últimamente, hay otro español con Charles que más bien parece sueco.

*L*os rayos de un sol más español que inglés serpentean entre las ramas de los árboles provocando *flashes* que me ciegan. Parpadeo y contemplo el rostro impertérrito de Conrad, la mirada fija en el asfalto, las manos al volante. Un coche viene de frente hacia nosotros, no vamos a caber los dos por el estrecho camino asfaltado. El larguirucho reduce la velocidad y acerca el vehículo al arcén. Espera a que el otro coche nos sobrepase antes de acelerar de nuevo.

—Mi mujer murió en esta carretera —dice, y veo cómo la nuez de su cuello sube y baja.

Supongo que lo que le gustaría decir es: «Tu marido mató a mi mujer en esta carretera». Él también ha escuchado la última frase de la criada.

—Encontraremos al culpable —contesto.

Me siento responsable a pesar de saber que no lo soy.

Nunca antes el silencio me había resultado tan punzante.

Llegamos al camping y entro en mi caravana, debo buscar un papel y un bolígrafo para escribir el nombre del restaurante de Ripley donde trabajaba mi hijo. No hay nada. Saco del neceser un lápiz de ojos y escribo con él sobre la nevera: The Clock House.

Miro por la ventanita y descubro a Conrad sentado a la mesa exterior, con un vaso de agua delante. No ha dicho ni una palabra sobre la nueva información que hemos recabado, ni siquiera ha propuesto llevarme a Ripley para que pregunte por Toñete. Me resulta extraño. Necesito despistarle durante unos minutos, quiero preguntarle a Andrew, quizás él conozca The Clock House y sepa decirme cómo llegar hasta allí en bici, prefiero que Conrad no me acompañe esta vez.

Salgo de la caravana y me acerco despacio a él.

—Deberíamos comer algo —digo—. Ayer compré huevos, aceite y patatas, puedo hacer una tortilla española. ¿Te apetece?

Conrad alarga su brazo y agarra el mío.

—Te pareces mucho a ella.

Su aliento despide un tufillo a alcohol y me doy cuenta de que lo que contiene ese vaso es ginebra. Da un sorbo, el primero desde que estoy delante.

—Sabes que tu marido es un asesino, ¿no? Y probablemente tu hijo también lo sea.

—¿No es un poco pronto para beber ginebra? —pregunto con desdén.

El larguirucho separa sus labios del borde del vaso muy lentamente sin dejar de mirarme con desprecio.

—Es pronto para que me digas lo que debo hacer —gruñe mientras se pone en pie con tanta brusquedad que su silla cae hacia atrás.

Creo que sabe que me siento una enana a su lado. Me mira con arrogancia y se asoma a su autocaravana para coger la botella de ginebra. No quiero ver cómo se emborracha, cómo intenta sumergirse en la distancia que provoca el alcohol, porque la resaca será doble. La bebida se transformará en un dolor de cabeza, una terrible jaqueca que se le pasará; en cambio, los recuerdos serán peores, tomarán vida propia y, despechados, se vengarán por haberlos querido olvidar.

Rellena el vaso hasta el borde. Vuelvo a mi caravana antes de que dé el primer trago. Gotitas de sudor bajo mi nariz tiemblan con el portazo. Recorro nerviosa la minúscula casita, cuatro pasos hacia un lado, cuatro hacia el otro. No debería haberme encerrado, aquí dentro no tengo nada que hacer. Me siento en el sofá que se transforma en cama. Me tumbo, me vuelvo a sentar. ¿Dónde está mi bolso? Ahí lo veo, colgando del respaldo de la silla. Saco el móvil.

«The phone you are calling is off or out of coverage at this time.»

Me coloco a un lado de la ventanita con la espalda pegada a la pared. Lentamente giro la cabeza hasta que mi ojo se sitúa detrás de la cortinilla casi transparente, más por el uso y los lavados que por la consistencia de la tela. Conrad continúa sentado a la mesa, bebiendo. Dirige la cabeza hacia aquí. ¿Me habrá visto? Regreso a la ridícula postura que me sitúa entre el ventanuco y la puerta. La respiración agitada, la mandíbula apretada. Abro y cierro las manos, las tengo agarrotadas. De nuevo giro la cabeza para espiar al larguirucho con un solo ojo. Parece estar esperándome: toma su vaso, ya medio vacío, me lanza un brindis y bebe su contenido de un solo trago.

Es una situación grotesca. ¿Qué estoy haciendo? He venido hasta aquí para encontrar a Toñete. ¿Qué me importa lo que haga este hombre? Necesito pensar, ordenar mis ideas. Debo visitar ese restaurante.

El móvil berrea en mi mano, todavía me aferro a él como a una tabla de salvación que me devolverá a mi hijo sano y salvo. El nombre de mi hija mayor golpea la pantalla con tanta dureza que parece estar a punto de resquebrajarla.

—Hola, Azucena... Sí, en Inglaterra... No, no voy a regresar todavía, ya te avisaré... No me grites... Deja de preocuparte por eso, no me importa lo que puedan pensar los demás... Lo siento, hija, esta vez tampoco me importa lo que pienses tú. Adiós, dale un beso a tu hermana. Dile que estoy bien y no os preocupéis por mí.

Sumerjo el teléfono en el fondo del bolso para protegerme de él. Conozco a mi hija y sé que insistirá. También sé que cuando no conteste se enfadará y me dejará tranquila durante un tiempo.

Vía libre, voy a salir a la calle. Conrad ha debido ir a por más bebida, o quizás esté en el baño. Casi a la carrera alcanzo el camino asfaltado que lleva a la recepción. Andrew me sonrío, sé que le caigo bien. Recupero la respiración mientras me acerco al mostrador, el anciano ya ha abierto la pantalla que nos permite comunicarnos.

«¿En qué puedo ayudarte?», escribe.

—¿Conoces un restaurante llamado The Clock House?

«Sí, el encargado es español, aunque la comida que sirve es inglesa.»

Noto cómo el rubor inunda mis mejillas. ¡Español!

—¿Está muy lejos? —pregunto—. ¿Puedo ir en bici?

—No y sí.

Andrew acaricia mi brazo y vuelve al teclado.

«Estás preocupada por tu hijo, la Policía lo busca, aunque no sé por qué. ¿Le ha pasado algo?»

—Ha desaparecido.

Noto cómo el anciano presiona mi hombro con cariño.

«Supongo que quieres ir a The Clock House por si tu hijo trabaja allí, dijiste que lo hacía en un restaurante de la zona. Puedo acompañarte esta tarde, entre los dos turnos de comidas, Emilio es español, no necesitamos cita previa.»

Abandono la casita roja con una sonrisa escondida. A las cinco, Andrew y yo daremos un paseo en bici hasta Ripley. No sé cómo vamos a comunicarnos durante el trayecto sin el ordenador delante, todavía no consigo entender su acento.

Desde el camino veo la espalda de Conrad. Se ha sentado de nuevo a la

mesa con la ginebra en las manos. No tengo ganas de oler su aliento, pero no le culpo. Ama tanto a su mujer muerta que prefiere la inconsciencia a la consciencia sin ella. Casi me da envidia. Echo de menos a Antonio, me encuentro sola sin él, sin su compañía, sin su amistad. Pero no me he sentido morir, no de amor, al menos.

Prefiero dejar al larguirucho en su tristeza y dirijo mis pasos hacia al lago. Los árboles se reflejan en el agua con tanta claridad que parecen tener hermanos siameses bajo sus raíces. Bordo la orilla tal y como hago en la Albufera, esta vez rodeada por un paisaje distinto. Intento encontrar detalles de mi hijo, fragmentos suyos esparcidos por alguna parte. Sé que Toñete está bien, lo presiento. No es como con Antonio, con él supe enseguida que algo malo le había ocurrido. Con mi hijo es diferente. Estoy aquí porque creo que necesita mi ayuda, pero sé que se encuentra bien. O eso quiero pensar. Necesito calmar mis nervios de madre.

Un niño de pelo dorado sale corriendo de una caseta y pasa a mi lado como una estrella fugaz. Sostiene en sus manos una pequeña cajita que pretende mantener horizontal. Unos metros más adelante, semioculto detrás de un seto, lo espera un hombre de sienes blancas sentado en una silla plegable. Sujeta una caña de pescar y, en cuanto el niño llega a su lado, le acaricia la cabeza amarilla antes de abrir el cofrecillo de cartón y sacar un gusano para convertirlo en cebo.

Siempre eché de menos que mis hijos salieran de pesca con su abuelo, pero a Antonio no le gustaba que se quedaran a solas con su padre.

Me siento en un banco de madera situado detrás de la pareja de pescadores. Observo cómo el abuelo le habla al nieto con tranquilidad y le enseña a engarzar la carnada en el anzuelo antes de lanzarlo al agua. El niño se sitúa a su lado, en una sillita azul, idéntica a la del anciano, e imita todos sus gestos. Y tras unos minutos de paciencia y silencio, sacan del agua una bonita pieza. El abuelo desengancha el pez con mucho cuidado, sujetándolo con ambas manos para evitar sus coletazos, y lo mete en un cubo. Los golpes del animal suenan opacos. Es un ruido que conozco bien. El niño comienza a aplaudir y mira a todos lados buscando a alguien a quien enseñarle su nuevo tesoro. Y la encuentra. Coge el cubo por el asa y viene hasta mi banco.

—¡Un pez, un pez! ¡Mi abuelo ha pescado un pez!

Miro el interior del cubo y sonrío.

—¿No es el pez más grande que has visto nunca?

—Sí que lo es —respondo ampliando aún más mi sonrisa.

El niño, por el contrario, arruga el ceño y borra la suya.

—No te entiendo. ¿De dónde eres?

—Lo siento, pequeño, no hablo bien tu idioma. Soy española.

—¿Vives aquí? Yo he venido con mi madre a visitar al abuelo. Nuestra casa está en Guildford, pero a mí me gustaría más vivir aquí —dice muy despacio.

—No me extraña —digo intentando que mi acento se parezca al suyo.

El abuelo se acerca hasta nosotros y muestra unos dientes descabalados en una sonrisa rodeada de hoyuelos.

—¡Abuelo, esta señora es vecina tuya! Es española pero, si le hablas despacio, te entiende. Hazte amigo suyo, así, cuando llegue el invierno, no estarás tan solo —dice el niño.

El abuelo y yo nos reímos.

—Soy Matthew —dice mientras hunde aún más sus hoyuelos.

—Y yo, Amparo.

—Oh, Amparo —repite mientras estrecha mi mano—. ¿Es un nombre común en España?

—Supongo que lo dices por la mujer de Conrad, ¿no?

—Sí, lo digo por ella. —Su expresión cambia—. ¿La conocías?

—No, pero Conrad me ha hablado de ella. Sé que murió en un accidente.

—Sí, eso es lo que él dice...

El niño se acerca, todavía con el cubo en la mano, los coletazos del pez cada vez más débiles, cada vez más sordos.

—Abuelo, ¿seguimos pescando?

¿Qué es lo que ha querido decir? ¡Por favor, que no se vaya! ¡No puede dejarme así!

—He venido desde España buscando a mi hijo, me envió un mensaje con la dirección de este camping —digo de forma atropellada—. Conocí a Conrad nada más llegar, estoy instalada en su caravana, me está ayudando en mi búsqueda. ¿Por qué dice eso?

—No confíe en ese hombre, no es bueno —añade en un tono tenso.

—Creo que se está confundiendo de persona... Yo me refiero al caballero alto y delgado.

—Sí, yo también. No me gusta que los adultos se acerquen tanto a los niños.

Por un momento considero la posibilidad de que lo haya visto bajo los efectos del alcohol. Vuelvo a recordar a aquel borracho de mi infancia y lo

veo detenerse a mear en cualquier sitio, delante de quien fuera. En mi cabeza resuenan sus voces a destiempo y sus insultos a un vacío que solo él veía lleno, huelo su pestilencia a vino y vomitona, y rememoro el miedo de nuestros mayores a que nos hiciera algo. Miro la cabeza rubia del niño y comprendo.

—¿Qué te ha contado él? —pregunta el anciano.

—Que iban los dos en bici por la carretera y un coche pasó tan cerca de ella que la derribó, se golpeó en la cabeza con una piedra y murió en el acto.

—Sí, eso es lo que ha ido contando a todo el mundo, aunque cada vez inventa nuevos detalles —dice buscando con la mirada a su nieto y solicitándole un minuto—. Conrad está aún más loco desde la muerte de su esposa. No creo en su historia del accidente... Ya me entiende.

¡No, no entiendo! ¿Aún más loco? ¿Me está intentando decir que Conrad asesinó a su esposa? ¡No puede ser! ¡Él la amaba! Se me anuda el alma desde el estómago hasta la garganta y me siento tonta. Parezco un marinero patizambo tambaleándose en cubierta en medio de un temporal mientras un montón de sospechas indecentes se marean dentro de mi cabeza. Abro la boca buscando palabras, pero los gritos alegres del pequeño consiguen que su abuelo le preste por fin atención. Ha lanzado la caña al agua y algo ha picado el anzuelo, algo fuerte y pesado. El sedal se tensa y la presa arrastra al pequeño hacia la orilla. El viejo sale corriendo para socorrer a su nieto y no dejar escapar el trofeo: un enorme pez que atrae las miradas de los demás pescadores que bordean el lago.

Me quedo un rato esperando a que vuelva, pero no lo hace. Todo el mundo felicita al pequeño por su gran hazaña y su abuelo no quiere perderse el momento. Lo entiendo, pero siento gotitas de sudor que me queman la frente como si fueran de aceite hirviendo. Estoy enfadada y no sé con quién. Puede que lo esté con el pequeño, por despertar la curiosidad de su abuelo, o con este, por haber enseñado a pescar al nieto... No, no estoy enfadada con ninguno de ellos, sino con Toñete. Sí, lo estoy con él por haberse alejado de mí mientras me hacía creer que era quien más secretos compartía conmigo, por ser el favorito de mis tres hijos a pesar de no permitirme participar de su vida, por desaparecer dejándome a merced de Conrad, un hombre extraño que podría haber asesinado a su propia esposa, esa a la que asegura que yo le recuerdo.

Intento hacer memoria: ¿de qué demonios hemos hablado mi hijo y yo desde que se instaló en Inglaterra? ¡Ni siquiera sabía que se había marchado de

Londres! Me recuerdo preguntándole si había encontrado un trabajo y a él respondiéndome que sí, pero sin especificar nada más. Y me veo a mí misma sonreír, orgullosa de mi hijo el aventurero, el joven capaz de saltarse los cánones y marcarse su propia vida sin atender a normas establecidas. Ahora no sonrío, me arrepiento de esa fe ciega en Toñete, de esa plena confianza que, más que acercarme a él, me ha ido distanciando.

Sigo bordeando el lago y, sin darme cuenta, mis pasos me llevan hasta la caravana. Desde allí observo la parcela de Conrad. Su coche ya no está aparcado en su sitio.

Se acerca la hora de mi cita con Andrew. El coche de Conrad sigue en paradero desconocido, como su dueño. Mejor, en este momento no me apetece tenerlo delante.

Camino deprisa hasta la casita roja. Quizás el viejo no sea tan mayor como aparenta, si es capaz de pedalear durante diez kilómetros o más, debe ser más joven de lo que pienso.

Dentro hay una mujer de mi edad ocupando el puesto de Andrew. No la he visto antes por aquí, pero parece encontrarse cómoda tras el mostrador. Teclea algo en el ordenador sin darse cuenta de que he entrado. Carraspeo y gira su cabeza hacia mí.

—Busco a Andrew —le digo.

Señala la puerta que da acceso al aparcamiento de bicicletas mientras me regala una sonrisa.

—Si es usted Amparo, la está esperando.

Andrew lleva un *culotte* negro de ciclista y una camiseta blanca ceñida. Se pone el casco y arrastra hasta mí una bici de paseo de alquiler. La suya es profesional. No entiendo mucho de bicicletas, pero diría que es de las caras, de las que se compra alguien que la utiliza a diario, alguien a quien le gusta perderse con ella y recorrer kilómetros de carretera.

Solo espero que el anciano tenga en cuenta mi forma física. A juzgar por sus músculos, mucho peor que la suya.

Empezamos a pedalear y salimos del camping. Andrew se coloca delante para que yo lo siga. Su ritmo es pausado y se lo agradezco.

Atravesamos East Horsley y seguimos avanzando hasta llegar a otro pueblecito un poco más grande. Las casas que forman sus calles son muy similares a las de toda la zona. Nos detenemos delante de un edificio de ladrillo rojo con varias ventanas simétricas y un reloj dibujado en mitad del rótulo, entre las palabras «the» y «house».

Andrew se quita el casco y se dirige al local conmigo a su espalda. Un

ambiente cómodo y agradable nos rodea en cuanto ponemos nuestros pies en el interior. Mis hombros dejan de sostener un peso invisible y se relajan los músculos de mi cara, casi como cuando me encuentro entre amigos y no estoy loca de preocupación por mi hijo. El restaurante tiene todas sus mesas vestidas de forma sencilla pero elegante. No es ese buen gusto lo que me produce esta sensación de familiaridad sino la sonrisa del único hombre que, a esa hora, se encuentra allí y que casi parece estar esperándonos. Andrew se acerca a él y se deja guarecer en sus brazos y en su sonora risa.

—¡Andrew, amigo mío! —dice el hombre de gafas de pasta oscura en un perfecto castellano, aunque después continúa hablando en un inglés con sonido español.

Me uno a ellos sabiendo que seré bien recibida. Andrew coloca su brazo derecho en mi espalda y nos presenta. El hombre, de una edad parecida a la de mi acompañante, lanza una mano en busca de la mía. Un fuerte apretón, de los que me gustan.

—Ella es Amparo —le entiendo a Andrew.

—Amparo... —repite con sus pequeños ojos en los míos—. Yo soy Emilio —añade, y nos invita a acercarnos a uno de los sofás de color gris que se sitúan bajo las ventanas de lo que parece la zona destinada al bar.

Andrew no toma asiento, se dirige a mí y me habla en su galimatías. No le entiendo.

—Pregunta si sabrás volver tú sola al camping —traduce Emilio—. Se va a recorrer unos cuantos kilómetros en bici. Andrew fue de los primeros ciclistas británicos en participar en el Tour de Francia, eso en un país en el que, hasta hace poco, no se daba demasiado valor a este deporte. No, no ganó ningún maillot amarillo ni nada por el estilo —añade al ver mi cara—, pero sigue enganchado al asfalto y las dos ruedas.

—Oh, Andrew, faltaba más. Yo vuelvo sola.

Andrew se pone de nuevo el casco sobre su escaso pelo y se despide con la mano.

—¿En qué puedo ayudarte? —me pregunta Emilio en cuanto nos quedamos solos.

—Estoy buscando a mi hijo, creo que trabaja aquí. Se llama Toñete.

—¡Por supuesto, tenéis la misma mirada! —asegura—. ¡Toñete es un joven encantador! Me lo presentó un cliente español. Es gracioso, siempre que encuentra algún compatriota interesante cerca me lo trae. Cada vez se ven más

españoles por aquí, este condado debe estar de moda. Lo cierto es que, aun siendo muy diferente, creo que es el clima de toda la isla que más se parece al nuestro.

—¿Sabes dónde está mi hijo? —pregunto con la voz rasgada.

Emilio percibe la punzada de alarma que desprenden mis palabras y, con un gesto instintivo, toma mi mano entre las suyas. Esta vez con suavidad.

—Lo cierto es que llevo varios días sin saber de él, está de vacaciones. No volverá hasta el viernes. ¿Ocurre algo?

—¡Ha desaparecido!

—No, mujer, no. Eso no puede ser, en algún lado estará.

—¿Sabes dónde vive, su dirección?

—Solo sé que alquiló una habitación en un piso compartido en Guildford, pero nunca le pregunté por su dirección exacta.

Asiento y, de forma atropellada, le hablo de los mensajes de mi hijo y de su teléfono mudo, de mi precipitado viaje y de mi alojamiento en el camping.

—Estamos intentando seguir sus pasos. —Me doy cuenta de que el plural que acabo de utilizar incluye a Conrad y no me gusta—. Toñete buscaba por esta zona a un hombre inglés, Charles Parks. Ese hombre se acompaña por un español de pelo claro y tez pálida. En realidad, es a este segundo hombre al que Toñete quiere encontrar.

Emilio se recoloca en su butaca antes de soltar mi mano. Se rasca la cabeza como si intentara hurgar en ella y se levanta para recoger un pesado libro. Cuando se acerca con él, veo que es el libro en el que anota las reservas de cada jornada.

—Creo recordar que... ¡Sí, aquí lo tengo! —exclama mientras detiene su dedo índice sobre un nombre de una larga lista—. Ya, aquí lo tengo: Mr. Parks y acompañante. Era un español. Vinieron a cenar un sábado de hace seis meses, tu hijo aún no trabajaba aquí.

—Yo conozco al señor Parks. ¿Recuerdas a ese acompañante? —pregunto casi con agresividad.

—Por supuesto, querida. Recuerdo que cuando llegaron no imaginé que ninguno de los dos fuera de nuestra tierra hasta que me acerqué a la mesa y oí alguna palabra suelta de su conversación. Hablaban en castellano sobre revelado de fotografías, o recuperación de fotografías antiguas, o algo así. ¿Y sabes lo más gracioso? A primera vista di por hecho que el español era inglés, o nórdico; tenía el pelo muy claro, igual que la piel y los ojos. Los saludé en

nuestro idioma, pero parecían querer esconderse de posibles miradas indiscretas y no se mostraron demasiado solícitos. No los importuné más y me retiré a mi puesto durante el resto de la noche.

Me reprendo por no ser de esas mujeres que llevan en la cartera una foto de su marido, de sus hijos, de sus nietos. Ahora podría enseñarla y confirmar si era Antonio quien vino a cenar con Charlie hace medio año, cuando en teoría ya llevaba otro medio desaparecido en la laguna. Incluso podría ponérsela al larguirucho delante de las narices y cerrar su enorme boca.

Gotitas de sudor bajo mi nariz.

—He conocido a un hombre en el camping, Conrad. Es el dueño de la caravana donde me quedo. Él me ha acompañado estos días, me ha servido de traductor, me ha ayudado a recoger información sobre mi hijo...

—Conozco a Conrad —dice Emilio, y su rostro se atasca—, últimamente lo está pasando mal... Su esposa murió. Cuenta que un coche pasó a gran velocidad y la hizo caer, que el conductor no paró a socorrerla, que...

—Sí, lo sé. Echa la culpa al conductor y está convencido de que ese conductor es quien acompañaba a Charles Parks en aquella cena.

—¿Y por qué buscaba Toñete a ese hombre? ¿Qué relación tienen?

—Por lo que dice Conrad, ese hombre podría ser mi marido. El padre de Toñete.

Emilio me mira con fijeza.

—Toñete me comentó que su padre había muerto en un accidente en la Albufera y que todavía no habían encontrado su cuerpo.

—No sé exactamente cómo se unen todos estos hilos enmarañados, pero Conrad vio al conductor del vehículo y su descripción coincide con la de Antonio. La tuya, también.

—Pero son unos rasgos muy comunes, bueno, quizá no en un español, pero existen las coincidencias... No debes hacer mucho caso de lo que te diga Conrad. Hasta hace poco, no recordaba el color del coche, ni si el conductor era rubio o moreno. Hay gente que afirma que no hubo vehículo alguno, que en los últimos meses se les oía discutir mucho, que ella iba a dejarle para regresar a España, que Conrad ya llevaba tiempo jugando con la bebida...

—No entiendo...

—Ni tú ni nadie, querida, ni tú ni nadie. Antes de irse a la universidad, Conrad protagonizó una historia ya olvidada, pero que, en su día, para una pequeña comunidad como esta, levantó más de una comidilla.

—¿Qué ocurrió?

—Yo todavía no vivía aquí, pero parece ser que una noche de verano consiguió algunas botellas de alcohol y se refugió con los hermanos Robins, de diez y doce años, en una de las casas abandonadas de las afueras de Ripley. Los encontraron a los tres borrachos y en calzoncillos. Ninguno supo explicar cómo habían terminado así. Conrad acababa de cumplir los dieciocho.

Recuerdo la frase del abuelo del niño pescador: «No me gusta que los adultos se acerquen a los niños», pero no la repito en voz alta.

—Creo que nuestro amigo se está agarrando a un clavo ardiendo —continúa Emilio—. Que realmente sucedió el accidente tal y como él lo cuenta, un coche desestabilizó a la pobre Amparo y cayó, pero el resto no parece ser cierto. Imagino que busca un culpable real para despejar las dudas que se ciernen sobre él.

Los dos guardamos silencio. Agradezco que me dé este eterno minuto para ordenar mis ideas. *Jazmines en el pelo y rosas en la cara*. Eso no se inventa así como así.

Emilio aprieta mis manos entre las suyas y sonrío de nuevo achinando sus ojillos.

—¿Quieres tomar algo? —dice, y se pone en pie.

—Esta misma mañana alguien ha relacionado a Charles Parks con un caballero de la zona —le comento mientras lo persigo hasta la barra—. Un español llamado Guillermo Vázquez.

—Precisamente fue el señor Vázquez quien me presentó a tu hijo, lo conozco bien y te aseguro que no era el hombre que acompañaba aquella noche al señor Parks. El señor Vázquez es..., era buen cliente.

El tiempo verbal corregido indica que Emilio está al tanto de la muerte del tal Guillermo Vázquez. Lo que ignoro es si sabe algo acerca de su homosexualidad. Imagino que ha sido testigo de más de un secreto salpicando los blancos manteles de este restaurante y que mantiene la boca cerrada para no ser desleal a sus clientes. No creo que le suponga mucho esfuerzo, no parece un hombre de lengua larga.

Me centro en sus ojos, en sus manos grandes, en su amabilidad.

—Las malas lenguas de mi pueblo, en Valencia, no dejan de insistir en que mi marido fingió su propia muerte para escaparse con ese inglés, en España lo conocíamos como Charlie. Yo nunca lo he creído; sin embargo, desde que mi hijo dejó esos mensajes... —Cierro los ojos y me limpio con la mano las

gotitas de sudor mientras busco las palabras adecuadas—. Mi marido exhibía gestos y ademanes un tanto... suaves, pero yo mejor que nadie sé que no sentía atracción por otros hombres.

—¿Y qué te hace dar ahora importancia a esos comentarios?

Bajo la cabeza pensando que tiene razón. Nunca me creí esas chorradas, ¿por qué lo estoy haciendo ahora?

—La Policía vino al camping buscando a Toñete. Sospechan de él como autor de la muerte del señor Vázquez. Mi hijo le envió un mensaje para encontrarse con él en el parque donde fue hallado su cuerpo.

Emilio se rasca la cabeza. No me gusta su silencio, aunque sé que está pensando, lo que quiero es que me consuele, que me diga que es imposible, que Toñete no es capaz de hacer algo así y que la Policía lo busca como testigo, no como supuesto culpable.

Pero no hace nada de eso, entiendo que está impresionado.

—Será mejor que me vaya, tienes mucho trabajo. Los ingleses cenan pronto y esto se te va a llenar de un momento a otro —digo.

Lo abrazo como si fuera un amigo reencontrado. Corresponde a mi gesto y me entrega una tarjeta.

—Llámame si necesitas algo —dice mientras me acompaña hasta la puerta—. Tu hijo es un buen chico, muy resuelto. Seguro que está bien, no te preocupes. Él es incapaz de hacer algo así —susurra en mi oído, por fin.

—Lo sé —respondo con seguridad. Y con un alivio descomunal.

Hay más muertos que vivos, muchos más. Y sigo convencida de que Antonio es uno de ellos. Me da igual que me aseguren que Charlie iba con un tipo rubio. ¿Cuántos rubios hay en Inglaterra? ¡Cientos de miles, más de la mitad de la población!

Sí, pero ¿cuántos escuchan a María Dolores Pradera?

*L*a bici me espera donde la he dejado. El sol ya está bajando de su cúspide, la brisa acaricia mi cara mientras deshago el camino hasta el camping. Pedaleo rápido, temo que oscurezca antes de llegar. Delante de mí solo veo una línea de asfalto rodeado de verde. Nada más, el gris, el verde y yo. Y el crujir de las ramas por el viento. Hasta que irrumpe el ruido del motor de un coche. Lo oigo cada vez más cerca, cada vez más potente, justo detrás de mí. Ha encendido las luces, tan cerca que siento el calor en mi espalda. Me arrimo al arcén y dejo que pase de largo por la estrecha carretera. Pero me pongo nerviosa, intento distinguir a su conductor, me tambaleo y por poco pierdo el equilibrio.

Pienso en la otra Amparo.

Y en Conrad.

Andrew no está en su puesto, la mujer que lo sustituye me saluda con una sonrisa cuando me acerco hasta el mostrador para pagar el alquiler de la bicicleta.

Mientras me acerco a mi caravana no veo a Conrad por ningún lado, ni su coche. La temperatura invita a sentarse fuera con una rebeca, así que entro en la casita rodante y me pongo una sobre los hombros para sentarme en el porche del larguirucho.

Ahora agradecería uno de sus tés.

Empiezo a analizar los datos que he acumulado, son peldaños que me llevarán hasta Toñete y no quiero saltarme ninguno, eso podría hacerme tropezar. Poco a poco voy uniendo sucesos, buscando la justificación de algunos, encontrando lo obvio en otros. Se me acelera la respiración. Me incorporo en la silla de lona y trago la poca saliva que la sequedad de mi boca produce. Me acabo de dar cuenta de que, justo antes o después de pedirme ayuda, ese mismo día encontraron el cuerpo de Guillermo Vázquez en el parque. ¡Necesito saber la hora exacta en la que mi hijo me envió el mensaje!

Vuelvo corriendo a mi caravana. Busco desesperada mi móvil. ¿Dónde lo

habré dejado? Vacío mi bolso. Nada. Recorro el habitáculo, ahí está, sobre la neverita. El mensaje me llegó el domingo a las 21:03, hora española, aquí sería una menos. Pero no sé cuándo encontraron el cadáver ni a qué hora estiman que pudo haber sido asesinado.

Me pitan tanto los oídos que tengo que ponerme en pie. Son mis propias ideas que intentan aflorar por algún lado. ¿Cuál ha dicho Emilio que era el tema de conversación de Charlie y su acompañante rubio la noche que fueron a cenar a su restaurante? ¿Revelado de fotografías?

¡Hay algo que se me escapa y no sé qué es!, pero sospecho que podría ayudar a encajar las piezas de un camino hacia Toñete.

Me instalo otra vez en el porche de mi vecino. Las luces de los faros del coche de Conrad me desnudan en una penumbra a la que me había acostumbrado sin darme cuenta. Parpadeo varias veces y descubro que he estado escribiendo casi en la oscuridad. Oigo que él cierra el coche justo antes de recolocarme en la silla de lona. A mi mente acude la acusación del abuelo del niño pescador: no hubo ningún coche, Conrad golpeó a su mujer. Se me erizan los pelillos de la nuca y miro hacia atrás, pero solo veo la oscuridad de la noche entre las luces de las demás caravanas.

Pienso en Emilio, en la serenidad que me ha transmitido esta tarde. Él no cree que el larguirucho haya sido capaz de matar a su esposa, pero insiste en que algunas personas afirman que Conrad comenzó a beber antes de la muerte de su mujer y que la relación entre ellos no era buena.

Conrad aparece por un lateral de su autocaravana. No distingo bien su rostro, pero casi adivino sus lágrimas reseca. Su caminar es firme, aunque arrugado por un dolor invisible. Llega a mi altura sin verme. Carraspeo para que note mi presencia.

—¿Qué haces ahí a oscuras? —pregunta tras dar un pequeño respingo—. ¿Me estás esperando para algo?

—Sí —miento. O quizás no miento.

Abre su puerta y pulsa un interruptor. La bombilla exterior se enciende y una luz dorada nos arroja.

—¿Has cenado?

—No, pero no tengo hambre.

Se detiene pensativo y entra a por algo, temo que sea su eterna botella de ginebra. Al momento sale sosteniendo un cuenco con varias piezas de fruta. Lo deja sobre la mesa y toma una manzana, pero no se la come, solo la manosea.

Se sienta frente a mí, la luz le ilumina medio rostro. Sí, ha estado llorando.

—¿Cómo te encuentras? —pregunto.

Mueve los hombros hacia arriba mientras gira la manzana en sus manos. Creo que sabe que puedo ver sus lágrimas secas.

—Sobrio, si es lo que quieres saber.

Me duele su respuesta. Respiro fuerte por la nariz y tensó la espalda. El larguirucho percibe mi molestia y sonrío en son de paz.

—No me refiero a eso. Ya veo que no estás borracho —digo, y me arrepiento enseguida. La palabra «borracho» suena a sucio, a perdedor, a derrota.

—Mi mujer murió el 21 de septiembre, dentro de poco se cumplirá un año —dice—. Me repito mil veces que la fecha no importa, que es otro día más sin ella, como todos los demás, pero no puedo evitar que me afecte. La luz de los atardeceres, el color del paisaje, los sonidos del final del verano..., todo me recuerda a aquel momento, a nuestro paseo en bici, a nuestra vida juntos antes de...

De nuevo, el odio en su azul. Sé que se va a intensificar con mi próxima pregunta.

—¿Es cierto que Amparo iba a dejarte y volverse a España?

*L*a noche y su frescor se han instalado junto a nosotros. Hace rato que he metido los brazos por las mangas del jersey, no sé si es el hielo en los ojos de Conrad o esta humedad tan fría a la que no estoy acostumbrada, pero no puedo dejar de tiritar.

Debería haber sido más sutil con el larguirucho, la delicadeza no es una de mis cualidades.

—¿Quién te ha dicho que Amparo quería dejarme? —La voz de Conrad afilada.

—No importa quién —respondo manteniendo su mirada. Interminables segundos de silencio—. Mira, Conrad —digo con tono firme y eso me gusta—, te repito que en estos momentos necesito a alguien que me ayude a encontrar la verdad; solo eso me llevará hasta Toñete. Ya sé que tú buscas tu verdad, y te prometo colaborar contigo para desvelarla. Pero siempre desde la certeza de que no me ocultas nada. Solo quiero saber si andas a la caza de un culpable para algo que en realidad no ocurrió. Yo he abierto la posibilidad de que fuese Antonio quien, como tú sospechas, condujese aquel coche. No lo hago por ti ni por Amparo. Ni siquiera por seguir dándole una vida a mi marido, aunque sea una vida sin mí. Lo hago por Toñete, para saber por dónde seguir esta búsqueda que me ha traído hasta aquí. Así que, por favor, si tu mujer iba a marcharse, quiero saberlo. O si..., si le hiciste algo.

Conrad oculta su cara entre las manos, unas manos grandes de dedos finos, y mueve sus hombros sin esconder un llanto que lo acompaña desde hace demasiado tiempo.

—Amparo me quería —dice—, pero no pasábamos por nuestro mejor momento. Yo no pasaba por mi mejor momento, y eso nos afectó a los dos.

Espero a que tome aire, pero lo presiono más.

—Crecí en este condado, en una familia acomodada. No, no éramos propietarios de ninguna de esas mansiones victorianas ni de un *cottage*, pero nos iba bien. Mi padre regentaba un negocio inmobiliario y pudo enviarme a la

universidad, donde me licencié en Empresas. No quise limitarme a ser un comercial como él y me instalé en Londres para trabajar en una multinacional, mi uniforme era un traje de chaqueta con corbata de seda. En pocos años alcancé un buen puesto y un buen sueldo, con personas a mi cargo a las que servía de ejemplo para que aprendiesen a producir sin descanso y se convirtiesen en alguien como yo, o como mis jefes, o como los jefes de mis jefes. En empresas de ese tipo no hay límites.

Conrad ha ido calmando su angustia y ya no llora. Los hombros y la espalda rectos. La barbilla apunta al frente.

—Me rodeé de egos, de zancadillas para subir un escalafón que lo único que ofrecía era dinero y un falso reconocimiento, de enemigos disfrazados de amigos. Durante mucho tiempo solo me preocupó crecer en el ámbito profesional. Las visitas a mi familia se fueron distanciando y casi no mantenía contacto con mis amigos de la infancia. Tampoco hubo mujeres significativas; alguna que otra, pero solo pasaba con ellas un par de noches, una semana como mucho. No quería distracciones en mi carrera. Bien cumplidos los treinta, una joven recién licenciada, de expediente admirable y enormes ganas de triunfar, entró a trabajar en la empresa y se fijó en mí. Tardó poco en meterse en mi cama y en mi vida. Estaba llena de ambición, eso me volvía loco. Nos casamos seis meses después de conocernos.

Se queda otro rato meditabundo. No pienso interrumpirlo.

—Al cabo de dos años me abandonó por uno de los jóvenes de mi equipo, el más prometedor, el que mejor supo ponerme esa zancadilla que me dejó fuera de juego. Me dolió más la pérdida del trabajo que de la mujer, es lo que tiene ser uno de ellos. Me afané en encontrar otro empleo mejor en alguna empresa de la competencia que supiera apreciar mi valía, y que les recordara a diario a mis antiguos jefes lo que habían perdido. Conocía bien las reglas del juego, me convertí en un rival al que temer. Metí los codos y pisé cabezas hasta colocarme en un puesto estratégico, y entonces comenzó todo. Un día se me ocurrió mirar hacia atrás desde mi nuevo estatus, y el vértigo y la vergüenza me empotraron de lleno en mi primera depresión.

En ese punto, emocionada, no puedo reprimir un comentario que lo consuele, o al menos lo justifique:

—Intentaste superarla con alcohol...

—Al principio solo eran un par de copas al salir del trabajo, para desestresarme, pero pronto se multiplicaron. Ya no solo bebía fuera del

horario laboral; comencé a ocultar una petaca que llevaba a la oficina y sacaba en los aseos para sofocar la angustia. Qué iluso... Piensas que nadie lo nota, que solo aprecian tu desparpajo..., pero todo el mundo percibe el brillo en tus ojos, tu verborrea incoherente, esa con la que te empeñas en contar una y otra vez la misma anécdota, tu temblor de manos... A ratos provocaba que los negocios se tambalearan, pero en cuanto me recuperaba, alcanzaba una producción mayor a la de cualquiera. Todo tiene un límite y un buen día acabé en manos de un médico insulso que me diagnosticó una bipolaridad.

—No estoy muy segura de saber en qué consiste...

—No importa, porque era inexistente. Pero me prescribió una medicación de litio que me dejó atontado y me llevó a una baja forzosa. Me recomendó viajar a un lugar cálido y tranquilo. Recuerdo que era un mes de enero helado. No quería irme muy lejos, por si mis jefes se daban cuenta de que me necesitaban, qué idiota... —Una sonrisa de perdedor asoma en su rostro—. El sitio más cercano que se me ocurrió fue el Levante español y me fui a Benidorm.

—Mala elección. Te lo encontrarías atestado de ancianos fuera de temporada.

—Sí, pero allí conocí a Amparo. Era la relaciones públicas del hotel donde me alojé. No era el tipo de relaciones públicas al que yo estaba acostumbrado, preocupados por conocer gente influyente con la que impresionar a otros, deseosos de hacer favores con el fin de acaparar otros de vuelta. Ella se encargaba de organizar actividades para esos grupos de la tercera edad y parecían importarles las personas en sí, no por su estatus ni por sus contactos. Me encantaron su personalidad y su desparpajo —dice sonriendo.

Baja la mirada hacia sus manos, los dedos entrelazados.

—Regresé a Inglaterra y durante un año mantuvimos una relación a distancia, con visitas mensuales de fin de semana, hasta que dejé mi empleo y mi vida, y me planté en la suya. Sin lastres, sin botellas ni petacas, sin medicación y con dinero suficiente para vivir una temporada libre de agobios. Todo iba bien, pero no tardé en sentirme incómodo, casi inútil por la falta de actividad. Es triste darse cuenta de que no sabes hacer otra cosa más que trabajar.

—Lo entiendo, aunque siempre depende de las condiciones laborales.

—A través de unos contactos comencé a colaborar con una inmobiliaria que vendía y alquilaba casas de vacaciones en la costa española a clientes del

resto de Europa, un trabajo que conocía bien gracias a mi padre. Durante unos años las ventas fueron tan sustanciosas que nos permitieron comprar una casa y crear un par de pequeñas empresas que dieran rienda suelta a mi espíritu emprendedor. Y compramos primero tu caravana, luego la *motor home*, más independiente, Amparo siempre había querido tener una. Lo invertí todo convencido de mi éxito, pero llegó la crisis, y los extranjeros dispuestos a gastar sus ahorros en España disminuyeron. Las deudas empezaban a morderme y malvendí para prolongar la agonía de unos negocios que ya estaban sentenciados. Amparo me ayudó con sus ahorros y, finalmente, lo único que nos quedó fueron estas dos casas móviles.

Observo cómo pasa la lengua por sus labios secos. Mira de reojo hacia la puerta y sé que está echando de menos la botella de ginebra. Me viene a la memoria el botijo de mi suegro, el eterno botijo... ¿Dónde habrá ido a parar?

—Desde que nacemos somos conscientes de nuestra muerte —continúa—, ¿por qué complicar lo que sucede en medio? Con tener lo necesario para vivir sin ahogos debería bastar, ¿no crees? Eso es lo que me repetía Amparo cuando nos vinimos hasta aquí conduciendo la *motor home* con la caravana enganchada detrás. Creí que en casa todo sería diferente, que encontraría ese trabajo idóneo. Ni siquiera pensé que ella tendría que abandonar el suyo. Y no se quejó, tampoco lo hizo cuando lo único que le ofrecieron los hoteles de esta zona fue un puesto de limpiadora. Cada mañana se levantaba sabiendo que su única función era recoger la mierda de otros. En cambio yo..., yo no pude. Me seguía agarrando a mi estatus profesional, pero resulta que ya no había nada para mí. Los jóvenes innovadores y emprendedores son los que copan el mercado. Lo que no saben es que dentro de unos años también ellos estarán obsoletos... También sobrarán.

La barbilla le tiembla. Entiendo que está sufriendo, pero confío en el valor del desahogo, y prefiero dejar las cosas claras entre nosotros.

—De nuevo la ansiedad me consumió y de nuevo me dejé seducir por el calor del alcohol. Cada mañana me prometía que no lo probaría, que saldría a la calle y aceptaría cualquier trabajo, que necesitábamos el dinero...

Las lágrimas resbalan otra vez por sus mejillas.

—Cada tarde ella llegaba a casa con la esperanza de oír que por fin había conseguido algo, pero noche tras noche me encontraba borracho, sin haberme atrevido siquiera a salir en busca de aquello que nos hubiera salvado. ¡Sí, claro que discutíamos!, pero ella era lo único bueno que tenía y no quería

perderla. ¿Por qué iba a matarla? —grita soltando escupitajos.

Cuando se calma, solo se oyen los ruidos de la noche.

—Precisamente por eso, porque ibas a perderla. —Escucho mi voz y no creo que sea yo quien haya dicho eso. Pero me alegro de haberme atrevido, no quiero dejar ningún rescoldo de duda.

Él fija sus ojos en los míos. Las lágrimas intensifican su azul. Un escalofrío me recorre la espalda. ¿Qué estoy haciendo? Ahora mismo estamos los dos solos bajo las ramas de estos árboles, escondidos en la noche. Desde mi silla no distingo ninguna luz cerca de la nuestra. ¿Qué podría pasar si lo que le estoy preguntando es cierto, si es un asesino?

Conrad baja de nuevo la cabeza, parece querer esconderla en el hueco que queda entre su pecho y sus hombros. Lloro. No, no es un asesino, no puede serlo. Me levanto y rodeo la mesa para llegar hasta él y abrazarlo. Yo también tengo ganas de llorar.

Permanecemos abrazados unos minutos hasta que deja de temblar, creo que se ha calmado, pero no quiero separarme de él. Le acaricio el pelo repitiéndole que no pasa nada, que es bueno llorar. Yo también lo hago. Por fin aleja unos centímetros su cuerpo del mío. Sonríe entre lágrimas y su azul ilumina la noche. Me cuesta tragar, su cara se encuentra muy cerca de la mía.

—Gracias —dice—. Eres como ella, tú me entiendes.

No quiero ser como ella, quiero ser como yo misma.

El sonido de unas ramas hace que nos separemos de forma precipitada, como si nos hubieran pillado en falta. La silueta de Andrew se dibuja en el camino, se dirige hacia el lago. Carga con un par de bolsas, no parecen muy pesadas. Tiene que habernos visto, estamos bajo el único foco de luz de las instalaciones, pero no nos mira, como si no quisiera inmiscuirse en nuestras vidas.

—Ya te dije que está habilitando las casetas del otro lado del lago —explica Conrad cuando el viejo pasa de largo—. Últimamente se pasa horas allí, creo que intenta revitalizar el camping.

Sonríe sin demasiadas ganas; no me importa lo que haga Andrew con su negocio. Conrad puntualiza:

—El camping no es suyo, pero la dueña viene poco por aquí y lo deja todo en sus manos.

—Es un hombre muy competente —digo—. Me encanta verle manejar su ordenador.

El larguirucho se sonroja, me parece que he tocado un punto sensible.

—Fue en ese ordenador donde me enteré de que Charles Parks es el propietario del maldito coche. Aproveché que Andrew estaba fuera para colarme en la recepción y buscar en Internet, me parece más fácil ver la información en una pantalla grande —dice y se sonroja—. Desde entonces, no he parado de indagar acerca de ese hombre. Hoy mismo lo he encontrado en otra página, una referente al ámbito de los negocios. Está fechada hace más de dos años. Por aquella época quería traspasar una de las tiendas más antiguas de fotografía y revelado de Londres.

Son más de las doce de la noche y no puedo dejar de dar vueltas en el sofá cama. El supuesto negocio de Charlie me ha devuelto la imagen de esa fotografía que encontré en el trastero de Piedad, escondida entre las pertenencias de mi suegro.

Vuelvo a recordar la cámara Polaroid. Cómo empalidecía Piedad cuando la veía en manos de su padre.

«Tienes que irte», me decía.

Y ninguno rechistábamos.

Piedad apretaba mi mano, pero la soltaba en cuanto yo me dejaba llevar hasta la puerta, dócil.

¿Cómo es el dicho?

No hay más ciego que el que no quiere ver.

Doy otra vuelta en la cama y me echo a llorar. Lo hago por aquella niña, y por su angustia ante una cámara que escupía imágenes terribles. Y lloro también por mí, por esa estúpida necedad de la infancia que nos impide ver la verdad.

La mañana amanece más fresca que las de días atrás. No hay nubes que cubran el cielo, pero ya no es azul.

Tan solo quedan cuarenta y ocho horas para la celebración de cumpleaños de Lord Castle y todavía no hemos comprado nada para preparar la dichosa paella. Con lo que vi en la cocina de la mansión puedo cocinar cualquier arroz, pero no una paella. Tendremos que acercarnos a Londres, a no ser que Conrad sepa de un supermercado más cerca que tenga todos los ingredientes. Y la propia paella.

Todavía no son las ocho. Cojo mi neceser de aseo y me dirijo al lavabo, donde no he encontrado demasiadas personas desde que estoy aquí. Imagino que el fin de semana aumentará la afluencia de público. Todavía gozamos de

buena temperatura y eso atraerá a los campistas. Supongo que, si los ingleses son como los suecos, aprovecharán cualquier momento para disfrutar del aire libre.

Recorro el camino empedrado rodeada por un aroma fresco, como a hierba recién cortada y regada. No tardo demasiado en regresar vestida por completo, el pelo húmedo. En la autocaravana de Conrad se adivina ya actividad; los estores están subidos, pero no veo al larguirucho por ningún lado. Ralentizo el paso y suelto una tos falsa, quiero que sepa que estoy aquí. No sé qué me pasa con este hombre, no sé si lo aborrezco, o por el contrario...

En cuanto Conrad oye que estoy fuera, sale de su caravana, también lleva el pelo húmedo.

—Deberíamos marcharnos a Londres esta misma mañana, comprar lo necesario para la paella y, de paso, hacer una visita a la tienda de fotografía de Charles Parks. He comprobado en Internet que existe todavía, aunque desconozco si llegó a traspasarla —dice mostrándome de lejos la pantalla de su móvil, como si yo pudiera verla desde aquí.

—Dame unos minutos —le ruego—. Todavía no he desayunado.

Entro en la caravana, animada por la buena disposición del larguirucho, entorno la puerta y, fuera de su vista, engullo a toda velocidad unas cuantas galletas de las que compré en el supermercado, prefiero que no me rujan las tripas durante el viaje. Rápido, tomo mi estuche de maquillaje y me doy un poco de rímel en las pestañas. Sí, así estoy mejor.

Salgo a toda prisa y nos subimos en el coche rumbo a Londres. En mi mano sostengo el papel con la dirección de la tienda. Quizás Charlie no se deshizo del negocio y continúe trabajando allí; puede que lo encontremos detrás del mostrador, o encerrado en una habitación de luces rojas.

Miro por la ventanilla, la pequeña carretera arbolada se ha transformado en una autovía. Es curioso, cada uno busca las cosas a las que está acostumbrado. Supongo que por eso las grandes ciudades están llenas de tiendas con productos de otros países. Recuerdo lo difícil que le resultaba a mi madre encontrar aceite de oliva en Suecia. Era un producto casi de lujo. Si por aquel entonces alguien hubiera abierto un establecimiento con sabor a España, tal vez mi madre no habría estado siempre tan triste.

—No sé si deberíamos ir primero a la tienda —dice Conrad pensativo—. Si conseguimos aparcar en Portobello, dejaremos allí el coche y nos moveremos

en metro. Es más fácil aparcar allí que por el centro.

—Como tú digas, no conozco esta ciudad.

La última vez que viajé en metro fue en Estocolmo. Allí lo cogía a diario para ir a trabajar, nunca tuve problema para moverme de un sitio a otro. ¿Por qué siento ahora esta angustia?

El paisaje se va urbanizando y el tráfico se densifica. Algunos peatones caminan deprisa por las aceras, casi sin mirarse. Conrad detiene el vehículo. Ha encontrado un hueco donde dejar el coche.

—La tienda está a un par de manzanas —dice.

Nos apeamos y caminamos por una calle de aceras anchas. Los edificios son bajos y enmarcan sus ventanas en madera blanca, eso les da un toque señorial. Árboles frondosos crecen en los bordillos, y en pequeñas roturas del asfalto, brotan briznas de hierba verde, de ese verde que hacía tanto tiempo que no veía. Giramos en una esquina y encontramos nuevas casas adosadas de dos alturas, pintadas de colores y con las ventanas blancas. Me recuerda un poco a Estocolmo. Más adelante el barrio cambia, con tiendas a pie de calle. El bullicio es mayor. Casi todos los comercios exponen sus mercancías en pequeñas mesas colocadas a la puerta. No me da tiempo a detenerme, Conrad se mueve deprisa, pero me parece que son objetos antiguos. A pocos metros encontramos un almacén con la fachada pintada de color marrón, rematada por una pequeña bandera roja y amarilla.

—Aquí es —dice Conrad—. Este es el supermercado español al que vendremos a hacer la compra después de visitar la tienda de Charles Parks.

Intento divisar algo del interior a través del cristal, pero Conrad no se ha detenido ni un segundo y yo lo sigo hacia una nueva calle que desemboca en una avenida destartalada. Desde aquí puedo ver un puente lleno de pintadas y la entrada a la estación de metro de Ladbroke Grove. Bicis aparcadas cerca del acceso. Para ser un país que hasta hace poco no daba importancia a este deporte, se encuentran cachivaches de estos por todas partes. Será porque el terreno es bastante llano, creo que todavía no he visto una sola cuesta desde que he llegado.

La espalda de Conrad siempre delante de mí. ¡Que deje de correr ya, lo estoy perdiendo!

Entramos en la estación y me veo rodeada por escaleras mecánicas y pasillos. Todo aquí es vertiginoso. Un músico, al final de una de las galerías, me obliga a detenerme. Toca una guitarra acústica y sus dedos acarician las

cuerdas con mucha dulzura. Tiene el pelo negro y sus rizos escapan por debajo de un sombrero beis de *cowboy*. Me saluda con una diminuta sonrisa.

Reconozco esta canción. Es la que suena en el móvil de mi hijo cuando recibe una llamada.

El músico comienza a cantar:

*Summer has come and passed.
The innocent can never last.
Wake me up when september ends.
Like my father's come to pass.
Seven years has gone so fast.
Wake me up when september ends...*

Hasta ahora no me había detenido a escuchar la letra, tan solo me había quedado con la melodía. «Despiértame cuando acabe septiembre...» Siempre septiembre, como entonces, como ahora.

Busco en mi bolso unas monedas para dejarlas sobre la funda de guitarra que el músico ha extendido en el suelo, pero, antes de que pueda abrir mi monedero, Conrad me agarra de un brazo y tira de mí hacia el siguiente pasillo. Lo recorremos rápido hasta llegar a un andén donde un vagón abarrotado nos engulle para escupirnos en otra estación: Baker Street. Más corredores claros, más gente, más músicos, un nuevo vagón y una nueva estación: Charing Cross.

Salimos a la calle. Un par de autobuses de dos plantas, de un rojo intenso, iguales a los que he visto en fotos y películas. En una esquina, una cabina del mismo color ofrece más un servicio turístico que telefónico; varias personas se fotografían junto a ella. La vía es más ancha que cualquiera de las que he recorrido en Valencia, incluso de las que transité en Estocolmo. Desemboca en una inmensa plaza rodeada de grandes edificios. Entrego a Conrad el papel que no he soltado, pero ni siquiera lo mira, sabe por dónde se mueve. Sigue avanzando conmigo pegada a sus talones en dirección contraria a la plaza. La acera, abarrotada; al fondo, una alta torre con un reloj. También me suena.

—La tienda está en la siguiente esquina. Quizás es mejor que entre yo solo, si te reconoce puede llamar a tu marido y advertirle de que estás aquí.

Aprieto la mandíbula para impedir que las palabras salgan disparadas desde mi boca y se claven directamente en su corazón. Tomo aire y me limito a

lanzar una simple pregunta conteniendo el tono:

—¿Aún no te has enterado de que es a mi hijo a quien buscamos?

No puede esperar, el larguirucho está nervioso y ni siquiera me escucha. Abre la puerta y entra sin contestarme.

Me cuelo tras él bajo el sonido impertinente de una campanita. La tienda mantiene el encanto de un negocio antiguo con las comodidades de uno moderno. No creo que mucha gente utilice hoy en día cámaras con carrete y supongo que esto es lo que esperan encontrar. Ambos repasamos con la mirada a los empleados y a los clientes que esperan a ser atendidos. Ninguno es Charlie, al menos no el Charlie que yo recuerdo.

Conrad frota sus manos para limpiarlas de un sudor pegajoso idéntico al que se ha instalado en mi frente. Deambula inquieto por el establecimiento. Si yo fuera uno de los dependientes pensaría que es un atracador. ¡Por favor, que se tranquilice!

Por fin, uno queda libre y nos acercamos a él. No nos mira con buena cara, en especial a Conrad.

—Buscamos a Charles Parks —dice sin saludar.

Al oír el nombre de Charlie, el gesto del empleado se tiñe de desprecio.

—Ese caballero ya no tiene nada que ver con esta tienda —escupe y, con un gesto rudo, nos invita a marcharnos.

—¡Por favor! —insisto—. Necesitamos verlo, es un asunto de vida o muerte.

—¡No me importan sus asuntos! —dice bajando la voz—. Soy el nuevo propietario de este negocio y les aseguro que aquí ya no encontrarán a ese a quien buscan. Ese cazador de imágenes y ustedes, sus clientes especiales, me dan asco. ¡Márchense de aquí o llamo a la Policía, degenerados!

Jamás me habían hablado con tanta repulsa. Aunque no grita, su voz suena fuerte, dura. Algunos clientes nos miran. No sé qué hacer, no quiero que haga esa llamada, sé que la presencia de la Policía solo puede empeorar las cosas.

«Cazador de imágenes», el nuevo propietario de la tienda de fotografía ha llamado así a Charlie, y a nosotros «clientes especiales». ¿Qué habrá querido decir?

La foto de Piedad y su padre en mi retina.

—¡Vámonos! —le digo a Conrad.

—Pero es que...

Él no entiende.

—¡Vámonos! —repito—. ¿A quién creará la Policía en cuanto compruebe nuestra documentación? ¿A una extranjera, madre de un sospechoso de asesinato, acompañada por un inglés borracho que asegura que un conductor fantasma asesinó a su mujer, o a un respetable comerciante londinense?

Conrad mira desafiante al nuevo propietario. Le veo tragar saliva y apretar los dientes, el azul de sus ojos transformado en hielo. Abro la puerta y la campanita vuelve a sonar. No sé cómo, consigo que el larguirucho me siga hasta la calle, donde nos envuelve un barullo de coches, gente que va y viene, bicicletas, autobuses...

Está enfadado; camina más rápido que de costumbre, pateando el suelo. Oigo cómo refunfuña palabras que no llego a comprender, no me mira a los ojos por más que me coloco delante de él e intento detenerlo.

—¡Por favor, para! —le digo—. Necesitamos pensar cuál va a ser nuestro próximo paso.

—¿Para qué? ¿Para que lo boicotees?

—¡Yo no he boicoteado nada! —replico—. ¡Simplemente intento que no nos detengan!

Por fin se para. Tiene las manos apretadas en dos puños, la cabeza gacha. Toma aire despacio, creo que intenta controlarse.

—Está bien —dice—. Volvamos a la tienda de productos españoles.

Lo sigo hacia el metro sin decir nada más. Solo espero que el trayecto le dé tiempo para calmarse, al menos ya camina más despacio, sin agujerear la acera con sus pisadas.

Mientras esperamos en el andén, descubro a una familia de ratas correteando por la vía. Nadie grita, los usuarios ni siquiera se estremecen al verlas. Supongo que están acostumbrados.

Ya en el vagón, Conrad observa a un niño que, sentado en las rodillas de su madre, juguetea con la cremallera de su chaqueta; la sube y la baja lentamente, intentando descifrar su funcionamiento. El azul de sus ojos ha vuelto a la normalidad. Un hombre se levanta de su asiento y pasa a mi lado hacia la puerta. El tren empieza a frenar, me vence la inercia y muevo la mano para agarrarme mejor a la barra superior. Sin querer, mis dedos rozan los de Conrad. El contacto con su piel me provoca un vaivén en la boca del estómago, me acelera la respiración, me altera el pulso. Él me mira y entiendo que sus ojos imploran perdón; un chispazo me sube por la espalda. Todavía no entiendo por qué tiemblo entera cuando lo siento cerca, cuando me arropa en

esa mirada llena de agua de mar. Aprovecho el sitio que se queda libre y corro a ocuparlo, más por alejarme y dejar de sentir estas palpitaciones que por cansancio.

Por fin el tren nos devuelve a Ladbroke Grove. Las calles están ahora mucho más concurridas; incluso algunos locales han sacado a la acera carros con comida donde la gente se detiene a picar alguna cosa. Los olores son densos, se mezclan unos con otros y lo invaden todo. Me pregunto si esto será igual en invierno. Llegamos al supermercado español, Conrad abre la puerta y me cede el paso. Aquí el olor es conocido, es como entrar en un ultramarinos de los de toda la vida, de los que solo quedan en pueblos como el mío. No durarán demasiado, los chinos ya se están encargando de implantar otro tipo de negocio más globalizado.

Un joven de cabello oscuro cobra a unos clientes mientras charla con ellos. Aunque solo puedo percibir el murmullo de sus voces, me resulta un murmullo conocido. Los clientes se dan la vuelta hacia nosotros y el dependiente los despide en español:

—¡Hasta la vista! ¡Y suerte con esas tortillitas de camarones!

Levanta la mirada hacia mí. Con una sonrisa sale del mostrador y no puedo evitar fijarme en su uniforme de tendero tradicional: camisa de rayas y delantal blanco, sin logotipos. Conrad está entretenido contemplando los artículos de una estantería.

—¿En qué puedo ayudarla? —pregunta el hombre en un castellano limpio.

—Necesito de todo para hacer una paella. Los comensales serán treinta — respondo sin esperar a Conrad.

—¿Qué tipo de paella?

Veo que nos entendemos.

—La clásica, una valenciana de pollo, conejo y verdura. Pero te aviso que no tengo nada, tan solo bombonas de butano. Busco desde el adaptador hasta la paella.

—Deduzco que es usted de Valencia.

—De un pueblo cercano, ¿cómo lo has sabido?

—Solo los de Levante la llaman «paella», para los demás es la paellera. Creo que va a tener usted suerte, me parece que ahora mismo hay una de esas dimensiones en el almacén. Espere un momento y se lo confirmo.

Me dedico a recorrer los pasillos, formado por estantes abarrotados de productos españoles. Enseguida lo oigo salir del almacén y, por su

respiración, barrunto que va cargado. Me asomo y le veo dejar junto a la zona de caja un adaptador y una paella a la que le calculo unos setenta centímetros de diámetro. ¡Perfecta! Coge un carrito y lo empuja hasta mí.

—Tenga, vaya eligiendo lo que le parezca más oportuno. Si se le presenta algún problema, no dude en preguntarme, estoy para eso —dice, y se marcha a atender a una pareja joven que acaba de entrar.

Durante los siguientes minutos recorro la tienda escogiendo los ingredientes para hacer la mejor paella que se haya visto nunca en Inglaterra. Tengo de todo, incluso las mismas marcas que utilizo en la Albufera.

¿Dónde está Conrad? He atravesado ya todos los pasillos y no me he cruzado con él en ninguno. Comienzo a preocuparme. Me acerco al mostrador, el tendero charla en español con un calco suyo de mucha más edad; imagino que será su padre y el dueño del negocio, hablan de proveedores y entregas. El mayor me mira curioso mientras su hijo me ayuda a repartir mi compra en varias bolsas. La paella no cabe en ninguna, tendremos que llevarla agarrada por el asa. Tampoco cabe el adaptador.

—¿Quiere que le ayude a cargarlo en el coche? —me pregunta después de cobrarme.

—Lo cierto es que no encuentro a mi acompañante... Hace ya un rato que no lo veo por aquí —digo, y siento cómo el calor me sube a las mejillas.

—¿Has venido con Conrad? —me pregunta el tendero viejo—. Ha pasado al bar —añade señalando hacia su derecha—. Veo que todavía no se ha repuesto de su pérdida.

Compruebo la hora, tan solo han pasado veinte minutos desde que entramos en este ultramarinos. ¿Cuánto tiempo puede llevar bebiendo? ¿Quince minutos? ¿Diez?

Trago saliva y doy un par de pasos indecisos. El tendero viejo me adelanta para que pueda seguirlo y, por una puerta lateral que yo aún no había visto, pasamos a un bar típico español, demasiado típico. El larguirucho, sentado a la barra, sostiene un vaso de ginebra en la mano. Por el brillo de sus ojos y la languidez de sus hombros sé que no es el primero.

Ahora ya sin vacilación, me acerco a él y le arrebató el vaso. La mitad del líquido se derrama sobre su pantalón.

—¿Qué haces? —me grita poniéndose en pie de un salto.

—¡Por amor de Dios, Conrad! ¿No podías esperar a que termináramos las compras y regresáramos al camping?

—Bah, si solo ha sido una copa.

—Dos —puntualiza el tendero viejo—. Aunque aquí las medidas no son como en España, no se preocupe. Dos copas inglesas equivalen, más o menos, a una española, y cortita. Al café invito yo —añade mientras trastea con la cafetera hasta que sirve uno.

Conrad baja la mirada y, por un segundo, temo que se derrumbe. Toma una servilleta y se limpia la ginebra derramada.

—Si no te importa, voy a pasar al baño a frotar la mancha con un poco de agua o iré apestando a alcohol hasta que llegemos a casa y pueda cambiarme de ropa —su voz suena pastosa, pero no enmarañada.

En cuanto entra en los aseos, el tendero viejo me dirige una mirada triste.

—Solía venir con su mujer, una española muy agradable. Hacían una pequeña compra, y ella y yo conversábamos un rato. Muchos españoles vienen más por la charla que por los productos —comenta mientras pasa una bayeta sobre los goterones de ginebra—. Después de enviudar ha vuelto dos o tres veces, y siempre ha hecho lo mismo: se para delante de los turrone, que era lo que ella siempre se llevaba, y se sienta aquí a bañarse en ginebra. Una pena.

Conrad aparece con un enorme cerco de agua en sus pantalones, se acerca a la barra y se bebe el café sin echarle azúcar, de un trago.

—Voy un momento a por el coche y lo acerco hasta aquí para cargar las bolsas —dice antes de salir a la calle de olores compactos.

El tendero viejo y yo nos quedamos solos, desde aquí escuchamos a su hijo hablar con unos clientes, esta vez en inglés.

—Sí, también tenemos clientes locales. Muchos tienen familia en España, o han vivido allí y conocen nuestra comida —comenta risueño—. La gastronomía española es famosa en el mundo entero, ¿lo sabías? Los ingleses aplauden ante una paella congelada, imagina lo que harían frente a una recién hecha.

—Si vuelvo a verte algún día, ya te lo contaré. Mañana cocinaré una para treinta comensales, todos ellos ingleses, creo.

—Es verdad, me lo ha dicho mi hijo. Pues has tenido suerte, te hemos podido ofrecer una paellera de esas dimensiones porque un chico, también español, que la encargó hace un par de semanas, no ha venido a recogerla.

Decido no corregirle el nombre del recipiente, me interesa más que me hable de ese joven español.

*L*a garganta se me agarrota y carraspeo un par de veces para destensarla y suavizar la voz. Tomo aire despacio buscando acompasar los latidos de mi corazón a una respiración tranquila, lo último que quiero es asustar a este hombre con preguntas incisivas que para él no tienen ningún sentido.

—¿Y de qué parte de España eres? —pregunto con una sonrisa. Es una sonrisa forzada, pero el tendero tiene ganas de conversación y no se da cuenta.

—De Zaragoza, ¿la conoces?

—No, la verdad es que no, pero he oído que es una ciudad preciosa.

—¡Sí que lo es! —exclama orgulloso—. ¡Preciosa!

—Yo soy de un pueblecito cercano a Valencia —digo y, sin poder evitarlo, añado—: Sabía que no eras de la zona del Levante, allí no decimos paellera, decimos paella.

El viejo tendero sonrío y yo insisto:

—A ver, ¿ese joven que encargó la paella para treinta la llamó paella o paellera?

—Paella —responde entre risas—, la llamó paella. Y es verdad lo que dices, ese cliente también es valenciano.

—¿Lo conoces?

—Conozco a todo español afincado en Londres y alrededores; tarde o temprano todos pasan por mi tienda —alardea—. Y sí, ese ha venido alguna que otra vez por aquí, pero habla más con mi hijo, ya sabes, son de edades parecidas.

El viejo asoma la cabeza por la puerta que comunica con el supermercado.

—¿Cómo se llama el joven de la paella? —le pregunta.

Ya no hay ningún cliente con él; aun así, nos quedamos los tres entre los dos establecimientos para tener ambos controlados.

—¿Quién? ¿El valenciano? Toñete. Lo acabo de llamar otra vez para decirle que hemos vendido su encargo, pero sigue con el teléfono apagado.

—¡Uy, pues no os preocupéis! Toñete es mi hijo. ¡Qué casualidad! No sabía

que había pedido aquí la paella. Veréis, él trabaja en un restaurante en Ripley y...

—Sí, en The Clock House —me interrumpe el joven.

—Efectivamente, en el restaurante de Emilio —digo para afianzar nuestra corta relación con referentes comunes—. Unos clientes le pidieron que hiciera una paella en su casa, para una fiesta privada, pero Emilio le ha dado de pronto una semana de vacaciones y se ha ido de viaje, así que lo voy a sustituir yo.

Los dos tenderos asienten y sonrían. Establecer un nexo siempre hace que la gente confíe.

—Así que conocéis a Emilio... Y, por casualidad, no conoceréis también a otro español que vive en Guildford y que es cliente de The Clock House, Guillermo Vázquez —pregunto rogando que el farol que se ha marcado el tendero viejo sobre todos los españoles residentes en Londres y alrededores sea cierto.

Padre e hijo se miran intentando recordar.

—Pobre hombre —añado—. Es una lástima lo que le ha ocurrido, ¿no os parece?

—¿Te refieres al que trabaja en el banco?

—¡Sí, a ese!

—¿Qué le ha pasado?

—¿No lo sabéis? —digo imitando a la mitad de los vecinos de mi pueblo. He tenido buenos maestros en esto del chismorreó—. ¡Apareció muerto en un parque! Conrad y yo vivimos por la zona, y la Policía está preguntando a la gente, parece que no tienen pistas.

—¡Madre de Dios! —exclama el padre—. La verdad es que no lo conocemos mucho, ha venido solo dos o tres veces, acompañando a uno de esos clientes ingleses de los que te he hablado antes. Creo que fueron pareja, pero ya no deben serlo, porque dicen que ahora al inglés se le ve con otro, también español, aunque no lo parece, debe ser muy rubio y blancucho.

El corazón se me encoge.

—¿Ese inglés es Charlie? —pregunto echando un órdago.

—¿También lo conoces? ¡El mundo es un pañuelo! Bueno, él tiene a sus padres en España, en una de esas colonias inglesas que se han establecido en las playas levantinas y va mucho por allí.

—Sí, por supuesto. Viven cerca de mi pueblo... —Trago saliva antes de

amontonar más mentiras. Me estoy dando miedo a mí misma—. Es una pena, no lo hemos podido localizar para darle la noticia, porque, pasara lo que pasara entre ellos, yo creo que tiene derecho a saberlo. ¿No os parece?

—¡Por supuesto! —dice el padre.

—Ya, pero creo que ha cambiado de teléfono, no consigo dar con él en este número —digo sacando mi móvil y fingiendo que busco su nombre entre mis contactos.

—Nosotros debemos tener su dirección, creo recordar que alguna vez hizo un pedido a domicilio. Solo repartimos en la zona 1, ya sabes.

No tengo ni idea de qué es la zona 1, pero lo paso por alto.

El padre va al ultramarinos y su hijo y yo lo seguimos. Lo veo entrar en el mostrador y sacar una libretilla de la que comienza a pasar hojas hasta que se detiene en una.

—Sí, aquí la tengo. No os pilla lejos —dice, y arranca una hoja del final que todavía sigue intacta—. Te la voy a apuntar y así os pasáis a darle la noticia, es mejor que se la dé una amiga...

—Por supuesto —digo alargando la mano hasta coger la nota con la dirección de Charlie mientras bajo la cabeza para que no perciban el rubor intenso de la vergüenza.

Me autojustifico, convencida de que miento por una buena causa.

Una mujer entra en la tienda y, a través de la puerta abierta, distingo el coche de Conrad parando en doble fila. El tendero viejo saluda a la clienta en castellano y la acompaña a la zona de embutidos. El joven coge las bolsas con mi compra y las saca a la calle, donde Conrad se hace cargo de ellas y las mete en el maletero.

—Adiós, habéis sido muy amables —le digo con absoluta sinceridad.

Ya en el asiento del coche, que cada vez me parece menos equivocado, respiro hondo. Mentir no se me da tan mal. Y no quiero pararme a valorar si esa aptitud es positiva o me va a traer más problemas de los que tengo.

—Tenemos que hacer otra visita antes de volver a casa —digo pasándole a Conrad el papel—. Tengo la dirección de Charlie.

Camino a saltos tras las grandes zancadas del larguirucho. Desde que le he dado la nota, parece estar poseído por el alma de un guerrero indio, experto en perseguir rastros por los confines del mundo. Ha conducido por las calles londinenses a tanta velocidad que he temido que una sirena de la policía comenzara a aullar detrás de nosotros. Desde que hemos aparcado el coche, voy corriendo detrás de él y ya no sé cuánto podré aguantar este ritmo sin perderlo de vista.

Giramos hacia una calle repleta de tiendas que ofrecen sus productos en las aceras: bolsos y jaulas de pájaro, puestos de comida especiada, a juzgar por sus aromas, parece un mercadillo callejero que empieza o termina aquí. Nos detenemos frente a una puerta roja flanqueada por dos pequeños tenderetes, Conrad pulsa los botones de un telefonillo. Nadie contesta. Esperamos un par de minutos y retrocedemos para tener una perspectiva más amplia de toda la fachada. Es de ladrillo rojizo con ventanas blancas y solo tiene dos alturas.

Demasiada gente en la calle para movernos con soltura y espiar a través de los cristales.

Entonces el portal se abre, una chica de pelo azul, enfundada en unos *leggings* de pantera, sale sin apartar la vista de la pantalla de su móvil. Avanzo rápido, pero no llego a tiempo y la puerta se cierra.

Conrad viene corriendo. Todavía huele a ginebra, pero el olor no proviene de su aliento, sino de su ropa. La chica de pelo azul se para en un puesto de comida y charla con el cocinero ambulante mientras este le prepara un kebab relleno de todo. Con el bocadillo en una mano y el móvil en la otra, se pierde en el mercadillo.

Nosotros también deberíamos comer algo; ya me estoy haciendo a este horario inglés. A escasos pasos de la puerta roja, en la acera de enfrente, un hombre de piel oscura y dientes blancos tiene una oferta de alimentos que no he visto en mi vida. Estocolmo nunca fue una ciudad tan cosmopolita como Londres, aunque ahora quizás haya cambiado; debería volver unos días y

comprobarlo. El hombre me dice algo que no entiendo, la sonoridad de su inglés es incluso más turbia que la de Andrew, pero le sonrío y señalo con el dedo una especie de croquetas aplastadas. Abre una pequeña nevera y saca un bol de croquetas crudas. Con unas pinzas las va metiendo en una freidora con aceite caliente. En un par de minutos, las saca y me las entrega en un plato de cartón blanco con dos cuencos de salsa, una verde y otra roja. Le acerco un billete anaranjado con la cara de la reina y, mientras recojo el cambio, busco a Conrad con la mirada; no lo veo por ningún lado. Espero que no haya vuelto a entrar en un bar.

Me quedo junto al puesto para no perder de vista el edificio de Charlie. Mientras busco al larguirucho entre los transeúntes, mojo una de las croquetas aplastadas en la salsa verde y me la llevo a la boca. Es crujiente en su exterior y está rellena de mantequilla derretida. Contiene, además, diversas verduras entre las que distingo patata y guisantes de diferentes tipos. Su sabor es intenso, sabroso y picante, cada vez más picante. Me dirijo al vendedor y, con un gesto urgente, le indico que necesito algo líquido, el picor se me hace casi insoportable. El hombre suelta una carcajada y me tiende una botella de agua; la vacío de un trago. Le ofrezco una moneda y cruzo la calle con la lengua ardiendo. La puerta roja está abierta. Escudriño las ventanas que dan a la fachada, la joven de pelo azul fuma un cigarrillo apoyada en el alfeizar.

¿Dónde se habrá metido el larguirucho? Me pongo de puntillas para otear por encima de las cabezas que me rodean, la suya debería sobresalir sobre todas. ¿Y si ha subido esas escaleras y está llamando a la puerta de Charlie? ¿Y si...? No sé qué hacer. Quizás Charlie haya llegado a casa y Conrad esté hablando con él, quizás Toñete esté también arriba, quizás Antonio...

Con el platillo de croquetas en una mano y la botella vacía en la otra, me cuelo dentro del portal. Subo una escalera estrecha hasta la segunda planta, la que consta en la dirección que me ha copiado el tendero viejo, y una plaquita en una de las puertas me confirma que estoy en el sitio correcto: «Charles Parks».

Llamo al timbre.

El corazón me late en la garganta con tanta fuerza que hace bailar mis gotitas de sudor.

Nadie responde. Golpeo con los nudillos el contrachapado y la puerta cede. Me asomo un poco por la abertura, pero solo alcanzo a ver un trozo de salón. Está vacío. Dejo el plato y la botella en el suelo antes de pulsar otra vez el

timbre. Sigue sin haber respuesta, solo silencio. El único ruido que oigo es el de mi corazón golpeando mi pecho. A este paso, me va a dar un infarto. Empujo la puerta hasta que se abre del todo y me muestra el salón entero.

Un relámpago me recorre por dentro.

El cuerpo de Conrad está tirado en el suelo, entre un revoltijo de cosas. Me lanzo sobre él y me agacho a su lado. Tiene los ojos cerrados, lo zarandeo y repito su nombre varias veces. No responde. Le toco la cabeza y mi mano se tiñe de sangre. Acerco la cara a su nariz y un aire caliente choca contra mi oreja. ¡Está vivo!

Necesito ayuda.

Me levanto y salgo corriendo. Mi pie golpea un objeto que sale rodando por el descansillo, debe ser la botella de agua. Bajo los escalones de dos en dos hasta alcanzar la calle. Corro hasta el centro de la calzada, el vendedor hindú me mira sonriente. Dudo si pedirle ayuda; decido no hacerlo, diga lo que le diga, no se va a enterar de nada. Y yo menos de su respuesta.

¡Tengo que encontrar a alguien que me entienda!

Debo parecer una loca, dando vueltas sobre mí misma para identificar a alguien con pinta de hablar español o sueco, como si eso pudiera distinguirse de una ojeada. Me recuerdo que no debo alertar a la gente, no debo provocar ninguna susceptibilidad que desemboque en una llamada a la policía, así que tampoco me conviene pedir una ambulancia.

Solo se me ocurre cantar a pleno pulmón:

—¡Astuuurias, patria queridaaa! ¡Astuuurias de mis *amoreees*!

—¡Quién *eeestuuu*viera en *Asturiaaas*! —Escucho a mi espalda.

Las lágrimas se me escapan sin poder evitarlo.

La calle sigue abarrotada, y ahora sí, ahora casi todos me miran. Tampoco debe ser aquí tan normal que alguien se ponga a berrear entre la multitud. Enseguida regresan todos a la normalidad, excepto un pequeño grupo de treintañeros que me observa entre risas.

—¿Ya no seguimos cantando? —me pregunta uno de ellos, el que más sonrío.

—¡Necesito ayuda! —digo acercándome. La voz me tiembla casi más que las manos—. ¡Mi amigo acaba de tener un accidente!

—No se preocupe. ¿Dónde se encuentra? —Ya no veo ninguna sonrisa.

Uno de los jóvenes del grupo saca un móvil.

—¿Quiere que llame a urgencias? —pregunta casi tan asustado como yo.

—¡Por favor, vamos a ver cómo está mi amigo y desde allí llamamos a quien sea!

Ando de prisa hasta el portal rojo y comienzo a subir los escalones, los jóvenes españoles me siguen callados, imagino que hasta algo recelosos. Peldaño a peldaño voy imaginando cómo explicaría esta situación a los servicios médicos. No podría decirles que Conrad ha sido atacado en una casa que no es la suya por un hombre al que persigue porque le cree culpable de la muerte de su esposa. Y cuando me pregunten qué pinto yo aquí, tampoco podría responderles que existe la posibilidad de que ese hombre me haya destrozado la vida porque se ha liado con mi marido, al que se dio por muerto hace un año.

Piso algo pegajoso, las suelas de mis zapatos se adhieren a los peldaños. Los treintañeros se quedan detrás de mí frente a la puerta de Charlie. Está cerrada, supongo que la congoja me ha hecho cerrarla al salir. La aporreo con fuerza mientras grito el nombre del larguirucho. Tengo la cara inundada de lágrimas. Veo las croquetas y la salsa picante que he dejado en el descansillo. Alguien las ha pisado.

—¿No tiene llaves?

—Salí corriendo buscando ayuda, no me di cuenta de que cerraba...

Sigo golpeando el contrachapado. Uno de los jóvenes se une a mi llamada.

—¿Hay alguien ahí? —pregunta—. ¡Apártese! —Da unos cuantos de pasos hacia atrás y arremete contra la puerta.

Conrad está sentado en el suelo del salón, sujetándose la cabeza con las dos manos. Un hilillo de sangre le resbala por la cara.

El joven que quería llamar a los servicios de urgencia se arrodilla a su lado.

—¿Está usted bien? Déjeme ver su herida...

Con mucho cuidado le retira las manos para descubrir el arañazo que las ha manchado de sangre.

—Bien..., tranquilo. No es nada, un pequeño golpe, pero muy vistoso. Por favor —dice dirigiéndose a mí—, tráigame algo para que pueda limpiarle el corte. Y deje de llorar, que lo ha hecho usted muy bien. Una idea estupenda lo del *Asturias, patria querida*.

No tengo ni idea de dónde puede haber un botiquín en esta casa. Cruzo la única puerta que veo y entro en un pequeño dormitorio bastante ordenado. Abro el armario; ropa de hombre colgada en perchas. Al lado, una cómoda; más ropa. Paso al cuarto de baño contiguo. Sobre un armarito con espejo, un

pequeño maletín blanco con una cruz roja. Lo cojo y regreso corriendo al salón.

Conrad se ha puesto en pie, lo que impide que el joven en funciones de enfermero alcance a limpiarle la herida. Le pido por favor que se siente y le explico que van a hacerle una cura, que esté tranquilo, que debe haberse caído al tropezar con algo y que se ha dado un golpe en la cabeza.

Se sienta y me mira con fijeza. Toma mis manos. Parece desorientado, solo espero que no diga nada inconveniente que haga que cualquiera de estos jóvenes marque el teléfono de urgencias.

Veo cómo el que le atiende mueve las manos con soltura, parece tener alguna experiencia sanitaria. Habla tranquilizándonos a todos, asegura que es solo un golpe, que ni siquiera necesita puntos de sutura y que lo único que puede provocarle es un dolor de cabeza.

Les agradezco su amabilidad y los invito a continuar su paseo por la ciudad. Cruzo los dedos deseando que me hagan caso y nos dejen solos, una vez solucionada la urgencia. Los despido desde el umbral y espero un rato hasta que me cercioro de que han salido del edificio.

—¡Tenemos que irnos! ¿Qué es lo que ha pasado aquí? —le pregunto a Conrad aparentando un mínimo de tranquilidad, mientras recojo las gasas ensangrentadas y cierro el bote de antiséptico.

—No lo sé. El portal estaba abierto y subí para intentarlo en el piso. Oí ruido dentro y llamé al timbre. Una voz me dijo en castellano que empujara la puerta, que estaba abierta. Lo hice y me encontré de frente con tu marido. Al verme se quedó mudo, creo que no era a mí a quien esperaba. Entonces alguien me golpeó la cabeza desde atrás y todo se volvió negro. El resto ya lo sabes.

—¿Cómo puedes estar tan seguro de que era mi marido? —pregunto con la voz ya rota.

—Era el mismo hombre de pelo claro que conducía el coche que arrolló a mi mujer.

—¡Eso no quiere decir que sea él!

Siento verdadero odio hacia Conrad, pero intento controlarlo, no quiero que me ciegue una acusación que hasta yo pienso que podría ser cierta. Eso es lo que me duele más: que me ha hecho dudar incluso a mí.

Me muevo rápido para limpiarlo todo y salir cuanto antes de aquí. Me gustaría comprobar si en el piso hay algo de mi marido, pero me consuelo pensando que, aunque fuera así, no lo habría reconocido. Todo lo suyo lo dejó

en mi vida con él y ahora duerme en las cajas de cartón del trastero.

—¿Podrás conducir? —pregunto.

—Sí sí, no te preocupes. Solo necesito que me dé un poco el aire.
Conseguimos encajar la puerta y abandonamos el piso de Charlie.

*E*l sol ya está bajando cuando entramos en East Horsley. Durante el trayecto hemos telefonado a la mansión de Lady Anne para informar de nuestra visita. Según Conrad, en Inglaterra no está bien visto presentarse en casa de alguien sin avisar antes, aunque le estés haciendo un favor. Creo recordar que en Suecia tampoco.

La misma criada nos recibe enfundada en su uniforme blanco y azul. De forma eficiente y sin aludir a nuestra conversación del otro día, nos guía hasta la cocina; esta vez sin pasar por ningún salón, sin pisar la zona noble de la mansión. Colocamos la paella, el adaptador y las bolsas sobre la encimera, y yo empiezo a sacar su contenido. La criada nos pide la factura y va comprobando uno por uno todos los productos antes de colocarlos en su sitio.

—Perdone —le digo—, el otro día no nos dijo cuál es su nombre.

—Mildred —responde.

—Encantada, el mío es Amparo y mi compañero es Conrad.

Perfila una sonrisa y, con una leve inclinación de cabeza, nos saluda y continúa guardando en la despensa las botellas de aceite de oliva y los paquetes de arroz que le voy pasando.

—He hablado con Penny hace un rato. Me ha telefonado para preguntar por mi receta del *strudel* de manzana relleno de crema. No suelo compartir mis secretos de cocina con nadie, pero hoy me ha pillado de buen humor..., y a cambio, me ha contado una cosa que quizás le interese —dice en voz baja y en un inglés que entiendo bastante bien. Se acerca a la puerta de la cocina y la cierra—. Verá, hace unos días, aprovechando que Mr. Britt se encontraba de viaje, su hijo visitó a la señora. En esta ocasión, estuvieron bañándose en la piscina cubierta durante toda la tarde hasta que él se marchó. Penny cree que discutieron porque la señora se acostó con un fuerte dolor de cabeza y no quiso cenar.

¡En esta ocasión! ¿Cómo que en esta ocasión? ¿Ha habido otras antes?

—Más tarde de las diez y media apareció Billy, un tipo enorme de aquí, del

pueblo, que de vez en cuando realiza trabajos para Mr. Britt.

Miro a Conrad con curiosidad y él me contesta con un gesto que indica que desconoce quién es ese tal Billy.

—Exigía ver a la señora urgentemente. Penny no se atrevía a despertarla, insistía en que el gigantón regresara a la mañana siguiente, pero él estaba muy nervioso, incluso llegó a amenazarla. Bueno, eso dice Penny, pero es un poquito exagerada —explica Mildred con media sonrisa—. El caso es que hubo gritos y Mrs. Britt se levantó de la cama para ver qué pasaba. Se encerró con Billy en el despacho y estuvieron hablando. Penny solo pudo oír cómo Billy le aseguraba a Mrs. Britt que no le había hecho daño a Toñete, que lo había detenido antes de llegar a algún sitio y, después de asustarlo, lo dejó marchar.

Imagino a esa Penny con la oreja pegada a la puerta del despacho de su jefa. Pero lo esencial es que Toñete no ha sufrido daño alguno, no entiendo bien en qué circunstancias ni a qué sitio se refiere...

—Cuando Billy abandonó la casa, la señora llamó a Penny, le entregó un paquete y le pidió que se deshiciera de su contenido. Penny fue rápido a cumplir sus órdenes, pero cuando estaba a punto de hacerlo, Mrs. Britt entró en la cocina muy agitada, cogió de nuevo el bulto y sacó un sobre grueso de su interior. «¡Tíralo todo! ¡Ahora!», le dijo devolviéndole el paquete. Pero en cuanto su señora se marchó, Penny lo abrió para examinarlo. No quería que Mrs. Britt se arrepintiera y le exigiera más tarde algún otro objeto de los que contenía. Y encontró un teléfono móvil. Está apagado, debe haberse quedado sin batería. Penny cree que es el de su hijo Toñete. Lo ha guardado.

Mis pies se quedan clavados en su sitio, como si pensarán por sí solos y hubieran decidido que aún queda información por escuchar, a pesar de que Mildred ha terminado de guardar todos los productos y hace esfuerzos para que la acompañemos hasta la salida.

Al menos sé que mi hijo está bien. Y que esa tal Penny tiene su teléfono.

—¿Necesita alguna cosa más? —me pregunta al darse cuenta de que no la sigo—. ¡Oh! Disculpe, ya entiendo. Ahora mismo le abono el importe de la factura.

De su delantal saca una llave con la que abre el cajón de una mesa. Toma un monedero y un archivador, guarda la factura y me paga hasta el último penique. Conrad me da un pequeño empujón y avanzo hacia la puerta, donde Mildred nos despide con un aire indiferente, como si no acabara de contarnos lo que

para ella es solo un chisme.

Mi garganta está seca cuando Conrad y yo nos subimos a su coche. No me ha gustado que haya estado presente en mi conversación con Mildred, quizás sea por él por quien mi hijo me envió la dirección del camping.

—¿Dónde te metiste ayer durante toda la tarde? —le pregunto.

—Visitando la tumba de mi esposa, en el cementerio de Ripley. Le llevé unas flores.

A mí también me gustaría tener una tumba que visitar y a la que llevar flores.

Cruzamos por delante de la casita roja, todo sigue tan tranquilo como siempre. Dejo al larguirucho en su porche y entro en mi caravana para coger una botella de agua que he dejado enfriando en la neverita; me la bebo de un trago. Desconozco quién es esa Mrs. Britt, pero presiento que se trata de la reina sustituta de la pandilla de pijas que se reúne en el Duke of Wellington. Más me intriga averiguar algo sobre ese tal Billy, sobre cómo y por qué tuvo la oportunidad de hacerle daño a Toñete en un lugar misterioso.

Apenas hay luz en el interior de la caravana; enciendo la bombilla desnuda. Estoy cansada, un par de ideas no dejan de atosigarme. Saco mi teléfono del bolso, ninguna llamada. Tomo la tarjeta que me dio Emilio con el número de The Clock House y lo marco.

—¿Emilio? Hola, soy Amparo, nos conocimos ayer. ¿Me recuerdas?

—Claro, querida, eres la madre de Toñete. Iba a llamarte esta tarde, la policía ha estado aquí preguntando por tu hijo.

—¿Qué querían?, ¿qué les has dicho? —Mi voz alterada.

—Intentan localizarlo. Y les he contado lo mismo que a ti: que está de vacaciones. Les he facilitado el número de teléfono que ya tenían. Me han preguntado por su domicilio, pero como te dije, solo sé que vive en Guildford, no su dirección completa.

—Bien, eso les habrá resultado convincente —digo más tranquila. Hubiera sido raro que la policía no preguntara por mi hijo en su trabajo. En realidad, deberían estar investigando su desaparición—. Supongo que ahora te dejarán en paz.

—Sí, aunque imagino que volverán el viernes, les dije que Toñete debe reincorporarse ese día.

—Claro claro...

—Pero dime, ¿por qué me has llamado? ¿Necesitas algo?

—¿Te suena un tal Billy, de East Horsley? Un tipo grande y fuerte...

—Sí, sé quién es, aunque no lo conozco personalmente. Trabaja para alguna de las grandes familias de la zona, nunca he sabido si como guardaespaldas o como matón.

Me llegan ruidos a través del teléfono, como si Emilio estuviera colocando los servicios en las mesas de su restaurante. Otras voces. Emilio contesta en inglés.

—Estás ocupado, no me gustaría molestar...

—Tranquila, estoy preparando la sala, ya sabes, aquí se cena antes que en España.

—Otra cosa... ¿Mi hijo se interesó alguna vez por si los dos hombres de los que hablamos ayer visitaron tu restaurante? —Me decido por la pregunta directa.

—Pues... aunque Toñete trabaja en la cocina, cuando la sala se vacía tiene acceso a ella. Nunca me ha preguntado por ningún cliente, pero ha podido mirar él mismo el libro de reservas si estaba interesado.

—Ya..., y conociendo a mi hijo, seguro que lo hizo. Muchas gracias, Emilio.

—¿Algo más?

—Pues sí... ¿Hace mucho tiempo que conoces a Conrad?

—Mucho, sí. Él también es de Ripley, creció aquí, y, como tantos otros, tras estudiar en la universidad se fue a vivir a Londres. Después de eso volvió poco y le perdí la pista, hasta que regresó con su mujer, con la española. A ella le encantaba este condado.

Guardo silencio, me da miedo lanzar mi siguiente pregunta.

—Querida, voy a tener que colgar. Tenemos un montón de reservas esta noche...

—¡Una última cosa! ¿Crees que Conrad conoce a mi hijo? ¿Por qué si no me enviaría Toñete la dirección del camping donde vive él?

Ahora es Emilio quien no dice nada.

—No lo sé —responde al fin—, pero no lo creo.

Nos despedimos y me quedo sentada, con la mirada fija en la ventanita. La luz exterior de la autocaravana de Conrad brilla en la tarde. Debe estar sentado en su mesa plegable, solo espero que no esté acompañado por su incondicional botella de ginebra. Tengo que quitarme de la cabeza la imagen de un matón acechando a Toñete.

Abro la agenda de mi teléfono y pulso sobre la responsable de la agencia de viajes para la que trabajo.

—Hola, María Ángeles, soy Amparo. Dijiste que podía recurrir a ti si necesitaba algo y hay una cosa que... ¿Tú sabes cuándo y por qué comenzaron los rumores sobre mi marido y aquel inglés?

Oigo ruidos de sillas, María Ángeles se está levantando para salir de una habitación y hablar con más intimidad. Supongo que a estas horas estará en su casa, con su marido y sus dos hijos.

—Bueno..., yo te puedo contar cosas que he oído, pero ya sabes, no hay que darles mucha credibilidad. Por eso, y porque odio los cotilleos, nunca te he comentado nada.

Me gusta esta mujer.

—Te lo agradezco, pero ahora necesito saberlo.

—Parece ser que una noche Charlie bebió demasiado y comenzó a preguntar por Antonio Ferrer. No dejaba de repetir que lo conocía por unas fotos antiguas, unas de los años setenta, y quería verlo en persona.

Creo que se me acaba de congelar el corazón.

—Todos dieron por hecho que se refería a tu marido y empezaron con burlas, ya sabes cómo son.

—Sí, lo sé demasiado bien.

—Entonces tu suegro apareció en el bar y se encaró con él. El inglés farfullaba no sé qué sobre fotos de niños y tu suegro no paraba de darle bofetones, hasta que Charlie le dijo que había sido un error y se marchó al hostel. Dos días después, en los que no se le vio por ningún lado, abandonó el pueblo.

Me cuesta hasta tragar saliva.

—¿Recuerdas algo más?

—Sí, que tras la desaparición de Antonio, todos nos quedamos sorprendidos, en especial cuando la Guardia Civil encontró su barca con rastros de sangre. Cuando se supo que no encontraban su cuerpo, no sé quién dijo que había recibido una llamada desde Londres de alguien que aseguraba haber visto al inglés paseando de la mano con el rubio de nuestro pueblo.

—Ya..., entiendo.

No, en realidad no entiendo por qué la gente es tan mezquina.

Guardo el teléfono en el bolso y me tumbo en el sofá. Me pesan los brazos y me duele tanto la cabeza que parece que me va a estallar.

Conrad no debería beber esta noche, no después de recibir ese golpe en la cabeza. Cierro los ojos para que la luz de la bombilla no me moleste y, sin darme cuenta, me quedo dormida.

Escenas difusas se dibujan en mi mente, diferentes rostros avanzan hacia mí, no reconozco ninguno a pesar de saber que son el mío, multiplicado horrorosamente. Busco a Toñete y no consigo dar con él. Alguien me zarandea, es Conrad. «Te has dormido con la luz encendida —me dice con aliento de ginebra—, yo te la apago.» Bombillas desnudas dibujan un camino y yo lo sigo, me lleva hasta la casita roja. Andrew aporrea su teclado con los ojos fijos en la pantalla. Me coloco a su espalda y, por encima de su hombro, distingo dos recuadros:

Inglés *Español*
Be careful! ¡Ten cuidado!

Me despierto envuelta en sudor. La bombilla continúa encendida, iluminando este habitáculo con rencor, peleando con la oscuridad que rodea la caravana. Me acerco a la ventanita y contemplo la noche. Hasta los árboles parecen guardar silencio mientras el camping duerme. La autocaravana de Conrad en penumbra, en la mesa exterior una sombra.

Abro la puerta, una brisa fría me azota la cara. La luz de mi bombilla crea un camino parecido al de mi pesadilla, pero este no alcanza la casita roja sino que me lleva hasta el porche del larguirucho, donde se funde con la oscuridad hasta disolverse. Conrad derrumbado sobre la mesa. A su lado, en el suelo, agonizan un vaso y una botella de ginebra.

Ahora soy yo quien lo zarandea. Cuando abre los ojos, me mira sin saber quién soy.

—Tienes que meterte dentro —susurro—. Aquí te vas a congelar.

Como un muñeco movido por hilos, se pone en pie y da unos pasos trémulos. Yo lo sigo, cuidando de que no se caiga. Ya en el umbral se vuelve hacia mí, se agacha hasta alcanzar mi cara y me besa en los labios.

—Adiós, Amparo. Perdóname por todo lo que te he hecho.

Cierra la puerta y me deja sola en el frío final del camino de luz. No sé bien de cuál de las dos Amparos se ha despedido esta noche, pero me temo que ese beso no era para mí.

Regreso a la caravana, despliego el sofá e intento dormir el resto de la noche.

Me pongo en pie en cuanto el amanecer cuele sus dedos por las rendijas de esta casa rodante. Necesito hacer una visita, conocer por fin a alguien con quien me hubiera gustado mantener una larga conversación.

Alguien a quien le debo una disculpa por haberme enamorado de su marido.

Me planto en recepción y le pido a Andrew una bicicleta de alquiler.

—Voy a dar un paseo —le digo—. Quizás eso me despeje.

Coloco el bolso en la cesta frontal y tomo el camino que ya conozco. Soy el único ser vivo en esta carretera secundaria. Me acompañan únicamente los ruidos del campo y mis propios sonidos.

Pedaleo.

Entro en Ripley y avanzo a lo largo de la calle central hasta llegar al cruce. Nunca estoy segura de por qué lado van a venir los coches, aquí todo es al revés. Apoyo el pie en el suelo y espero. Hay poca gente a quien preguntar por la iglesia y el cementerio, y de todas formas, prefiero encontrarlos por mí misma.

Los localizo rápido, Ripley no tiene mucha pérdida. Apoyo la bici en una pequeña verja y entro al recinto. Rodeo la iglesia despacio, sus piedras grises infunden respeto. En el camposanto adyacente encuentro montones de flores y plantas que embellecen las lápidas. Muchas tumbas tienen al lado un banco, me parece una buena idea que los visitantes puedan sentarse a inspirar el aroma de las flores mientras pasan un rato con sus muertos. Me siento en el más cercano. Cierro los ojos y aspiro. Me gusta la sensación de paz que me envuelve. No es un lugar tétrico ni oscuro, sino un espacio de silencio y recogimiento. Después de un rato de tranquilidad, me pongo en pie. Quiero ver

la tumba que lleva mi nombre. No sé qué apellidos lo acompañan, pero no creo que haya muchas mujeres llamadas así descansando en este cementerio.

Me deslizo entre las lápidas, me paro frente a algunas descubriendo los nombres de las personas que yacen debajo, devolviéndoles así, durante un efímero instante, el recuerdo de una vida.

Un hombre ha entrado en el recinto robándome mi soledad con los muertos. Camina decidido hasta detenerse frente a una tumba por la que yo ya he pasado, una blanca y pequeña, con muchas flores, pero no recargada. Su lápida da cuenta de un niño de cuatro años que se llamó Conor, no recuerdo el apellido pero sí el año de su nacimiento. Es el mismo que el de Toñete.

El hombre baja la cabeza y mueve los labios, como si estuviera rezando o hablando con el pequeño. Retrocedo para dejarlo solo, ahora soy yo la que se siente una ladrona de intimidades. Pasan unos minutos; aunque me he retirado de su campo de visión no puedo evitar espiarlo: el hombre se arrodilla para recolocar las flores. Hace un movimiento brusco y me descubre. Le sonrío con timidez y me encamino rápidamente hacia la salida. No sé por qué me voy, en realidad no quiero irme sin encontrar lo que busco, pero no puedo dejar de sentir que estoy de más.

Sin embargo, me detengo al llegar a su altura.

—Perdone si le he molestado —le digo en voz baja.

—No se preocupe, todos tenemos muertos a quienes visitar —responde extrañado.

Se levanta deprisa y mira a nuestro alrededor, como si esperara encontrar a alguien más.

—Busco una tumba —digo.

—¿Nombre?

—Amparo. No sé el apellido.

—No me suena. ¿Lleva mucho tiempo en este cementerio?

—Un año.

El hombre coloca una mano bajo la barbilla. Parece repasar mentalmente un plano. Echa a andar y yo lo sigo hasta una zona de lápidas nuevas.

—Estas son las más recientes.

Repaso los nombres y allí la encuentro:

Amparo Lloret Devesa
1961-2016

Un ramillete de flores silvestres, algo marchitas, es el único adorno que la acompaña.

Miro al hombre y le doy las gracias. Los dos enfilamos la salida, en silencio. Él se detiene ante la tumba pequeña y blanca, y yo me quedo a su lado, por acompañarlo. Él lo ha hecho conmigo durante los tres o cuatro minutos que he dedicado a la tumba de esa otra Amparo.

—¿Algún familiar? —pregunta rompiendo el silencio.

—No..., una amiga. ¿Y él, es familia?

—Sí..., es..., era mi hijo.

Mis ojos se humedecen.

—Ahora tendría la misma edad que el mío —digo.

Antes de abandonar el cementerio le extiendo una mano.

—Amparo —digo presentándome—. Otra Amparo —añado ante su cara de extrañeza.

—Eric —responde él estrechándola entre las suyas.

*L*a puerta de la autocaravana continúa cerrada. Creo que el larguirucho sigue dentro. El vaso y la botella en el suelo, bajo la mesa plegable. Al pasar me agacho a recogerlos. La botella está casi llena, no bebió mucho anoche.

No me importa. Puede beber cuanto le dé la gana, no es asunto mío.

Sé que me mintió, que no estuvo en el cementerio. Al menos, no llevó flores. El ramillete silvestre que adorna la tumba de Amparo lleva allí más de una semana.

Supongo que pasaría la tarde en un pub.

¿A quién quiero engañar? Sí que me importa. No me gusta ver cómo desperdicia su vida, cómo se autocompadece, cómo busca un culpable para sus desdichas...

¡Bah! A quién quiero engañar.

El silencio me ahoga.

Poco a poco mis oídos distinguen sonidos hasta ahora inaudibles. El viento mueve con suavidad las hojas que disfrazan de otoño el suelo, dejando a mi paso un murmullo melódico; un pájaro bate sus alas sobre mi cabeza antes de perderse entre las ramas de los árboles que me cobijan; una risa de niño rebota a lo lejos contra el agua del lago, y mis ojos siguen fijos en la puerta de la autocaravana, esperando a que abra.

Andrew se acerca por el camino. Se sienta junto a mí en el porche y fija sus ojos en la botella. Saca su móvil del bolsillo y consigue que la pantalla exhiba los dos recuadros que ya conozco.

—¿Todavía no ha despertado? —pregunta.

—No.

El sol está ya muy alto. Andrew se pone en pie y, en dos zancadas, llega hasta la puerta de Conrad. Golpea fuerte con los nudillos. Tras unos segundos de espera, el larguirucho asoma por una ventanita. Su aspecto es aceptable, no muestra signos de resaca.

Recuerdo su beso. ¿Sabía a ginebra? No, fue un beso limpio, un beso

recibido con anhelo, robado a otra Amparo.

Conrad abre la puerta y charla con Andrew. Sigo su conversación a medias, solo entiendo las palabras del larguirucho. Le comenta el golpe que recibió ayer en la cabeza y algunas de nuestras andanzas por la ciudad, sin grandes detalles. Andrew pregunta algo y nos mira a los dos, como si yo también le hubiera entendido.

—Hoy ya es viernes —me informa Conrad—, día de pago.

Ignoro a qué se refiere, no entiendo quién tiene que pagar a quién.

—Los viernes debemos liquidar el alquiler de la semana. Yo respondo por dos caravanas, la tuya y la mía. Ahora que eres tú quien la ocupa, debes pagarme el precio que establecimos, un subarriendo, ya me entiendes.

Asiento con la cabeza y voy a por mi cartera. Cuando le alargo unos cuantos billetes, nuestras manos se rozan y me sonrojo.

Ignoro si Andrew ha percibido ese detalle, pero me sonrío y me pregunta algo. No saca su móvil, sabe que Conrad hará de traductor.

—Pregunta qué tal tu paseo de esta mañana.

—Bien, muy bien —respondo con un nudo en la garganta.

No me gustaría que Conrad indagara sobre cuál ha sido mi destino. Ni me atrevo a compartir con él los nuevos datos que he recopilado, ni siquiera me creo que no conozca al tal Billy si realiza servicios dudosos a la alta sociedad del condado.

Alego una excusa ininteligible y me vuelvo a mi caravana. Reordeno el interior, coloco las revistas, estiro las sábanas del sofá cama. Quizás debería lavarlas. Sí, eso es lo que voy a hacer, lavar las sábanas. Y la toalla, y mi ropa interior. La he ido acumulando en una bolsa de plástico que encontré en el baño y casi no me quedan mudas limpias. Necesito mantenerme ocupada. Recojo toda la ropa sucia y me voy a la lavandería del camping. Todavía no la he pisado, pero he visto letreros que la indican.

Está vacía.

Meto la colada en una lavadora, junto a ella veo un dispensador de detergente. Todo funciona con monedas, menos mal que mi monedero está lleno.

Ahora toca esperar.

Creo que les debo una explicación a mis hijas, y cuanto antes se la dé, mucho mejor. Tomo el teléfono y pulso sobre el nombre de Azucena.

—Hola, hija —digo en cuanto descuelga—. ¿Cómo estás?

No quiero discutir.

—Preocupada, mamá. ¿Cómo quieres que esté?

Va a ser difícil evitarlo.

—Azucena, hija, necesito que me escuches...

—No, mamá, la que tiene que escuchar y volver a casa eres tú.

Me arrepiento de haber llamado.

Su volumen es cada vez más alto y su parloteo más agudo. Casi no entiendo lo que me dice, solo distingo algunas palabras. Separo el aparato de mi oreja, sé que si lo mantengo pegado a ella solo conseguiré un dolor de cabeza, ya me ha pasado otras veces.

—Hija, me encuentro bien. Todavía no sé dónde está tu hermano —digo colando mis palabras entre su verborrea, sin elevar la voz, sin gritar—. Solo quería que supieras que estoy bien. Por favor, díselo a tu hermana.

Sé que me ha oído, pero no creo que me haya escuchado. Corto la comunicación y busco en la agenda otro número de teléfono.

Debo hacer esta llamada.

—Hola, Piedad, soy Amparo.

—¿Encontraste a Toñete?

—Todavía no.

—¿Alguna pista?

No respondo.

Ahora o nunca.

—Piedad, creo que Charlie era el propietario de la tienda de fotografía inglesa donde tu padre enviaba sus fotos a revelar antes de comprarse la Polaroid.

El acero del silencio a través de la línea.

—¿Qué estás diciendo? —pregunta al fin, la voz le sangra.

—Lo que has oído.

—¿Te lo contó Antonio?

—No, encontré una de las fotografías.

Analizo su respiración: es entrecortada, como si un sollozo quisiera colarse en ella. Poco a poco se va haciendo más lenta, más profunda, más serena.

No pregunta cuál de ellas encontré.

—Por aquella época, Charlie debía ser un bebé —dice al fin.

—Lo sé, supongo que la tienda sería de su familia, o tal vez la compró luego y descubrió los negativos escondidos en algún sitio. Lo único cierto es que él

la atendió durante un tiempo hasta que la traspasó hace un par de años.

—¿Crees que sabía algo cuando estuvo aquí?

—Eso parece.

—Por eso debió pelearse con mi padre aquella noche en el bar.

Ella sí estaba al tanto de la disputa.

—A veces pienso que nos equivocamos —dice—. Antonio y yo hicimos un juramento y jamás se lo contamos a nadie, quizás hubiera sido mejor hacerlo, pero no fue así. ¡No puedes romperlo tú ahora!

—No lo haré, no te preocupes, pero tú mejor que nadie deberías saber que las cosas no dejan de suceder por no mirarlas. Si volvemos a cerrar los ojos y permitimos que pasen de nuevo, nos destrozarán por dentro.

—Ya lo hicieron, pero yo elegí que fuera así y te agradeceré tu silencio —suelta como una guillotina—. ¡Prométeme que te olvidarás de esa foto!

—Piedad...

—¡Prométemelo!

—Lo prometo.

—Bien. En cuanto encuentres a Toñete, volved los dos a casa —añade antes de colgar.

*P*asé el resto del día deambulando por el camping.

Comí un sándwich y algo de fruta sentada en un banco a la orilla del lago. Por la tarde esto se llenó de gente, se notaba que era viernes. Muchas familias con niños han ocupado el recinto, parece que van a pasar aquí el fin de semana. Me alegro, sus risas me hacen sentir acompañada.

Aunque la soledad está instalada dentro de mí, por culpa de todas las hipótesis y elucubraciones que me hago de continuo con las piezas de este puzle inglés que voy recogiendo: el piso de Charlie, Antonio en él, si he de creer la versión de Conrad, Billy conchabado con Mrs. Britt, el paquete misterioso con el móvil de Toñete...

Al caer la tarde decidí ocuparme de lo inmediato y me distraje un poco pensando en qué ponerme para no desentonar hoy entre los invitados de Lord Castle, algo que me permita moverme con comodidad pero que sea elegante. Seguro que Mildred me presta un delantal, pero no pienso llevarlo durante toda la fiesta. Me probé anoche varias prendas y finalmente elegí unos pantalones de pinzas color gris y una camisa de rayas azules. Les he tenido que quitar la etiqueta.

Me maquillo en tonos suaves. Todavía no me acostumbro a tanto color en mi rostro. Recojo el bolso y una chaqueta, y cierro la caravana. Conrad me espera junto al coche. Realizamos el trayecto hasta la mansión de los Castle en silencio. Los silencios con el larguirucho son perturbadores, siento que debo llenarlos con algo, pero solo se me ocurren frases estúpidas que nos llevarían a una nueva discusión.

Mildred nos recibe y acompaña a la cocina. Mueve los pies y las manos más rápido que su lengua. Da instrucciones a unos y a otros, y se recoloca el delantal constantemente, como si le hubieran ordenado mantenerse en una continua perfección. Aun así, todavía tiene tiempo para ponerme una mano en el hombro y sonreírme, creo que quiere decirme algo sin que nadie más se entere. Hay mucho barullo, un montón de camareros uniformados entran y

salen del jardín transportando vajillas y manteles.

—Lady Anne ha contratado un servicio de cáterin. Ellos se encargarán de los aperitivos, las bebidas y los postres. El plato fuerte será la paella, pero la señora desea que usted comience con la preparación cuando los invitados hayan llegado, para que puedan ver el proceso. Lo están acondicionando todo, acompáñeme y dígame si es así como lo quiere.

—Mildred, necesito saber si Mrs. Britt es una de las invitadas —le pregunto en un descuido de Conrad.

—Mrs. Britt es la mejor amiga de Lady Anne y nunca falta a ninguno de estos eventos. Pero, por favor, no le comente nada de lo que le dije, nos pondría en un aprieto a Penny y a mí —susurra disparando miradas alrededor.

—No se preocupe, seré discreta. Pero compréndame, busco a mi hijo, ya sabe.

Mildred asiente y me mira con ternura. Con un guiño nos indica que debemos seguirla hacia el jardín. Es un espacio magnífico, han vestido cinco mesas redondas con manteles de un blanco luminoso. Las han dispuesto en círculo. En el centro, una mesa rectangular con las bebidas. Un camarero se acerca y nos saluda con la cabeza. Pide que lo acompañemos hasta una zona sombreada. Allí unos caballetes sostienen una enorme baldosa sobre la que se encuentra el adaptador que sujetará la paella durante la cocción. Debajo han puesto la bombona de butano, todavía sin desprecintar. A un lado, una mesa auxiliar con las botellas de aceite de oliva y los paquetes de arroz. Veo también un tarro con sal y la cajita de azafrán. Reordeno todo a mi derecha y voy hacia la cocina. Lady Anne aparece por una puerta acristalada del salón principal que da al jardín. Viste un pantalón blanco ceñido y una camiseta amplia, también blanca. Un collar largo es el único adorno que luce. Me descubre entre el gentío y se dirige a mi encuentro. Busca con la mirada a Conrad y le hace un gesto para que se acerque.

—Los invitados comenzarán a llegar dentro de una hora. Estaremos aquí, disfrutando del jardín y bebiendo algo hasta que la paella esté lista. ¿Cuánto tardará en tenerla a punto?

—Una hora y media, más o menos. Si tiene prisa puedo emplear menos tiempo.

—¡Perfecto, una hora y media está bien! Prepárelo todo y comience en cuanto yo se lo diga. Y ya sabe, quiero que mis invitados puedan merodear por aquí y preguntar cualquier curiosidad mientras cocina. Si tiene algún problema

con su inglés, por favor, que él la ayude —añade señalando a Conrad.

—No se preocupe. Por cierto, ¿tiene usted alguna planta de romero?

—Supongo que sí, mire por aquella zona —dice señalando una parcela algo más alejada—. Allí es donde el jardinero deja crecer las plantas aromáticas.

Lady Anne continúa con la supervisión. Da unas cuantas órdenes al personal de servicio y aprueba los centros de flores que colocan en las seis mesas.

Por fin alcanzo la cocina y saco de la nevera la carne y la verdura. Le digo a Conrad que no lo necesito allí, que puede salir a dar una vuelta, y abro el grifo del fregadero para lavar las judías verdes anchas y el tomate. Conrad duda, pero al final decide marcharse. El trajín de camareros entrando y saliendo parece gritarle que allí sobra. Yo me alegro de que me deje un poco de espacio, desde ese beso que le dio a su mujer a través de mis labios no sé cómo comportarme cuando estoy a su lado.

Lavo los trozos de carne. Pongo una de las piezas de pollo bajo el grifo y froto la piel para limpiarle la sangre. El agua sale muy fría y me duelen las manos. Mildred se acerca y se para junto a mí. Sin decir nada observa lo que hago y empieza a imitarme. Cuando terminamos de lavar el pollo y el conejo nos secamos las manos. No hablamos, solo nos miramos y gesticulamos; indicamos el helor en nuestros dedos, la confusión por el ir y venir de tanta gente, realizamos gestos de camaradería. Mildred saca un delantal para que me lo ponga y no me manche la blusa. Se lo agradezco y ella me lo ata a la espalda. Es blanco, festoneado de azul. En la parte frontal tiene un bolsillo y dentro noto algo que pesa. Meto la mano y saco un móvil.

Es el de Toñete.

Sigue apagado.

Mildred me dirige ahora un nuevo gesto, el de guardar silencio. Le sonrío y asiento. Le estoy muy agradecida, es como si me hubiera devuelto una parte de mi hijo.

Conrad me espera en el jardín apoyado en el paellero portátil, observando los últimos toques que están dando los soldados del servicio de cáterin. Se mueven todos al mismo ritmo, ágiles y eficientes. Saben bien su oficio, convierten jardines privados en auténticos restaurantes de lujo.

—Quedan quince minutos para que empiece la fiesta —dice como si él fuera uno de los organizadores. Creo que los nervios le están jugando una mala pasada—. ¿Lo tienes todo listo? Me he dado una vuelta y he encontrado el romero que buscabas, está en la zona que nos ha indicado Lady Anne.

Tomo unas tijeras de cocina de entre todos los utensilios que han puesto a mi disposición y me dirijo hacia mi apreciado romero. Le ruego a Conrad que me ayude yendo a la cocina para pedirle a Mildred todo lo que hemos estado preparando. Necesito que lo lleve al paellero, quiero tenerlo todo a mano. Todo eso es verdad, y también que prefiero que no me acompañe, me angustia quedarme a solas con él; no puedo volver a respirar un silencio incendiado por ese beso robado a una muerta.

La pradera del jardín es amplia, pero enseguida diviso las plantas que busco. Al fondo, junto a una zona arbolada. Se me escapa una sonrisa al verlas, es como estar en casa. Me acerco y las acaricio, suave, levantando su aroma. Paseo mis manos por una de las ramas, deslizando las hojitas finas y largas hacia delante, entremezclando el blanco del reverso con el verde oscuro de la parte frontal, sintiendo en las yemas de mis dedos la suavidad de los pelillos casi invisibles que las resguardan, oyendo el débil sonido que emiten al chocar entre sí. Acaricio las pequeñas flores de color azul violeta pálido que coronan los tallos y sumerjo la cara en la palma de mis manos, aspirando con fuerza, cerrando los ojos, recordando... La abuela decía que el romero es bueno para la memoria.

Pero ahora no quiero recordar, mi único objetivo es avanzar.

Corto varias ramas, muchas, con las tijeras. Una paella para treinta personas necesita bastante romero. Cuando me doy la vuelta para regresar a mi cocina improvisada, percibo una sombra detrás de uno de los árboles. El corazón me retumba en el pecho, alguien intenta esconderse de mí, porque no hay nadie más en esta parte del jardín. En lugar de correr, me quedo clavada al suelo.

¡Sí, ahí está, es un hombre!

Nuestras miradas se cruzan y me sonrío.

—¡Hola, mamá!

*P*arpadeo con fuerza. Tengo miedo de que mis ojos estén enviando a mi cerebro una imagen distorsionada, pero la voz es inconfundible. Toñete continúa delante de mis narices. Estira un brazo hasta agarrar el mío y me acerca hacia él, no quiere salir de su escondite. Lo encuentro mucho más delgado que cuando se fue de España, su pelo está algo sucio y un surco oscuro acuna sus ojos. En una mejilla distingo un par de arañazos que empiezan a cicatrizar. Me lanzo contra él y empiezo a besarlo. Responde como cuando era un crío y me decía entre risas que lo dejara en paz, sin llegar a soltarse de mi abrazo para que nunca acabaran los mimos.

—¿Cómo estás, Toñete? ¿Te encuentras bien?

—Lo siento, mamá, debería haberte llamado, pero me ha sido imposible. ¡Escúchame bien! —dice cogiéndome por los brazos—. Debes hacer esa paella. Después, a media tarde, líbrate de todo el mundo y ven a verme a The Clock House. Y, por favor, no le digas a nadie que estoy aquí. ¡No confíes en nadie! Luego te explico todo, ¿vale? ¡Corre, vuelve!

Abro la boca para replicar, pero su sonrisa dolorida me llena los ojos de lágrimas y me cierra la garganta. Con un guiño me urge a que regrese a la fiesta. Me siento flotar sobre el colchón verde de la campiña inglesa. El aroma a romero llega a mis pulmones, tengo la sensación de haber estado conteniendo la respiración durante mucho tiempo. Distingo a Conrad dejando sobre la baldosa del paellero un plato enorme con la carne y la verdura.

¡Ahora mismo lo besaría!

Los primeros invitados acaban de llegar. Lord y Lady Castle los reciben con una amplia sonrisa. Ella se ha cambiado de ropa y luce un vestido elegante que le realza aún más su figura esbelta, parece una modelo. Su marido la sujeta por la cintura, como si quisiera mostrarla, orgulloso de tener a su lado una mujer como esa.

Poco a poco el jardín se colma de hombres y mujeres distinguidos que se miran unos a otros escondiéndose detrás de falsas sonrisas y grandes marcas

de las que jamás he oído hablar. No son tan diferentes a lo que ya conozco en otra escala social, les gusta aparentar tanto o más que a los vecinos de mi pueblo.

Los camareros sirven copas y canapés, los invitados parecen felices. Lady Anne me busca con la mirada, asiente y sé que debo comenzar. Con su timbre de niña, pronuncia unas palabras que todos escuchan sin obligarla a alzar la voz y me transformo en el centro de todas las miradas. Abro una botella de aceite de oliva, enciendo el fuego del adaptador, coloco la paella encima y vierto el líquido dorado dejándolo fluir con intensidad. Añado cinco cucharaditas de sal y las remuevo. Añado, con cuidado, las piezas de pollo y conejo, el aceite ya está caliente y no quiero quemarme. Una nube repleta de aroma se coloca sobre mí y algunos invitados sueltan una exclamación. Lady Anne les indica que pueden acercarse si lo desean y preguntar lo que quieran sobre el proceso. Conrad siempre a mi lado, traduciendo.

Con dos palas de madera muevo las piezas de carne para que se doren por ambos lados, sin chamuscarse. El aceite está rebelde y chisporrotea. Todavía no se ha acercado nadie, los invitados parecen estar más interesados en comprobar quiénes hacen su aparición tardía en el precioso jardín y en dejarse ver.

Por el rabillo del ojo veo que ha llegado Mrs. Britt. No me había equivocado, es la reina suplente de la pandilla de pijas. Y la depositaria de un secreto que tengo que desvelar cuanto antes. Su marido, un hombre excesivamente maduro en comparación a su frescura, sostiene una copa en la mano y busca sin éxito el momento oportuno para quedarse a solas con Lord Castle. No me gusta su aspecto, tiene los ojos demasiado saltones y unos labios desmesurados que le dan un toque lascivo.

Continúo moviendo la carne y la nube se hace cada vez más grande, más olorosa.

—Eres española, ¿no? —me pregunta una pareja de invitados. Se han acercado sin que me diera cuenta—. Nosotros también lo somos.

—Perdonen, pero ahora no deben acercarse mucho, voy a añadir las judías y el aceite salta descontrolado; no me gustaría que se ensuciaran la ropa ni que se quemaran.

Durante unos minutos continúo con el sofrito bajo la atenta mirada de los españoles, que no dejan de observar cómo meneo las judías hasta que toman el brillo adecuado. Me ven añadir el tomate rallado, el pimentón dulce y verter

las garrafas de agua hasta casi el borde de la paella.

—Ya está —les digo con una sonrisa—. Ahora ya pueden acercarse, ya no salta. Dejaremos que el caldo hierva durante un buen rato.

Avivo el fuego y muevo, ayudándome de las palas de madera, los ingredientes que bailan en el agua aceitosa. La nube cambia de forma y de olor.

—Por favor —dice la española—, si añades algo más, no dejes de avisarnos. La verdad es que nos da un poco de vergüenza ser españoles y no tener ni idea de hacer una paella.

Los dos se reúnen con un grupo de mujeres que los reciben con expresiones de asombro y risas, como si no esperasen encontrarlos aquí. Mrs. Britt es una de ellas y no deja de lanzar miradas hacia mí. Me cuesta creer que sea por la paella. Varias personas se acercan y realizan preguntas sobre el guiso. Conrad traduce y yo me muestro encantadora.

El agua hierve a borbotones cuando añado varias hebras de azafrán. Dejo pasar unos minutos y, utilizando un cucharón, retiro parte del caldo para dejarlo enfriar en una taza. Quiero probar el nivel de sal.

Mrs. Britt se acerca por fin. Viene acompañada por la pareja de españoles.

—Creí que la paella la prepararía otra persona, pero me ha dicho Anne que usted es incluso mejor cocinera que su hijo —dice.

—Bueno, él aprendió todos los trucos de mí —respondo antes de probar el caldo y coger el salero.

—Por favor, dígame cuando lo vea que le echamos de menos.

—No se preocupe, se lo diré de su parte. Sé que ustedes dos son muy buenos amigos. Solo que estos últimos días no me coge el teléfono. —Mis ojos no se apartan de los suyos.

—¿Te importa si la pruebo? —pregunta la española con la taza de caldo en las manos.

—Adelante, pero está soso —le digo a mi compatriota; aún mantengo la mirada de Mrs. Britt.

Sé que quiere decirme algo más, pero no se atreve. Por fin se arma de valor.

—¿Toñete se encuentra ya mejor? La última vez que lo vi tenía un araño en la cara y muy mal aspecto, dígame que lo siento mucho, por favor, y que se ponga en contacto conmigo, bueno, con nosotros. Somos Mr. y Mrs. Britt, pero creo que usted ya lo sabe.

Asiento y vuelvo a centrar mi atención en la paella. No me gusta esta mujer.

Añado un par de cucharadas soperas de sal al caldo y remuevo. Con el mismo cucharón relleno la taza y vuelvo a probar. La pareja de españoles me sonrío como si fueran niños que piden permiso para hacer algo que no deben y les alargo la taza para que hagan otra cata.

—¡Muy bueno!

—En diez minutos voy a echar el arroz, si quieren ver cómo lo hago pásense por aquí.

La pareja de españoles sí me gusta.

Los tres se alejan. He observado las uñas de Mrs. Britt: largas y muy cuidadas, con buena manicura. Estoy segura de que los arañazos que luce mi hijo están hechos por esas uñas. O por las de Billy el matón, a sus órdenes. La examino mientras se mueve entre los invitados, parece conocerlos a todos. Lady Anne la llama para que se integre en uno de los grupos mientras ella acude a atender a otro.

Lord Castle y Mr. Britt discuten junto a la puerta acristalada del salón. No puedo verlos con claridad, pero distingo sus posturas tensas. Sus hombros erguidos y el pecho ligeramente inclinado hacia delante recuerdan a los gallos cuando pelean. Mildred asoma por la puerta, acompaña a un hombre. Debe ser otro invitado que llega rezagado. En cuanto los tengo un poco más cerca reconozco su rostro: es el inspector Jenkins. Viste de paisano. Lord Castle y Mr. Britt abandonan su discusión para recibirlo.

Hay alguien más, desde aquí puedo ver a la pareja de españoles al otro lado de las cortinas. Supongo que han ido al servicio y están esperando el momento oportuno para salir de la casa sin molestar a los tres caballeros. Ellos también me ven. Desde allí me hacen un gesto para que espere y no incorpore el arroz todavía. Mr. Britt se marcha y Lord Castle acompaña al inspector a la mesa central para que tome una bebida. Le sirven agua, debe estar de servicio. Los españoles aprovechan la oportunidad para salir al jardín y acercarse casi corriendo hasta mí.

—Ufff, perdona, qué pesados, ¿no nos dejaban salir! ¿Has echado ya el arroz? —pregunta ella.

—No, tranquila, voy a hacerlo ahora.

—No sé qué lío tenían esos sobre unas fotografías. ¡Casi se pegan! Lord Castle está muy enfadado con Mr. Britt —dice él—. Bueno, vamos a lo nuestro. ¿Cómo se sabe cuándo hay que añadir el arroz?

—¿Qué fotografías? —pregunto con la voz llena de angustia.

Enseguida intento disimular y pruebo de nuevo el caldo.

—No sé, unas de sus nietos, o sus hijos... Hablaban de imágenes de niños.

Cierro los ojos fingiendo que el líquido hierve y, durante un par de segundos, contengo la respiración. Varias personas se agolpan alrededor del paellero. Trago saliva antes de explicar en voz alta cómo he cocinado el sofrito y el caldo, contando sus pequeños secretos, esos que aprendí de mi madre y de mi abuela. Lo hago en español, tal y como ha solicitado Lady Anne Castle. Conrad traduce a un volumen más bajo que el mío y la gente guarda silencio mientras observa los quehaceres de la cocinera.

—Ahora, pasados tres o cuatro minutos desde que hemos echado el arroz, bajamos el fuego a la mitad y esperamos veinte minutos. Cuando pase este tiempo les contaré un nuevo secreto familiar para dejar que el arroz repose.

Todo el mundo aplaude y Lady Anne les pide que ocupen sus sitios en las mesas, van a comenzar con los entrantes. El inspector Jenkins se acerca y, antes de que me hable, le pregunto a Conrad si puede traerme algo para beber mientras vigilo el fuego. El larguirucho se aleja con desgana, girando varias veces la cabeza hacia nosotros.

—Hola —saludo—. ¿Qué hace usted aquí? ¿Ha encontrado ya a mi hijo?

—Iba a preguntarle exactamente lo mismo.

—Yo soy la cocinera, ya lo ve —digo con tono airado.

—Tampoco me dijo nada de esto.

—¡No sabía que tuviera que contarle mi vida!

Conrad regresa con un refresco. Me lo entrega y se coloca junto a mí, no tiene intención de volver a marcharse. El inspector lo mira de frente e inclina levemente la cabeza a modo de saludo antes de irse al otro extremo del jardín. Lord Castle no le quita ojo.

—¿A qué ha venido? —me pregunta Conrad.

Recuerdo la advertencia de Toñete: «No confíes en nadie», y me muerdo la lengua para evitar que se me escapen las palabras.

—Busca a mi hijo, ya sabes... Supongo que habrá descubierto quién iba a ser el cocinero en esta fiesta —digo, y confío en que no perciba la presión de mi mandíbula.

Acerco el vaso de refresco a mis labios y bebo un buen trago.

Los camareros cargan bandejas con los entrantes. No distingo bien qué es lo que están sirviendo, parecen ensaladas. Algunas nubes que no provienen de la paella han aparecido en el cielo, pero no son preocupantes. El tiempo es

bueno y casi se agradece que el sol no dé de lleno durante la comida.

El arroz está casi a punto. Dirijo una mirada a Lady Anne y se levanta de su asiento para acercarse al paellero.

—Ahora es cuando dejo reposar el arroz, ¿quiere que cuente en voz alta un nuevo secreto?

Lady Anne asiente y da tres palmadas para llamar la atención de sus invitados. Todos vuelven de nuevo sus cabezas hacia mí. Sin ningún tipo de pudor por hablar en público, elevo la voz y explico que voy a colocar unas ramas de romero recién cortado sobre el arroz antes de cubrirlo con papel. Los veinte minutos han pasado y debo apagar el fuego. Conrad parece estar un poco más intimidado que yo por la situación, pero se desenvuelve bien. Habla claro y fuerte.

Un último invitado hace su aparición. Lo reconozco, es Eric, el hombre del cementerio. El resto de asistentes comienza a cuchichear, Lord Castle se levanta para abrazarlo y acompañarlo a su propia mesa, donde todavía queda un asiento libre. La paella deja de ser el centro de atención, todo el mundo está pendiente del nuevo comensal, aunque intentan disimular su interés.

Levanto el papel que cubre la paella, y un aroma a romero y comida invade el entorno. Comienzo a servir platos y los camareros los reparten por las mesas. La primera, la de Lord y Lady Castle. Ella prueba la paella y me brinda una amplia sonrisa. Está contenta con el resultado. Veo cómo el invitado especial pregunta algo sobre su plato y Lord Castle me señala con el dedo. Eric me reconoce al instante. Sonríe y me hace un gesto amistoso con la mano. Yo le respondo de la misma manera y continúo sirviendo platos.

Conrad y yo somos los últimos, nos han colocado una mesa cerca del paellero. El larguirucho me felicita por la paella, pero no dice nada más; lo voy conociendo y creo que está molesto. Comemos en un silencio acompañado por el murmullo del resto de comensales. Me sorprende otra vez el volumen tan débil con el que habla esta gente.

Los camareros se preparan para retirar los platos, todo el mundo ha terminado ya. Limpian las migas de pan que han quedado sobre los manteles y se colocan en la parrilla de salida, dispuestos a servir los postres. Antes de que empiece el reparto, los comensales se ponen en pie y me brindan un sonoro aplauso. Me da un poco de vergüenza, pero me levanto y sonrío.

Tras los tés y cafés, los invitados vuelven a moverse entre las mesas. Algunos se acercan, quieren felicitarme. Me preguntan si cocino en algún

restaurante y piden mi teléfono, tener mi contacto por si algún día organizan algún evento de este tipo. La pareja de españoles me felicita más efusivamente; parecen conocer a todo el mundo. No paran de hablar, me estoy agobiando, yo solo quiero irme cuanto antes. Me retiro con una excusa y voy a la cocina. Mildred está aquí, organizándolo todo desde dentro. Ella no ha probado mi paella. Merodeo entre platos sucios y camareros impecables, uno de ellos me pide que me aparte de su camino. No hago más que molestar, así que decido volver al jardín. Recorro el pasillo hasta el salón de sofás blancos, saldré por ahí, así no entorpeceré más el trabajo del personal de servicio. Ya en el salón, Lord Castle, de espaldas a mí, coloca entre dos libros de la estantería un sobre gastado con el membrete de una cámara fotográfica antigua que me recuerda de inmediato a aquel otro.

Siento que el corazón se me para en el pecho y retrocedo por el pasillo. No sé si esconderme o salir y felicitarle por su cumpleaños. Sé que lo segundo sería lo más correcto. Carraspeo y entro en el salón, pero Lord Castle ya se ha ido. A través de la cristalera lo veo cruzar el jardín.

Estoy sola.

¿Debería registrar su biblioteca? No, creo que lo mejor sería regresar a la fiesta. Quizás ese logotipo sea el de una franquicia inglesa que todo el mundo utiliza en este país y solo sean imaginaciones mías. Piedad siempre me dice que no me atolondre y tiene razón; aunque no esté aquí, voy a hacer caso a mi cuñada. Estoy deseando marcharme a casa, alquilar una bici y pedalear hasta The Clock House. Toñete me espera.

Salgo en busca de Conrad, necesito que me lleve al camping. Paseo entre el bullicio, muy pocos continúan sentados, los demás charlan de pie o se mueven entre los grupos. No veo al larguirucho por ningún lado. Lady Anne me sale al paso. En su pobre español me traslada que la paella ha sido un éxito y me entrega un sobre cerrado, este sin sello ni membrete. Le doy las gracias sin mirar el contenido y me despido. Por fin diviso la cabeza del larguirucho, sale de la casa por el salón, quizás me buscaba en la cocina. Le hago un gesto con la mano y viene hacia mí. Va cargado con algo, parece mi bolso y nuestras chaquetas. El hombre del cementerio se cruza en su camino y lo saluda; se conocen. La pareja de españoles se coloca tras ellos, parece que también quieren hablar con Eric y esperan su turno.

Alguien me coge fuerte del brazo. Es Jenkins, creí que se había marchado ya.

—Voy a quedarme un rato por aquí, hasta que el anfitrión dé por concluida la fiesta, aún quiero preguntarle un par de cosas. Cuando termine, me pasaré a verla por el camping.

—Quizás no me encuentre —respondo intentando retener mi desagrado.

La española se cuela en el mínimo espacio que queda entre el inspector Jenkins y yo.

—¡Ha venido Eric Clapton! —exclama emocionada—. ¡Y quiere hablar contigo!

El mencionado asoma tras ella.

—No sabía que fuera usted tan buena cocinera.

—Tampoco me dijo usted que fuera tan famoso en esta zona —le respondo amistosa.

—Eso parece —contesta entre risas—. Me gustaría saber si estará usted disponible en un par de semanas para cocinar una de estas paellas en mi casa.

Echo a andar hacia la salida de la mansión acompañada por Eric y varios de sus fans. Hablo despacio, saltando de un tema a otro, esperando que el inspector se canse y se aleje de nosotros.

—No sabes quién es, ¿verdad? —me pregunta Conrad cuando Eric se aleja hacia un grupo de invitados que lo reclama.

—No tengo ni idea.

Conrad sonrío.

—¡Eres igual que ella! —murmura.

Llegamos al coche sin mirar atrás. No quiero encontrarme con los ojos de Jenkins, pero me gustaría saber si de verdad se queda en la fiesta para hablar con Lord Castle.

Solo espero que no me siga y descubra que Toñete ya ha aparecido.

Conrad aparca el coche en su sitio de siempre, ni me he dado cuenta de que estamos ya en el camping. Durante el trayecto me he concentrado en cómo librarme de él, de Jenkins, de Andrew y de todo el que se me ponga por delante y me impida acercarme a The Clock House.

—Olvidaste decirme que estuviste en el cementerio —dice cuando estoy a punto de abrir la puerta.

Me quedo inmóvil; solo puede habérselo contado Eric.

—Crecí en la casa más cercana a la suya, podría decirse que nos conocemos desde siempre, aunque hacía más de media vida que no nos veíamos.

Parece que me ha leído la mente.

Mantengo la boca cerrada, espero que no pregunte nada más, no sabría qué contestarle. Todavía no sé bien por qué fui a visitar esa tumba. No lo hice solo por aquel beso que le robé de su marido, también fue por Antonio, por si fue él quien le arrebató la vida.

Un pensamiento se me escapa en voz alta:

—Conrad, ¿qué harás si encontramos a mi marido y es cierto que conducía aquel coche?

—Me he preguntado eso mismo muchas veces —responde con voz terrosa—. No te preocupes, no voy a tocarlo, si es eso lo que te inquieta. Yo solo quiero verle la cara y decirle que me rompió la vida.

Sale del coche y yo lo imito. Echo a andar hacia mi caravana, pero a medio camino me doy la vuelta. Lo veo ahí, delante de mí, tan grande, tan desvalido, y no sé si correr hacia él y abrazarlo, aunque sé que no es el momento. Entra en su casa con ruedas. Lamento no poder contarle que Toñete ha aparecido, que al menos está bien. Espero hacerlo esta noche, a mi vuelta, después de conocer la respuesta a tantas preguntas, de rellenar los vacíos de todas estas historias que intuyo a medias.

Aguardo unos minutos y corro a la recepción, necesito una bicicleta.

—Vigila a Conrad —le digo a Andrew antes de salir hacia Ripley—. No

dejes que beba.

Coloco el bolso en la cesta y pedaleo como una loca.

The Clock House está cerrado. Llamo a la puerta con insistencia y Emilio la abre sigiloso.

—Pasa, querida, te están esperando.

Toñete me aguarda detrás del dueño, mirándome con los ojos de un niño zalamero que busca el perdón por alguna trastada. Nos abrazamos y se me saltan las lágrimas, pero estas son de felicidad, de las que no queman.

Emilio nos sirve un té en la misma mesa en la que él y yo charlamos el otro día. Han ocurrido tantas cosas desde que empecé este viaje que parece haber pasado un siglo. Toñete le pide que se siente con nosotros, pero Emilio le responde que a veces es mejor no saber. Nos deja solos.

—Te debo una explicación, te he hecho venir hasta aquí y lo mínimo que puedo hacer es ponerte al día. Lo mejor es que comience desde el principio, ¿no crees? —Afirmo con un gesto y me acomodo en el sillón—. No vine a Inglaterra persiguiendo el fantasma de mi padre, vine a buscarme la vida, pero las cosas se truncaron solas. Ya sabes que al principio me hospedé en Londres, aunque mi idea siempre fue venirme al sur. Aquí hay más trabajo y la vida no es tan cara. Los primeros meses, tras mi llegada, alquilé una habitación con Carlos en un piso lleno de turcos y trabajé lavando platos en un restaurante de moda situado en Camden Town.

»Todo iba bien hasta que una noche, desde el ventanuco de la cocina, distinguí a Charlie entre el barullo de gente que llenaba el restaurante. Estaba en una mesa del fondo y lo reconocí al instante. La mesa anterior a la suya estaba llena de clientes que no me dejaban ver quién lo acompañaba. Quise escapar de la cocina para confirmar que no era papá, pero mi jefe no me permitía el acceso a la sala, así que esperé hasta que Charlie terminó de cenar y se levantó. Su acompañante, un hombre rubio, abandonó el local a toda prisa. Salí por la puerta trasera y corrí hasta la principal con un nudo en el pecho. Llegué justo cuando Charlie se metía en un vehículo que llegaba a recogerlo.

»¡Te juro que el conductor me pareció papá! Lo vi de lejos, pero pondría la mano en el fuego a que era él. En ese momento, todos los chismes del pueblo rebotaron dentro de mi cabeza. No sé qué me jodía más, si que papá nos hubiese abandonado de aquella manera tan grotesca o que los cretinos del pueblo tuvieran razón. Crucé la calle casi sin mirar, los coches pitaban, y me

planté junto al semáforo sin dejar de mirar las luces traseras del coche en el que mi padre y su amante acababan de escapar de mí sin saberlo.

—¿Cuál era la marca del coche?

—Un Audi A3, mucho coche para aquella triste pareja.

—¿Y el color?

—Gris claro, plateado. Memoriqué la matrícula.

El mismo coche que identificó Conrad.

Me muerdo los labios por dentro. Ya tenemos otro dato, la matrícula, pero eso ya lo investigó Conrad. El Audi es de Charlie. Y no puedo creer que Antonio se pasee en él por el sur de Inglaterra.

—Regresé al restaurante, soporté la bronca del encargado y continué currando hasta la hora del cierre. Cuando dejé la cocina reluciente pasé a la sala, ya vacía, y abrí el libro donde anotan las reservas. El cliente de la 14 era Mr. Parks, ni rastro de su compañero de mesa. Me marché a casa cansado y triste, preguntándome si valía la pena encontrar a quien ha huido de ti, a quien no quiere ser encontrado.

Toñete da un sorbo a su té. Yo sé que lo ha hecho para evitar que le tiemble la voz, para terminar su historia sin derrumbarse. Tenso mis músculos y le sonrío, invitándole a proseguir, sin prisas.

—Pasé semanas investigando. Ni te imaginas la de Charlie Parks que hay en este país. Por fin lo encontré en una red social, con su estúpida sonrisa y sus frases cortas. Ahora estamos todos vendidos, mamá, la tecnología nos expone en un escaparate y ya no podemos escondernos. Es como si cualquiera pudiera exprimarnos hasta arrancarnos nuestros secretos más ocultos. Tiré de ese hilo y lo encontré en otras páginas similares. En una de ellas conocí a sus amigos virtuales. Ninguno era papá, pero no me extrañó, papá no sabía manejarse en las redes. Me empapé de sus aficiones, intereses, de sus últimas idas y venidas, pero no encontré ni un rastro de una dirección ni número de teléfono. Le envié varios mensajes privados, pero no llegó a leerlos. Al final pedí ayuda a Carlos, él trabaja en Tráfico; le pasé la matrícula del coche y el nombre del propietario. Con esos datos me aseguró que el vehículo está registrado en Guildford.

»En mi día libre cogí el tren dispuesto a recorrer cada calle de ese pueblo hasta dar con él. Y sí que las recorrí, sí, bajo una lluvia débil y continua que me caló hasta el alma. De Charlie ni rastro, de papá tampoco. Regresé a Londres en el último tren de la tarde y me senté frente al ordenador. No soy

ningún *hacker*, así que no lo tenía nada fácil, pero invertí todas mis horas libres en repasar las redes en las que Charlie comenta algunas cosas, muy pocas, de su vida. Me centré en las fotos, en los pequeños detalles, en los lugares donde se habían tomado... Suele aparecer él solo en todas ellas. Por fin tuve una idea y comprobé la identidad de sus amigos, que no eran demasiados, buscando alguna pista que me permitiera dar con ellos. Seleccioné a varios y elegí a uno, un español residente en Guildford. Dirigía una sucursal del mismo banco que tenemos en el pueblo, ya sabes, el Bankgold.

—Guillermo Vázquez, ¿verdad?

—¿Cómo lo sabes? —Sus ojos brillan de sorpresa.

—Termina tú y luego te pongo al día de mis averiguaciones.

Toñete sonrío y percibo cómo relaja la espalda.

—Decidí regresar a Guildford y buscar la sucursal bancaria. Quería hablar con ese tal Guillermo. Tuve que esperar en el banco hasta que me recibió; resultó ser un hombre agradable y educado. No sabía cómo sonsacarle información sobre Charlie y me centré en los créditos bancarios. Cuando ya no había escapatoria y me veía firmando una hipoteca, le pregunté sin tapujos si conocía a Charles Parks.

»Se quedó mudo, evidentemente molesto. Insistí en si conocía a algún español que frecuentara a Mr. Parks y me contestó, enfadado, que no estaba al tanto de con quién se relacionaba de un tiempo a esta parte. Consultó su reloj y me pidió que me fuera. Rendido, ya me iba cuando se lo pensó mejor y me propuso que lo esperara a la hora de la salida para terminar nuestra conversación. Aguardé en un café que encontré un par de calles más abajo y nos vinimos juntos a comer aquí.

—A The Clock House —digo.

Toñete me aprieta una mano, acerca su cara a la mía y me besa.

—Más que sonsacarle cosas que pudieran acercarme a papá, tuve que soportar una especie de interrogatorio sutil sobre Charlie. Le conté que había estado en la Albufera meses atrás, que no llegué a conocerlo demasiado y que lo había visto hacía unos días cenando en un restaurante en Camden Town en compañía de un vecino del pueblo. Y le confesé que a quien buscaba era a ese otro hombre. Se obstinó en saber quién estuvo cenando con Charlie en Londres y acabé hablándole de papá.

Los ojos de Toñete imploran perdón. Le sonrío, no pasa nada.

—Me fui de aquí sin ninguna información, pero con su número de teléfono y la promesa de ponernos en contacto por si cualquiera de los dos encontraba a Charlie. Él también lo estaba buscando, quería devolverle algo.

Pongo cara de póker, desconozco hasta dónde alcanzan las pesquisas de mi hijo, esto solo parece el principio.

—En una de esas ventanas había un anuncio: buscaban ayudante de cocina y tomé nota del teléfono. Trasladarme a este condado me permitiría vivir más tranquilo y seguir la pista que me llevaría a papá, si era él quien acompañaba a Charlie. En menos de una semana me mudé a una habitación en Guildford y comencé a trabajar para Emilio. Así podría saludar de vez en cuando a Guillermo y sacarle la información que parecía guardarse.

Cierra la boca y su silencio suena más fuerte que un grito. Ni se me ocurre interrumpirlo, sé que está ordenando sus ideas, asimilando algunas al exponerlas a mi punto de vista.

—Mi nuevo amigo tenía muchas dudas sobre el que, luego supe, fue su pareja. Guillermo y Charlie tuvieron una relación casi clandestina durante los últimos dos años. Terminó contándome los negocios turbios que Charlie realizaba a escondidas, relacionados con la venta de fotografías. No le di demasiada importancia, a mí lo único que me interesaba era saber si el rubio que lo acompañaba en Londres era mi padre, me traía sin cuidado cómo se ganaba la vida.

La boca se me reseca. ¿Qué tipo de fotografías pueden venderse en un negocio turbio y lucrativo?

—Al parecer, Charlie creció jugando en los rincones del negocio de su padre, una tienda de revelado fotográfico que atrajo a clientes no solo ingleses. Fueron de los primeros en admitir carretes por correo, los revelaban y enviaban las fotografías a cualquier sitio del planeta. Y además hacían gala de un lema en su publicidad: *Confidentiality, efficacy, discretion*. Debían recibir todo tipo de imágenes, ellos las positivaban en papel y las devolvían cumpliendo su promesa, custodiando secretos terribles. Desde hace unos años, con la digitalización de las imágenes, pocos recurren ya al revelado tradicional, así que el viejo Parks decidió cerrar el chiringuito. Pero su hijo se quedó con el negocio e intentó sacar provecho de esos secretos. Recuperó las copias que su padre había conservado de fotografías muy comprometedoras y empezó a comerciar con ellas. A su modo también cumplió el lema: guardó silencio sobre las vejaciones inmortalizadas en negativos fotográficos. Pero su

negocio era otro: buscó a los clientes para chantajearlos.

¡Ahora ya sé cuál fue el motivo que lo llevó hasta la Albufera! El Antonio Ferrer por el que preguntaba aquella noche en el bar no era mi marido, sino su padre. ¿Se atrevería a extorsionar a mi suegro?

—Según Guillermo, Charlie es un apasionado de la costa levantina, la ha visitado a menudo e incluso se defiende en español —continúa Toñete—. Guillermo sospechaba que tenía algún amigo por nuestra zona que lo ayuda a controlar esa red de extorsión. —Toñete incrusta su mirada en la mía y adopta una postura solemne.

—¡No pensarás que su contacto era papá! ¡Yo te aseguro que no! —digo tajante.

Mi hijo baja la cabeza.

—¿Qué aparece en esas fotografías? —pregunto conteniendo la respiración.

—Nunca lo supe, pero ya te puedes imaginar. Supongo que pornografía, mujeres desnudas de épocas anteriores al destape, fotos de niños, de maltratos físicos...

Doy un resoplido de alivio que mi hijo confunde con agobio.

—Ya lo sé mamá, es horrible.

Tiene razón, sean quienes sean los protagonistas o víctimas de esas fotos, es repugnante, primero su mera existencia, y luego que alguien esté beneficiándose de ese dolor.

—Charlie creó una nueva red de pervertidos que preferían explotar sus vicios con fotografías antiguas, fotos que ya hubieran pasado por varias manos tan sucias como las suyas, «fotos manoseadas» las llaman. Se convirtió en un cazador de imágenes, sabía bien dónde buscarlas.

Cazador de imágenes...

—Tras aquellas primeras confidencias, Guillermo empezó a poner excusas y a cancelar nuestras citas. Su homosexualidad no era un tema que le gustara airear. Casi no contestaba a mis mensajes, fui a buscarlo al banco, pero siempre andaba ocupado. Un día Emma me habló del cumpleaños de Lord Castle, y Anne me preguntó si cocinaría para ellos. Al principio me pareció mala idea, Mr. Britt y yo en el mismo lugar y a la misma hora..., pero luego me enteré de que Guillermo estaba invitado y no lo dudé.

—¿Quién es Emma? ¿Por qué no puedes encontrarte con Mr. Britt?

—Ay, mamá... Emma es Mrs. Britt, y...

Hago un gesto con la mano como si espantara una mosca. Prefiero no

conocer detalles de sus aventuras amorosas, aunque no puedo evitar juzgar que la reina sustituta de las pijas es joven para su marido, pero mayor para mi hijo.

—Un par de semanas después recibí un mensaje suyo para vernos. Quería pasarme unas fotos y un listado de nombres que, según él, comprometían a papá. Y me aseguró que en el camping encontraríamos a alguien que podría darnos muchas explicaciones. Por eso, en un momento de apuro, te escribí esa dirección.

Toñete baja la mirada y acerca su cuerpo al mío.

—No me importa lo que quisiera mostrarme, sé que ninguna de esas fotografías está relacionada con nosotros. Yo solo busco a ese hombre de pelo rubio que se deja ver de vez en cuando con Charlie. Lo busco porque me niego a creer que sea papá y porque estoy harto de que ni unos ni otros lo dejen descansar.

Lo tengo tan cerca que no puedo evitar acariciarle la cara. Sonrío con tristeza.

—¿Qué ocurre, mamá?

Me apoyo en el respaldo de mi silla buscando las palabras oportunas entre las miles que golpean mi cabeza, pero no las encuentro. Tampoco quiero hablarle de la maldita foto que encontré escondida en el trastero de Piedad.

—Entonces, ¿viste a tu padre en Londres? —pregunto.

—Sí... ¡No! Seguro que vi a Charlie, y también que distinguí a un hombre rubio a su lado, solo fue un instante, la gente se cruzaba por medio, fueron como unas ráfagas. No llegué a identificarlo, pero me era muy familiar. A veces creo que sí era él, y otras...

Supongo que mi hijo prefiere centrarse en esas otras veces, esas en las que la razón se impone y le grita que no siempre lo que ven los ojos es real.

Emilio se acerca a nuestra mesa con su sonrisa y sus gafas de pasta. Nos recuerda la hora, ya es tarde y debe abrir al público. En breve llegarán los primeros clientes con reserva. Miro por la ventana y descubro que la luz del día se está atenuando.

—Una última cosa —digo incluyendo a Emilio en la conversación—. ¿Crees que puedo confiar en Conrad? No deja de repetir que mi marido conducía el coche que hizo caer a su mujer.

Toñete nos mira sin comprender.

—Ya te dije que Conrad es un pobre hombre incapaz de superar su pérdida.

Está obsesionado con colgársela a alguien, necesita un culpable; pero no creo que sea mala persona, es solo que ve fantasmas. —Y se retira a preparar la sala.

—Asegura que ayer volvió a ver a Antonio en Londres, en el piso de Charlie, justo antes de que alguien lo golpeará en la cabeza.

—¿A Papá? ¿Estuviste ayer en el piso de Charlie? ¿Y quién es ese Conrad? Noto cómo me arde la cara. ¿Quién es Conrad?

—Un hombre que vive en el camping —respondo rápido, como si para mí no fuera nada más que eso—. Tiene una pequeña caravana que me ha alquilado a muy buen precio. Conrad estuvo casado con una española, de Benidorm. También se llamaba Amparo.

Toñete asiente. Le resumo el accidente.

—Bueno, el caso es que él también busca a Charlie. Porque el coche era suyo, un Audi A3 gris.

El cuerpo de mi hijo se tensa.

—Asegura que quien conducía era un hombre de pelo rubio y piel clara que escuchaba a todo volumen un bolero de María Dolores Pradera.

Los dos guardamos silencio durante unos segundos.

—Le he hablado de papá —digo un poco avergonzada—. Desde entonces, Conrad me está ayudando... Hace un par de días fuimos en su coche hasta Londres, al ultramarinos español que visitaste para encargá una paella de treinta raciones.

—Sí, todos los españoles conocen Garcia's.

*R*egreso pedaleando, el corazón supurando ansiedad.

Guillermo se presentó a su cita con Toñete con algunas fotografías comprometedoras. ¿Dónde están esas imágenes? Yo solo conozco esa en la que los ojos de Piedad reclaman auxilio, un auxilio equivocado. El silencio pocas veces acierta a recabar ayuda.

Imagino que habrá otras instantáneas de ese secreto repugnante.

Quiero irme a casa, quiero que mi hijo y yo volvamos a España y nos liberemos de todo esto. Pero sé que ninguno de los dos renunciaremos a confirmar si Antonio sigue vivo.

Pedaleo cada vez más deprisa. Gotitas de sudor en mi frente.

Respiro al mismo ritmo que pedaleo, las luces del camping brillan al final del camino. Repaso las indicaciones de Toñete: seguirá oculto durante unos días, no sabemos quién atacó a Guillermo, y tal vez el asesino no haya terminado con su misión. Le he devuelto su móvil, así podremos estar en contacto. Le he preguntado por el gigante del que hablaba Mildred, ese Billy que apareció en casa de los Britt y le entregó a Emma un paquete en el que estaba su móvil. Asegura que no lo había visto nunca antes, que cuando llegó a su cita con Guillermo en el parque, pudo ver desde lejos que la policía estaba acordonando la zona. Se quedó agazapado tras unos arbustos, temeroso de acercarse, y distinguió una cabeza rubia, similar a la de Antonio, que desaparecía por el lado contrario del parque. Fue en ese momento cuando me envió el mensaje y, justo después, Billy se abalanzó sobre él, le propinó un golpe en la cara y le arrebató el teléfono. Pensó que había sido un simple atraco y no quiso denunciarlo. En el móvil había mensajes en los que se citaba con Guillermo en el lugar y a la hora en la que acababa de ser asesinado.

Jadeando, dejo la bici en el enganche del que la he sacado hace poco más de una hora. No sé si son mis pulsaciones las que aceleran mi pecho o la organización de mis pensamientos la que lo aplasta; me da la sensación de que mis resuellos se oyen por todo el camping. Me detengo y tomo aire, despacio;

relajo los brazos y las piernas, llevan demasiado tiempo encogidos. Mi hijo está bien, todo lo demás no importa. El lastre que comprimía mis hombros ha disminuido, aunque aún no se ha desvanecido.

En la recepción encuentro a Andrew tecleando en su ordenador. Me sonrío y señala con la cabeza los sillones del fondo. Dirijo la mirada hacia allí y descubro a Jenkins sentado en uno de ellos.

Lo había olvidado.

—Llevo un rato esperándola —me dice sin saludar siquiera. Su voz es hiriente, esta vez descuida su amabilidad.

—Lo siento, supuse que llamaría antes de acercarse.

—No es eso en lo que quedamos —insiste.

Lo miro con desprecio. No voy a consentir que me hable de ese modo, soy una madre que busca a su hijo, que ha solicitado ayuda a la policía, no una cómplice de asesinato. Creo que advierte su error; si quiere sonsacarme alguna información, va a tener que ponerse su disfraz de poli simpático.

Se levanta despacio y espera paciente a mi lado, Andrew me está cobrando la bicicleta.

—Perdone, tiene usted razón, me dijo que tal vez no la encontrara aquí —se disculpa.

—Demos un paseo —le digo para evitar que Andrew oiga nuestra conversación.

Caminamos hacia el lago. Echo un vistazo de soslayo hacia la autocaravana de Conrad. Está cerrada y a oscuras. Otras caravanas han encendido sus luces interiores. El coche de Conrad sigue aparcado en su sitio. Quizás esté dormido, confío en que no se haya sumergido en una pesadilla bañada en ginebra.

Jenkins coloca los brazos a su espalda mientras pasea lánguido, como si quisiera dar una imagen tranquila y amigable, buscando mi confianza. No voy a picar, es solo una pose.

Unas nubes oscuras se han anclado en el horizonte. El lago está ya bastante cerca y la humedad que desprende me enfría las manos. Las ahueco y respiro sobre ellas. La luna ha salido y se refleja sobre el agua cristalina.

—Este parece un sitio agradable —dice contemplando el entorno.

—Es un lugar muy tranquilo. Ya sé que no se parece en nada, pero me recuerda a España. Se vive al aire libre —le sigo el juego de la trivialidad.

—En invierno es diferente —comenta con voz suave—. Tiene razón, el

clima de este condado es templado y cálido, pero con muchas lluvias.

Esta noche hay más campistas. Nos quedamos de pie frente a la orilla, como si nouviésemos ningún otro destino al que llegar.

Pero yo sí lo tengo.

—Visité la tienda de fotografía de Charles Parks en Londres. Ya no es suya, la traspasó.

Estoy convencida de que no le pilla de nuevas.

Ahora le tocaría hablar a él, así son las conversaciones, ¿no? Primero habla uno y luego continúa el otro. Pero para el inspector Jenkins las reglas son diferentes. Mantiene silencio sin dejar de mirar a su oponente, como si su turno para hablar no llegara todavía, como si el otro aún tuviera que decir algo más.

Y lo digo:

—¿Qué es lo que sabe acerca de las fotos antiguas de niños?

Ahora soy yo quien calla y mira. Jenkins se mueve dentro de su camisa, se separa ligeramente de mí y me mira de frente.

—No mucho —dice al fin—. Ahora dígame qué es lo que sabe usted sobre ellas.

Decididamente no me gusta este hombre.

—Yo nada, pero sé que Mr. Britt y Lord Castle casi llegan a las manos por una discusión que mantenían sobre ese tema justo cuando usted apareció en la fiesta.

Nunca me habían mirado con tanto desdén, casi me da la risa. Si no fuera porque este hombre me inquieta, me reiría en su cara.

—Usted no pudo oír la conversación desde donde se encontraba.

—No, yo no, pero ya sabe, las noticias vuelan y no fui la única en percatarse de la pelea.

Doy la conversación por terminada y me encamino hacia la salida, Jenkins me sigue. En cuanto llegamos a la altura de la casita roja, se sube en un coche que no parece oficial y lo pone en marcha.

—Son imágenes terribles —añade—. Es al que comercia con ellas a quien quiero encontrar.

Espero a que sus luces traseras desaparezcan por el camino y corro hacia la caravana con la boca áspera. Debería volver a hablar con Toñete, cerrar la terrible caja de Pandora que hemos abierto. Tengo que pensar cómo explicarle que una de esas niñas que aparecen en las fotos que descubrirá tarde o

temprano es su tía Piedad. Que el fotógrafo era su abuelo.

Encuentro a Conrad sentado en su porche, al abrazo de la luna. En sus manos tiene una taza de té humeante, no hay ginebra sobre la mesa. Ya es de noche, debe ser tarde, hace rato que no miro la hora.

Me siento en la otra silla para no dejarlo solo. Ya hablaré con mi hijo en otro momento, cuando haya decidido qué es lo que le voy a contar.

—¿Cómo sigue el golpe de tu cabeza?

—Bien, el chichón es pequeño y casi no duele.

Me gustaría explicarle tantas cosas... Ya sé que Toñete me advirtió que no confiara en nadie, pero también Emilio dijo que Conrad no es peligroso.

Mi odio hacia él ha desaparecido.

Me mira con su azul en los ojos y baja un poco la cabeza hacia delante, enseñándome su herida. Me acerco con el corazón arrugado. No sé bien qué es lo que me pasa con este hombre, pero algunos de sus gestos me enternecen y me desarman por completo.

—Jenkins acaba de marcharse —le digo. Me siento obligada a compartirlo con él—. Ha venido a hablar conmigo por si puedo darle alguna información sobre el paradero de mi hijo.

Me sonrío y con una mano me acaricia el rostro.

Estoy perdida.

—Le he contado que estuvimos en la tienda en Londres. Creo que ya sabía que Charlie tuvo ese negocio.

Se acerca cada vez más.

—También...

—Chsssss... —Me toca los labios antes de besarme.

Este beso sí es para mí.

Me provoca una descarga de adrenalina que poco a poco se transforma en deseo... y algo de miedo. Permito que, mientras me besa, acaricie mis brazos, suave, como si los recorriera sin tocarlos. Concedo que se detenga en mi nuca, cobijándola. Admito que baje la mano hasta mi pecho y lo roce, que me tome de la mano y me conduzca al interior de su autocaravana.

La luz interior está apagada y solo los reflejos de la que utiliza para iluminar el porche me dejan ver su cara, su cuerpo, su azul. Se inclina para besarme, yo me pongo de puntillas.

El corazón temblando.

Recorre mi cara con la yema de los dedos, como si fuera porcelana. Baja

sus caricias hasta mi cuello, sus labios continúan sobre los míos. De nuevo se detiene en mi pecho, por encima de la blusa. Deseo mezclar su calor con mi piel; nunca había sentido tanta pasión. Separa los labios y mira los botones de mi blusa; los va desabrochando uno a uno, con prisa, pero sin perder la delicadeza.

No sé si yo también debería desnudarlo. Hace mucho que no le quito la ropa a un hombre; con Antonio fue diferente, algo preparado, lo necesario para concebir hijos y acallar los chismes. Mis amantes esporádicos de Suecia hace mucho que se borraron de mi mente, ninguno mereció tanto la pena como para insistir en su recuerdo.

Conrad me lleva hasta la cama. Mi ropa en el suelo, la suya sobre ella. Reparo en su cuerpo encima del mío, su olor, su respiración. Su piel está húmeda, llena de un sudor repleto de erotismo. Sus manos buscan mi sexo. Un escalofrío de placer me recorre la espalda y me obliga a morderme el labio.

No decimos nada, tan solo se oye nuestra respiración y el roce de las sábanas bajo nuestros movimientos. Poco a poco se van acompasando, volviéndose paralelos, rítmicos. Estamos uno dentro del otro, siendo dos, pero en un solo cuerpo. Abro los ojos, quiero ver el azul de Conrad, saber que es por mí por quien se ilumina y no por el recuerdo de ninguna otra. Siento que una explosión se avecina y espero que él la comparta conmigo. Conrad comienza a gemir y sé que la suya ha llegado, la mía lo hace también.

Es mi primera vez. Sí, es la primera vez que el deseo supera al cariño, es la primera vez que mi cuerpo consiente que el placer se apodere de él, y es la primera vez que sonrío al terminar.

Apoyo mi cabeza sobre el pecho del larguirucho mientras él juguetea con mi pelo corto enrosquándolo en sus dedos hasta que nos quedamos dormidos.

Me despierto horas más tarde, todavía no ha amanecido. La luz de la bombilla exterior se me hace insoportable. Me levanto sin hacer ruido, necesito beber agua. La nevera de Conrad está mucho más surtida que la mía. Busco un vaso, no sé dónde los guarda, quizás en este armarito. Los ojos se me van a una caja de metal situada al fondo, ¿dónde la he visto antes?

La saco y abro la tapa, dentro un sobre lleno de fotografías. Saco algunas y no puedo creer lo que veo. Contengo una arcada y, sin recoger mis cosas, salgo hacia mi caravana tras pulsar el interruptor que me sumerge en una oscuridad opaca.

*E*spero a que el sol alcance una altura decente para marcar el número de mi hijo sabiendo que la grabación automática que me avisaba de su ausencia se ha esfumado.

—¡Necesito verte, es importante! Han ocurrido nuevas cosas. Dime dónde podemos vernos.

—Acude a las diez al Duke of Wellington, Margaret te esperará en la puerta y te traerá hasta mí —dice.

Me doy cuenta de que no le he preguntado dónde se oculta; otra vez esa fe ciega en él. Me reprendo por mi mal entendida discreción mientras miro la hora en mi teléfono. Son casi las nueve de la mañana, no tengo mucho tiempo. Muevo la cortinilla y descubro a Conrad sentado a su mesa exterior. ¿Cómo pude dejarme llevar por un ser tan corrompido? En cuanto escapé de su autocaravana corrí a las duchas y me froté la piel bajo agua hirviendo. Necesitaba arrancarme su olor, su tacto. Espero que mi deseo se haya esfumado también por el desagüe.

Debo calmarme y disimular, es imposible escabullirme sin cruzar por delante de ese depravado.

¡Los minutos corriendo!

—Buenos días —saluda en cuanto abro la puerta.

—Buenos días —contesto sin mirarlo.

Por un momento dudo de lo que hice con las asquerosas fotos. Voy a tranquilizarme, recuerdo que las devolví al fondo del armarito con su caja; solo pude echar un vistazo a las primeras, no tuve que ahondar más para saber que es un asqueroso pederasta.

—Te he preparado un té y unas tostadas —dice en cuanto llego a su altura.

Mi móvil suena en la caravana, una excusa para escapar.

Es Piedad. Me siento incapaz de contestar, tengo demasiadas cosas que contarle y una muy importante que esconder. Es como si me hubiera pillado en una falta grave. Es la hermana de mi marido desaparecido y no quiero que se

sienta traicionada. La garganta se me seca y recuerdo de nuevo el eterno botijo de agua fresca que mi suegro paseaba de un lugar a otro. ¿Dónde estará ese botijo? No lo vi en el garaje entre las pertenencias del viejo. El teléfono se calla al fin.

Debo deshacerme cuanto antes de Conrad. Me siento a la mesa y desayuno rápido. El larguirucho me mira sin probar bocado.

—¿Tú no tomas nada? —le pregunto con la boca llena.

—Ya lo he hecho. —Su mirada cambia y el color de sus ojos se vuelve grisáceo.

—¿Qué ocurre?

—Nada, es solo que hoy es domingo y todos los domingos ocupo la mañana en el cementerio, arreglando la tumba de Amparo, charlando con ella... No sé qué voy a decirle hoy.

Baja la cabeza como si él también se sintiese culpable por haberle sido infiel a su esposa muerta.

Al menos él sabe con certeza que está muerta y enterrada.

—No te preocupes, vete tranquilo. Yo recogeré todo esto. —Solo queda mi servicio sobre la mesa.

El larguirucho se levanta y me besa en la cabeza antes de entrar en su coche. Un estremecimiento recorre mi espalda y unas ganas imperiosas de limpiarme ese beso me agarrotan las manos. Lo veo acomodarse frente al volante y, en menos de un minuto, desaparecer por el camino.

Ahora sí, ahora la palma de mi mano pasa voraz sobre el rastro de esos labios en mi pelo.

Me pongo en pie y bebo el té de un solo trago. Todavía quema. Recojo la mesa; dejaré la taza y el platillo en el fregadero de mi caravana, ya me ocuparé de fregarlos cuando regrese.

No recuerdo haber visto que Conrad cerrara con llave la puerta, quizás lo hizo antes de que yo regresara del baño, o quizás lo olvidó por completo. Con el corazón en la garganta camino hacia el espacio que acoge al monstruo cada noche. Si la puerta se abre, podré tomar prestada la horrible cajita y mostrársela a Toñete. Así entenderá con más facilidad lo que tengo que contarle.

Examino con detenimiento el entorno buscando cualquier par de ojos que puedan observarme. Sé que es una tontería, nadie se sorprendería al verme entrar en la autocaravana de Conrad. Saben que somos amigos y que ocupo su

caravana. Puede que necesite algún cacharro de cocina, o cualquier otra cosa. Aun así, las manos me tiemblan cuando agarro el pomo y lo hago girar.

Cerrada. Un suspiro de alivio.

Corro a la recepción, está abierta pero vacía. Rodeo la casita roja, necesito que alguien me abra la cancela que retiene las bicicletas. Repaso el mostrador en busca de la llave, no voy a cogerla, solo quiero tenerla controlada. Ahí está, junto a otras tantas, todas ellas etiquetadas y colgadas en un tablón de madera.

Bajo el nombre de Conrad Roberts, una llave reluce sin ningún tipo de compasión. Estiro mi cuerpo y alargó el brazo hasta cogerla. Me cuesta tragar saliva.

Percibo el frío del metal en la palma de la mano cuando corro hacia la autocaravana. Entro sigilosa, abro el armario y tomo la caja para esconderla con rapidez en mi enorme bolso.

En menos de dos minutos, la llave está de nuevo enganchada a su clavija. El corazón, enfurecido, me avisa de que debo dejarlo tranquilo durante un rato.

La mujer que sustituye a Andrew entra en la recepción y despliega una enorme sonrisa de disculpa por haberme hecho esperar. Le indico que necesito una bici de paseo. Sale conmigo y me permite escoger una. Coloco el bolso en la cesta frontal y pedaleo, son casi las diez.

Margaret me está esperando apoyada en la fachada, me sonrío nada más verme y se sube en una bici aparcada a su lado. Pedaleo tras ella. Salimos de la calle principal en dirección a la estación. Un camino de tierra se muestra a nuestra derecha y lo tomamos. Imagino lo difícil que debe ser moverse por él los días de lluvia. Un poco más allá encontramos una vieja valla de piedra y un portón de madera entreabierto que da acceso a una casita de campo. Mi hijo sale a recibirme, me besa en la mejilla.

—Mamá, ella es Margaret, creo que ya os conocéis.

Nos saludamos, pasamos a un pequeño salón acondicionado para los meses de invierno y nos sentamos alrededor de una mesa vestida con pesados faldones. Nuestros pies sobre una gruesa alfombra.

—Esta era la casa de los abuelos de Margaret. Ahora es suya —explica mi hijo.

La joven me dice que estoy en mi casa y se despide de nosotros.

—Es su turno, debe entrar a trabajar —aclara Toñete—. El Duke of Wellington cierra los lunes, pero hoy es domingo, y los domingos se trabaja,

igual que en España.

—¿Has estado aquí todo este tiempo?

Mi hijo asiente con la cabeza.

—Entonces, cuando Conrad y yo fuimos al pub preguntando por ti...

—¡No la culpes! Yo le pedí que ocultara a todo el mundo dónde me escondo. Por eso no te envié al móvil esta dirección. Lo último que ella imaginaba es que mi madre aparecería por allí.

—¿Es tu novia?

—No, mamá, es una buena amiga, solo eso.

Una no puede dejar de ser madre ni en momentos como este.

—¡La policía te sigue buscando! —exclamo de forma atropellada—. Un tal inspector Jenkins ha venido a verme al camping.

La cajita pesa en mi bolso.

Lo mejor será sacar las dichas fotografías. Pongo el bolso en mi regazo. La odiosa cajita asoma por la abertura.

—Te dije que Conrad y yo fuimos a Londres —le digo.

Quiero que esté al tanto de todo antes de mostrarle las imágenes, así que le explico cómo llegamos a la tienda de fotografía y dimos con la dirección de Charlie, más todo el percance que sufrió Conrad. Me alegra hacerle reír con mi ocurrencia para pedir ayuda cantando a voz en grito en medio del mercadillo.

—Hay más —le digo—. Tiene que ver con las fotografías.

Parece que ha llegado el momento de abrir la maldita caja. Veo a Toñete expectante, y mucho más maduro que cuando se fue de casa.

—Hijo..., el día que salí de viaje hacia aquí descubrí algo tremendo en el trastero de la tía Piedad. Dentro de un sobre escondido encontré una foto... Una en la que salían el abuelo y la tía Piedad hace muchos años, incluso antes de que yo viajara a España la primera vez. En esa foto... el abuelo coge por detrás a Piedad de una forma que no es muy normal.

—No te entiendo.

—Sabes que el abuelo nunca fue un hombre cariñoso. Bueno, pues en esta foto sí lo parecía. Tenía a Piedad sentada sobre sus rodillas, ninguno llevaba camiseta, y Piedad tampoco llevaba... braguitas.

—¿Qué estás diciendo?

Me doy cuenta de que la siguiente frase que voy a decir es una mentira:

—Anoche entré en la autocaravana de Conrad a por un vaso, pero encontré

otra cosa.

Con mucho cuidado saco la cajita de metal y la coloco sobre la mesa. Advierto cómo mi hijo aprieta las manos y traga saliva. Levanto la tapa y dejo al descubierto la primera de las imágenes, calculo que debajo habrá unas veinte más, además del sobre con el membrete de la cámara fotográfica.

En esa primera fotografía, en blanco y negro, un niño nos mira asustado desde el fondo de una habitación en penumbra. Está desnudo, solo lleva un pequeño gorrito. Un hombre, al que no se le distingue la cara, está de pie justo a su lado y le acaricia el pecho con una mano. No lleva camisa y va descalzo. A través de su pantalón de lino se aprecia con claridad una erección.

Las manos me tiemblan cuando retiro la fotografía para descubrir la que se esconde detrás. Las vi anoche y sé que en la siguiente la protagonista es una niña que se acerca a la pubertad a la que han maquillado y peinado con dos trenzas rematadas por enormes lazos.

El manoseo de las cartulinas es irreverente, en algunas hay incluso algunas manchas. Voy pasándolas lentamente, con el alma rota y los ojos brillantes de lágrimas ajenas, tocándolas con asco, colocando boca abajo sobre la mesa las que ya hemos visto y nos han dejado mudos. En la parte posterior de cada una aparece algo escrito, pero todavía no soy capaz de acercarlas para que mis ojos descifren esas pequeñas letras escritas con un lápiz borroso.

Toñete tampoco dice nada, sus puños agarrotados.

Algunas están reveladas a color, otras en tonos grises. En una de ellas aparece un hombre sin vida, su rostro en primer plano. Múltiples golpes destrozan su cara y su cabeza. No puedo contener más las lágrimas, me queman al deslizarse por el rostro.

Aprieto la mandíbula al descubrir la siguiente fotografía; es una copia exacta de la que encontré hace días.

—Esta es —le digo sin atreverme a tocarla—. Esta es una copia de la foto que te acabo de comentar.

Mi hijo reconoce a la niña paralizada por la vergüenza y el terror; contemplo el rubor, casi violáceo, que tiñe las mejillas de mi hijo cuando presta atención a la figura del adulto. Coge la fotografía y la saca de la cajita, es la primera que se atreve a tocar. La levanta con cuidado del montón de perversiones y la acerca a su cara, entornando los ojos, como si quisiera discernir mejor la intención del hombre que sujeta desde atrás a la preciosa niña.

Le da la vuelta: anotado en lápiz con letra sucia, el nombre de mi suegro: Antonio Ferrer; una fecha, 15/05/1968; la dirección de su barraca y otros datos: «Photo 7/24, photographic film 2».

Agarro con violencia el montón que aún no hemos visto. No me hace falta saber más para comprender que esta no es la única foto que mi suegro envió a revelar a ese laboratorio. Las paso con ansiedad mientras mi hijo continúa paralizado ante la imagen que se ha quedado adherida a sus manos y a su cerebro. En la cuarta cartulina, Piedad mantiene los ojos cerrados y la boca apretada mientras su padre mete la mano por debajo de su falda. Se me escapa un sollozo al ver la imagen de un niño rubio y pálido, con una vieja cámara de fotos, reflejada en el espejo del armario del dormitorio de mi cuñada.

*P*ermanecemos callados, con las imágenes aullando desde la mesa. Vamos dando la vuelta a las últimas cartulinas hasta contar diecinueve. Es imposible contemplar todas esas caras implorantes sabiendo que nadie hizo nada por ellas.

Repasamos las fechas escritas en los reversos y las ordenamos cronológicamente. La más antigua corresponde a la del niño con el gorrito. Fue remitida a Francia en el mes de febrero de 1956. No encontramos más fotografías pertenecientes al mismo carrete. La adolescente con trenzas aparece en cinco cartulinas, se trata de una niña danesa de la década de los sesenta. Dos de las imágenes, en las que todavía es más niña que mujer, fueron tomadas en 1962 y, según nos indica la numeración, corresponden al mismo rollo, el primero en el que grabaron su angustia. Otra data de dos años después y su rostro adolescente desprende resignación y derrota. En las dos últimas, las trenzas dan paso a un pelo largo y ondulado, y la niña no está sola, un hombre distinto cada vez sobre ella. La última fotografía del montón muestra el momento en el que le fue arrebatada la vida al hombre del primer plano. Permanece de rodillas, con las manos atadas a la espalda, mientras tres jóvenes risueños lo golpean con palos. Era el año 1974 en Italia. El resto de fotografías provienen de Irlanda y pertenecen a dos menores distintos. Unas fueron tomadas en el verano de 1980 y las otras un año después.

—¿Tú lo sabías? —me pregunta con los ojos llenos de lágrimas.

Bajo la cabeza y escondo la cara entre mis manos.

—No —digo con voz trémula—. Aunque ahora me doy cuenta de que hubo muchas señales que no supe interpretar.

Y, entre lágrimas de rabia, le hablo a mi hijo de la cámara Polaroid y del miedo reflejado en los ojos de Piedad y Antonio cada vez que su padre la sacaba; y de cómo me echaban de su casa cuando eso ocurría, y de que yo me marchaba en silencio a pesar del apretón que Piedad me daba siempre en el brazo, intentando que me quedara con ellos para que nada de todo aquello

sucediera. Pero yo me iba, a sabiendas de que algo extraño pasaba, yo me iba. Y nunca se lo contaba a nadie. Todo por ese terrible miedo que siempre le tuve a mi suegro. O a que mis amigos, esos para los que no era la Sueca, sino Amparo, se enfadaran conmigo. Y ahora lloro las lágrimas de aquella niña asustada que se guardó sus dudas. Y por fin unos brazos me arrojan acompañándome en mi angustia y alguien escucha todas las palabras llenas de incompreensión y dolor que debí haber pronunciado hace años.

Nos mantenemos abrazados el tiempo suficiente para que mi hijo me consuele como debió haber hecho mi madre, repitiéndome que no fue culpa mía, que yo solo era fiel a mis amigos.

Me duelen todos los músculos, los tengo contraídos por la tensión.

—¿Qué hacía ese Conrad con estas fotos? —pregunta Toñete.

—No lo sé. ¿Crees que son las mismas que iba a entregarte Guillermo? Quizás te pasó la dirección del camping porque sabía que el larguirucho estaba implicado, que era uno de los clientes especiales de Charlie.

¡Por favor, que no sea cierto!

—Podría ser, encontraste las fotos en su casa.

Le cuento la discusión entre Lord Castle y Mr. Britt en la fiesta, interrumpida por el inspector Jenkins.

—Es lógico que la policía los visitara: uno de sus empleados ha aparecido muerto y deben investigar a todos los allegados.

—Sí, pero ¿qué relación tienen esos dos hombres con las fotografías?

Ahora sé que el sobre que guardó el anfitrión en su biblioteca tiene el mismo logotipo que el de la cajita. Noto una presión en el pecho, me levanto y recorro el salón de un lado a otro. Tengo que calmarme, las ideas entran y salen de mi cabeza, y necesito que se queden en ella un rato.

—Mildred, la criada de Mrs. Castle, me aseguró que el día en que mataron a Guillermo tú estuviste en la piscina climatizada de Mrs. Britt..., de Emma.

—¡Joder! ¡Como para tener secretos!

—¿Qué hacías allí?

Mi hijo se sonroja y mira hacia otro lado intentando eludir mi pregunta. Esta vez no voy a dejarla en el aire. Ya sé que Toñete es adulto, pero en esta ocasión debo estar al tanto de todo.

—Emma es una mujer joven, y elegante. —Confirmo con un gesto; estoy de acuerdo con él—. Nos conocimos en el Duke of Wellington, alguna vez he ido por allí a tomar una copa a la salida del trabajo. Un día me acerqué a ella,

estaba esperando a sus amigas y ya llevaba un buen rato sola, así que decidí hacerle compañía. Le caí en gracia, ya me entiendes. —Sí, lo entiendo demasiado bien—. He visitado varias veces su mansión, siempre cuando su marido está ausente, que es muy a menudo. Mr. Britt está volcado en su trabajo y pasa poco tiempo en casa.

Prefiero no seguir preguntando.

—No lo conozco personalmente, aunque sí lo he tenido delante un par de veces en las que vino a comer con su mujer a The Clock House. Es un hombre... untoso.

—¿Untoso?

—Sí, ya sabes..., de esos que parecen sospechosos de cualquier cosa asquerosa de la que pudieran acusarlo. —Recuerdo la sensación que me produjo en la fiesta y confirmo su apreciación—. Emma me contó que, de un tiempo a esta parte, su marido le había restringido el límite de las tarjetas de crédito. Es un poquito manirrota, pero ella asegura que él lo ha hecho para pagarse sus asquerosos vicios. Quizás tengan algo que ver con estas repugnantes fotos.

Toñete también se pone de pie, su nerviosismo ha regresado.

—Aquella tarde me llamó para que me pasara por su casa, su marido no estaría. La última vez que nos vimos tuvimos una fuerte discusión y quería arreglar las cosas. Yo no, ya estoy harto de sus chiquilladas. Emma es una cría consentida y celosa, y no admitía que yo quisiera terminar la relación. Estuvo encantadora, dijo que no quería perderme como amigo. Nos bañamos en la piscina y tomamos una copa. Mientras me cambiaba de ropa para acudir a mi cita con Guillermo, Emma aprovechó para quitarme el teléfono y buscar entre mis llamadas y mensajes esperando encontrar los de otra. La pillé con mi móvil en las manos y nos peleamos de nuevo. Se puso a gritar como una loca cuando le dije que esa era la última vez que nos veíamos y, llorando, me rogó que no me fuera.

—¿Crees que pudo ver los mensajes que intercambiaste con Guillermo?

—Sí, supongo que sí.

La mirada se me va a los arañazos de su cara y se los acaricio. No me acostumbro a que mis hijos se hayan hecho mayores, en especial Toñete. Para mí siempre será el pequeño.

—Por culpa de esa discusión, aterricé en mi cita quince minutos tarde. La policía ya estaba allí, y la ambulancia. Un médico intentaba reanimar a

Guillermo sin éxito. Ni rastro de las fotografías.

—Ese Billy, el matón gigante, cumplía órdenes de tu amante. Te salvó la vida —le digo muy seria—. Y, horas más tarde, le entregaba un paquete con estas fotos y tu teléfono móvil.

—¿Crees que fue ella quien se las pasó a tu amigo Conrad?

No me gusta que se refiera a Conrad como mi amigo.

—No, creo que se las entregó a Lord Castle durante la fiesta de cumpleaños.

¡Acabo de descubrir dónde había visto yo antes esta maldita caja metálica con dibujos chinos!

—Descubrí al homenajeador en su salón, escondiendo entre los libros un sobre con el logotipo de la cámara de fotos antigua. En la mesita que tienen al fondo, hay una colección de cajitas como esta.

Cierro los ojos y veo con claridad la imagen de Conrad saliendo de la mansión con algo en las manos.

*P*edaleo hacia el camping preguntándome si Conrad habrá regresado ya o si seguirá disculpándose ante la tumba de su esposa. La cajita de las fotos salta en mi bolso con cada bache del camino. Toñete y yo hemos decidido que es mejor dejarla donde la he encontrado sin que el larguirucho se entere, eso nos dará tiempo. Todavía no sabemos si nuestras hipótesis son correctas.

Me incorporo a la carretera, la circulación es más densa que en días anteriores. Supongo que la gente de la ciudad se desplaza al campo aprovechando el buen clima del final del verano. Varios coches me adelantan, son respetuosos. No me agobian, van despacio y solo me sobrepasan cuando cuentan con espacio suficiente.

Mi bicicleta me lleva hasta la recepción y la dejo en su aparcamiento, para eso no hace falta que me abran la cancela. Antes de pagar su alquiler, compruebo que el larguirucho todavía no esté en casa. Debo coger su llave del tablón y ocultar la cajita donde la encontré.

Andrew atiende a una familia ofertándoles los servicios del camping mientras les muestra diferentes folletos.

El tablón con las llaves queda a su espalda, imposible acceder a él.

Paseo por la recepción hasta la máquina de té y chokolatinas. Muy despacio saco unas monedas de mi bolso y contemplo con parsimonia los productos que asoman por el cristal. Ninguno me apetece, a pesar de que ya es la hora de comer. Estoy demasiado nerviosa. Aun así, introduzco las monedas necesarias para sacar la misma chokolatina que tomé el primer día.

La familia se dirige hacia la puerta de salida con la satisfacción de haber encontrado la mejor ruta para su tarde de domingo. Andrew me mira con ojillos afables mientras me acerco.

—¿Has visto a Conrad? —le pregunto después de pasar tras el mostrador para usar su traductor simultáneo.

Las llaves de la autocaravana a un paso.

«Salió en su coche esta mañana y creo que no ha regresado todavía.»

¿Necesitas alguna cosa?», escribe.

—No, nada en especial. ¿Lo conoces desde hace mucho tiempo?

Necesito que escriba y no preste atención a mis manos.

«No somos amigos íntimos, si es lo que quieres saber.»

Deja las manos sobre el teclado, como si quisiera añadir algo más. Yo aprovecho el momento, la llave ya es mía.

«Conrad me desconcierta», añade.

¡Igual que a mí!

Intento justificarme por la atracción que el larguirucho ejerce sobre mí, por haberme metido en su cama a pesar de la desconfianza que me suscita.

«He tenido que recogerlo del suelo, borracho, varias veces este invierno y meterlo en su *motor home* para que no se congelara a la intemperie. En esos momentos de borrachera, repite cosas sin sentido y no sé si son verdad. Los borrachos y los niños nunca mienten, ya conoces el dicho.»

La puerta se abre y un grupo de campistas irrumpe sin darme tiempo a preguntar qué es lo que repite Conrad cuando está bebido. Los campistas se ríen y hablan más alto que el resto de ingleses con los que me he cruzado desde mi llegada. Llevan mochilas y ropa de campo con zapatillas deportivas. Las ganas de aprovechar lo poco que les queda del fin de semana se les salen por los poros. Uno de ellos toma fotos de los niños con su móvil. Todos sonrían, ninguno refleja miedo ante la cámara.

Sin despedirme de Andrew, abandono la casita roja. La caja metálica pesa más que nunca en mi bolso. Voy hasta las caravanas frotándome los brazos. La humedad ha regresado junto al gris del cielo, el veranillo se ha esfumado. Saco la llave robada y la meto en la cerradura muy deprisa, espero que nadie me vea entrar. Coloco la cajita en el armario de los vasos y salgo empapada en un sudor que no concuerda con la nueva temperatura.

Me cruzo con los turistas risueños en mi regreso a la recepción. Me alegro de que hayan terminado sus consultas; me urge reponer la llave, que abrasa la palma de mi mano, en el tablero y me será más fácil acercarme si no están por allí. Quizás, de paso, aún pueda sonsacarle alguna información más a Andrew.

«Supongo que Conrad te ha hablado del accidente de su mujer», escribe en cuanto me acerco a él, como si nuestra conversación no se hubiera visto interrumpida.

—Sí, me lo ha descrito varias veces...

«Cada vez que lo he tenido que ayudar a levantarse del suelo repite que la

culpa fue suya, solo suya», escribe.

En realidad, ya no me hace falta que Andrew use el traductor simultáneo, mi oído se ha acostumbrado a su acento y soy capaz de entender casi todo lo que dice, pero hoy necesito que tenga los ojos fijos en la pantalla, al menos unos segundos más.

—Aunque, cuando está sobrio, insiste en la velocidad del coche, en el conductor, en la música que sonaba...

La llave en su sitio.

—Sí, todo eso me lo ha contado.

Si Andrew supiera que el hombre al que describe Conrad es mi marido...

¡Pensar en Antonio me hiela la sangre! Hace solo un rato que he descubierto su imagen adolescente en una de esas fotos antiguas, manoseadas, sucias, que gritan avergonzadas desde el interior de la caja china que acabo de devolver a la alacena de Conrad.

Me doy cuenta de que no hay muchas fotografías de Antonio, ahora entiendo por qué. Si tuviera una, podría enseñársela a Conrad y obligarlo a desdecirse cuando confirmara que nunca antes había visto ese rostro; mucho menos detrás del volante del coche asesino. Saco mi móvil y compruebo mi galería de fotos. La mayoría son de mis nietos, en ninguna aparecen con su abuelo.

Andrew me mira extrañado.

—¿Algún mensaje importante? —pregunta un tanto alarmado.

—No, no te preocupes. Acabo de recordar que debía haber llamado a mi hija —respondo antes de salir de la recepción.

Camino despacio con el teléfono en la mano. Necesito que alguien me envíe una fotografía de Antonio, una actual, en la que se le vea la cara, pero no recuerdo ninguna concreta.

Llego hasta el lago y me siento en un banco. Estoy cansada de mantener el cuerpo tenso, en el fondo no estoy tan segura de que las acusaciones del larguirucho sean falsas. Mi propio hijo cree que identificó a su padre. Ahora sé que Antonio tenía una razón para dejarnos, para perseguir a ese hombre: controlaba sus secretos y los de su familia. Si nos abandonó y huyó detrás de él, no lo hizo por amor, como dice la gente, lo hizo por odio.

*E*l agua del lago parece inquieta, reflejo de mi estado de ánimo alterado.

Todo ha cambiado ahora, quizás mi marido se obsesionó con seguir manteniendo ocultos esos dolorosos recuerdos que ni siquiera fue capaz de compartir conmigo. Nadie en el pueblo sospechó jamás de mi suegro. Ahora comprendo la eterna enfermedad de mi suegra, y por qué no permitía que los jóvenes se acercaran a Piedad. Un novio podría haberle arrebatado al viejo su más preciado tesoro.

Soy incapaz de asimilar... ¿Por qué fotografiar el horror? ¿Por qué, en el caso de mi suegro, obligar a un niño a plasmarlo a través de una cámara? ¿Eso le da al acto repulsivo un nuevo valor sexual? Supongo que los miles de perversos que pagan por ese tipo de imágenes también sentirán excitación ante los ojos vidriosos de lágrimas del pequeño que sostiene la cámara tenebrosa sin atreverse a colocarla ante su cara. O tal vez el pequeño Antonio cumplía otra orden de su padre, la de mostrarse como testigo de aquella barbaridad dejando su rostro bien visible en el espejo. ¿Qué será lo que excita a estos cerdos? ¿La desnudez infantil? ¿El terror en las caras de los niños? ¿La figura del adulto avasallando sus pequeños cuerpos?

Me laten las muñecas al imaginar al padre de Charlie cuando reveló el primer carrete, el temblor de sus manos al surgir la primera imagen en la cartulina, bajo el resplandor rojizo. ¿Sería antes o después cuando prometió confidencialidad a sus clientes? Está claro que guardaba copia de cada una de las fotografías que pedófilos y depravados le enviaban convencidos de su asquerosa honorabilidad. ¿Reservaría esas copias para su uso personal? ¿Comerciaría con ellas? ¿Sería él mismo uno de esos hombres que cometen perversiones con sus propios hijos? No, no lo creo. Si así fuera, Charlie no intentaría sacar tajada con fotografías como las que he tenido en mis manos hace un rato.

Todavía me escuecen los dedos.

Me desespero, no sé dónde localizar una imagen de Antonio desde aquí.

Aparte de las que aparecen en sus documentos oficiales que aún guardo en casa, solo soy capaz de recordar una en la que sale por casualidad. Fue tomada hace unos pocos años, durante unas fiestas patronales, cuando cargaba junto a otros cinco vecinos la figura de la Virgen de los Desamparados hasta su pedestal en la iglesia tras pasearla por las calles del pueblo. La foto fue portada del periódico local, y mucha gente la enmarcó para honrar a nuestra patrona. Yo la recorté porque salía Antonio. La coloqué en un marco que colgué en el dormitorio que las niñas ya no utilizaban, ni siquiera cuando venían a visitarnos desde Valencia.

No quiero pedírsela a Piedad ni a ninguna de mis hijas. Todas ellas guardan una copia, pero no me siento capaz de inventar mentiras que escondan esta aterradora verdad y justifiquen el envío de esa imagen.

El móvil pesa en mi mano. Se me retuercen las tripas por lo que estoy a punto de hacer, pero no me detengo. Busco el nombre de mi vecina en la agenda y pulso sobre él. Un tono, dos...

—¡Amparo! ¿Ya estás de vuelta? Encontraste a Antonio, ¿verdad?

—¿Puedes hacerme un favor, Paqui?

—¿De qué se trata?

La imagino frotándose las manos, esperando escuchar algo succulento que le sirva para atraer la atención de personas tan solas como ella, alardeando de información privilegiada durante unas horas que alargará con invenciones esperpénticas.

—Necesito que fotografíes con tu móvil la imagen de la patrona del pueblo que salió en el periódico, ¿la recuerdas?

—¿Cómo voy a olvidarla? ¡Si aparezco en primera fila adorando a la Virgen en su peregrinar! La tengo enmarcada y colgada en mi salón.

—Esa misma. ¿Puedes enviármela por WhatsApp?

—¡Uy, hija mía! ¡Eso no sé hacerlo yo! Mejor esperamos a que se levante Ricardito, no vaya a ser que yo no me aclare con este aparato y perdamos las dos el tiempo.

Separo el teléfono de mi oreja y compruebo la hora, faltan cinco minutos para las dos y media. Conociendo a la criatura, seguro que no está echando la siesta.

—¿Y para qué necesitas esa foto? —pregunta desconcertada.

Su ego le impide apreciar que mi marido es uno de los costaleros.

Dudo en si inventar cualquier excusa. Mejor no.

—Tú envíamela y, cuando vuelva, te prometo que serás la primera en saber todo sobre mi viaje.

La escucho sopesar la oferta: traslada de un lado a otro de la boca el agüilla que sus glándulas salivares han generado ante el prometido bocado.

—De acuerdo, pero sin prisa. En cuanto Ricardito amanezca; ya sabes que los domingos lo dejo dormir, madruga mucho el resto de los días.

—Muy bien. La espero —digo antes de colgar.

Fijo mis ojos en la señal roja que indica la carga de batería y me levanto para regresar a la caravana. En cuanto entro, saco el cargador y apoyo el teléfono sobre la neverita. El único enchufe libre está junto a ella.

Tengo que comer algo, no se puede vivir del aire. Busco algo que no me provoque sensación de saciedad. La chocolatina que sigue en mi bolso va a quedarse allí, por si la necesito en otra ocasión. En la neverita solo me esperan unas piezas de fruta arrugada y un par de latas de atún con las que me preparo un sándwich de pan reseco que aún me quita más las ganas de comer. Lo paseo remolón por el plato. Ahora me acuerdo de que debo fregar la vajilla del desayuno y devolvérsela a Conrad. Quizás me dé tiempo antes de que vuelva; la puedo dejar sobre la mesa exterior y esperar a que él la recoja. Sí, será lo mejor. Luego me iré fuera del camping y regresaré tarde, así no tendré que quedarme a solas con él.

Alcanzo el minúsculo fregadero y abro el grifo. El agua sale helada, me entumece las manos mientras dejo relucientes la taza y el plato del desayuno.

Estoy cansada. Con el revés de mi mano, que está helada, me seco las lágrimas. Han escapado de mis ojos con dureza, sin darme la más mínima oportunidad de retenerlas.

Conrad todavía no ha regresado. Doy un par de mordiscos a mi sándwich marchito antes de abandonar la caravana, dejar las piezas de vajilla barata en el porche de mi vecino y desaparecer.

*M*enos mal que traje ropa de abrigo, la temperatura se ha desplomado de un día para otro y la humedad se adhiere a todo lo que encuentra. El suelo de la zona arbolada se ha cubierto de un rocío helado que moja mis pies. El camino asfaltado está abarrotado de coches en cola. Los campistas del fin de semana regresan a sus casas de la ciudad.

Vuelvo al lago, me recuerda a mi Albufera. Hoy sus aguas son anodinas, se han vuelto grises, y nadie pesca; el cielo se ha cubierto de nubes que amenazan tormenta.

Alargo el paseo, más allá de los bancos de la orilla, metida de lleno en mis pensamientos, intentando comprender.

El motor de un coche ronronea a mi lado y me vuelvo hacia él. No me había percatado de lo lejos que he llegado, el lago ha quedado muy atrás. Ya he alcanzado la zona de cabañas que está reformando Andrew, descubro sus herramientas junto a la primera de ellas.

Un lujoso Mercedes se detiene a escasos metros de mí. Es raro, en esta zona del camping solo hay cabañas y, por lo que sé, están deshabitadas. Las lunas del coche, tintadas de negro, me impiden ver quién va en su interior, supongo que será un turista perdido. La ventanilla que queda justo a mi lado comienza a bajar despacio y Emma Britt me brinda una amplia sonrisa desde el asiento del conductor. Con un movimiento elegante se inclina para abrir la puerta del copiloto, invitándome a entrar. Sin saber bien por qué, me instalo en su asiento de cuero blanco. Todo en estas mujeres es blanco. La examante de mi hijo espera a que suene el clic de mi cinturón de seguridad para pisar el acelerador como si lo acariciara, y la berlina se desliza sin estridencias.

Lagrimillas de lluvia salpican el parabrisas.

—¿Dónde vamos? —pregunto cuando pasamos junto a la casita roja y salimos a la carretera secundaria.

—Ya lo verá —responde con la mirada fija en el asfalto. La sonrisa se ha borrado de su rostro.

Reconozco el camino, nos dirigimos a East Horsley. En menos de cinco minutos nos detenemos en el aparcamiento del Duke of Wellington; supongo que Margaret estará sirviendo té y cafés de sobremesas tardías. La descubro en cuanto entramos, recogiendo mesas repletas de platos y vasos usados. El pub ha debido estar muy concurrido hasta hace unos minutos. Nuestras miradas se cruzan y percibo cómo tensa su gesto al comprobar quién me acompaña. No nos saludamos, como si no fuéramos más que otras dos clientas. Sigo a Emma Britt hacia el fondo de la sala. Anne Castle nos espera en su trono, bajo el espejo presidencial.

—*Buennas tardess* —saluda con un español de esparto que en su boca suena a seda. Señala con la mano el silloncito a su lado para que me acomode en él mientras Emma lo hace en el que está a su derecha—. Perdone mi *espaniol*.

—No se preocupe, puede hablarme en inglés —respondo en su idioma. Es curioso, cada vez lo hablo mejor—. ¿Qué es lo que quiere?

—Tranquila, esperamos a alguien. ¿Desea tomar algo? —pregunta levantando la mano para llamar a la camarera.

Margaret se acerca con su libretilla en la mano. Las dos *ladies* piden un té y me miran esperando que haga lo mismo.

—Coca-Cola y un sándwich —digo, aunque no me apetece ni una Coca-Cola ni un sándwich.

Margaret se retira hacia la barra y nos quedamos en silencio. Con la punta de los dedos, Anne tamborilea en el reposabrazos de su sillón. No sé por qué, pero parece más alto y encopetado que el nuestro. Serán imaginaciones mías. Emma carraspea y, cuando la miro, me ofrece una sonrisa nerviosa. Podría iniciar una conversación, pero no voy a darles ese gustazo. Son ellas las que me han traído hasta aquí, prefiero dejarlas seguir hurgando en sus conciencias.

La puerta se abre y entra un hombre corpulento que se dirige sin titubear hacia nosotras; por sus dimensiones y aspecto, supongo que se trata de Billy. Habla con Emma en voz queda, sin mirarla directamente a los ojos.

—¿Dónde está su amigo? El que habla español —me pregunta Anne con tono autoritario tras intercambiar un par de frases con su amiga.

—¿Qué amigo? Todos mis amigos hablan español. —No se lo voy a poner fácil.

Mueve con ligereza el pie que cuelga cadencioso de la pierna que ha cruzado sobre la otra en su magnífica postura. Con la mano, retira un mechón

de su sedosa melena hasta situarlo detrás de la oreja derecha antes de mirarme.

—Ya sabe a quién me refiero.

Esta inquietud por el larguirucho resulta, en cierto modo, cómica. Estas dos ignoran que ahora mismo me daría más miedo estar a solas con él que aquí sentada frente a ellas, a pesar de que sus caras no presagian nada bueno y de que el mastodonte no me quita ojo.

Margaret llega con su bandeja. Deja sobre la mesa dos teteras con sus tazas a juego, un azucarero, unas pastitas y una Coca-Cola servida en un vaso bajo sin hielo. Junto a mí, un bocadillo caliente de carne asada. Tiene buen aspecto. Antes de retirarse, la miro y ella asiente con sutilidad, creo que solo yo he percibido ese gesto. Espero que signifique que ha llamado a Toñete y le ha explicado mi situación.

El gigante se sitúa detrás de mi sillón. Advierto cómo coloca las manos en mi respaldo y se apoya en él dejando caer todo su peso. Anne Castle insiste:

—El alto.

Bebo un sorbo, más por despejar de mi garganta la madeja de nervios que por sed. Cojo el sándwich y, antes de darle un bocado, contesto:

—En el cementerio de Ripley, visitando una tumba.

—Vamos para allá. ¡Ahora! —ordena poniéndose en pie.

Su amiga Emma la imita.

—Perdone, pero estoy comiendo.

—¡Llévatelo! —exige Anne refiriéndose al bocadillo.

Sin dejar de mirarla a los ojos doy otro mordisco. Está realmente sabroso. Mastico despacio, no tengo hambre. Solo quiero ganar tiempo. Las dos mujeres se impacientan.

—Debo pasar por el lavabo —digo señalando los aseos.

No estoy dispuesta a marcharme con ellas así como así. ¿Por qué me habré subido al coche de Emma? Tengo que dejar de actuar por impulsos.

—Muy bien —consiente Anne—. Pero antes déjenos su teléfono móvil. No queremos que haga llamadas imprudentes.

—No lo he traído —respondo y, sin perder de vista sus ojos, abro el bolso y le permito ver el interior.

Con un gesto de desprecio y la cabeza bien alta, me voy al cuarto de baño con el mastodonte pegado a mi espalda. Espero que no quiera entrar conmigo. Margaret nos controla mientras sirve otra mesa. Me cuelo deprisa en los

servicios de *ladies* por la puerta entreabierta y la empujo con ambas manos para que mi perseguidor no entre. En el bolso, además de las cien cosas inútiles que llevo siempre, están mi cartera, la chocolatina y el sobre que la propia Anne me entregó como pago por la paella. ¿Qué hace aquí este pintalabios? Ah, sí, lo metí ayer por si debía retocar mi maquillaje durante la fiesta. Lo destapo y, en una esquina del espejo, escribo: Cementerio de Ripley. Tiro de la cadena para que mi espía perciba un ruido convincente de lo que se supone que he venido a hacer aquí dentro. Abro la puerta, otra vez con la mínima rendija por la que soy capaz de pasar, y salgo rápido, no quiero que descubra mi mensaje. Lo sigo hasta la salida buscando a Margaret entre las mesas y, con disimulo, le señalo el baño antes de abandonar el pub.

Billy sube a una moto de gran cilindrada aparcada junto al Mercedes, yo ocupo el asiento trasero del vehículo, Anne es la nueva copiloto. Emma conduce con su habitual armonía hasta el pueblo vecino y aparca en la parte trasera de la iglesia. Conoce bien la zona. Con pasos rápidos me dirijo a la tumba de la otra Amparo. Ha dejado de llover y el cementerio está vacío. El mismo ramillete de flores medio mustias adorna la lápida que supuestamente había venido a arreglar el larguirucho.

—Debería estar aquí. —Mi voz revela miedo y me reprendo.

Lo último que quiero es mostrar debilidad, pero ya es tarde para eso. Anne sonrío condescendiente y se me acerca demasiado.

—Dile que devuelva las fotografías, son propiedad privada. Las cámaras de seguridad le grabaron cogiéndolas. Tenemos imágenes tuyas robando un sobre con dinero de una estantería de la biblioteca. Eso es lo que aseguraremos a la policía si se os ocurre hacer alguna tontería. Ah, y dile también que quiero mi caja. Es de colección, ni se imagina su precio.

Los tres salen del cementerio dejándome entre lápidas y flores. Las gotas de lluvia regresan, la tarde va a ser fría. No puedo apartar mi vista del ramillete que Conrad colocó hace una semana sobre la tumba de su mujer. A pesar de estar marchitas, transmiten tanta ternura que podrían devolverle la vida. Otra vez estoy a punto de echarme a llorar y otra vez me contengo; no sé cuánto podré aguantar toda esta tensión.

*L*a lluvia arrecia. Me he sentado en un banco frente a una tumba cualquiera y recuerdo a mis muertos. Un árbol me cobija e impide que las gotas alcancen mi cabeza, pero no tardarán en hacerlo, las hojas se están desprendiendo con el peso del agua.

A veces creo que algunos de mis muertos están vivos y algunos de mis vivos están muertos. Depende de mí. Cada vez que pienso en mi madre es como si la tuviera cerca, como si siguiera a mi lado; en cambio, otras personas de mi entorno han dejado de existir. Solo me percato de su presencia si ocurre algo inusual, algo que los saca de su invisibilidad.

Esta Amparo está tan viva como Antonio. Conrad y yo los mantenemos con vida.

Las flores mustias del bote apoyado en la lápida se mueven con el viento. No creo que sobrevivan a la tormenta. Si me quedo aquí, yo tampoco. Me levanto y cruzo los brazos sobre el pecho intentando abrigarme, pero no lo consigo. El frío no está fuera, está dentro de mí. Camino rápido, fijándome en mis pies; no me gustaría meterlos en un charco. Salgo del cementerio y atravieso la calle. Corro bajo la lluvia. En un par de minutos llego a The Clock House, seguro que a estas horas no queda ningún cliente. La puerta está cerrada y la aporreo con ambas manos. Estoy calada hasta los huesos, tiritó. Emilio abre, y me cuelo antes de que me dé la bienvenida.

—¡Amparo! ¿Qué te ocurre? —Su voz me reconforta, es tan tierna que tengo que tragar saliva para no romperme.

—¿Puedo hacer una llamada?

—Por supuesto, sígueme.

Voy dejando un reguero de agua. Llegamos a un despacho situado junto a las cocinas. Sobre la mesa distingo la foto de una bailarina muy joven.

—Es mi nieta —explica al advertir mi mirada—. Se llama como yo: Emilia. Será una de las grandes.

Me quito la chaqueta empapada y él la recoge con cuidado.

—Ahí tienes el teléfono, te dejo sola —dice antes de salir.

Me siento tras la mesa y descuelgo el teléfono fijo. Marco el número de Toñete y espero hasta oír su voz.

—¡Mamá! ¿Dónde estás?

También puedo oír la lluvia tras sus palabras.

—En el restaurante, con Emilio.

—Voy para allá, acabo de llegar al cementerio.

Cuelgo sin despedirme. Un diminuto charco se ha formado en el suelo, bajo mi silla. Necesito secarme. Regreso a la sala del restaurante despegando la ropa de mi cuerpo, el pelo me chorrea. Emilio me espera en el bar con una toalla. La cojo y me envuelvo en ella, siento mucho frío.

—Perdona —le digo—. He dejado todo hecho un asco.

—No te preocupes, esto es Inglaterra, estoy acostumbrado. Quizás sea mejor que pases al servicio y te seques un poco, vas a pillar una pulmonía. Mientras, prepararé un té —dice, y se mete en la barra, donde manipula una de esas máquinas que hierven el agua en segundos.

En el baño me froto el pelo con la toalla, lo llevo tan corto que enseguida se queda con solo una leve humedad. Enciendo el secador de manos y lo dirijo hacia mi ropa. No la seca del todo, pero al menos la calienta. Cuando regreso a la sala, mi anfitrión prepara sobre la barra una bandeja con el servicio completo de té, pastas incluidas.

—¿Lo tomas con leche?

—No —respondo—. Pero, por favor, pon otra taza, Toñete está a punto de llegar.

Emilio se ajusta las gafas de pasta con el dedo índice y alcanza otra taza. Equilibra la bandeja sobre su mano izquierda y nos sentamos a una mesa arrinconada.

Unos golpes machacan la puerta, Toñete ya ha llegado. En cuanto Emilio lo deja pasar, se acerca y me abraza. Estoy tan cansada que ya ni siquiera siento miedo, aunque el recuerdo del matón apoyado sobre el respaldo de mi sillón hace que me castañeteen los dientes excusándose en el frío.

—¡Ya es seguro, las fotos no son tuyas, no son de Conrad! —digo entre sollozos—. ¡No es un maldito pederasta, las cogió de en casa de Lord Castle!

Creo que mi hijo se acaba de dar cuenta de que el larguirucho es importante para mí. Me abraza y me acaricia la cabeza en un intento por detener mi congoja. Cuando separo la cara de su pecho, con la respiración aplacada,

descubro la ausencia de Emilio. Como siempre, ha desaparecido de escena con cautela.

—Cálmate, mamá —me dice Toñete con voz dulce—. Dime qué ha pasado.

Dando pequeños sorbitos a mi té, le cuento mi encuentro con las pijas y su esbirro. Los ojos de mi hijo se van agrandando, le pasa siempre que algo le preocupa.

Todo este negocio de las fotografías nos viene grande, pero no podemos dejarlo así; fueron muchos los niños ultrajados y seguirán siéndolo hasta que esa niñez robada se les devuelva con la última de sus imágenes manoseadas. En cuanto podamos excusar a Toñete, informaremos a la policía.

O no.

¿Y si esos niños aprendieron a vivir soportando ese lastre en su memoria y prefieren dejarlo sumergido en la oscuridad de sus recuerdos? ¿Tendríamos en ese caso derecho a robarles también su edad adulta resucitando esa basura?

Creo que sí. Porque mientras existan degenerados reviviendo una y otra vez esos maltratos, disfrutando con ellos, no habrá paz para los humillados.

Y los pervertidos no se detendrán ante nada.

—¡Conrad está en peligro, es a él a quien buscan! —Mi voz suena agrietada—. ¡Tenemos que dar con él!

Esta vez Toñete no me discute. Froto la palma de mis manos contra las perneras del pantalón, aún húmedas. Y sin embargo, hay gotitas de sudor bajo mi nariz. ¿Debería contarle a mi hijo cuál es la relación que tengo con Conrad? ¿Debería decirle que he dormido con él esta noche? No, tengo derecho a mantener mi intimidad en algunos aspectos de mi vida, y este es uno de ellos.

—Llámale y dile que se vaya a un sitio público, que se rodee de gente.

Me pongo en pie y recorro la sala con zancadas amplias.

—No tengo aquí mi móvil, y tampoco tengo su número. ¡Volvamos al camping! Quizás haya regresado ya a su caravana.

—De acuerdo, pero antes déjame decirle a Emilio que nos vamos. —Toñete va en su busca, sabe dónde encontrarlo.

Desaparece por una puerta lateral y me quedo sola. El corazón me late en las sienas. Lo único que se me ocurre es llamar al camping y rogar que me faciliten el número de Conrad. Quizás, si esperamos a llegar, sea demasiado tarde. Rebusco en el revoltijo de mi bolso hasta dar con un folleto del camping y me dirijo al despacho de Emilio.

—¿Andrew? Soy Amparo —digo en cuanto distingo su voz—. Necesito pedirte un favor.

Dice algo que entiendo a medias.

—Estoy en The Clock House, me he dejado el móvil en la caravana y no recuerdo el número de Conrad. Es preciso que hable con él, ¿puedes facilitármelo?

Por teléfono es más difícil comprender su acento. Uno a uno voy repitiendo los números, los anoto en un papel que encuentro sobre el escritorio y le agradezco el favor. No sé por qué, pero noto tensión en su voz, casi enfado, algo muy extraño en él. Es una pena no entenderlo bien.

Las voces de Emilio y mi hijo llegan desde otra sala y salgo a su encuentro. Sin saber bien por qué, abrazo al hombre que nos ha abierto las puertas de su casa, aunque sea una casa pública. Nunca me he sentido como una cliente, siempre he sido una invitada.

—Vuelve cuando quieras —me dice.

Estoy segura de que lo haré.

Toñete ha venido hasta aquí conduciendo un coche prestado, imagino que es de Margaret. Lo ha dejado en la parte trasera del restaurante; llegamos casi corriendo, pisoteando las hojas rojas que caen empapadas de los árboles, del mismo rojo que la sangre que martillea mis sienas.

No puedo dejar de pensar en Guillermo Vázquez, asesinado en el parque. No quiero que algo así le ocurra a Conrad.

Los cristales del coche se empañan en cuanto sienten nuestra respiración ajetreada. Toñete pasa la manga de su abrigo por la parte interior del parabrisas, pero solo consigue eliminar el vaho a medias. Ahora el reflejo de las luces de la calle se distorsiona alargándose en formas esperpénticas. Toñete baja un poco las ventanillas y enciende la calefacción. Se lo agradezco, mi ropa continúa húmeda y siento frío.

Los limpiaparabrisas funcionando, hoy no me dan sueño.

—¡Date prisa, hijo!

El teléfono de Toñete sobre el salpicadero. Lo cojo y marco el número de Conrad.

—¿Quién es? —pregunta en inglés.

Puedo oír su respiración, es densa.

—Conrad, soy yo, Amparo —respondo en español.

—Amparo... —La voz pastosa, las consonantes algo trabadas.

—Dime dónde estás.

—Aún me queda un cuarto de botella... Hasta que no la acabe... no pienso volver.

—¡Dime dónde estás!

—En el parque de Guildford.

Toñete reduce la velocidad, mete el coche en un ensanchamiento del arcén y da la vuelta antes de llegar al camping; Guildford se encuentra en la otra dirección.

Ya está oscureciendo. La luz del único faro de una moto nos adelanta a gran velocidad y una espalda corpulenta nos toma la delantera.

*L*as carreteras, vacías el resto de los días, parecen ahora un embudo que nos impide avanzar deprisa. Billy nos ha adelantado hace rato, menos mal que no sabe dónde encontrar a Conrad. Imagino que se ha cansado de esperarlo en el camping.

La sombra de Guillermo Vázquez nos acompaña durante todo el trayecto. ¿Por qué habrá ido el larguirucho a refugiarse en el parque en el que el bancario fue asesinado? ¿Y por qué robaría las fotografías de la biblioteca de Lord Castle? Dudo que estuviera al tanto del contenido del sobre, pero lo cierto es que ahora ya lo conoce. Imagino que vería las fotos antes de enterrarlas en el fondo del armario de los vasos, esos que remoja con ginebra para empapar con ella las historias que quiere olvidar.

Nadie puede ver una fotografía, y menos de esa índole, sin imaginar una historia detrás.

Una luz ilumina por un instante el rostro de mi hijo y adivino penumbra en sus ojos. Imagino que, como yo, mantiene una arcada en la boca del estómago desde que tocó esas fotografías, ya manoseadas por no sé cuántas manos sucias.

—¿Cómo estás? —le pregunto.

Toñete no aparta los ojos de la carretera.

—Bien —dice, aunque los dos sabemos que no es cierto—. ¿Y tú?

No lo sé, no sé cómo me siento. Aún no he tenido tiempo de asimilar lo que está pasando. Me doy cuenta de que no conocía a mi marido, pensé que lo compartíamos todo. Yo le conté mis angustias de infancia, esa sensación de abandono constante por parte de mis padres. El dolor al ver que, para mi madre, solo era una moneda con la que comprar el afecto de un hombre que nunca la quiso. Ni a ella ni a mí. Y Antonio, en silencio, escuchándome, consolándome...

¡Enfadada, me siento enfadada! Y estafada. ¿Por qué no se sinceró conmigo? Quizás por su hermana, por Piedad... Por serle fiel a ella.

—Triste —respondo—. Imagino la angustia de esos dos niños... Ahora entiendo muchas cosas.

—Y yo —dice Toñete, y carraspea—. Nunca quise parecerme a papá, ni que me relacionaran con él. Cuando lo veía sonrojarse al hablar con alguien y oía su voz aniñada, me entraban ganas de gritarle que se hiciera un hombre de una vez. Me sentía obligado a defender su honor, a defender el mío. Siempre tuve miedo de que nos metieran a los dos en el mismo saco... Supongo que por eso soy como soy. Lo curioso es que, a pesar de que no tengo nada en común con él, cuanto más miraba la foto, más sentía nuestra semejanza, como si pudiéramos ser la misma persona. Nunca había visto una imagen suya de niño, ni siquiera de adolescente. Su pelo era incluso más rubio que de mayor, su piel más blanca, todo él más débil... Era lo opuesto a mí y, aun así, por alguna extraña razón, al verlo sosteniendo aquella cámara, se me apretó el corazón como si fuera yo mismo quien la sujetara.

Lo entiendo, me pasó algo parecido la primera vez que vi los ojos de Piedad supurando miedo en ese primer retrato.

Llegamos a Guildford. Por las ventanillas del coche se cuele el color del frío de la calle. Toñete aparca en una esquina y, al bajarnos del coche, siento la humedad en la cara. Entramos al parque agazapados por el frío; somos las dos únicas almas que lo habitan. Recorremos un camino de arena y gravilla bordeado por árboles medio calvos. Un canal repleto de agua nos acompaña en nuestro trayecto. Por un momento temo que Conrad, en su borrachera, se haya acercado demasiado al borde y haya perdido el equilibrio, pero las aguas están tranquilas y no veo ningún bulto flotando sobre ellas.

No sé por qué he pensado eso, es como si se enredaran mis historias. Antonio es quien cayó al canal en la Albufera, su cuerpo es el que debería haber aparecido flotando sobre sus aguas, no el de Conrad.

Por fin, una imagen larga y fantasmagórica se tambalea como la luz de una vela al fondo de la pista y la congoja me agarrota la garganta: parece un árbol delgado y solitario al que el viento zarandea. Apretamos las zancadas hasta llegar a su altura, trozos de cinta policial todavía prendidos entre algunos árboles.

—Has venido —farfulla al verme.

—Sí. Me ha traído mi hijo —digo apartándome para que pueda verlo.

—No estás muerto —le dice a Toñete apoyando una mano sobre su hombro.

No sé si lo hace como gesto de camaradería o para conseguir mantenerse en

pie.

—No, no lo estoy —responde Toñete ayudándolo a mantener su dignidad en vertical.

Nos sentamos en un banco de madera y metal similar a los del cementerio. Conrad apesta a alcohol. La botella, ya vacía, continúa en su mano derecha.

—¿Cuándo lo encontraste? —Me pregunta con una dentellada de ira ética—. ¿Cuánto tiempo me has tenido haciendo el tonto? ¿Dónde está tu marido? Lo encontraste también a él, ¿no?

—¡Mi marido sigue muerto! —Trago saliva, no me gusta su tono.

Mi hijo se levanta y arruga el ceño; a él tampoco le ha gustado la manera en la que Conrad se ha dirigido a mí. Me coloco a su lado, quiero dejar claro que, si tengo que elegir, será a Toñete a quien apoye.

—Conrad, necesito que te despejes cuanto antes. —Percibo dominio en mi voz. Me gusta—. Por favor, céntrate, tienes que escucharnos. Te prometo que no voy a ocultarte nada más a partir de ahora.

El larguirucho se levanta con un nuevo tambaleo y dirige sus pasos al canal. Antes de que podamos reaccionar, se arrodilla y mete la cabeza en el agua. La imagino helada. Cuando la saca, su cara está completamente roja. Da un pequeño grito, le cuesta tomar aire. Tose como un poseso antes de apoyarse en un árbol cercano y vomitar. Es la segunda vez que le veo hacerlo, espero que sea la última. Toñete le ofrece ayuda, yo prefiero no mirar. Me acerco al lugar precintado por la policía imaginando allí el cuerpo moribundo de un hombre al que jamás he visto.

—¿Por qué has venido aquí? —le pregunto cuando lo siento a mi espalda, resoplando.

—No lo sé. —Su voz es ronca, como si un rastrillo ardiente le acabara de roturar la faringe.

Dirijo la mirada hacia el azul de sus ojos, fijos en los míos, retadores. Mirarlo me avergüenza, pero no voy a dejar que se note.

—Te buscan por las fotografías que te llevaste de casa de Lord Castle.

Se le escapa un eructo y temo que vuelva a deleitarnos con otra vomitona. Respira hondo antes de contestar:

—Te vi espiándole en su salón..., dudando en si coger o no lo que escondía en la biblioteca... —Habla despacio, intercalando palabras con exhalaciones de alcohol—. Supuse que sería algo relacionado con tu marido, algo que me ocultabas a propósito..., y decidí hacer lo que tú no te atreviste. Saqué el

sobre de su escondrijo y lo introduje en una de las cajitas de metal que encontré sobre la mesa baja. La disimulé entre la ropa que llevaba en las manos y salí con la intención de dejarla bajo el asiento de mi coche. En cuanto llegamos al camping, traté de quedarme a solas para comprobar su contenido, pero... Las vi esta mañana. —La voz se le parte. Su cara sigue colorada bajo su pelo mojado.

Le veo tragar saliva y cambiar el peso de un pie a otro, sin moverse del sitio. Las consonantes en su boca suenan ahora más pesadas que nunca y no sé si los kilos con los que van cargadas son de alcohol o de imágenes recordadas. Mantiene la mirada fija en la gravilla.

—¿Por qué has venido aquí, a este parque? —repite mi hijo.

—Ese hombre, el muerto, y yo tenemos algo en común; solo quise venir a rendirle un homenaje. Esas fotos son la clave. Sospecho que él se enamoró del traficante; quiero saber si yo lo he hecho de una de las víctimas.

Toñete no ha oído esta última frase. El larguirucho la ha dicho en voz baja, solo para mí, y ha conseguido tensarme de nuevo. No suena a verdad, en su boca nada suena a verdad. Es como vivir en un mundo de incongruencias.

Su respiración produce vaho alrededor de la boca, un vaho más denso que el nuestro, con nubes de alcohol. Caminamos hacia el haz de luz que proyecta una de las farolas en la humedad de la noche; nos cubre desde arriba, como un paraguas. Los ojos de Conrad parecen de hielo.

—¿Has visitado el cementerio de Ripley? —le pregunto con voz afilada.

Me da igual que las fotos no fueran tuyas, que jure no ser un asesino. No quiero en mi vida a un hombre del que dudo a todas horas.

No contesta. Cierra los ojos con fuerza a la vez que aprieta los puños, se tambalea. La sobriedad aparente ha desaparecido y no creo que sea buena idea que vuelva a meter la cabeza en el agua helada con el frío que hace. Deberíamos regresar a las caravanas.

—¿Dónde tienes aparcado el coche? —le pregunto.

—Aquí cerca, junto a la iglesia. —Las palabras enredadas.

—Perfecto, ahí se va a quedar. Regresaremos con el de mi hijo.

Conrad baja la cabeza mientras sigue los pasos de Toñete en silencio. Avanzo a su lado, pendiente de que no se desvíe del camino hasta que abandonamos el parque. Le cedo el asiento del copiloto, dudo que sus piernas quepan en el de atrás. Baja un poco el cristal de la ventanilla; necesita aire fresco en su cara. Toñete arranca y se pone en marcha muy despacio.

—Has visto las fotos —le digo—. Comprenderás que vamos a necesitar mucha ayuda, así que si no nos quieres echar una mano, por lo menos no seas un estorbo.

Conrad emite un gruñido.

—El accidente de tu mujer fue un daño colateral.

Conrad aprieta la mandíbula y transforma en un puño la mano que tiene apoyada sobre su pierna.

—La desaparición de mi marido también lo es —añado.

Desde mi asiento veo cómo la nuez de Toñete sube y baja recorriendo su cuello mientras la mano del larguirucho se destensa. Mi hijo también ha visto ese puño.

—El padre de Charlie se dedicó a revelar, durante años, carretes de fotos que le hacían llegar pervertidos de todo el mundo sin denunciar nunca nada a la policía. Cuando su hijo heredó el negocio intentó sacar tajada del asqueroso asunto chantajeando a esos usuarios y revendiendo sus fotos. Mi marido y su hermana fueron dos de los niños fotografiados, mi suegro los obligó a pasar por un calvario. Charlie vino hasta nuestro pueblo en su busca, ¿comprendes lo que te estoy diciendo?

Conrad asiente. Al menos ya sabe que ninguna de esas niñas soy yo.

Toñete reduce aún más la velocidad.

—¿Estás bien? —le pregunta.

—Sí.

—¿Entiendes que no es muy creíble que mi marido mantuviera una relación amistosa con ese capullo?

—¡Pero yo los vi, recuerdo su cara como si la tuviera delante de mis ojos en estos momentos!

—Tú viste a un conductor rubio, eso no significa que fuera Antonio.

—¡Enséñame una foto de tu marido y podré confirmarte que lo era!

—En cuanto lleguemos al camping —digo contundente.

Paqui ya debe haberme enviado la que le he pedido.

*E*l camping está casi vacío, los clientes del fin de semana lo han abandonado ya. La lluvia los ha echado antes de tiempo. Todo está mojado, gris, triste, con luz de domingo por la noche.

Le indico a Toñete que aparque el coche en el sitio que suele utilizar Conrad, junto a su autocaravana. Apaga los faros y nos quedamos a oscuras con la niebla. Me bajo y piso la tierra húmeda, más húmeda que otras veces. Ando deprisa por el sendero que une las dos caravanas, estoy impaciente por saber si Ricardito ha enviado la foto a mi móvil.

Me vendría bien la luz del porche de Conrad, la tierra húmeda salpica mis piernas y temo caerme como hice en la huerta de Piedad. Vuelvo atrás, voy a pedirle a Conrad que la encienda. Entre las sombras, distingo a los dos inmóviles frente a la autocaravana; alguien ha forzado la cerradura, la puerta está abierta. Me piden que no haga ruido. Están atentos a si oyen alguno en el interior, pero todo está en calma.

Entramos los tres con cautela. Cuando el larguirucho prende la luz, un escenario revuelto nos planta cara: la ropa, tirada por todas partes, alfombra el suelo con todo tipo de trastos. Incluso las sábanas están fuera de la cama, libros y revistas desperdigados por la mesa. El armario de los vasos abierto, cristales por el suelo. Me acerco con ansiedad y me agacho sorteando los vidrios. La caja de las fotografías no está.

—¿Qué buscas ahí? —me pregunta a la vez que me acusa Conrad.

La cara me arde y no me atrevo a mirarlo.

—¿Me estuviste espiando? ¿Por eso entraste anoche conmigo?

No quiero que Toñete sepa dónde he dormido. Ni con quién.

—Encontré la caja esta mañana, quise beber agua y entré a por un vaso... La vi al fondo del armario —digo con voz culpable, los ojos fijos en los cristalitos que cubren el suelo.

—Necesitamos saber si esas eran las fotos que quería entregarme Guillermo Vázquez el día que fue asesinado. Si así fuera, la policía tendría otros

sospechosos a los que perseguir. A fin de cuentas, las imágenes estaban en la mansión de Lord Castle, tú las cogiste de allí y supongo que es allí donde estarán ahora. —Mi hijo concreta la situación, aunque en apariencia sigue pendiente del caos que nos rodea.

Conrad no se mueve.

—Ha debido visitarte Billy, el mismo gigante que me atacó en el parque — dice Toñete.

—Necesito ir al servicio —farfulla Conrad antes de dirigirse hacia la puerta.

—Ten cuidado —le digo.

—Ya tienen lo que buscaban, dudo mucho que vuelvan a por mí, no importo para ellos. A la gente de su calaña solo le interesan los de su misma especie.

Lo veo bajar con pies dudosos los dos escalones antes de enfilarse un camino que ahora se me antoja demasiado oscuro. Las nubes ocultan la luna y las estrellas, dejándonos en una penumbra raída. No hay lucecitas en las demás caravanas. Yo también bajo los dos peldaños aunque voy en sentido contrario, hacia mi caravana, mi móvil está allí, quizás con la foto de Antonio en la pantalla.

Abro la puerta, esta sí sigue cerrada. Enciendo la luz, mis cosas aparecen ordenadas, nadie ha entrado a registrar nada. El móvil sobre la neverita, la carga completa. Pulso sobre la pantalla y se abre un mensaje: la fotografía ilumina el espacio.

—¡Tengo la fotografía de papá! —le digo a Toñete en cuanto salgo.

Oriento la pantalla del teléfono hacia él y lo veo asentir con aplomo. Por fin podremos mostrar el rostro de Antonio a uno de los testigos que aseguran haberlo visto en estas tierras, aunque sea un testigo tan poco fiable.

Estoy nerviosa, no puedo esperar a la confirmación, quiero oírle decir a Conrad que se equivocó, que no ha visto la cara de mi marido en toda su vida. Necesito que se acabe esta pesadilla.

El silencio de mi hijo es ensordecedor, no sé por qué no dice nada. Si estuviera aquí su hermana Azucena, ya se habrían oído sus gritos al otro lado del lago.

—¿Cómo vamos a explicarles todo esto a tus hermanas? —le pregunto, consciente de que ni siquiera las he llamado para decirles que Toñete ha aparecido.

Compruebo la hora en el teléfono: las once. En España es una hora más, las

doce de la noche de un domingo. Mañana supongo que mis nietos irán al colegio, y mis hijas y yernos a trabajar. Estarán ya en la cama. No, no son horas de llamar, aunque sea para dar buenas noticias.

Las luces de un coche iluminan el camino del lago, el motor es tan silencioso que ni siquiera emite un leve rumor. Es el coche de Andrew, quizás regrese de las cabañas que está acondicionando. No sé si Andrew vive en el camping, desde que llegué he dado por hecho que es así, pero no tengo ni idea.

Toñete entra en la caravana frotándose los brazos. Más que frío, es la humedad la que se cuele y se te instala dentro del cuerpo. Yo me quedo atisbando el camino, esperando hasta que el contorno de Conrad vuelve a dibujarse en la oscuridad y mi respiración se acompasa. Avanzo hacia él con el móvil en la mano.

—Ha llegado la fotografía de mi marido.

Me doy cuenta de que otra vez tiene el pelo mojado, ha debido meter la cabeza debajo del grifo de la ducha en su empeño por ahogar los restos de alcohol. Pasa a mi lado y entra en la caravana, le castañetean los dientes. Con los tres dentro, el espacio aún parece más estrecho.

Me siento junto a Conrad y coloco el móvil, con la foto ocupando toda la pantalla, delante de sus narices. La Virgen de los Desamparados luce regia envuelta en su manto y coronada por su aureola dorada, el Niño en sus brazos. La cara de mi marido en primer plano; detrás de él, Toñete; el tercero, José Carlos; los tres sosteniendo sobre su hombro izquierdo la pesada cama de la Virgen. Al otro lado, solo se ve al primero de los costaleros: Ricardito. Su madre, junto a él, desprende orgullo a raudales. Otros vecinos del pueblo aparecen en la imagen, pero como actores secundarios.

—Sí, es él —responde el larguirucho sin tocar siquiera el móvil, con las manos entrelazadas entre las piernas. Gotas de agua helada le resbalan desde la cabeza hasta los hombros.

Mi hijo traga saliva.

—Quizás esta sea la razón por la que Guillermo me envió la dirección de este camping, puede que hubiese averiguado que papá y Charlie derribaron a la mujer de Conrad.

Conrad bebe un té a sorbitos. A juzgar por el humo que sale de su taza, debe arder. El color ha regresado a sus mejillas, aunque sus ojos continúan repletos de escarcha.

En cuanto termina salimos a caminar por el lago; tal vez eso lo despeje del todo.

—¿Dónde has pasado hoy el día? —le pregunto.

—Tenía intención de ir al cementerio a arreglar la tumba de Amparo —dice arrastrando las consonantes—. Esta mañana he conducido hasta allí, pero no he podido entrar, ya sabes por qué.

Advierto cómo la sangre enciende mi rostro. Dirijo la mirada hacia mis pies esquivando la de mi hijo, ya debe haberse percatado de que algo sucede entre Conrad y yo, pero no dice nada.

—Me he quedado sentado al volante, inmóvil, contemplando cómo el cielo se llenaba de nubes grises que dejaban caer goterones, hasta que por fin me he dado cuenta de que lo único que importa es que Amparo está muerta. Ha pasado ya un año desde que un estúpido la sobrepasó a demasiada velocidad y le hizo perder el equilibrio, pero tienes razón, aunque lo encuentre y me enfrente a él, incluso aunque lo mate, no voy a conseguir que ella regrese.

—Lo que necesitas es un adiós. Yo también necesito el mío, algo que mitigue esta tortura.

—No sé si quiero terminar con mi dolor, es lo único que me queda de ella.

Los ojos se me llenan de lágrimas y me doy la vuelta para que Conrad no me vea llorar. Las aguas del lago lucen con el reflejo de las estrellas. Me encojo dentro de mi anorak, estoy helada.

Todas las caravanas y casetas permanecen cerradas y a oscuras. No queda ninguna tienda de campaña montada, hace demasiado frío. Todos duermen o se han ido a sus casas. Pienso en la Albufera. El domingo por la noche también se vacía, y el pueblo se llena con los huertanos con los que he convivido desde que llegué a España.

—Necesitamos encontrar a Charlie, es el único que puede desenredar este jodido lío —dice mi hijo.

Lo veo apretar los puños con el dedo gordo dentro de las manos, morderse el labio inferior, clavar el tacón antes que la suela en sus pisadas, y sé que está nervioso, que no va a aguantar mucho tiempo sin hacer nada.

—¡Volvamos a su casa! —dice—. ¿No aseguraste haber visto allí a mi padre?

Conrad se lleva la mano a la cabeza y acaricia lo que le queda de chichón.

—Sí —responde—. El hombre de la fotografía estaba de pie en el salón del apartamento, esperando a alguien que no era yo.

Toñete se da la vuelta y se encamina hacia las caravanas. La negrura de la noche lo hace invisible en cuanto se aleja unos metros. Conrad y yo lo seguimos, no queremos perderlo de vista.

Unos faros se iluminan al fondo del camino en dirección a nosotros y nos agazapamos tras uno de los bancos que rodean el lago, el mismo en el que me senté para contemplar la pesca del abuelo y el nieto. Preferimos seguir siendo invisibles. El corazón me late arrebatado, y no sé si es por el miedo a que el conductor del vehículo sea el corpulento esbirro de las *ladies* o porque Conrad está justo detrás de mí y su respiración rebota en mi nuca.

Noto el calor de su aliento, ya no huele a alcohol.

El coche llega a nuestra altura y sus propias luces nos permiten distinguir el perfil del conductor.

No es Billy sino Andrew, que se dirige a las cabañas.

Desde luego, ya no son horas de trabajar, no hay luz y la temperatura es casi gélida. Toñete contempla el coche que se aleja. Las luces rojas de los faros traseros se van deshaciendo en la neblina. Dudo mucho que Andrew pueda vernos por su retrovisor.

Mi hijo apresura el paso en sentido contrario y nosotros lo escoltamos. Londres nos espera.

Subimos al viejo coche en las mismas posiciones en las que hemos regresado de Guildford. Conrad ya no baja la ventanilla. Nuestro motor sí ruge. Toñete pisa el pedal del acelerador con suavidad para que no haga tanto ruido. Tampoco enciende las luces hasta que salimos y dejamos atrás la casita roja. Entonces sí, permite que el motor resuene en la noche y que los faros iluminen la calzada.

La autopista casi vacía.

Si Conrad tiene razón y es Antonio quien esperaba a alguien en el apartamento de Charlie, estamos a pocos minutos de encontrarnos de nuevo. Se me seca la boca, daría lo que fuera por un vaso de agua. O por el botijo de mi suegro. Busco los ojos de mi hijo en el reflejo del retrovisor y dejo los míos allí, esperando a que compruebe mi desesperación. Pero ni siquiera mira el espejo para reparar en los escasos coches que circulan detrás de nosotros.

Que alguien diga algo, o que pongan la radio. Cualquier cosa que emita un sonido y nos aleje de este silencio viciado.

—¿Vamos a llamar al timbre así, sin más? ¿A estas horas? —pregunto en cuanto cruzamos las primeras calles de la ciudad. No las reconozco—. ¿Y si no está en casa?

—De algo tienen que servirme los dos años que trabajé en la cerrajería de Salvador, ¿no crees, mamá? —Ahora sí, Toñete me mira y sonrío, pero con tristeza.

Conrad sigue en silencio.

Toñete está aparcando, hemos llegado. Las tiendas están cerradas y la calle parece otra, pero la puerta roja nos provoca desde la acera de enfrente. Mi hijo pulsa el botón del telefonillo y oímos el pitido rebotando en las paredes del piso desde aquí, no hay más sonido que ese.

Esperamos unos segundos sombríos.

Sin respuesta.

Toñete se agacha frente a la cerradura, saca su móvil y la ilumina con la luz de la pantalla.

—¿Lleváis encima alguna llave larga? —pregunta.

Rebusco en mi bolso mientras el larguirucho encoge los hombros y escudriña sus bolsillos. Sé que llevo muchas llaves, me hicieron sacarlas en el aeropuerto y ponerlas en una bandeja de plástico azul. Las manos me tiemblan, mis dedos chocan con todo tipo de cosas hasta que dan con algo frío y metálico. Un revoltijo de llaves aparece en mi mano y cae al suelo con un débil estruendo. Toñete las recoge, me pide que le sostenga el móvil e ilumine con él la cerradura. Conrad comprueba que nadie descubra nuestra operación clandestina. La puerta se abre sin emitir un solo crujido en menos de diez segundos y los tres nos colamos dentro del portal.

Está oscuro, pero la luz se enciende de forma automática en cuanto percibe nuestra presencia. Subimos la escalera despacio, apoyando solo las punteras de los zapatos, hasta llegar a la puerta de Charlie. Toñete vuelve a inclinarse

sobre la cerradura, elige entre el manojito de llaves, prueba con una, pero no cede. Me doy cuenta de que estoy retorciendo el tique de compra que me dio el chino cuando compré la maleta naranja con ruedecitas, debo haberlo sacado del bolso cuando buscaba las llaves. Toñete elige otra, introduce la punta en la cerradura, la coloca de forma oblicua y da un ligero golpe desde atrás. Esta vez lo consigue.

La escalera se oscurece en cuanto entramos en el apartamento. No sé si debo cerrar la puerta, creo que prefiero dejarla entornada. La única luz que nos ilumina es la que emite la pantalla del móvil de Toñete. Conrad saca también el suyo y selecciona la función de linterna.

Siempre me ha parecido ridículo ese deambular de los intrusos con linternas por pisos vacíos. Los pequeños focos moviéndose histéricos llaman más la atención que cualquier otra luz encendida. Me acerco al interruptor y dejo que la lámpara ilumine el salón entero.

—¿Se puede saber qué haces? —pregunta Toñete con un grito contenido.

—Evitar que alguien llame a la policía e informe de unas luces sospechosas dentro de una vivienda oscura.

Observo la habitación, es la misma en la que el larguirucho y yo estuvimos hace un par de días. La atravieso fijándome en los detalles. Creo que hay algo diferente, pero no logro identificar qué es. Supongo que Charlie habrá pasado por aquí. Voy hasta el dormitorio. Lamento no haber contado con más tiempo el otro día para detenerme en los fragmentos que componen el todo, pero sé que faltan objetos, esto no estaba tan vacío. Regreso al salón, Conrad y Toñete registran hasta los rincones.

—¿Dónde dices que estaba mi padre?

—Cuando llamé al timbre, alguien me dijo en español que empujara la puerta, que estaba abierta. Lo encontré justo ahí, de espaldas a mí. Contemplaba algo entre los libros de ese estante, creo que era una fotografía. Se dio la vuelta sonriendo, como si esperase a alguien, y al verme, cambió el gesto. Entonces sentí un golpe en la cabeza.

—Te encontré solo, tirado en el suelo, inconsciente. Y cuando regresé con los jóvenes españoles la puerta estaba cerrada. Supuse que la cerraría yo al salir, pero recuerdo...

Salgo al descansillo y la luz se enciende de nuevo. Busco por el suelo. Ahí está, la botella de agua que pateé al salir. Uno no se tropieza con algo, porque va con prisa, y se detiene a cerrar una puerta.

—Creo que había alguien contigo en la casa cuando entré por primera vez. Quien fuera pisó unos restos de comida al salir, los encontré aplastados cuando volví —digo.

Sé que Toñete está pensando lo mismo: no es Antonio, Antonio está muerto. Murió en la Albufera hace más de un año. Saco el móvil y pulso en la pantalla negra buscando la imagen de mi marido. Desde mi estatura, la coloco bajo las narices del larguirucho.

—¿Estás seguro de que era él?

—Sin duda —dice—. Y sin duda es quien conducía el coche de Charlie.

Miro la cara de mi marido: sus ojos, la boca arrugada por el peso de la Virgen. No puedo creer a Conrad, no puedo.

—¿Estás seguro? —insisto—. Fíjate en su rostro, en su mirada, en el pelo lacio y fino.

El larguirucho coge mi teléfono y agranda la imagen.

—Sí, es él —afirma, y me lo devuelve.

La pantalla se apaga y la toco de nuevo para encararme a Antonio. Necesito que al menos su imagen me haga frente.

Pero no es el rostro de mi marido el que aparece.

El gesto de soberbia de José Carlos ocupa toda la pantalla de mi móvil.

*M*e duele la cabeza. Hace horas que no como nada, será por eso. Por eso y porque un montón de incongruencias se han puesto guantes de boxeo y golpean mi cerebro.

Mi hijo conduce deprisa por la autopista. Necesitamos descansar. Imagino cómo se sentirá Conrad: cansancio más resaca no deben ser buenos compañeros de viaje.

Muchos detalles empiezan a cobrar sentido: José Carlos fue siempre el rubio de piel clara que visitó estas tierras. Emilio lo describió a la perfección: un hombre que más bien parece nórdico. Me encantaría corroborar con él que identifica al acompañante de Charlie en aquella cena.

José Carlos guardó un parecido con Antonio, la misma estatura, los mismos colores de piel, ojos y cabello, idéntica complejión... Incluso mi hijo los confundió desde lejos. No hay nada peor que la sugestión, acabamos viendo lo que quiere que veamos. Pero ¿qué pinta José Carlos en todo esto? Quizás... quizás la casualidad y su afán por olisquear todo lo ajeno lo llevó a encontrarse con algunas fotos y su obsesión por Piedad lo convirtió en su justiciero. No sé, podrían ser tantas cosas...

—Por favor, prometedme que tendréis cuidado —dice Toñete cuando detiene su coche junto al de Conrad en Guildford.

La borrachera se esfumó hace rato, el larguirucho ya puede conducir.

Todavía es de noche, pero no tardará en clarear. Conrad conduce muy despacio, dejando que los faros rompan la gasa de humedad que tienen delante. No hablamos. Cruzo los brazos sobre el pecho y escondo las manos bajo las axilas, siento los dedos helados.

Nadie se cruza con nosotros en todo el trayecto, la vida duerme. Conrad apaga los faros en cuanto cruzamos la verja del camping y deja el motor al ralentí. La inercia y la leve pendiente nos permiten alcanzar nuestras caravanas.

Todo está muerto, ni siquiera el viento mueve las hojas de los árboles.

—No deberías dormir en tu autocaravana hasta que arregles la cerradura — digo, y enseguida me doy cuenta de que es una tontería; ya han entrado con la cerradura en perfecto estado, eso no ha sido un impedimento ni siquiera para mí.

Conrad se detiene frente a su puerta, sigue tal cual la hemos dejado hace un rato, nadie ha vuelto a tocarla.

—Estoy muy cansado —dice sin mirarme antes de entrar y perderse en la oscuridad interior.

Rebusco las llaves de la caravana en mi bolso. Palpo la cerradura e introduzco la llave. Sin encender las luces ni quitarme el abrigo, me tumbo en el sofá cama y me duermo.

Me despierto bien entrada la mañana. Me duele todo el cuerpo, dormir con tanta ropa no es bueno, se enrolla y te inmoviliza en posturas difíciles. Necesito una ducha y comer algo, o comer algo y darme una ducha. Recojo lo necesario y salgo. La vida ha regresado al camping, pero es una vida mortecina. Es lunes y todo vuelve a la quietud de la semana. La autocaravana de Conrad en silencio. Paso de largo y enfilo en dirección a los baños, me parece que lo primero va a ser la ducha, me hace falta, así daré tiempo a que Conrad se levante y me invite a uno de sus desayunos, mi nevera está otra vez vacía.

Cuando salgo de los lavabos un cielo plomizo cae sobre mi cabeza. Echo de menos el clima español, aunque lo que más extraño es la luz.

Conrad me espera en su porche.

—Ha llamado tu hijo, dice que le devuelvas la llamada. —Su voz suena distante.

Voy a por mi móvil. Lo dejé en mi bolso, la batería a medias. Tengo dos llamadas perdidas, las dos de Toñete.

—Hola, mamá —dice en cuanto descuelga—. ¿Recuerdas cómo se llega hasta casa de Margaret?

—Creo que sí.

—Perfecto, venid para acá.

Veo a Conrad de espaldas a mí, arreglando la cerradura. Me acerco despacio, rastreando las palabras apropiadas. Esta vez no solo busco su ayuda, lo busco a él.

—Conrad, quiero disculparme —digo, y aprieto la mandíbula.

Me falta el aire. Necesito que vuelva a confiar en mí, que me mire como antes, aunque su mirada sea para otra Amparo.

—Adelante —dice, y se sienta en el primer escalón de su autocaravana.

Con palabras que se atropellan unas a otras vomito mi historia completa; la mitad ya la sabe, es solo que ahora la ordeno y le confieso los puntos negros que he tergiversado. Escucha con atención. No aparta los ojos de mí ni un instante, esta vez sin dureza en su azul. Cuando termino, percibo dolor en los dedos de mis manos, los he estado retorciendo durante todo mi relato.

Conrad achina los ojos y perfila una sonrisa; se acerca y coloca su cara a escasos centímetros de la mía. Pasa los dedos con suavidad por mi mejilla y, muy despacio, me besa en los labios con un beso dulce y pequeño. Se me escapa un suspiro de alivio mientras lo sigo al interior de la autocaravana, mi mano agarrada a la suya. Ha recogido los desperfectos de ayer. Sobre la mesa hay un desayuno preparado, solo uno.

—Es tuyo —dice—. Yo desayuné hace rato.

Tengo demasiada hambre como para hacer remilgos ante la taza de té y las galletitas dulces que me llaman desde la mesa.

—¿Qué quería tu hijo?

—Nos cita en la casa de Margaret, dice que vayamos en cuanto podamos.

Confesar mi historia me ha llevado más tiempo del que pensaba. Bebo el té de un solo trago y, con una galleta en la mano, cojo mis cosas antes de salir corriendo hacia el coche del larguirucho. Ya no se me hace nada raro sentarme en el asiento equivocado, es mi asiento.

—Debería llamar a mis hijas. ¿Te molesta que lo haga ahora? —Es mi manera de compartir algo íntimo con él.

—Por supuesto que no.

Elijo llamar a mi hija pequeña, siempre fue más fácil hablar con ella que con Azucena. Quiero que sepan que su hermano está bien. El resto de la historia prefiero callármelo, de momento.

—Hola, Candela, solo quería decirles que he encontrado a Toñete sano y salvo. Regresaré en unos días. Avisa a tu hermana y da besos a los niños.

Los contestadores te ahorran un montón de preguntas incómodas.

Con el frío, la casa de Margaret se ha vuelto mucho más confortable que nuestras caravanas. Imagino la vida en el camping durante los meses de invierno: húmeda, despacible, incómoda. Ahora comprendo la enorme alfombra que cubre el suelo de la de Conrad y su afán por disfrutar del porche al menor rayo de sol. Los últimos años de Amparo en esta tierra debieron ser muy duros, demasiadas lluvias las de este país. Seguro que en invierno las nubes grises oscurecen aún más las inquietantes noches. Recuerdo mis atardeceres cálidos en la Albufera e imagino el crepúsculo invernal inglés sobre el lago, dibujando un paisaje siniestro y helado.

Ya con Toñete, bebo un poco de agua para desentumecer mi boca y comienzo a desgranar, desde el principio, las peculiaridades de José Carlos: sus miedos infantiles, su necesidad de hacer pagar con creces las humillaciones de las que le fue blanco, su obsesión por Piedad y el sutil rechazo de ella. Nunca lo apartó de forma ofensiva, simplemente lo ignoraba, como hacía con todos los demás chicos.

Entre los tres, anotamos y cuadramos fechas, necesitamos datos concretos con los que acudir a la policía. Esa maravillosa coartada que se buscó José Carlos al despreciarnos a todos y comprarse una casita en la playa le dio la oportunidad de ausentarse del pueblo sin que nadie lo supiera. Todo cuadra, hasta María Dolores Pradera sonando a través de su ventanilla bajada. También tenía en común ese gusto con Antonio, y la devoción por Piedad.

—Tranquila, mamá, eso son solo hipótesis, necesitamos pruebas.

Me centro en controlar los nervios. Estoy agotada, siento la tensión de los últimos días acumulada en los músculos de la espalda.

—Necesito salir, que me dé el aire —digo a la vez que me toco la cara.

La noto ardiendo. Me levanto y voy hacia la puerta.

—¿Quieres que te acompañe? —pregunta Conrad.

—No hace falta, solo voy a asomarme.

Me pongo el abrigo y salgo. La tierra está húmeda, pero no tanto como para

que mis pies se hundan en ella. No veo un alma por los alrededores, no importará que camine unos metros, solo para desentumecer las piernas. Alcanzo el camino medio asfaltado que lleva a la estación del tren, huele a hierba recién cortada. El sol está ya bajo y las nubes han desaparecido. Algunas casas han encendido las luces. Frente a mí se extiende una pradera abierta, el suelo verde, árboles rojizos, arbustos al fondo.

Algo se mueve.

Me escondo detrás de un matorral. Distingo a un hombre agachado, busca algo entre las plantas. Se pone en pie e identifico la figura del inspector Jenkins, no quiero que me vea. Supongo que busca a mi hijo, tal vez me esté siguiendo. Se acerca a un árbol, parece hablar con alguien a quien no veo desde aquí. Mueve los brazos señalando distintas zonas del suelo. Una sombra asoma por detrás del tronco, es un policía uniformado. Charlan un poco más y comienzan a andar hacia el camino en el que yo me encuentro. Me agazapo en mi escondite, algunas ramitas se me clavan a través de la ropa y me muerdo la boca por dentro para no gritar, no tardarán en llegar a mi altura. Ya oigo sus voces, pero no identifico sus palabras. Estiro el cuello y los veo alejarse por la carretera, caminando entre los socavones que el tiempo y el uso han dibujado en ella. Supongo que en algún momento fue una carretera transitada.

Regreso a casa de Margaret con la respiración acelerada.

—¡Jenkins está ahí fuera! No ha venido solo.

Toñete carraspea y me doy cuenta de que, sobre una silla, hay ahora un bolso y un abrigo de mujer. Me doy la vuelta hacia el otro lado de la sala y descubro a Margaret en el sofá con la televisión encendida.

—Margaret acaba de regresar de Londres en tren —explica Toñete—. Dice que al bajar en la estación ha visto un par de coches de policía y una ambulancia. Los periodistas ya habían llegado, incluso algunas cámaras de televisión. Han encontrado el cuerpo de un hombre en una pradera cercana. Lo han identificado como Charles Parks.

—El caso lo lleva el inspector Jenkins, lo han entrevistado ante las cámaras —añade Conrad.

Me cuesta tragar, como si la boca se me hubiera llenado de arena. Jenkins está convencido de la culpabilidad de mi hijo. Sin Charlie, no tendremos ninguna oportunidad de demostrar su inocencia, ni de recuperar las fotografías. La pureza de Piedad y la mirada vidriosa de Antonio continuarán vagando por los rincones más sórdidos de este mundo.

—Deberíamos regresar al camping —le digo a Conrad—. Si Jenkins no ha ido ya a buscarnos, no tardará. Es mejor que nos encuentre allí.

Estoy asustada. Me despido de Toñete y él me coge una mano, la aprieta con fuerza mientras me repite que no tenga miedo, que todo se va a arreglar, que pronto volveremos a casa y nos reiremos de todo esto.

Reír. Hay cosas de las que nunca se puede uno reír.

Ya es noche cerrada cuando salimos. Conrad conduce despacio, no quiere llamar la atención de los policías que aún rastrean la zona. En cinco minutos llegamos al camping, tan vacío como esta mañana. Conrad aparca el coche donde siempre, apaga los faros y nos quedamos a oscuras. Unas luces bailan al otro lado del lago. Imagino que Andrew regresa de la zona de cabañas. Conrad me indica que me quede quieta y se acerca a mí. Cuando Andrew pasa por el camino, sus luces iluminan la autocaravana de Conrad, pero no su coche, la noche nos ha hecho invisibles. Las luces traseras del utilitario de Andrew se pierden tras la casita roja y aparecen segundos después por el camino a East Horsley. Ha salido del camping a la carretera.

La oscuridad regresa a un cielo negro moteado de estrellas y Conrad sigue pegado a mí. No me muevo, no quiero que se aleje.

—Esto es muy extraño... —susurra.

Se baja del coche y echa a andar en dirección al lago. Sé adónde va. Lo sigo.

Avanzamos rápido, queriendo ganarle una carrera absurda a la noche. Sobre el lago se difumina una bruma; a veces la he visto sobre las aguas de la Albufera, pero allí es una bruma caliente.

Llegamos a la primera cabaña, la puerta está cerrada. Conrad pasa su mano por el cristal de una ventana y se encorva para mirar dentro. Yo me pongo de puntillas y echo un vistazo, pero no llego a ver más que el techo y un poco de la pared de enfrente. Es obvio que necesita una reforma urgente y que nadie la está haciendo.

Las tres cabañas siguientes presentan el mismo aspecto arruinado. Para acceder a la cuarta debemos girar en una curva. Está separada del resto, en un paraje aún más frondoso. Las ventanas tienen los postigos echados por fuera; el larguirucho abre uno, su gesto se contrae cuando atisba lo que hay dentro.

No dice nada. Quiero saber qué es lo que ha visto.

Busco a mi alrededor y encuentro un cajón de madera desvencijado. Lo acerco hasta el pie de la ventana, compruebo que pueda soportar mi peso y me

encaramo a él. La sala está muy oscura, pero el reflejo de las estrellas deja entrever algunas sombras. Hay algo colgado de unos cables de tender, puedo distinguir las pinzas. Pero no es ropa, parecen papeles... o cartulinas. O fotos recién reveladas, esperando a secarse del todo.

Conrad está ya en la puerta de la cabaña, mueve el pomo con fuerza intentando abrirla, pero no cede.

—No me lo puedo creer —dice.

Regresa a la ventana y saca su móvil. Busca la función de linterna, esta vez no le digo nada. No existe ningún interruptor que podamos pulsar para encender una luz menos sospechosa. ¿Qué más da lo que piense quienquiera que pudiera vernos? El reflejo de la linterna sobre el cristal me ciega y hace que me tambalee sobre el cajón. Conrad me sujeta con una mano y enfoca las fotografías. Las piernas me tiemblan. No podemos ver las imágenes, están colgadas del revés.

A un lado, distingo una mesa con material de revelado fotográfico y, en la pared, dos bombillas incrustadas, una de ellas roja, como la sangre que retumba en mi cerebro.

—Entremos a ver las fotos —dice Conrad con sus consonantes afiladas.

Coge una piedra del suelo y golpea el cristal de la ventana. El ruido me sobrecoge. Con el codo retira los cristales que se han quedado adheridos como dientes esperando a dar un bocado. Mete la mano y abre el postigo. Ahora solo hay que pasar a través de él; me temo lo peor. Conrad es demasiado largo para entrar por esa ventana. Y yo no llego, soy muy bajita para encaramarme al hueco.

—Es más fácil que pases tú. Yo te ayudo.

Sé que tiene razón.

Lo primero que se le ocurre es cruzar los dedos ofreciéndome las palmas para que apoye un pie en ellas y me alce. Me parece ridículo, pero lo hago. Me impulso hasta agarrar con las dos manos el alfeizar. Debería sentarme en él para pasar mis piernas al otro lado, pero mi trasero está a kilómetros de distancia, así que apoyo la rodilla en el brazo del larguirucho y me quedo colgando del ventanuco. Conrad se acerca para que no me caiga y me empuja hacia arriba, apoyando las manos en todas las partes de mi cuerpo. No sé cómo, abro las piernas y las enrosco en su cuello. Eso lo obliga a encorvarse y separarse de la pared. Yo, por si acaso, no me suelto del alfeizar y me quedo volando en horizontal. Oigo resoplar al larguirucho. Me siento en su espalda.

Conrad se acerca a la ventana y, poco a poco, voy recuperando el equilibrio y la verticalidad, pero ahora no sé cómo pasar las piernas al otro lado.

—Apóyate en mí —dice con un gemido.

Entonces hago fuerza con una mano en el marco de la ventana y con la otra sobre su cabeza. Doblo una pierna y coloco una rodilla en uno de sus hombros, luego la otra. Por fin me siento en el vano de la ventana. Paso los pies y salto. Estoy dentro.

—Ábreme la puerta —dice Conrad desde fuera.

La cabaña solo tiene una habitación. Está oscura, pero la linterna del móvil del larguirucho me deja ver un cuarto casero de revelado. No está muy limpio, por el suelo hay madejas de polvo.

—¡Ábreme! —repite.

Mis pies no se mueven, como si les diera miedo avanzar. Mis ojos se acostumbran rápido a la luz tenue y me permiten ver un par de interruptores junto a las bombillas incrustadas en la pared, sobre los barreños que descansan en la mesa. Quiero ir hacia la puerta, abrirla, dejar que Conrad me acompañe en este descubrimiento, pero avanzo hacia las luces y pulso una de ellas.

La luz roja se ilumina.

—¡No las mires! —grita Conrad.

El rojo tiñe de sangre toda la estancia. Me vuelvo hacia las fotografías, que hasta ahora solo me dejaban ver su reverso, su cara limpia. Imágenes en blanco y negro, bañadas en rojo, me muestran escenas mucho más violentas que las que ya conozco. Paseo entre las imágenes sin pararme ante ninguna, estoy buscando, pero no encuentro.

Escucho a Conrad, palabras ininteligibles. Le oigo hacer ruidos con algo pesado, lo arrastra. Sigo buscando, no quiero mirar, pero lo hago, como cuando era niña y me tapaba la cara con las manos ante algo que me daba miedo, pero abría rendijas entre mis dedos para mirar por ellas.

Ya conozco a algunos de los protagonistas de estas nuevas imágenes, ninguno es Piedad.

Descubro cajones en el lateral de la mesa. Sé que me voy a arrepentir, pero soy incapaz de detenerme, necesito airear los escándalos que exhiben las fotografías, sacarlos de su escondrijo para arrojarlos al fondo del lago y dejarlos morir en su lecho fangoso.

Abro el primer cajón: ahí están, ordenadas, sujetas por cintas de papel. Las

voy sacando con avidez, cientos de ojos me imploran justicia, algunos piden descanso, otros venganza. El segundo cajón también repleto de escándalos; encuentro los míos en el tercero.

Calculo unas veinte fotografías con los protagonistas que buscaba. Me dejo caer con ellas en el suelo, las lágrimas me impiden discernir bien las aberraciones que aferran mis manos.

Piedad ya es adolescente, Antonio también, y no solo observa.

Los ruidos que hace Conrad son más intensos, creo que se ha caído. Alguien avanza hacia la puerta, suenan unas llaves, la cerradura gira. Levanto la cabeza y encuentro a Andrew, sostiene una pala de hierro en una mano. Se acerca despacio mientras la eleva sobre mí.

Debe haber un error, Andrew siempre ha sido amable conmigo. Cierro los ojos con fuerza, esperando el golpe, pero el terror dibujado en el rostro de Piedad en esa primera foto que encontré en el trastero se ilumina en mi mente y me obliga a levantarme.

El primer palazo al aire emite un silbido de advertencia.

Retrocedo, las fotografías colgadas me rozan la cabeza, algunas me arañan la cara. Andrew levanta la pala de nuevo, esta vez no tengo escapatoria. Mis manos tocan uno de los barreños colocado sobre la mesa, todavía contiene líquido de revelado. Lo agarro con fuerza y se lo lanzo a la cara. Andrew se encoge en un acto reflejo y corro hacia la puerta. Lo oigo gritar, emite palabras sonoras que no entiendo y la pala cae al suelo. El líquido lo ha cegado.

Conrad está tirado en el suelo, justo debajo de la ventana que hemos forzado, en la misma postura que en casa de Charlie, con el mismo golpe. Corro a su lado y lo zarandeo, no sé cuánto tardará Andrew en recuperar la vista y coger su pala de nuevo. Conrad abre los ojos y me mira confuso. Tiro de él hacia arriba y lo obligo a levantarse, he oído ruidos dentro de la cabaña. Conrad se apoya en mí y avanzamos hacia el lago, está oscuro y tropezamos con piedras y ramas. Por fin alcanzamos el camino, ahora podremos ir más rápido. La sangre resbala por la cara del larguirucho. A la escasa luz, el reguero rojo parece un tentáculo negro.

Miro hacia atrás y veo cómo Andrew sale de la cabaña, él también está confuso. Distingue nuestras siluetas y corre hacia nosotros.

Tiro con más fuerza de Conrad, debemos llegar hasta la orilla del lago, hay luces allí, parecen faros de coches.

Ya puedo oír las pisadas del viejo, y su respiración agitada. Los coches

están cerca, uno de ellos abre la puerta, un hombre se pone en pie y saca un arma.

—¡Al suelo! —grita.

Es la voz de Jenkins.

Empujo a Conrad y los dos caemos sobre la hierba mojada, siento un fuerte dolor en la rodilla derecha. Conrad se desploma sobre mí, noto todos sus huesos en los míos. La voz de Jenkins inunda de nuevo el silencio de la noche, obliga a Andrew a detenerse.

Un disparo, solo uno.

Alguien cae junto a nosotros; la pala metálica rebota en el suelo.

*E*stos ingleses todo lo arreglan con té.

Conrad y yo estamos sentados en los sillones de la casita roja, nos han dado unas mantas para que nos envolvamos en ellas. Un par de médicos nos arreglan los desperfectos. Mi rodilla se ha hinchado y ha comenzado a tintarse de color morado, a Conrad le han dado unos cuantos puntos de sutura en su segunda brecha, y a los dos nos han servido unos tés bien calientes.

Jenkins se sienta con nosotros, él también se ha servido un té.

—Bueno, Amparo, aquí estamos usted y yo otra vez —dice con voz amistosa.

—Sí..., aquí estamos.

—Debo preguntarle algo: ¿encontró a su marido?

—No. Y ni él ni mi hijo tienen nada que ver con toda esta historia.

Jenkins sonríe en son de paz, bebe un sorbo y se recuesta sobre el respaldo del sillón. Los dos sabemos que acabo de mentir, Antonio es uno de los protagonistas de las fotografías que los hombres de su equipo han recogido de la cabaña que Andrew transformó en laboratorio fotográfico.

—Está bien, no tiene nada de qué preocuparse. Hemos cerrado el caso, solo nos queda localizar a su marido. Su hijo está a punto de llegar, un coche patrulla ha ido a recogerlo. Ha sido usted muy amable poniéndonos en contacto con él.

Lo miro con desconfianza, prefiero cerrar la boca y no decir nada de lo que pueda arrepentirme luego. Jenkins habla con sus hombres y da unas últimas órdenes justo antes de que Toñete entre en la recepción acompañado de dos policías. Parece tranquilo.

—Si me permiten, comienzo yo —dice Jenkins en cuanto mi hijo se acomoda entre nosotros—. De todas formas, lo van a leer en la prensa los próximos días y sé que están al tanto de muchas cosas.

Tomo la mano de Toñete y la aprieto con fuerza.

—Hace unos treinta años, la Policía inglesa descubrió una red de

pornografía infantil en la que estaban involucrados pederastas de varios países. Se dedicaba a vender instantáneas protagonizadas por menores. Las hacía llegar por correo ordinario a diferentes puntos del globo. En aquella época, la Policía no contaba con medios suficientes para rastrear esos paquetes, pero consiguió interceptar algunos; suponemos que hubo muchos más. Aquello cesó de la noche a la mañana y no tuvimos constancia de que esa red continuara en activo. El caso se archivó hasta que, hace un par de años, las mismas fotografías volvieron a aparecer en una nueva red de pederastia: niños y niñas, fotografiados hace más de tres décadas, regresaban a las manos de asquerosos perversos. Comenzamos a investigar de nuevo. Esta vez no tardamos mucho tiempo en dar con una tienda de fotografía en Londres que prometía confidencialidad a unos clientes que requerían sus servicios desde los cinco continentes, ya que fue uno de los primeros laboratorios que aceptó carretes por correo.

La mano de Toñete también aprieta la mía.

—La tienda fue fundada en 1950 por Stewart Parks, el abuelo de Charles. Había sido reportero gráfico durante la Segunda Guerra Mundial y tenía un gran prestigio como fotógrafo. Fue su hijo quien, tras heredar el negocio, se dedicó a revelar estas asquerosas imágenes. Nunca las denunció, pero tampoco traficó con ellas, simplemente las revelaba y enviaba las copias y el negativo de vuelta a sus clientes, como un cura guardando los secretos de confesión. Pero no trabajaba solo, Andrew Hursley fue su ayudante a lo largo de, al menos, diez años. Él también guardó silencio sobre las imágenes que aparecían en los carretes recibidos, pero hizo más: sacó varias copias de cada fotografía y empezó a venderlas. Parece ser que Parks padre se enteró del sucio negocio de su empleado y lo despidió. Creemos que fue entonces cuando decidió no revelar más carretes con contenido ilegal.

Jenkins deja su taza de té sobre la mesa y se pone en pie, como si no soportara seguir sentado. No me extraña, si ha visto las fotografías debe estar atragantándose.

Imagino a Andrew bajo el foco rojo mientras el pequeño Charlie jugaba en la trastienda, contemplando, cuando se quedaba solo, las cartulinas donde niños como él hacían cosas prohibidas.

—Por lo que sabemos, la vida profesional de Charles se desarrolló al margen de las actividades legales e ilegales de la tienda. Por eso, cuando su padre se la cedió, no dudó en traspasarla por una buena cantidad de dinero.

Durante un tiempo disfrutó una vida fácil sin tener que trabajar. Tras su jubilación, el viejo Parks se trasladó a España para pasar allí sus últimos años, donde su hijo acudió a menudo a visitarlo, esperando heredar una buena fortuna. Pero no fue así, el viejo murió en bancarrota, o eso fue lo que le aseguró el director del banco que gestionaba su dinero en España.

—José Carlos.

—Efectivamente, José Carlos Benítez, veo que sabe por dónde voy. Ante la precariedad de la situación económica en la que se encontraba, Charles recordó las sucias fotografías y decidió beneficiarse de ellas. Rebuscó entre los documentos de la tienda que había guardado antes del traspaso y encontró copias, algunos negativos y el listado de todos los clientes que habían enviado carretes de ese tipo. Pero, al igual que su padre, necesitaba ayuda. Localizó a Andrew Hursley, que ya se había hecho cargo de este camping, y no tardó en convencerlo para retomar el asqueroso negocio que, años atrás, les había proporcionado importantes sumas de dinero. Se infiltraron en redes de pederastia a través de Internet y crearon una nueva denominada «fotos manoseadas». El dinero volvió a lloverles y ambos abrieron una cuenta en la sucursal del Bankgold que dirigía José Carlos Benítez, quien gestionaba las transacciones llevándose parte de los beneficios. Poco a poco, el señor Benítez se fue haciendo con el control del negocio y desde su pequeño pueblo de Valencia comenzó a controlar los pasos de los otros dos. Durante estos dos últimos años, ha estado viajando con asiduidad al Reino Unido. A través de unas fotografías tomadas en un control rutinario de carretera, tenemos constancia de que era él quien conducía el vehículo que provocó la caída de su esposa —añade mirando a Conrad—. Mi más sentido pésame.

Conrad acepta sus condolencias con un gesto.

—El señor Benítez sabía de la perversión turbulenta de uno de los directores generales de Bankgold, Mr. Britt, y pensó en ofrecerle el succulento bocado para después poder chantajearlo. Así pues, Charles comenzó una relación íntima con el director de la sucursal en Guildford, Guillermo Vázquez, buscando una oportunidad de acercamiento a su jefe. No hubiera sido apropiado que el señor Benítez, como empleado, se las hubiera puesto en bandeja.

Jenkins bebe otro sorbo de té, ya debe estar frío.

—Durante meses, y sin que el señor Vázquez lo supiera, Charles vendió pornografía usada a Mr. Britt de manera sistemática. Todo mi equipo estaba

detrás de la operación, esperábamos el momento oportuno para dismantelar la red al completo. Entonces Mrs. Britt encontró un nuevo amante, usted —dice señalando a Toñete—, y no supimos si, como así ha sido, se trataba de una coincidencia fortuita, o si, por el contrario, había venido buscando venganza por el abuso que sufrieron su padre y su tía.

—Y sospecharon de mí como causante de la muerte de Guillermo Vázquez.

Jenkins le sonrío con ojos llenos de perdón.

—Nunca hay que dejar ningún cabo suelto —se excusa el inspector—. Como comprenderá, cuando usted apareció se dispararon las alarmas. Enseguida supimos que andaba preguntando por Charles Parks y un español de pelo claro con el que se le veía últimamente. En el móvil del señor Vázquez encontramos los mensajes que había cruzado con usted y, sí, debo reconocerlo, pasó a ser uno de nuestros sospechosos, pero no el único. Los móviles son ahora el escaparate de nuestras vidas. También hallamos mensajes intercambiados ese mismo día con Charles Parks en los que el señor Vázquez le daba un ultimátum: o volvía con él o le entregaba a usted un paquete de fotografías y un listado de clientes.

—Siempre supe que Guillermo seguía obsesionado con Charlie... —dice Toñete.

—Charlie, como usted lo llama, se adelantó y se presentó en el parque minutos antes de la cita, confiando en la puntualidad del señor Vázquez. Lo conocía bien. No iba solo, José Carlos Benítez lo acompañaba. Creemos que su intención no era matarlo, simplemente intentaban asustarlo y recuperar las fotos y esa lista en la que, entre otros, se encontraba el nombre de Mr. Britt.

Sí, recuerdo que Toñete comentó haber visto una cabeza rubia escabulléndose por el parque, y recuerdo también el rostro agotado de José Carlos la mañana del lunes.

—Entonces..., ¿fueron ellos los asesinos? —pregunto.

—No. En algún momento de aquella tarde, Mrs. Britt tomó prestado tu teléfono móvil —añade Jenkins dirigiéndose a Toñete—. Debió leer los mensajes que usted intercambió con Guillermo Vázquez y avisó a su marido. Tampoco a ella le interesa que su nombre se relacione con estos temas, ya me entienden. Ambos recurrieron a Billy; él para que a toda costa recuperase las fotografías; ella, para evitar que le pasara nada malo a usted.

Noto cómo el cuerpo de Toñete se tensa. Suelta mi mano y se pone en pie.

—Billy llegó al parque minutos después de que Charles consiguiera las

fotos y se encaró con el señor Vázquez, exigiéndoselas, pero él ya no las tenía en su poder. En su declaración, Billy asegura que el otro cayó al suelo y se golpeó en la cabeza con una piedra —dice bajando la voz, como si este dato fuera más controvertido. Quizás lo hace por la coincidencia con la muerte de Amparo, la mujer de Conrad—. Pero la autopsia determina que el golpe recibido por el señor Vázquez no fue infligido por un pedrusco, más bien por un objeto de plástico reforzado, como un casco de moto.

Miro a Conrad y le sonrío antes de acariciarle el brazo.

—Un corredor se acercaba a ellos y Billy se ocultó tras unos arbustos. El corredor se detuvo, se inclinó hacia el cuerpo del señor Vázquez e intentó reanimarlo. Llamó a comisaría, nos personamos en menos de cinco minutos y ya conoce el resto de la historia.

—Sí —dice Toñete—. Vi el barullo y a la policía y, de pronto, sentí cómo una gran mole se abalanzaba sobre mí. Caí al suelo e intenté escapar, pero alguien me cogió con una sola mano y me puso en pie, era Billy. Me advirtió que me mantuviese al margen de las fotografías y que la próxima vez no sería tan... suave. Recogió mi móvil del suelo y se marchó con él.

—Esa misma noche, Charles se puso en contacto con Mr. Britt y le exigió una cantidad de dinero algo desorbitada por ocultar que su esbirro había matado a Guillermo Vázquez. Tenía pruebas: una grabación del asalto hecha con su teléfono móvil y, según él, no le costaría demostrar que Billy cumplía órdenes. Mr. Britt accedió al chantaje, pero pidió unos días para conseguir el dinero; en realidad, solo quería ganar tiempo. Ordenó a su matón que localizara a Charles y recuperara esa grabación y las copias que hubiera. Billy consiguió la dirección de Parks en Londres y le hizo una visita, pero no lo encontró en casa porque estaba en España desde la noche del incidente en el parque, concretamente en una casa que el señor Benítez tiene en la costa levantina. Lo único que Billy encontró fue el sobre con las fotos y el listado de clientes.

—Y a nosotros, ¿no? —pregunto convencida de la respuesta.

—Eso parece, se llevó usted un buen golpe —dice dirigiéndose a Conrad—. Ha sido usted un grano en el culo para toda esta gente, la verdad. En un primer momento, casi impide que Billy cogiera esas fotografías de casa de Charles y, dos días después, las roba usted mismo de la biblioteca de Lord Castle.

—Yo no sabía que...

—Lo sé, lo sé —dice Jenkins tras soltar una risilla.

—¿Y qué pinta Lord Castle en todo esto? —Yo sigo intentando atar cabos.

—Muy buena pregunta —responde Jenkins—. En este mundo, los más poderosos nunca se manchan las manos, aunque sean los más sucios. Como podrá imaginar, este caso es igual que los demás: los de abajo se las ensucian por los de arriba. No es Mr. Britt quien necesita ese tipo de fotografías, es Lord Castle y, esta vez, Charles tenía algo más que sus huellas dactilares repartidas por las cartulinas. Solo cometió un error: amenazar con sacar todo esto a la luz si no le entregaban dos millones de libras.

—Supongo que Lord Castle accedió a su chantaje, quedaron para realizar el intercambio y Billy se encargó del resto.

—Yo no lo habría explicado mejor.

Me arropo con mi manta. Está amaneciendo y el cielo se ha llenado de grises, ocres y rojos. Estas tonalidades me recuerdan a las imágenes de la cabaña. Varias copias de las mismas fotografías se secaban colgadas de la cuerda, como si fueran ropa interior manchada escupiendo los secretos de sus dueños.

La lista de implicados en esta repugnante red debe ser muy larga.

El cansancio comienza a pesar sobre mis hombros, llevo muchas horas sin dormir, en constante tensión. Necesito darme una ducha y descansar en mi cama, aunque sea un sofá convertible.

—¿Y José Carlos?

—Se encuentra detenido desde hace unos días. Él utilizó este negocio no solo para obtener un provecho económico. Lo hizo, además, para conseguir un beneficio personal. Debería usted hablar con su cuñada.

Las puertas del aeropuerto se abren y salgo arrastrando mi maleta naranja. Mi hija Azucena ha venido a buscarme. La descubro entre el gentío y le hago un gesto con la mano, pero no me ve, tiene los ojos fijos en la puerta de salidas.

—Hola, hija, estoy aquí —digo en cuanto llego a su altura.

Me mira con extrañeza. Tarda unos segundos en reconocermela y, cuando por fin lo consigue, sonrío y me abraza.

—¡Estás guapa! —Creo que es la primera vez en toda su vida que me dice algo así.

Vamos al aparcamiento y nos subimos a su coche.

Agradezco el azul del cielo español. Las nubes aquí son diferentes, más blancas, más suaves, más amables con los rayos de sol. Valencia me recibe con un cálido abrazo y me persuade de que me quite el abrigo y me remangue la camisa. Me he vestido con uno de los conjuntos que eligieron mis hijas, el mismo que escogí para la fiesta de cumpleaños de Lord Castle. Llevo un maquillaje discreto, en tonos suaves, y me siento bien, ya no me parece ir disfrazada.

—Llévame a la barraca —le pido—. Creo que voy a quedarme allí unos días.

Azucena asiente y pone el motor en marcha. No le gusta que me quede a dormir en la Albufera, pero sabe que estoy cansada y que, esta vez, no le voy a permitir sus críticas.

Ni esta ni ninguna más.

Me deja en el camino de la entrada, desde donde arrastro la maleta hasta el porche. Me acomodo en la mecedora y consiento que el sol se explye en mi cara.

Tengo tiempo, todo el tiempo del mundo.

El atardecer resbala ya por el oeste. El vaso de limonada fresca moja mi mano, la mecedora en su vaivén tranquilo. Las dos puertas de la barraca abiertas, el aire refrescando el interior. El cielo que me cubre es muy diferente al inglés, aquí oscurece cada día con colores nuevos, casi inventados.

La figura de Piedad se perfila bajo el ocaso, viene hacia aquí bordeando el lago. La estaba esperando.

—Hace buena tarde —dice al llegar.

Le ofrezco un vaso de limonada con hielo. Bebe un sorbo largo y se acomoda junto a mí, en la mecedora de Antonio, antes de mi abuelo.

Silencio, como tantas otras veces. Un silencio acogedor, compartido. La noche ha llegado y con ella las primeras estrellas.

—Gracias —dice Piedad.

Tomo su mano.

—¿Qué vas a hacer ahora? —le pregunto.

—Recordarlo. No quiero olvidar lo que pasó —responde—. Ni puedo. Debo aprender a vivir con ello, pero de una manera distinta a como lo he hecho hasta ahora. Una vez lo haya conseguido, podré empezar a apartarlo a un lado. —Una lágrima resbala por su cara y se detiene en la comisura de sus labios.

—Sabes que yo estaré contigo.

Regresa el silencio.

—Tú eras lo que me recordaba que el mundo seguía girando.

Piedad bebe otro trago y vacía el vaso. Es la primera vez que habla conmigo de su dolor, creo que es la primera vez que habla de él en voz alta.

—No recuerdo mi vida sin que mi padre me tocara —dice sin mirarme, como si le hablara a la noche. Sus palabras son lentas, les cuesta salir—. Me dolía, le repetía que no me gustaba, pero él no me dejaba en paz. Me sentí a la intemperie. ¿Cómo es posible que aquel que te quiere te haga tanto daño? ¡Debía cuidarme, evitar que cualquier tipo de dolor me alcanzara! ¡Y en lugar de eso, era él quien me lo infligía! Me repetía que era nuestro secreto, que nadie más podía conocerlo, que no entenderían tanto amor y que, tal vez, se sintiesen tristes y enfadados conmigo por ser yo su favorita.

No me atrevo a decir nada. Podría consolarla con un «no pasa nada», pero sí que pasa, o con un «ya pasó», pero pasará siempre porque ella lo tendrá presente una y otra vez, y se culpará por no haberlo zanjado cuando tuvo edad suficiente.

Pero no podía.

Ya era tarde.

—Me acusaba de la enfermedad de mi madre. «Ella está así por tu culpa», me repetía. Lo último que yo quería era que ella dejara de quererme, ser la causa de su enfermedad, que me abandonara. Qué gracia. —La saliva se le escapa de la boca. Ojalá pueda escupirlo todo—. Tenía miedo de perder a una madre ausente.

Pienso en servirle más limonada helada, pero ella no se da cuenta de que la ha terminado, sigue con el vaso vacío en la mano.

—Más tarde obligó a Antonio a participar en aquel abuso. ¿Sabías que mi hermano y yo nunca hablamos de ello? Miento, lo hicimos una vez, la última vez que nos vimos.

Sus dedos aprietan con fuerza los míos, pero no me mira. Le cuesta respirar, el llanto le impide encontrar aire con que llenar sus pulmones. Se levanta y recorre despacio el porche. Cuando por fin se detiene me acerco y la rodeo los hombros.

—Tras el infarto y el entierro de mi padre, pensé que todo había terminado, que escondiéndolo bajo tierra dejaría de tener pesadillas con sus manos sobando mi piel, con su boca sobre la mía, con su cuerpo dentro del mío. Pero me equivocaba. Ese mismo día, José Carlos se acercó a darme el pésame, como tantos otros vecinos del pueblo, pero él me entregó un sobre cerrado. Lo abrí al llegar a la barraca, ya anochecido. En el interior, cinco fotografías y un mensaje: «Si no quieres que esto se sepa, a partir de ahora harás lo mismo conmigo».

Continúa escupiendo su tortura y yo escucho el relato de sus violaciones sin decir ni una palabra. El negro de la noche tiñe las aguas de la laguna y pienso que las lágrimas de Piedad, esas que por fin se atreve a soltar, también deberían ser negras.

—Pero hay más —dice cuando creo que ya no es posible superar ese horror.

*L*a barca se desliza cadenciosa por las aguas del canal. El más joven de los dos hombres a bordo clava la percha en el fondo fangoso. Lo hace con suavidad, pero no puede evitar un tímido quejido de la superficie del agua al rasgarse. El viejo agita la mano sobre su cabeza; el revoloteo pegajoso de los mosquitos los acompaña desde que abandonaron la orilla. Demasiado calor para los días más largos del año.

El más joven dirige la barca hacia las cañas bajo la mirada burlona del viejo. La mujer, sentada a estribor, mantiene las manos entre las rodillas, todo el cuerpo en tensión, replegado sobre sí mismo. La mirada clavada en las tablas del fondo del bote.

—¿Me vais a decir ya qué es lo que queréis? —La voz áspera del viejo.

Una garza real vigila cómo su cría se refresca en la orilla. El sol casi oculto, el cielo pintado de naranja y lila. La percha sajando el agua, el bote avanzando, adentrándose cada vez más en la oscuridad.

El viejo se acomoda frente a la mujer y abre demasiado las piernas en una postura soez. Sujeta el botijo en alto y bebe un chorro de agua fría. No le cae ni una gota fuera de la boca.

—¿Y a ti qué te pasa?

Ella no responde.

Los grises ganan la batalla al fuego y la noche vence. El joven sujeta la percha contra el fondo y la barca se detiene, las cañas más altas los rodean.

—Esta vez no te lo vamos a consentir —dice. Su voz es dócil, muy diferente a la del viejo.

La mujer gime, con la cabeza hundida

El viejo bebe de nuevo, se pone en pie y se acerca al joven.

—No me lo vais a consentir... —repite. Da un paso hacia atrás, la barca se tambalea—. ¿Y qué es lo que no me vais a consentir?

La nuez del joven sube y baja.

—Ya no somos niños —dice.

—Sí, y es una pena —murmura el viejo.

La mujer se hunde cada vez más, ya solo se le ven los hombros.

El joven mira por última vez al viejo y se vuelve para sacar la barca de su escondrijo. Hince de nuevo la percha en el fondo, pero no llega a impulsarla, un golpe seco en la cabeza se lo impide.

Ahora el viejo jadea, la mujer puede oler su sudor pegajoso, lo conoce de sobra. La barca se balancea y el cuerpo del joven cae, inerte, a los pies de la mujer.

—Si gritas, te mato —le dice el viejo antes de aferrar la percha e impulsar la barca hacia la orilla.

El cielo es negro, los bordes del lago también. Ni una luz cerca del agua.

La mujer contempla la cabeza del joven, está reventada. El botijo partido, las dos mitades bañadas en sangre. Todo junto a sus pies. Se muerde la boca por dentro.

El viejo lleva el bote hasta la orilla, la barraca unos metros más allá.

—Me vas a ayudar a enterrarlo en la huerta de atrás, bajo las tomateras.

Entre los dos sacan el cuerpo a tirones. El viejo coloca la percha en la barca y la impulsa con fuerza hacia el lago, la corriente del Júcar y el Turia hará el resto.

—Trae la carretilla.

La mujer camina entre sollozos y tropiezos hasta la parte de atrás de la barraca. Se limpia las lágrimas con el revés de la mano y agarra la carretilla. Mira de reojo los tomates antes de llevarla a la orilla del lago.

El viejo atrapa una pierna del joven y la sube a la carretilla. Le dice a la mujer que haga lo mismo con la otra.

«Pesa como un muerto —piensa ella—. ¡Es un muerto!»

Tiran de los brazos, del tronco, de la cabeza ensangrentada. Sudan, espantan mosquitos...

El viejo empuja la carretilla hasta la huerta. Resopla. La mujer saca las tomateras sin romper las raíces y él cava en la tierra húmeda. Las uñas llenas de barro. Empujan el cuerpo al hoyo; cae con los brazos torcidos y las piernas trenzadas, pero no les importa. Al menos, al viejo no le importa. Lo cubren con la tierra, él a palazos, ella con las manos y con dolor.

Entran en la casa resollando, bañados en sudor.

—Prepárame la cena y saca la pastilla, ya sabes que sin ella me sube la tensión. Al final, me vas a matar de un infarto —dice el viejo.

La mujer se lava las manos. Le tiemblan. Descubre en ellas pequeñas heridas que le arden. Abre la alacena y saca un plato, de la nevera un huevo y del botiquín las cápsulas que le recetaron al viejo. Las abre una a una y vierte por el desagüe los polvitos que las preñan antes de volverlas a cerrar.

Epílogo

Llevaba en España solo una semana cuando mi teléfono comenzó a sonar con timbres ingleses. El primero en llamarme fue Conrad, desde el aeropuerto de Valencia. Poco después lo hizo el hombre del cementerio, Eric. Quería contratarme para preparar una paella en una fiesta privada. No tuvo inconveniente en pagar mi billete de avión y una buena suma por mis servicios. Esa vez Piedad me acompañó.

De aquella comida salieron otras, y luego otras más. Durante más de un año, Piedad, Conrad y yo viajamos en las caravanas por toda Inglaterra cocinando para las mejores fiestas privadas. Hace ya dos años que Piedad y yo vivimos en Inglaterra.

Desde hace solo un mes, somos las nuevas gerentes de The Clock House. Emilio alcanzó su deseada jubilación y nos traspasó el negocio. Hemos contratado un *maitre* llamado Toñete y una camarera nueva se ha sumado al equipo que mantenemos de Emilio: Margaret. Aunque últimamente viene poco a trabajar, el embarazo no le permite estar tantas horas de pie.

También he conocido a los hermanos Robins, son nuestros distribuidores de bebidas. Todavía recuerdan el día en el que salieron detrás de Conrad y lo espionaron por las ventanas de la casa abandonada. Vieron que estaba bebiendo con una chica, a la que besó, le quitó la ropa... y terminaron discutiendo. Desde su escondrijo y entre risas, fueron testigos de cómo ella se marchaba dejándolo plantado. Conrad, todavía en calzoncillos, se bebió media botella de licor y se quedó dormido. Los dos pilluelos aprovecharon para colarse dentro y acabar con la botella. El calor del alcohol hizo que se fueran desnudando hasta terminar como el larguirucho, tumbados a su lado para soñar sueños de colores.

Piedad y yo vendimos los pisos que teníamos en el pueblo y nos vinimos para acá con la ilusión de comenzar una nueva vida que ya estamos disfrutando. Las barracas las mantenemos porque, aunque ya no vivimos en ellas, no podemos hacerlo sin ellas y, de vez en cuando, nos gusta regresar

unos días a nuestra luz, al lugar donde creamos el vínculo con el mundo.

Al lugar donde también está escondido nuestro dolor.

Yo decidí dejarlo enterrado donde estaba. Porque ahora su secreto también es mío.



Mónica Rouanet nació en Alicante y desde los siete años vive en Madrid, donde estudió Filosofía y Letras. Especializada en Pedagogía por la Universidad Pontificia de Comillas, posteriormente cursó estudios de Psicología en la UNED. Desde hace más de diez años atiende a personas en riesgo y dificultad social.

Hasta el momento ha publicado "El camino de las luciérnagas" en 2013, "Donde las calles no tienen nombre" en 2015, y Despiértame cuando llegue septiembre en 2019. Donde las calles no tienen nombre fue su tercera novela, publicada también en Roca Editorial.

Índice

Portadilla

Acerca de este libro

Prólogo

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26
27
28
29
30
31
32
33
34
35
36
37
38
39
40
41
42

Epílogo

Sobre la autora

Índice

Créditos

© Mónica Rouanet, 2019

Primera edición en este formato: abril de 2019

© de esta edición: 2019, Roca Editorial de Libros, S. L.

Av. Marquès de l'Argentera 17, pral.

08003 Barcelona

info@rocaebooks.com

www.rocaebooks.com

ISBN:978-84-17771-72-0

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.